Phoebe MacLeod

Amor a la hora del brunch







Entre tostadas y miradas,
el amor se cuece
a fuego lento





ODISEA

Phoebe MacLeod

Amor a la hora del brunch

Traducción de
Isabel Fuentes

Odisea

A mi padre, Andrew, que se habría quedado perplejo ante esta aventura.

Prólogo

Todavía recuerdo cada detalle del día del accidente con una claridad casi fotográfica.

Era un viernes gris de invierno, hace ya casi diez años. El cielo estaba oscuro y amenazante, y los cristales del aula estaban completamente empañados, aunque aún podía ver el aguanieve resbalando por la parte exterior. La calefacción estaba al máximo y yo luchaba por mantenerme despierta mientras el señor Harker intentaba grabarnos en la cabeza los entresijos de la reproducción vegetal. Recuerdo que me sobresaltó un golpe seco en la puerta y cómo el señor Harker fue a abrir para dejar pasar a la directora, una mujer imponente llamada señora Philips. Sentí las primeras punzadas de inquietud cuando, tras una breve conversación en susurros, ambos me miraron directamente; sin embargo, no fue hasta que la señora Philips me pidió que la acompañara a su despacho y llevara mis cosas cuando la inquietud se convirtió en pavor absoluto.

Mientras la seguía por los pasillos, trataba desesperadamente de averiguar qué había hecho mal. En realidad, probablemente había bastantes motivos que podrían justificar una citación en el despacho de la directora, pero intentaba averiguar cuál de ellos habían descubierto. En las contadas ocasiones en que me había unido a otras chicas detrás del bloque de ciencias para echar un cigarrillo a escondidas, siempre nos asegurábamos de llenarnos la boca de Polos y rociarnos a conciencia con espray corporal para disimular el olor. Las cosas también se estaban poniendo bastante serias entre

mi novio y yo, pero aún no habíamos tenido relaciones y, aunque las hubiéramos tenido, no habría sido en el colegio.

Finalmente llegamos a su despacho y abrió la puerta, haciéndose a un lado para dejarme pasar antes. Dentro había otras tres personas: dos agentes de policía y una mujer, y recuerdo haber supuesto que venían a detenerme, aunque no lograba imaginar por qué. Sí, había estado allí cuando Lee Reynolds usó un rotulador robado para dibujar un pene y unos testículos en la marquesina del autobús, pero yo me limité a observar. Seguro que no te detenían por algo así, ¿verdad?

La agente me sugirió con suavidad que me sentara, y fue en ese momento cuando me di cuenta de que todos me miraban con lástima, como si fuera un perro enfermo al que hubiera que sacrificar.

Las palabras en sí fueron un batiburrillo; creo que mi mente sencillamente no pudo procesarlas. Oí «tu madre y tu padre», «accidente mortal», «lo sentimos mucho» y «murieron en el acto». Mis padres iban de camino a pasar el fin de semana en un hotel con spa en un parque rural, un premio que mi madre había ganado en la subasta silenciosa de la AMPA del colegio aquel verano. Más tarde supe que el conductor de un tráiler articulado que venía en dirección contraria había perdido el control en un tramo resbaladizo y el remolque había girado como un enorme bate para estrellarse de frente contra el coche de mis padres. No tuvieron ninguna posibilidad.

No lloré. Creo que estaba tan conmocionada que me apagué por completo. Recuerdo que la mujer que no era policía me explicó que era trabajadora social y me preguntó si había alguien a quien

pudiera llamar para que viniera a recogerme. Afortunadamente, mis abuelos ya venían de camino para cuidarnos mientras mamá y papá pasaban el fin de semana fuera, así que una llamada rápida los desvió hacia mi colegio. La agente me acompañó al comedor para tomar una taza de té dulce y algo de chocolate para ayudarme con el *shock*, mientras la trabajadora social y el agente hablaban con mis abuelos. Yo seguía sin llorar.

Recuerdo que no sentía nada mientras recogía mi abrigo y mis cosas de la taquilla, antes de seguir a mis abuelos hasta el coche. Fuimos en caravana con la policía y la trabajadora social hasta el colegio de mi hermana pequeña, Katie, donde se repitió toda aquella macabra función. Aun así, no lloré, a pesar de que Katie estaba destrozada. La abracé mientras sollozaba y le prometí que no permitiría que nada malo le pasara.

No hablamos del asunto al llegar a casa. Ninguno sabía qué decir. La abuela y el abuelo se afanaron en lo práctico, asegurándose de que cenáramos. Ninguno era capaz de comprender aquello. Ni siquiera pensé en el dolor que ellos mismos debían de estar sufriendo. Al fin y al cabo, acababan de perder a su hija.

Teníamos pan frito rebozado y alubias para cenar. Apenas lo probamos, aunque era uno de nuestros platos favoritos. Solo cuando me puse mi pijama de forro polar, apagué la luz y me metí en la cama, comprendí del todo lo que había pasado y llegaron las lágrimas. Lloré y lloré.

Tenía catorce años.

Capítulo 1

—¿Te apetece una copa, Daisy? Ya estás de vacaciones, sería de mala educación no tomar algo.

Estoy tan absorta en el trabajo que la voz me coge completamente por sorpresa. Alzo la vista y veo a mi compañera Grace de pie junto a mí con el bolso ya colgado al hombro. Echo un vistazo a la oficina y descubro que la mayoría de las mesas ya están vacías.

—¿Ya son las cinco y media? —Miro el reloj en la esquina de la pantalla. ¿Adónde se ha ido la tarde?—. Dame diez minutos para terminar esto y voy contigo.

Grace se acomoda en el escritorio vacío a mi lado mientras yo me concentro en la hoja de cálculo. Mi trabajo no es precisamente glamuroso: soy técnica contable en Holdsworth & Speke, una pequeña asesoría londinense. La mayor parte consiste en cuadrar las cuentas de nuestros clientes antes de entregarlas a los contables colegiados, que las revisan, las combinan con otra información y las presentan a Hacienda. Tuve la suerte de lograr una plaza de aprendiz hace seis años, después de que mis abuelos organizaran una «intervención». De niña me consideraban brillante y destinada a llegar lejos, pero suspendí los exámenes de final de secundaria estrepitosamente, salvo Matemáticas e Inglés. Había perdido el interés, y mis notas lo reflejaron. El colegio escribió a la abuela y al abuelo para decirles que el bachillerato no era realmente una opción para mí, aunque quizá pudiera mirar algún curso de formación profesional.

Dos años más tarde, después de que me despidieran de varios trabajos mal pagados, tuvimos una cena incómoda en la que mis abuelos me hicieron ver que mi trayectoria laboral, sumada a que me gastaba cada sueldo en tabaco y alcohol, no era lo que mis padres habrían querido para mí. No diría que me recompuse de la noche a la mañana, pero la preocupación en sus caras bastó para que comprendiera que tenía que cambiar algo. Dejé de fumar, controlé la bebida y, de alguna manera, conseguí este puesto. Aún no me describiría como especialmente ambiciosa, pero el señor Holdsworth, uno de los socios fundadores, me tomó bajo su tutela y, entre otras cosas, me pagó los estudios de la Asociación de Técnicos Contables, así que siento cierta lealtad hacia la empresa. El sueldo tampoco está nada mal.

Al final pasa casi un cuarto de hora antes de estar lista para enviar las cuentas a Rob, uno de los contables colegiados. Las adjunto a un correo, escribo un mensaje rápido explicando lo que he hecho y apago el ordenador.

—Estoy lista —le digo a Grace.

—¡Ya era hora! Me muero de sed. —Saca la lengua—. ¿Ves? Está seca.

—Vamos a arreglar eso entonces, pobrecita.

Le hago un gesto al señor Holdsworth a través de la pared de cristal de su despacho antes de salir, pero él me hace señas para que entre. Por lo general somos bastante informales, aunque a los dos socios fundadores siempre los llamamos señor Holdsworth y señor Speke. También son los únicos que tienen despachos cerrados; el resto estamos en la zona diáfana. Asomo la cabeza.

—¿Todo bien, señor Holdsworth?

—Perfectamente. Solo quería desearte buenas vacaciones. ¿Cuánto tiempo te vas?

—Dos semanas.

—Excelente. Que lo pases muy bien y procura no pensar en el trabajo mientras estés fuera. Te esperamos de vuelta bien descansada.

—Gracias, señor Holdsworth.

Hace una tarde de verano preciosa cuando salimos a la calle, pero, mientras me detengo para alzar la cabeza y disfrutar del sol, Grace me agarra del brazo.

—No hay tiempo para eso. Vamos. Llegamos tardísimo, seguro que ya no queda ninguna mesa fuera.

Grace me arrastra por las aceras abarrotadas hacia nuestro bar de confianza, el Lord Nelson. Como muchos bares de la zona, es antiquísimo y muy oscuro por dentro. Sin embargo, tiene un minúsculo jardín trasero, y cruzamos apresuradas el bar para intentar hacernos con una mesa. Por suerte queda una y nos apoderamos de ella al instante.

—¿Chardonnay? —le pregunto mientras rebusco en mi bolso para sacar la cartera. Nuestra rutina de los viernes está muy asentada: yo pago la primera ronda, ella la segunda y después cada una se dirige a su respectiva estación para volver a casa.

—Asegúrate de que la llene bien. Estoy segura de que la semana pasada me puso menos.

Grace dice lo mismo todas las semanas. Creo que de verdad piensa que le sirven menos vino, cuando la realidad es que bebe muchísimo más rápido que yo.

—Bueno, cuéntame sobre tus vacaciones. Mallorca, ¿no? ¿Sol, mar, sexo y sangría? —pregunta una vez que he vuelto con las copas y ella ha dado el primer trago.

—No creo que haya sexo, ¡me voy con mi hermana!

—¿De verdad? ¿Y tu novio?

—No puede permitírselo y, además, no le interesa demasiado viajar al extranjero. Sus padres tienen una caravana fija cerca de Whitstable y ese es su destino de vacaciones ideal: «fish & chips», cerveza que ya sabe que le gusta y donde todo el mundo habla inglés. Así que, desde que nuestros abuelos decidieron que por fin era lo bastante responsable para cuidar de Katie, paso una semana en algún lugar soleado con ella y luego unos días en la caravana con Paul.

—Parece todo un partidazo —comenta con sorna.

—No seas mala, está bien. Solo que no es muy aventurero, ¿sabes?

—¿Le quieres?

—Hoy estás muy preguntona. ¿Qué te pasa?

—Ay, no sé. Debo de estar teniendo uno de esos días de «¿esto es todo lo que hay?». ¿Nunca te pasa?

—Pues no, la verdad.

—¿De verdad? ¿Nunca miras a los contables colegiados y te preguntas qué hacen ellos para cobrar tanto más que nosotras? ¡Estoy segura de que podría hacer el trabajo de Rob con los ojos cerrados!

—Nop.

—¿Y dónde te ves dentro de diez años? Seguro que no piensas estar aún aquí, viviendo con tus abuelos y yendo de vacaciones con

tu hermana. ¿No quieres casarte, tener hijos?

Grace está convencida de que el destino de toda mujer es casarse y tener hijos. Su mesa está llena de fotos de su marido y sus niños, y con frecuencia me cuenta (con pelos y señales) sus últimas aventuras mientras tomamos café en la cocina de la oficina o durante la comida. A veces puede resultar agotador oírla describir la vida familiar feliz que a Katie y a mí nos arrebataron, pero intento no guardarle rencor. Trato de recordar que no lo hace para ser cruel; es simplemente lo normal para ella, algo que jamás podrá ser normal para mí. Lleva en la empresa incluso más tiempo que yo y sospecho que habrá que sacarla de aquí cuando se jubile. Sin embargo, ahora que sus hijos están en el instituto y son más independientes, finge que es ambiciosa y está buscando nuevas oportunidades.

Casarse y tener hijos no me parece algo que me vaya a ocurrir, y ya se lo he dicho otras veces. Por suerte, creo que he esquivado la conversación sobre si quiero a Paul, lo cual es algo nuevo. Le tengo cariño, pero no estoy enamorada. Es más bien un acuerdo de amigos con derecho a roce, siendo sincera. Cuando mis padres murieron, el juez concedió la custodia de Katie y la mía a la abuela y al abuelo, y nos mudamos de nuestra casa en Essex a la suya, en Kent. Me matricularon en el instituto local, pero la mayoría ya tenía su grupo de amigos y no había sitio para la adolescente traumatizada que pasaba los recreos llorando a moco tendido en los baños. No eran desagradables conmigo, solo cautos, supongo. En fin, estaba comiendo sola un día cuando un chico de aspecto un poco friki me preguntó si podía sentarse conmigo. Entablamos amistad, con el tiempo la cosa fue a más y aquí seguimos. La verdad

es que el arreglo me viene bastante bien. No creo que sea capaz de enfrentarme a las emociones y riesgos de enamorarme.

La respuesta sincera a Grace es que no tengo ni idea de dónde me veo en diez años. No lo pienso. Cuando todos tus sueños y esperanzas se esfuman por culpa de un suceso absurdo y sin sentido, cualquier planificación de futuro parece inútil. Vivo firmemente en el presente. Mi vida está bien ahora mismo y eso me basta.

La copa de Grace está casi vacía ya. Yo apenas he probado la mía.

—No me esperes —le digo, señalando su vaso—. Solo tomaré una porque tengo que conducir.

Un viaje a la barra la distraerá de este tema. Ella mira la copa con asombro, como si se hubiera vaciado sola.

—¿Seguro que la ha llenado bien? Solo he dado un par de sorbos.

Le sonrío. Su idea de «sorbo» equivale a un buen trago. A veces me pregunto si no estaría mejor bebiendo cerveza; al menos esa la sirven por pintas. Lo sugerí una vez, pero dijo que la dejaba hinchadísima y que tiene pánico, que comparto, a tener que usar el baño del tren. Así que repetimos la misma comedia cada semana: Grace protesta por lo que ella considera medidas minúsculas, y yo finjo compadecerla. A veces me planteo si no tendrá un problema con la bebida, porque sé que se toma un par de copas grandes todas las noches al llegar a casa, pero siempre aparece fresca como una rosa por la mañana, así que supongo que no es asunto mío. Además, siendo consciente de mi propio historial, no estoy en posición de juzgarla.

Tenía razón. Cuando vuelve de la barra ya se ha olvidado de lo que me estaba preguntando, y el resto de la conversación se limita a cotilleos del trabajo. Grace está convencida de que el señor Speke tiene una aventura con Rosemary, su asistente. A mí me parece bastante improbable: lo único con lo que le he visto entusiasmarse es con los números, y apenas parece reparar en la gente, ni siquiera en ella. Además, creo que Rosemary es bastante más joven, aunque el señor Speke es de esas personas cuya edad resulta imposible de adivinar. Ella es un modelo de fría eficiencia: siempre vestida de un modo impecable, con su pelo en una trenza perfecta y ni una arruga en la ropa. La idea de los dos poniéndose calientes y excitados juntos es ridícula.

—Estuve observándolos ayer —me dice en tono conspiratorio—. Ella estaba en su despacho, revisando unos papeles que él tenía que firmar. Se inclinaba sobre él y sus pechos estaban a no más de un par de centímetros de su cara. Tiene un descaro… Si él se hubiera girado, habría acabado hundido en su escote.

—¿Y se giró?

—No. Probablemente me vio mirándole, ¿no? Pero si no hubiera estado vigilando…

—¿No crees que quizá estés sacando las cosas de quicio?

—No. Algo se traen. Estoy segura.

—Podrías poner una cámara oculta en su despacho para espiar sin que lo sepan —sugiero en broma.

—¡Qué buena idea! ¿Cómo no se me había ocurrido?

—¡Estaba bromeando! Aparte de que te despedirían antes de que pudieras pestañear, estoy casi segura de que es ilegal.

Suspira.

—Supongo que tienes razón. Qué pena.

Mientras espero el autobús que me llevará a Charing Cross, consulto el móvil para asegurarme de que los trenes van en hora. Si cancelan uno, el siguiente siempre va hasta los topes, así que lo evito y espero al próximo, cuando ya se ha calmado la cosa. Por suerte, los dioses están de mi parte esta noche y llego a la estación con diez minutos de margen. Aún quedan algunos asientos y me acomodo en uno junto al pasillo, al lado de otra mujer. Veo a un tipo al fondo del vagón mirándome mientras me siento, probablemente con la esperanza de echar un vistazo por debajo de mi falda, y le devuelvo la mirada, desafiante. Al menos tiene la decencia de sonrojarse un poco antes de volver corriendo la vista a la pantalla del portátil.

Cuando el tren arranca, empiezo a hacer una lista mental de lo que tengo que meter en la maleta al llegar a casa. Compré protector solar suficiente a principios de semana y, el fin de semana pasado, Katie y yo fuimos de compras para renovar vestuario, así que tengo dos bañadores nuevos y varios *shorts* y camisetas. La mayoría está ya en un montón en un rincón de mi habitación, así que solo necesito meterlo todo en la maleta y asegurarme de llevar los pasaportes, el seguro de viaje y dinero.

Después de repasar la lista un par de veces, empiezo a relajarme. Creo que estoy lista para este descanso.

Capítulo 2

Hay más ajetreo de lo habitual cuando mis compañeros de viaje y yo bajamos del tren en la estación de Paddock Wood. Tenemos que subir una larga escalera hasta el puente sobre las vías y luego bajar por el otro lado para llegar al aparcamiento. Normalmente es una caminata agotadora, pero, como es viernes, todo el mundo está deseando llegar a casa y empezar el fin de semana. Algunos tienen tantas ganas que suben los peldaños de dos en dos. Yo me pego bien al pasamanos y lo agarro con fuerza. Lo último que quiero es caerme y romperme una pierna justo antes de irme de vacaciones. Cuando llego a la seguridad del suelo, dejo mi coche en el aparcamiento y salgo andando de la estación directa al restaurante chino de la ciudad. Al entrar, la mujer de detrás del mostrador me sonríe.

—Hola, señorita Daisy. Su pedido está listo.

Forma parte de mi rutina de los viernes. Llamo desde el tren para encargar la cena, de modo que esté lista para recoger cuando llegue. Ni siquiera tengo que decir lo que quiero; pedimos lo mismo todas las semanas, así que solo pido «lo de siempre». Le tiendo la tarjeta con una sonrisa, marco el PIN y veo cómo se completa la operación.

—Espero que lo disfrute —dice mientras me entrega la bolsa—. ¿La veo la semana que viene?

—No. Me voy de vacaciones un par de semanas, pero nos vemos cuando vuelva —le prometo.

Normalmente, me paso por la licorería que hay un par de puertas más adelante y compro una botella de vino, pero como esta noche no me quedo en casa de Paul, paso de largo. Unos minutos después estoy ante la puerta de su piso.

—Hola —dice al abrir para dejarme pasar—. He puesto los platos a calentar en el horno. ¿Nada de vino esta noche?

—No, no me quedo. Te lo dije, ¿recuerdas?

—Ah, sí, perdona. Mañana madrugas.

Abrimos la bolsa de la comida y servimos los platos. Yo tengo tostadas de gambas al sésamo y pollo al curry, y Paul, rollitos de primavera y bolas de gambas agridulces. Nos repartimos el arroz y nos sentamos junto a la pequeña e inestable mesa. Mientras comemos, él me pone al día de cómo ha ido su semana y yo le cuento las últimas teorías de Grace sobre el señor Speke y Rosemary. A diferencia de mí, Paul se quedó en el colegio para hacer el bachillerato, pero sus notas distaron mucho de ser brillantes y lleva seis años trabajando en una tienda de móviles en Tonbridge. Lo ascendieron a encargado hace dos años y aprovechó para irse de casa de sus padres y mudarse a este piso de alquiler de una habitación en Paddock Wood como recompensa. Es una típica guarida masculina: en la sala principal hay una tele enorme con sonido envolvente, una PlayStation con un amplio surtido de juegos, un sofá de piel blandito y la mesa en la que estamos sentados. Un par de láminas baratas adornan las paredes y una alfombra tapa el trozo de suelo donde la moqueta se ha desgastado. La cocina ha visto tiempos mejores, pero el casero de Paul insiste en que no tiene nada de malo, aunque falten un par de puertas de los armarios y haya que aplicar una técnica especial para abrir y cerrar el cajón de

los cubiertos sin que se salga de las guías y se caiga todo por el suelo.

Cuando terminamos de cenar, me relajo en el sofá mientras Paul friega los platos. Enciendo la tele y empiezo a zapear, pero no hay nada que me enganche. Paul se deja caer a mi lado y pasa el brazo por encima de mis hombros. Nuestra vida sexual, como todo lo demás, es absolutamente predecible. Creo que podría poner un cronómetro y él sería totalmente constante semana tras semana. Un minuto con el brazo sobre mis hombros, luego se pasa un par de minutos acariciándome suavemente el brazo, rozando de vez en cuando el lateral de una teta. Si no me aparto (cosa que prácticamente nunca hago), esos roces se vuelven más frecuentes hasta que desplaza la mano por completo y empieza a tocar y apretar. Cada movimiento es exactamente igual cada vez, como una de esas recetas complicadísimas que salen en MasterChef en las que, si no sigues todo al pie de la letra, se arruina el plato. La única variedad está en si nos quedamos donde estamos o nos vamos al dormitorio. Por sus movimientos, parece que esta noche toca sofá. Me he dado cuenta de que las únicas veces que me besa ahora son como parte del preludio al sexo. Al principio nos besábamos todo el tiempo, pero supongo que ya no le ve sentido si no conduce a algo. Es una pena, la verdad; me gusta besarle, aunque el sexo en sí a menudo deje bastante que desear para mi gusto.

Después, recojo mi ropa y me voy al baño para recomponerme y vestirme. Es igual que el resto del piso: la bañera es antiquísima y está descolorida, y varios azulejos están agrietados. Hay una ducha eléctrica sobre la bañera y la cortina es tan fina que prácticamente se ve a través de ella. Menos mal que, como esta noche no me

quedo, mañana por la mañana no tendré que intentar lavarme bajo el ridículo hilillo de agua que sale de la ducha. Me siento en el váter, me enjuago la boca con un poco de colutorio de Paul y me visto antes de mirar la hora. Las nueve y media.

Todavía es de día cuando salgo del piso de Paul, lo cual me tranquiliza, porque no me gusta nada andar por el aparcamiento de la estación a oscuras. En invierno siempre procuro aparcar lo más cerca posible de una de las farolas, para reducir al mínimo el riesgo de que alguien pueda esconderse en las sombras y asaltarme por sorpresa. El aparcamiento está casi vacío a estas horas de un viernes, y yo cruzo a toda prisa hasta mi coche, con el dedo en el mando para abrir en el último momento y lanzarme dentro. Para ser alguien a quien no le entusiasma conducir, me gasto una fortuna en coches. Mi padre era todo lo contrario y, según se concluyó en la investigación, el viejo Toyota destartalado al que había conseguido sacar cuatrocientos mil kilómetros se plegó como un acordeón en el impacto, sin ofrecerles ninguna protección. Por eso, yo me compro un coche nuevo cada dos años para asegurarme de tener todos los últimos sistemas de seguridad. Según Grant, el vendedor con el que trato cada vez, este tiene tantos airbags que se convertiría en el equivalente automovilístico de un castillo hinchable si tuviera la mala suerte de chocar contra algo. Eso no impide que me suden un poco las manos cada vez que me cruzo con un camión grande que viene de frente.

Llego al camino de entrada del bungaló de mis abuelos en Five Oak Green justo antes de las diez. Se mudaron aquí en los ochenta y el estilo de decoración no se ha actualizado desde entonces. Te puedes hacer una idea: tapicerías de *chintz*, colores pastel, muebles

de baño en rosa o color aguacate. Hace solo unos años que su querida cama de agua tuvo una fuga y hubo que sustituirla por algo más convencional. Por lo menos redecoraron nuestras habitaciones cuando nos mudamos y dejaron claro que estaban encantados de que las cambiásemos a nuestro gusto en los últimos diez años. Protestaron, eso sí, cuando decidí que quería pintar todas las paredes de negro a los diecisiete, pero aparte de eso han sido bastante flexibles. Ahora mi habitación luce una paleta muy neutra: paredes color magnolia, moqueta color galleta y cortinas terracota. Katie dice que es sosa y que, como mínimo, debería tener cortinas estampadas, pero a mí los bloques de color me resultan relajantes. No está ella como para criticar, su cuarto sigue teniendo el mismo papel pintado de flores y las mismas cortinas rosas que eligió cuando nos mudamos.

Cuando entro están todos en el salón, así que doy un beso a la abuela y otro al abuelo y me dejo caer en el sofá al lado de Katie.

—¿Lo tienes todo listo para mañana? —le pregunto.

—Sí. Creo que he hecho la maleta para todo lo imaginable salvo la nieve. Solo iba a llevar pantalones cortos, camisetas y bañadores, pero la abuela no paraba de entrar y murmurar algo sobre «capas» con tono pesimista, así que mi maleta pesa seguramente el doble de lo que debería —dice sonriendo.

—Solo he dicho que es mejor ir preparada —la reprende la abuela.

—Abu, sabes que el pronóstico da sol a raudales y máximas de más de veinticinco grados para toda la semana, ¿verdad?

—Sí, pero el parte puede equivocarse, ¿no? Que se lo digan al pobre Michael Fish y al huracán del 87.

—Creo que desde entonces la ciencia de predecir el tiempo ha mejorado un poquito, abu. Vamos —le digo a Katie—, vamos a echar un vistazo a tu maleta.

A quien no nos conozca le costaría creer que Katie y yo somos hermanas de lo distintas que somos. Las dos tenemos el pelo castaño oscuro y los ojos azules, pero ahí se acaba el parecido. Yo tengo bastantes curvas, cara redonda, mucho pecho y caderas anchas, mientras que ella tiene un aspecto más andrógino y atlético. También es un poco más alta que yo y lleva gafas redondas de montura gruesa que le dan un aire de empollona. Yo muestro las emociones con facilidad, pero ella es callada y reservada. Tras el impacto inicial, reaccionamos de forma completamente distinta a la muerte de nuestros padres. Mientras yo me desmadraba, ella se volcó en los estudios, así que no sorprendió a nadie cuando aprobó todos los finales de secundaria con notable o sobresaliente. Por lo que parece, repetirá la hazaña con los de bachillerato el año que viene, lo que significa que, con suerte, podrá elegir universidad. Intento no pensar demasiado en ello; quiero lo mejor para ella, por supuesto, pero sé que la echaré muchísimo de menos cuando se vaya.

Katie abre la maleta y la revisamos juntas, sacando los jerséis gruesos, los pantalones largos y el abrigo que la abuela insistió en que metiera. Cuando terminamos, tiene tres bikinis, un montón de camisetas, un par de pantalones cortos y un vestido ligero para las noches, además de ropa interior y un par de pijamas. Aprovecho para meter en el hueco que hemos ganado parte del repelente de insectos y del protector solar que he comprado, y luego me retiro a mi habitación para terminar mi propia maleta. Oigo a la abuela y al

abuelo echar los cerrojos y prepararse para acostarse, así que saco la cabeza por la puerta para desearles buenas noches. Nos iremos antes de que se despierten, de modo que nos desean unas vacaciones estupendas y me insisten en que cuide de Katie.

—Recuerda que solo tiene diecisiete años, Daisy. No quiero verla en discotecas bailando con chicos poco recomendables —me dice tajante la abuela.

—Creo que por ese lado puedes estar tranquila, abu. —Me río—. Aparte de que mis días de salir de fiesta quedaron atrás hace muchos años, no creo que las discotecas sean precisamente el estilo de Katie, ¿a que no?

La cabeza de Katie asoma por la puerta de su cuarto.

—¡Te he oído!

—Pero es verdad, ¿o no? —la desafío—. No te imagino perreando más de lo que me puedo imaginar a la abuela.

—No creas —responde la abuela meneando un poco las caderas —. A esta vieja todavía le queda cuerda, ¿sabes?

—Tonterías —dice riéndose el abuelo—. Te fastidiarías la cadera en cuanto pisaras la pista y habría que llamar a una ambulancia para llevarte a urgencias.

—Bueno, solo digo que tengáis cuidado mientras estáis fuera. Pasadlo muy bien, pero no os paséis.

—Estaremos bien, abu. Deja de preocuparte. Nos vemos a la vuelta.

Desde que nos mudamos, los abuelos no han vuelto a viajar al extranjero. Al principio, bastante tenían con lidiar conmigo y, como suele explicar la abuela: «Bastante difícil eras ya en casa, ¿cómo íbamos a apañarnos en un país extranjero donde no teníamos forma

de localizarte en caso de que desaparecieras?». Ahora nos llevamos muy bien, pero los primeros años fueron muy turbulentos y hubo muchas broncas que terminaban conmigo saliendo de casa hecha una furia al grito de «¡Tú no eres mi madre!».

Termino de hacer la maleta, compruebo por enésima vez que llevo todos los documentos y me preparo para acostarme. Cuando apoyo la cabeza en la almohada, me permito pensar en la semana que tengo por delante con ilusión. Solo un poquito.

Capítulo 3

Sigo profundamente dormida cuando suena la alarma a las cuatro y media, así que me despierto sobresaltada y tardo un momento en situarme. Me arrastro fuera de la cama y llamo a la puerta de Katie para asegurarme de que está despierta, antes de ir descalza por el pasillo hacia el cuarto de baño. Los abuelos tienen un baño propio en su dormitorio, así que este es solo para Katie y para mí. Mientras me quito el sueño bajo la ducha, repaso mentalmente la lista por enésima vez para asegurarme de que no se me olvida nada. Además de un miedo irracional a tener que hacer pis en el avión, me aterra que nos denieguen el acceso en el mostrador de facturación o en el hotel por falta de algún papel.

Media hora después, ya hemos cargado las maletas en el maletero y revisado los documentos varias veces. Con el mayor sigilo posible, cierro la puerta al salir y ponemos rumbo al aeropuerto. El abuelo señaló que habría sido mucho más barato ir en taxi que pagar el aparcamiento, pero no me entusiasma que me lleve por la autopista un desconocido en un coche de edad indeterminada que probablemente tenga lo que Rob, del trabajo, llamaría «kilometraje de nave espacial». Por lo menos, si conduzco yo, tengo el control. Hay muy poco tráfico a esta hora de la mañana de un sábado y en menos de una hora ya estamos en la carretera de acceso al aeropuerto.

—Léeme otra vez las instrucciones del aparcamiento —le pido a Katie.

—Es fácil. Solo tienes que acercarte a la barrera y reconocerá la matrícula de la reserva y te imprimirá el tique —responde.

—No, léeme exactamente lo que pone en el papel. Quiero estar segura de que no se nos escapa nada, como que haya que pulsar algún botón o algo.

Pone los ojos en blanco, pero me hace caso. Logramos entrar en el aparcamiento sin ningún problema y arrastramos las maletas hasta la parada del autobús, donde ya espera un grupo grande de gente.

—Vaya, aquí hay bastante más gente de la que esperaba para esta hora —comenta Katie.

—Mm. Me temo que la terminal va a estar a rebosar. Primera semana de vacaciones escolares, todo el mundo se va.

En efecto, las colas en la terminal son enormes y tardamos casi una hora en llegar a las máquinas de facturación automática. Entre las dos conseguimos averiguar cómo imprimir las tarjetas de embarque y las etiquetas de equipaje, antes de dejar nuestras maletas en la cinta transportadora que las llevará a las entrañas del aeropuerto y, con un poco de suerte, hasta nuestro avión. Otra cola interminable serpentea hacia el control de seguridad, pero por fin llegamos a la zona de embarque poco más de una hora antes de la salida prevista.

—¿Desayunamos? —propongo.

—Por supuesto, me muero de hambre.

Nos acomodamos en una mesa del bar de la terminal y pedimos un par de desayunos ingleses completos. Probablemente no volvamos a comer hasta esta noche, así que hemos decidido que necesitamos algo contundente para aguantar. Mientras esperamos la

comida, echo un vistazo a los demás viajeros. Hay muchas familias con niños, obviamente atiborrándose antes del viaje igual que nosotras, pero también un par de grupos de chicos que ya están bebiendo pintas pese a que no son ni las ocho de la mañana.

—¿Qué crees que son, despedidas de soltero? —le pregunto a Katie, señalando a los hombres.

Ella frunce la nariz cuando uno de los grupos empieza a dar gritos, animando al que supongo que es el futuro novio a beberse la pinta de un trago. Algunos padres de las familias se miran entre sí y alzan las cejas con desaprobación.

—Espero que no vayan en nuestro avión —comenta.

—Lo dudo. No creo que vayan a Mallorca. Me inclino más por Varsovia o Praga. Algún sitio que no esté demasiado lejos, con la cerveza fuerte y relativamente barata.

Suena por megafonía la última llamada para un vuelo de easyJet a Varsovia y uno de los hombres les grita a sus amigos: «¡Joder, es nuestro avión!». Sonrío mientras recogen sus cosas a toda prisa y salen corriendo hacia la puerta.

—Un grupo menos. Ahora solo falta ver adónde van los otros —observo.

Por desgracia para nosotras, el otro grupo sí va a Mallorca y uno de ellos se sienta a mi lado en el avión. No soporto el aliento a cerveza ni en el mejor de los casos, y se hace especialmente duro a primera hora de la mañana. Me vuelvo hacia el otro lado para evitar respirar aquella bocanada.

—¿Qué tal, chicas? ¿Os vais de vacaciones?

Suspiro. Ignorarle no va a ser una opción, así que me preparo para un par de horas agotadoras de charla trivial con mi vecino

medio cocido. Sin embargo, pronto descubro que me equivoco: aparte de las ocasionales ráfagas de olor a cerveza, resulta bastante buen conversador. Se presenta como Mike, el padrino de la despedida. Me señala al novio, que está sentado unas filas más adelante, y al resto del grupo, aunque no es difícil identificarlos por el ruido que hacen. Me entero de que la boda es dentro de dos semanas y que han alquilado una villa para pasar unos días de despedida. Piensan nadar, beber y, en general, tomárselo con calma. Me pregunta por nosotras y se sorprende sinceramente cuando le digo que somos hermanas. Las dos horas se pasan bastante rápido y, cuando me quiero dar cuenta, ya estamos descendiendo hacia Palma.

La cola de inmigración no es tan larga como la que nos encontramos en la facturación, pero aun así tardamos más de media hora en entrar en la zona de recogida de equipajes. Localizo la cinta y respiro aliviada al ver que nuestras maletas dan vueltas pacientemente, esperando a que las recojamos. Siempre tengo la preocupación de que vayan a aparecer en el avión equivocado, que no lleguen y nos quedemos tiradas en un país extranjero con lo puesto. Al salir al vestíbulo de llegadas, veo a Mike y al resto del grupo de la despedida regateando con un par de taxistas y le digo adiós con la mano. Katie y yo seguimos, como la mayoría de los demás turistas, hacia los autobuses de enlace.

—Ese tío del avión estaba ligando contigo —comenta Katie cuando encontramos nuestro autobús y subimos a bordo.

—No lo creo —respondo—. Para empezar, llevaba alianza. Yo diría que solo estaba siendo amable.

—No estoy tan segura. Me da que tenía esperanzas de un poco de «lo que pasa en el viaje se queda en el viaje».

—Puaj. ¿De dónde has sacado esa expresión?

—¿De dónde crees? Los imbéciles del rugby fardando en el insti. Les encanta insinuar que viven unas aventuras increíbles, pero apuesto a que no pasa de un par de latas de cerveza a escondidas y un beso «bromántico» en el jacuzzi.

—¡Uf!

—En serio, deberías oírlos. Es un misterio cómo algunos han conseguido entrar en bachillerato.

—¿Ninguno te hace tilín, entonces?

—No. Resulta que en bachillerato los chicos son igual de idiotas e inmaduros que en los cursos anteriores.

Como era de esperar, nuestro hotel queda casi al final de la ruta del autobús, pero no me importa demasiado; así puedo ir echando un vistazo a dónde se aloja el resto de la gente. Los primeros hoteles en los que paramos, bastante cerca del aeropuerto, son muy cutres, pero el nivel mejora cuanto más avanzamos. Katie y yo tenemos reserva en el cuatro estrellas Villa Blanca y, cuando el autobús por fin llega a la entrada del hotel, suspiro de gusto. Tiene una pinta estupenda. Los jardines están muy bien cuidados, con césped verde y parterres de flores de colores vivos. Nos hacen el registro rápidamente y con eficacia, y yo doy un pequeño grito de alegría cuando paso la tarjeta y abro la puerta de nuestra habitación.

Es enorme, con una cama doble gigantesca contra una de las paredes, una zona de estar aparte con mesa, sofá y sillas, y unas puertas correderas de cristal que dan al balcón. El aire

acondicionado está encendido, así que dentro se está fresquito. Asomo la cabeza al baño y descubro una bañera de buen tamaño y una ducha independiente con una de esas alcachofas de lluvia.

—Creo que podremos soportar esto una semana, ¿no te parece? —le grito a Katie, que ha salido al balcón.

—¡Ven a ver las vistas! —me responde.

Descorro la mosquitera y salgo. Hace un calor delicioso, sin llegar a agobiar, y sopla una brisa suave. El balcón da a la playa privada del hotel y al mar. El hotel y la playa están en una bahía, de modo que el agua está en calma y el mar apenas acaricia la arena. Solo cerca de la mitad de las tumbonas están ocupadas y hay varias personas bañándose. Más lejos, dentro de la bahía, unos cuantos barcos fondeados se balancean perezosamente. Es perfecto.

—Pongámonos el bañador y bajemos a la playa —propongo.

A Katie no hay que decírselo dos veces y, después de embadurnarnos con crema solar de factor 50, metemos en una bolsa las toallas de playa, más protector y nuestros libros, y seguimos los carteles. Me descalzo en cuanto llegamos y disfruto de la sensación de la arena caliente bajo los pies. Ocupamos dos tumbonas libres y saco mi libro. El resto de la tarde pasa de forma muy agradable: leemos, nos bañamos en el mar y charlamos de todo y de nada.

—¿Qué pasa con Paul? —pregunta Katie mientras subimos a la habitación para cambiarnos de ropa antes de la cena.

El hotel es un todo incluido, con varias opciones para comer, pero esta noche hemos decidido arrasar en el bufé principal. El desayuno queda ya muy lejos y estamos muertas de hambre.

—¿Qué quieres decir? —replico.

—¿Crees que os casaréis?

—Lo dudo. Creo que seguiremos como estamos hasta que alguno de los dos encuentre a alguien que le guste más y se acabó.

—Suena un poco deprimente. ¿No estás enamorada de él?

—Pues mira, eres la segunda persona que me hace esa pregunta en un par de días. ¿Qué pasa, que es la semana de «pregúntale a Daisy por su novio»?

—Perdona, no pretendía meterme donde no me llaman. Solo tengo curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque lleváis juntos toda la vida. El otro día escuché a la abuela y al abuelo comentando si te irías a vivir con él o no.

—No. No creo que pudiera vivir con él. Es buen tío, pero no comparto prácticamente ninguno de sus intereses y su piso es un poco pocilga. Además, ¡no podría dejarte tirada!

La rodeo con el brazo y la aprieto contra mí, y ella apoya la cabeza en mi hombro.

—Parece que los abuelos van a tener que aguantarnos unos años más, entonces —responde.

El bufé está bastante concurrido cuando llegamos, pero encontramos una mesa libre sin demasiada dificultad. Un camarero viene a tomar nota de las bebidas y luego nos lanzamos a ver qué encontramos para comer. El estómago me ruge de anticipación mientras me paseo por los distintos expositores y me sirvo paella y una selección de ensaladas. Las bebidas nos esperan cuando regresamos a la mesa, y brindamos por unas vacaciones felices. La comida está deliciosa y comemos prácticamente en silencio.

—Dios, ¡qué llena estoy! —exclamo más tarde, desabrochándome el botón del vaquero para aliviar la presión cuando me dejo caer en

la cama—. Sin duda he comido de más.

—Han sido los postres, sobre todo el de chocolate. No podía dejarlo —conviene Katie.

—No sé tú, pero el viaje, todo el sol de esta tarde y, para terminar, esa cena de lujo me han dejado hecha polvo. Estoy reventada. Creo que me iré pronto a la cama —digo, tapándome la boca con un gran bostezo.

—Sí, yo también estoy cansada. Pero ha estado muy bien. Tengo muchas ganas de que llegue el resto de la semana.

—Yo también —le digo. Nos ponemos el pijama, nos lavamos los dientes y nos metemos en la cama. Normalmente tardo muchísimo en dormirme la primera noche en una cama ajena, pero esta es tan cómoda que me quedo dormida casi sin darme cuenta.

Capítulo 4

—Perdonad. Vamos a jugar al vóley playa. ¿Os gustaría venir?

Katie y yo levantamos la cabeza del libro. El chico que tenemos delante es alto, muy delgado y, si he sabido identificar bien su acento, alemán. Parece de unos dieciséis años, pero tiene una de esas caras que dificultan calcular la edad. Señala por encima del hombro, hacia un grupo de adolescentes y veinteañeros que han montado una red y obviamente se están preparando para jugar.

—Gracias —le digo—, pero voy a decir que no. Que disfrutéis del partido.

Aunque quisiera jugar, que no es el caso, la realidad es que no creo que la parte de arriba de mi bikini pudiera aguantar el esfuerzo de intentar contener mis tetas mientras salto y doy brincos. Y desde luego no quiero acabar enseñándole el pecho por accidente a un grupo de desconocidos. Además, no tengo nada de coordinación ojo-mano cuando se trata de deportes de pelota, así que probablemente solo conseguiría irritarlos con mi falta de habilidad.

Él asiente y se vuelve hacia Katie. Estoy convencida de que ella también va a decir que no, pero me sorprende.

—Sí, ¿por qué no? —dice—. Tengo que hacer algo para compensar toda la comida.

—Genial. Me llamo Mark, ven a conocer al resto del grupo.

Observo asombrada cómo mi tímida y empollona hermana lo sigue por la arena. Sonríe y da la mano a todos mientras él la va presentando a los otros chicos y chicas. Dejo el libro a un lado y sigo mirando mientras se organizan en dos equipos y empiezan el

partido. Katie está un poco cortada al principio, pero la veo ganar confianza a medida que le pilla el truco. Parecen un grupo simpático y la animan mucho. Al final salta y golpea la pelota tan entusiasmada como los demás, con sus extremidades largas y ligeras impulsándola por la arena. Se la ve más viva de lo que creo que la he visto nunca. No puedo evitar sonreír al mirarla. Sé que no soy objetiva, pero se está convirtiendo en una joven preciosa. Mark, desde luego, parece apreciarlo, porque lo pillo más de una vez mirándola fijamente.

—¡Ha sido divertidísimo! —exclama resoplando cuando vuelve a dejarse caer en la tumbona al terminar. Han jugado cinco partidos en total y, si lo he calculado bien, Katie ha estado en el equipo ganador en tres. Después de cada juego ha habido muchas palmadas y abrazos, y no he podido dejar de fijarme en cómo Mark iba directo hacia Katie y la envolvía entre sus brazos cada vez.

—Mark ha estado muy atento, desde luego —la chincho.

—¿Sí? No me he dado ni cuenta. Eran todos tan simpáticos. Ni siquiera vienen juntos, ¿lo sabías? Mark y Johann son hermanos, eso se ve, pero los demás son de sitios distintos. Por lo visto, el personal del hotel suele intentar organizar actividades en la playa, pero con el vóley no hace falta, porque surge solo. Cada mañana aparece un grupo un poco distinto para jugar. Mañana deberías unirte tú también.

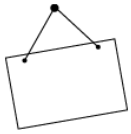
La miro con escepticismo.

—Katie, tú estás hecha para eso, tienes un cuerpo atlético. Yo no he nacido para andar pegando saltos, no sin un sujetador deportivo extrafuerte, desde luego.

Se ríe.

—Vale, vale. No me creo lo bien que me lo he pasado, de todos modos. ¿Te apetece un baño?

La acompaño hacia el agua y veo que algunos de los otros jugadores también se están refrescando en el mar. Unos simplemente flotan, y otros chapotean como locos. Nos saludan con entusiasmo cuando entramos en el agua y, aunque intenta disimularlo, noto que Katie está encantada con su recién estrenada popularidad.



El resto de la semana sigue un patrón parecido. Después del desayuno bajamos a la playa y Katie se une al vóley playa mientras yo me tumbo en la hamaca y observo. Luego nos bañamos, leemos y subimos a comer antes de volver a bajar a la playa por la tarde. A medida que pasan los días, nuestra piel blanquita empieza a adquirir un tono dorado. Mark sigue estando muy pendiente de Katie, pero ella parece no captar ninguna señal.

—Le gustas, seguro —le digo al cabo de unos días.

—Estoy segura de que no. Es cariñoso con todo el mundo, nada más. Y aunque le gustara, no iba a llegar a ninguna parte.

—¿Por qué no? ¿No te gusta?

—Sí, pero ¿qué sentido tendría? Nos vamos a casa en unos días, y luego ¿qué?

—Luego lo catalogas como un amor de verano, y en el futuro lo recuerdas con nostalgia y te preguntas qué habrá sido de aquel guapo alemán al que besaste en Mallorca.

—O…

—¿O qué?

—O puedo no besarlo y nos ahorramos líos.

—¿No quieres besarlo?

—La verdad es que no. Sinceramente, no sé a qué viene tanto revuelo. Besé a Stuart Green una vez, solo para ver qué se sentía, y tuve suficiente.

—¡Nunca me has dicho nada! ¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de años.

—¿Te gustaba?

—¡Qué va! Pero quería probarlo, así que quedé con él detrás del gimnasio. Fue horrible, todo babas. No entiendo cómo a alguien puede parecerle erótico que otra persona le meta la lengua en la boca.

—Ya veremos —le digo—. Creo que cambiarás de opinión cuando aparezca el chico adecuado. ¿Seguro que no quieres averiguar si ese chico es Mark?

—Segurísima. ¿Es hora de comer?

Al final no consigue exactamente lo que quería porque, después del último partido de nuestra última mañana, Mark la envuelve en un abrazo enorme y la besa con fuerza en los labios. La veo abrir mucho los ojos, sorprendida, detrás de las gafas de sol, pero no lo aparta. Él parece encantado cuando se separan; está claro que llevaba toda la semana reuniendo valor.

—Veo clarísimamente lo poco que le gustas —me burlo cuando vuelve a la tumbona.

—Ay, calla. Solo ha sido un beso de despedida. Seguro que en su país se besa en la boca a los amigos todo el rato.

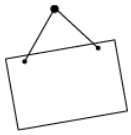
—Ajá… ¿Y crees que lo hacen con esa fuerza y durante tanto rato? ¿Qué han sido, cinco segundos enteros? Eso no ha sido un pico, precisamente.

—¡No sé! No estaba contando.

—No te ha parecido mal.

—Vale, lo reconozco, me ha gustado. No había lengua babosa ni nada desagradable. De hecho, no había lengua en absoluto. Ya está, ¿contenta?

He pagado un suplemento por la salida tardía, así que podemos ducharnos y quitarnos la arena antes de que venga el autobús a recogernos para llevarnos al aeropuerto, donde cogeremos el vuelo de regreso por la tarde. He disfrutado muchísimo pasando la semana con mi hermana y es una maravilla verla bronceada por el sol y tan relajada mientras el autobús va parando para recoger al resto. Cuando el avión despega, mis pensamientos se vuelven hacia casa y la próxima semana. Sé que a Paul le encanta la caravana fija de Whitstable, y a mí me gusta caminar por el paseo marítimo hasta el puerto y seguir hacia Tankerton, pero la caravana en sí está algo ajada y huele ligeramente a humedad. Es de esos olores que se meten en la ropa, y tengo que lavarlo todo varias veces con suavizante fuerte para quitarlo cuando vuelvo. Intento calcular cuál es el mínimo tiempo que puedo pasar allí sin ofenderlo. Siempre intenta que vaya toda la semana y yo tengo que ir inventando motivos por los que no puedo. Creo que podré conseguir un par de días para reubicarme al volver de Mallorca y, luego, necesitaré el fin de semana siguiente para preparar la vuelta al trabajo, así que quizá consiga venderle la idea de ir de miércoles a viernes.



Es muy tarde cuando volvemos a casa, pero los abuelos siguen despiertos esperándonos. En cuanto ven la luz de mis faros en el pequeño camino de entrada, abren de par en par la puerta principal y salen a recibirnos.

—¿Lo habéis pasado bien? —pregunta la abuela después de abrazarnos.

—Muchísimo, gracias. Resulta que Katie es toda una estrella del vóley playa —le cuento.

—¿Ah, sí? —La abuela se vuelve hacia Katie, sorprendida.

—Vamos a coger las maletas y luego os lo contamos todo. ¿Por qué no entráis y vais poniendo la tetera?

Mientras sacamos las cosas del maletero, Katie se vuelve hacia mí.

—No les cuentes lo de que Mark me ha besado, ¿quieres? Si se enteran, no van a parar nunca.

—Tranquila. —Sonrío—. Como me dijo alguien hace cosa de una semana, «lo que pasa en el viaje se queda en el viaje».

Es después de la medianoche cuando terminamos de darles a la abuela y al abuelo la versión edulcorada de nuestras vacaciones, y noto que se me cierran los ojos. Katie también bosteza, así que nos excusamos y nos vamos a la cama.

—Casi se me olvida —dice el abuelo cuando le doy un beso de buenas noches—. Tienes correo. Parecía importante. Voy a buscarlo.

—Déjalo —le digo—. Lo miro mañana. Seguro que no es nada tan urgente que no pueda esperar un día.

—Vale. Está encima del microondas, en la cocina, por si cambias de idea.

Mientras me cepillo los dientes no puedo evitar pensar en la carta. No es que reciba demasiado correo; todas las facturas de la casa van a nombre de los abuelos, así que lo mío se limita a extractos bancarios y alguna carta esporádica recordándome que el seguro del coche está a punto de vencer. Aunque estoy agotada y solo quiero acostarme, la curiosidad puede más y entro de puntillas en la cocina para cogerla. Es un sobre considerable y se ve que el papel es caro. Además de mi dirección y el matasellos, en la parte delantera hay un logotipo: «Moorhouse & Edgerley, Solicitors».

A pesar del sueño, noto cómo la ansiedad me sube unos cuantos niveles. ¿Por qué iba a escribirme a mí un bufete de abogados? ¿Me están demandando? Intento pensar qué motivos podría tener alguien para emprender acciones legales contra mí. ¿La he pifiado con las cuentas de algún cliente? Pero no, eso no llegaría directamente a mí, ¿verdad? Todo lo que hago lo revisa uno de los contables colegiados y, aunque fuera él quien se equivocara, cualquier demanda iría contra la empresa, no contra una persona concreta. Cojo un cuchillo del bloque y abro el sobre con cuidado.

Dentro hay una sola hoja y, como el sobre, tiene esa calidad que solo tienen los papeles buenos. La saco y la despliego. Arriba está el mismo logotipo del sobre, pero el texto me deja totalmente descolocada. Leo:

Estimada señorita Jones:

Permítame expresarle mis condolencias por el fallecimiento de su tío abuelo, Frederick Jones. Tuve el placer de conocerlo a él y a su esposa, Nora, hace quince años, cuando contrataron los servicios de

nuestro despacho para redactar su testamento. También tuvimos el inmenso privilegio de poder ofrecerles nuestros servicios como albaceas cuando llegó el momento.

Me complace poder informarle de que esta tarea ha concluido y se ha concedido ya la certificación de herencia sobre el patrimonio de su tío abuelo. El motivo de la presente es que hay ciertos aspectos del testamento que podrían afectar a su persona, en espera de confirmación.

Le estaría muy agradecido si pudiera ponerse en contacto conmigo en el número que figura más abajo, a fin de concretar una cita en la que podamos tratar estas cuestiones.

Atentamente,

Jonathan Moorhouse

Fuera lo que fuese que esperaba, desde luego que no era esto. Ni siquiera sabía que el tío abuelo Fred hubiera muerto. ¿Qué quiere decir con «ciertos aspectos del testamento»? Ahora estoy completamente despierta y me vendría de perlas el consejo de los abuelos. Sin embargo, los ronquidos que salen de su dormitorio apuntan a que no voy a sacar nada en claro de ellos hasta mañana. Una rendija de luz bajo la puerta de Katie, en cambio, delata que sigue despierta, así que llamo y entro.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Mira esto. —Le planto la carta delante—. ¿Qué te parece?

Lee en silencio y se queda pensativa unos instantes antes de responder.

—Creo que significa que el tío abuelo Fred te ha dejado algo en el testamento. Si tienes suerte, será algo de pasta; si no, será alguna

cosa horrorosa que para él tenía muchísimo valor sentimental. Sea lo que sea, no será nada grande. Apenas los conocíamos, ¿no?

—Tienes razón —le digo—. Llamaré al tipo el lunes por la mañana. Crucemos los dedos para que sea dinero y no un gato de porcelana espantoso ni nada por el estilo. Gracias. Buenas noches.

—Buenas noches, Daisy.

Capítulo 5

Le enseño la carta al abuelo a la mañana siguiente, pero su opinión es prácticamente la misma que la de Katie. Lo que no alcanzo a entender es por qué el tío abuelo Fred me habría dejado algo. Como dijo Katie, apenas los conocíamos. La última vez que lo vi fue en el funeral de Nora, hace nueve años. La abuela y yo tuvimos una pelea monumental por aquello, porque solo había pasado un año desde la muerte de mis padres y yo no quería ver otro funeral ni en pintura. Ella se mantuvo firme, señalando que éramos prácticamente los únicos parientes de sangre que tenían y que alguien tenía que representar a nuestra rama de la familia. Recuerdo que fue bastante gente, pero Fred solo apareció en el último momento y volvió a desaparecer en cuanto terminó la ceremonia, así que no llegamos a hablar con él. No estoy segura ni de que supiera que habíamos ido, algo que le repetí a la abuela con bastante vehemencia después.

Cuando llega la mañana del lunes, estoy que me subo por las paredes de la curiosidad y marco el número de la carta poco después de las nueve. Me contesta una mujer que supongo que será la recepcionista, aunque su pulidísimo acento hace que suene más a miembro de la realeza que a personal administrativo. Le explico lo de la carta y me ofrece pasarme con él. Tras una breve espera, durante la que me ponen una música ambiental de orquesta de lo más adecuada, una voz masculina, grave como un bajo, retumba en el auricular.

—Habla Jonathan Moorhouse. ¿En qué puedo ayudarla?

—Ah, hola, señor Moorhouse —empiezo—. Me llamo Daisy Jones. La semana pasada me escribió sobre mi tío abuelo, Frederick Jones.

—¡Efectivamente! —truena.

—¿Podría explicarme un poco más? Me temo que no entendí del todo la carta.

—Por supuesto, aunque hay un par de cosas que tenemos que hacer antes, como verificar su identidad. ¿Podría venir a mi despacho? Estamos en Sevenoaks, que no le queda tan lejos.

—Normalmente trabajo en Londres —le digo—, pero ahora estoy de vacaciones. Si pudiera recibirme esta semana, se lo agradecería mucho, así no tengo que pedir más días libres.

—Deje que mire la agenda.

Hace una pequeña pausa y oigo cómo hace clic con el ratón.

—Tengo libre hoy a las dos de la tarde, si le viene bien. Si no, podría verla el jueves a las once.

—Hoy a las dos me viene perfecto, gracias.

—Estupendo. Bien, necesitaré que traiga algún documento de identidad. El pasaporte o el carné de conducir serían ideales, así como una copia del certificado de nacimiento. ¿Dispone de ellos?

—Sí. Los llevaré.

—Entonces la veré a las dos en punto, señorita Jones. Será un placer conocerla.

—¿Qué? —pregunta Katie en cuanto cuelgo.

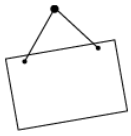
—Sigo igual de perdida —le digo—. Tengo que ir a su despacho esta tarde, llevarle documentación y entonces me contará de qué va todo esto, en teoría. Mucho jaleo para un gato de porcelana.

—Será el procedimiento estándar —opina el abuelo, levantando la vista del periódico—. Es posible que no sea más que un pisapapeles,

pero, si se lo dan a la persona equivocada, imagino que igual se meten en un buen lío.

—Yo solo espero que no sea algo demasiado grande —añade la abuela—. Imagínate que resulta ser una estatua de elefante de tamaño real o algo por el estilo. ¿Dónde íbamos a meterla?

—Si es una estatua de elefante a tamaño real, la llevo directa al vertedero, te lo prometo —le digo, y se ríe.



Sevenoaks no es un pueblo que conozca en absoluto, más allá de que es una de las paradas del tren entre Paddock Wood y Londres. Siempre me dan un poco de pena los que suben en Sevenoaks por la mañana, porque es la última parada antes de London Bridge, así que ya no queda ningún asiento libre y tienen que apretujarse en las puertas y en los pasillos. Yo calmo mi sentimiento de culpa por ir sentada recordándome que sus abonos mensuales probablemente sean mucho más baratos que el mío. Por las tardes pasa al revés: son ellos los primeros en bajar del tren de la costa y cualquiera que haya venido de pie desde Londres se deja caer agradecido en los asientos que quedan libres.

Consigo encontrar un aparcamiento, pero me llevo las manos a la cabeza al ver los precios. No tengo ni idea de cuánto va a durar esto, pero calculo que, como mínimo, dos horas. Rebusco en el monedero, que solo confirma lo que ya sabía: no tengo ni de lejos suficiente efectivo para pagar el estacionamiento. Soltando unas cuantas maldiciones por lo bajo, me pongo a descargar en el móvil

otra aplicación de aparcamiento más (¿tan difícil sería que todo el mundo usara la misma?); me registro y hago todo el trámite. Por fin, después de diez minutos largos de cacharreo, consigo pagar, pero ahora voy justa de tiempo para llegar al despacho del abogado. Ya he marcado el código postal en el navegador, así que echo a andar todo lo deprisa que puedo sin ponerme a correr.

Tardo unos diez minutos en llegar a las oficinas de Moorhouse & Edgerley y voy sudando a mares cuando entro. El edificio es exactamente como siempre he imaginado un despacho de abogados: imponente, con una placa de latón al lado de la puerta doble de entrada que se limita a poner «Moorhouse & Edgerley, Solicitors». Empujo la puerta interior y es como si hubiera entrado en otro mundo. Fuera el sol pega de lo lindo en un día de verano caluroso, pero dentro hace fresco y reina un silencio casi inquietante, roto solo por un susurro levísimo que sale del sistema de aire acondicionado. Los pies se me hunden en la moqueta mullida y me llega un ligero aroma a café recién molido. Aquello rezuma sofisticación y clase, y yo me siento completamente fuera de lugar. Menos mal que al menos he hecho un pequeño esfuerzo, cambiando los vaqueros y la camiseta por uno de mis trajes de trabajo. Me encantaría quitarme la chaqueta y quedarme plantada de espaldas a una de las rejillas del aire acondicionado, pero no parece el tipo de sitio donde una pueda hacer eso.

Me acerco con cautela al mostrador de recepción. La mujer sentada detrás levanta la vista y sonríe. No sé si es una sonrisa sincera o la sonrisa que se reserva para deshacerse de los chiflados, pero está claro que no soy el tipo de clientela habitual.

—¿Puedo ayudarla? —Reconozco el mismo acento pulido de esta mañana.

—Sí, soy Daisy Jones y tengo cita con el señor Moorhouse a las dos. Me temo que llego un par de minutos tarde; he tenido un pequeño problema al aparcar.

—Le avisaré de que ha llegado. Si quiere puede tomar asiento en la sala de espera.

Me señala una zona con un par de sofás, varias sillas y una mesa con revistas colocadas con esmero. Me siento en el borde de una de las sillas y observo mientras oigo cómo le comunica por teléfono que he llegado. Las revistas no tienen nada que ver con las revistas del corazón que hojeo encantada en la peluquería; aquí hay ejemplares de *Country Life, Horse and Hound* y otros títulos que no me suenan de nada. También han dispuesto cuidadosamente los periódicos serios del día.

—Lo siento mucho.

La voz de la recepcionista me pilla por sorpresa. La moqueta es tan gruesa que no la he oído acercarse.

—El señor Moorhouse me ha pedido que le comunique que él también va con unos minutos de retraso. ¿Le apetece una taza de té o café mientras espera?

—En realidad me encantaría un vaso de agua, si no es mucha molestia.

—Por supuesto. ¿Agua con gas o sin gas?

—Con gas, por favor.

Se aleja tan silenciosamente como ha llegado y reaparece al cabo de unos instantes con un vaso bajo de cristal lleno de agua.

—He olvidado preguntarle si la quería con hielo y limón, así que los he añadido igualmente. ¿Le parece bien?

—Perfecto, gracias.

Doy un trago agradecida; el agua está fresca y sienta de maravilla, y le sonrío. Ella asiente y vuelve a su mesa.

El silencio aquí resulta casi perturbador. Aunque el teléfono suena con frecuencia, el sonido está amortiguado y la voz de la recepcionista es tan baja que casi no se distingue lo que dice, aunque esté solo a unos pasos de mí. Cojo un *Country Life* y empiezo a hojearlo. La primera sección está llena de casonas y fincas enormes a la venta en Escocia, y me entretengo imaginando cómo sería vivir en cada una y qué cambiaría.

—Señorita Jones, siento muchísimo haberla hecho esperar.

Reconozco la voz de bajo profundo del señor Moorhouse y levanto la vista para ver a un hombre rechoncho, canoso, con un traje de raya diplomática que le queda mal. El traje en sí debe de haber costado un dineral, pero la barriga le sobresale por encima del cinturón y es imposible que pueda abrocharse la chaqueta. Sospecho que ha crecido un poco desde que se lo compró. Demasiadas comidas de empresa, seguramente.

—¿Quiere seguirme? —añade—. Puede llevarse el vaso de agua si quiere.

Cojo el vaso y lo sigo a una salita de reuniones donde ya han dejado un archivador gordísimo sobre la mesa. En la etiqueta pone: «Frederick and Nora Jones».

—Siéntese, señorita Jones, y póngase cómoda.

Al igual que el vestíbulo, la sala está fresquita y decido arriesgarme a quitarme la chaqueta. La cuelgo del respaldo y me

siento inclinada un poco hacia delante para que circule el aire por la espalda y, con suerte, se me seque un poco la blusa.

El señor Moorhouse me imita y también cuelga su chaqueta. Me pregunto si será algo que hace con todos los clientes para hacerlos sentir más a gusto.

—Antes de nada, ¿prefiere que la llame señorita Jones o Daisy?

—Daisy —respondo—. «Señorita Jones» suena a alguien por lo menos veinte años mayor que yo.

—Perfecto —dice—. Entonces llámeme Jonathan.

Veo que tiene una cara amable y sonriente y que la papada le tiembla cuando habla, como si quisiera mostrar su acuerdo con todo lo que dice.

—Bien, lo primero de todo. ¿Ha traído la documentación que le pedí?

Rebusco en el bolso y saco el pasaporte, el carné de conducir y el certificado de nacimiento. Los examina uno por uno, deteniéndose más en el certificado.

—Aquí dice que sus padres se llamaban Roger y Linda, ¿correcto? —pregunta.

—Eso es.

Algo en la forma de decirlo me inquieta. Igual no soy la Daisy Jones que buscaba y se trata de otros Frederick y Nora Jones completamente distintos. Sería una casualidad enorme, desde luego.

—Perfecto. Voy a pedirle a mi secretaria que los fotocopie, si le parece bien, y luego ya podré explicarle de qué va todo esto.

Asiento, y él desaparece con mis documentos. Al cabo de un par de minutos vuelve y me los entrega.

—Bien, Daisy. Todo está en orden. Siento haber tenido que ser tan prudente con lo que le decía hasta ahora, pero teníamos que asegurarnos de que era la persona correcta antes de seguir adelante.

Abre el archivador que tiene delante.

—Como le explicaba en la carta, su tío abuelo, Frederick Jones, falleció hace algo más de seis meses. Imagino que lo sabía. ¿Fue al funeral?

—Me temo que no lo sabía, y no fui al funeral. No éramos precisamente cercanos.

—No pasa nada, son cosas que suceden. ¿Sabía que él y Nora no tuvieron hijos?

—Sí, eso sí lo sabía.

—Por lo general, cuando alguien redacta un testamento, los beneficiarios principales son los hijos. Naturalmente, como aquí no había hijos, Frederick y Nora tuvieron que elegir a otros beneficiarios. Nora era hija única, así que no había familia por su lado, pero Frederick tenía un hermano, su abuelo paterno.

—Murió antes de que yo naciera. Nunca llegué a conocerlo —le digo.

—Así es, y su padre era su único hijo. De modo que Frederick y Nora nombraron a su padre beneficiario principal en el testamento, por ser su pariente vivo más cercano. Sin embargo, siempre aconsejamos planificar para el peor escenario cuando se hace testamento, así que incluimos una cláusula para el caso, poco probable, de que su padre falleciera antes que Frederick. A la vista de los acontecimientos posteriores, resultó una medida prudente.

En ese punto hace una pausa y me mira a los ojos.

—Permítame expresarle mis condolencias por la muerte de sus padres. Debió de ser un golpe terrible.

Noto que habla con sinceridad, aunque nunca me haya visto ni conociera a mis padres.

—Gracias —le respondo en voz baja.

—Bien, volvamos al testamento. Añadimos una cláusula que establecía que, si su padre fallecía antes que Frederick, cualquier herencia pasaría a sus descendientes. Si no hubiera descendientes vivos, la última opción era repartirla entre varias organizaciones benéficas. ¿Es correcto que tiene una hermana menor?

—Katie, tiene diecisiete años —le digo.

—Bien, lo que esto significa es que usted y Katie son las beneficiarias principales del testamento de Frederick. Todo su patrimonio pasa a las dos.

Capítulo 6

—Perdone, ¿puede explicarme qué significa eso?

Si lo he entendido bien, hemos heredado todo lo que poseía el tío abuelo Fred, pero necesito oírselo decir con todas las letras.

—Significa que usted y Katie son, desde este mismo momento, dos jóvenes adineradas. Parece que Frederick era un inversor muy astuto. Como parte del proceso de certificación de la herencia hemos liquidado sus inversiones y, una vez descontados los impuestos, tasas y honorarios, ustedes van a recibir… —baja la vista a sus notas— setecientas noventa y cinco mil ochocientas cuatro libras con cuarenta y seis peniques entre las dos en concepto de herencia en efectivo.

Hago los cálculos mentalmente. Es algo menos de cuatrocientas mil libras cada una.

—¡Joder! —exclamo—. Pensaba que me iba a dar un pisapapeles o algo así.

Sonríe ante mi brusquedad.

—Antes de que se vaya, voy a necesitar los datos de su cuenta bancaria para hacer la transferencia. Como Katie es menor de dieciocho años, el testamento establece que su parte debe depositarse en un fondo en fideicomiso hasta el día de su decimoctavo cumpleaños. Podemos ayudarla con eso, si quiere.

—Sí, por favor.

No tengo ni idea de cuánto costará, pero estoy segura de que podremos permitírnoslo.

—Será un placer. ¿Le parece bien que la nombre a usted administradora principal del fondo? No tendrá que hacer nada; el papel consiste esencialmente en custodiar los activos de la beneficiaria, en este caso Katie. Usted no puede acceder al dinero, pero, cuando cumpla dieciocho, los fondos pasarán a ella.

Debo de estar en estado de *shock*. Si no, ¿cómo puedo estar hablando de cantidades tan enormes con tanta calma, como si me dedicara a esto a diario? En realidad, sí manejo estas cifras con normalidad en el trabajo, pero este no es el dinero de un cliente. Es el nuestro.

—Transferiré su parte a la cuenta que nos indique en los próximos días. Si no tiene planes inmediatos, como la compra de una propiedad, le recomendaría que buscara asesoramiento financiero. ¿Le importaría que le diera la tarjeta de una asesora financiera independiente con la que trabajamos a menudo? Podrá darle ideas sobre cómo invertir parte del dinero, ya sea para tener un capital mayor más adelante o para obtener una renta, si lo prefiere.

—Gracias. Me gustaría, sí.

No tengo ni idea de qué hacer con una suma tan enorme, así que la ayuda profesional me parece un plan excelente. Estaba bastante orgullosa de las ocho mil libras que he conseguido ahorrar en mi cuenta, pero esto es otro nivel.

Jonathan empuja un papel y un bolígrafo hacia mí.

—Si puede rellenar aquí los datos de su banco, me ocuparé de la transferencia. Lo que hacemos es transferir primero una libra y pedirle que nos confirme que la ha recibido. Así nos aseguramos de que los datos son correctos. No querríamos mandar su herencia a un completo desconocido, ¿verdad?

Relleno los datos de mi cuenta de ahorro, que me parece más apropiada que la cuenta corriente. Haga lo que haga, el dinero no se quedará ahí mucho tiempo. Me vienen a la mente esas noticias de gente desesperada haciendo cola para sacar sus ahorros cuando quebró Northern Rock. No pienso confiar todo esto a un solo banco; estos huevos se van a repartir en varias cestas.

Le devuelvo el formulario a Jonathan, que le echa un vistazo rápido y lo guarda en el expediente. Saca otro papel y me lo desliza por la mesa.

—Este es un documento por el que nos autoriza a depositar la parte de su hermana en un fondo fiduciario con usted como administradora principal. Espero que no le moleste que haya dado por hecho que querría nombrarnos para gestionar esto. Si puede firmar en los lugares indicados…

Repaso el formulario, pero está redactado en jerga legal y no entiendo gran cosa. Estoy segura de que es todo correcto; una firma como Moorhouse & Edgerley no habría llegado muy lejos si no fuera escrupulosamente respetuosa con la ley. Firmo donde me señala y le devuelvo el papel.

—Perfecto. Pondremos todo en marcha y le confirmaremos los detalles cuando esté constituido. Para nuestros registros, ¿cuándo cumple los dieciocho Katie?

—El veinticuatro de marzo del año que viene.

Lo anota en su bloc.

—Bien, eso se ocupa de los activos líquidos. Si está preparada, pasamos a los inmuebles.

¿Hay más? Me quedo sin palabras y me limito a asentir. Espero no tener la boca abierta.

—No sé si lo sabe, pero Frederick era propietario de pleno dominio de una cafetería aquí en el pueblo, cerca de la estación. Sobre la cafetería hay dos pisos residenciales, que también eran suyos. Ya hemos tasado todo para la herencia. Valorar inmuebles comerciales es una tarea compleja, porque hay muchas variables a tener en cuenta, pero solo la cafetería ha sido tasada en trescientas mil libras.

Si antes no tenía la boca abierta, ahora sí.

—Eso no significa que vaya a conseguir trescientas mil libras si la vende, pero es un buen indicador de la cantidad a la que debería aspirar. La cafetería está actualmente en funcionamiento; como albacea del testamento de su tío abuelo, he tenido que asumir la función de director temporal y hemos nombrado a una asesoría para llevar la contabilidad. Debo decirle que, según lo que tengo entendido, el negocio no es viable en su estado actual. No es mi función aconsejarle qué hacer, pero, si decide desprenderse de él, puede conservar el pleno dominio y alquilárselo a un tercero o venderlo. Ambas opciones supondrían un impulso financiero importante para usted y para Katie. Si lo vende antes de que Katie cumpla los dieciocho, la mitad del importe tendrá que ser ingresada en su fondo fiduciario. Si opta por alquilarlo, se tratará de ingresos y no de capital, y Katie podrá beneficiarse de su parte desde el primer momento.

—Solo para estar segura: ¿puedo venderlo, alquilarlo o quedármelo?

—Básicamente, sí. Aquí tengo la cuenta de resultados del mes pasado, que puede llevarse. Le aconsejaría contratar a un contable que se la explique con detalle. Voy a tramitar su nombramiento

como única administradora de la sociedad, porque es un requisito legal para que pueda tomar decisiones. Una vez que Katie alcance la mayoría de edad, si no ha vendido la empresa, ya decidirá usted si la nombra administradora conjunta o no. También tengo los datos de los contables que estamos utilizando; puede seguir con ellos o contratar a otra firma.

Echo una ojeada a las cuentas. No miente. La cafetería apenas cubría gastos antes de la muerte de Fred. Sumando el coste de los contables y los honorarios de Jonathan como director, ahora mismo da unas pérdidas de escándalo. Incluso en mi estado de conmoción me doy cuenta de que tengo que convertir esto en prioridad absoluta, o se comerá mis cuatrocientas mil libras a una velocidad aterradora. Por lo menos, no debería tener que pagar mucho tiempo más los honorarios de Jonathan.

—¿Está bien? ¿Necesita un descanso? —pregunta Jonathan—. No queda mucho por revisar, pero entiendo que es mucha información de golpe.

—Ya lo creo —murmuro antes de poder morderme la lengua, y Jonathan se ríe—. Creo que puedo seguir —añado.

—Perfecto. Los dos últimos activos importantes son los pisos. Como le decía, Frederick era propietario de ambos, además de la cafetería. Él y Nora vivían en uno y alquilaron el otro durante varios años. Sin embargo, según tengo entendido, ahora mismo el cocinero de la cafetería vive en el otro piso, pagando un alquiler simbólico de cien libras al mes. El pleno dominio de la cafetería está vinculado a los pisos, así que no puede vender uno sin los otros, para que me entienda. No obstante, podría vender los pisos en régimen de arrendamiento a largo plazo. Con un contrato nuevo de noventa y

nueve años, cada piso se ha tasado en doscientas cincuenta mil libras. De nuevo, si opta por esto, la mitad del importe tendrá que ir al fondo de Katie hasta que cumpla los dieciocho. Otra opción es alquilarlos. Tendría que pedir una valoración precisa a una inmobiliaria, pero estoy seguro de que cada piso podría alquilarse por una cifra claramente superior a las mil libras mensuales. Una vez más, al tratarse de ingresos y no de capital, Katie podría beneficiarse de su parte inmediatamente. Debo advertirle de que los pisos necesitan una reforma, así que probablemente tendrá que invertir algo antes de poder ponerlos en alquiler.

Mi mente ha implosionado oficialmente. He ido sumando las cifras mentalmente y, según parece, Katie y yo podríamos llegar a heredar hasta el momento un total de casi 1,6 millones de libras.

—Tengo todos los títulos de propiedad archivados —prosigue Jonathan—. ¿Quiere llevárselos o prefiere que los conservemos nosotros de momento?

—Quédeselos, por favor. Necesito tiempo para decidir qué voy a hacer. Y tengo que hablar con Katie.

—Por supuesto.

Saca un sobre abultado del expediente y me lo pasa.

—Estas son las llaves de la cafetería y de los pisos. El cocinero tiene un juego para la cafetería y para el piso en el que vive. No hemos identificado a ningún otro poseedor de llaves. ¿Le parece bien que tramite ya su nombramiento como administradora única de la empresa? No podrá hacer nada con ella si no es así.

—Sí, perfecto.

Me pasa un taco de papeles y tardo una eternidad en firmarlos todos, sobre todo porque tengo que pedirle que me explique varias

cláusulas. Cuando terminamos, he firmado documentos sobre la administración de la empresa, las cuentas bancarias y las propiedades en sí.

—Solo nos quedan dos cosas de valor que tratar. Por lo visto, Frederick llevaba una vida bastante frugal en general, especialmente tras la muerte de Nora, pero sí tenía un objeto destacable.

Saca otro sobre del expediente y lo empuja hacia mí. Lo abro y deslizo fuera un reloj de pulsera más bien soso con correa metálica. No parece valioso y alzo las cejas, interrogante.

—Es un Rolex Explorer —explica Jonathan—. La funeraria me lo entregó junto con sus efectos personales. Mi experto me indica que estos relojes valen bastante más si conservan la caja y la documentación originales. No sé si estarán en el piso, pero la tasación de ocho mil quinientas libras se ha hecho solo sobre el reloj. Le recomendaría asegurarlo si decide quedárselo.

Joder, mi reloj me costó ochenta pavos y ya me parecía caro. Cojo el de Fred y me sorprende al instante lo pesado que es. Me lo pongo en la muñeca y tengo que admitir que, aunque es mucho más grande que el mío, queda bien. Abrocho el cierre metálico, pero la pulsera me queda enorme y se me resbala.

—En la calle principal hay un relojero que puede ajustárselo a su medida, si quiere. También podrá aconsejarle sobre dónde venderlo, si opta por esa opción. Lo último es el coche de Frederick. No es nada ostentoso, pero tiene menos de un año, así que sigue teniendo un valor considerable. Es un Nissan Micra y está aparcado en su plaza asignada detrás de la cafetería. El cocinero se ha encargado de arrancarlo de vez en cuando y de mantener los neumáticos inflados. Su valor es similar al del reloj, unas ocho mil quinientas libras. El

cocinero tiene las llaves y estoy seguro de que estará encantado de cederle la responsabilidad. Tengo aquí los documentos. —Saca otro sobre y me lo pasa. Jonathan me dedica una sonrisa radiante—. Creo que eso es todo. Los muebles y demás en el piso de Frederick no se han considerado de valor significativo. Puede quedárselos o contratar una empresa de vaciado para que se los lleve. ¿Tiene alguna pregunta más?

—No sé. Todo esto me ha pillado de sorpresa.

—Me lo imagino. Si en algún momento le surge cualquier otra duda, no tenga reparo en llamarme. Mientras tanto, pondré en marcha el fondo de Katie, organizaré la transferencia del dinero a su cuenta y tramitaré los documentos de la cafetería.

Se lleva la mano al bolsillo de la chaqueta y saca una tarjeta.

—Esta es la asesora financiera de la que le he hablado. No se sienta en absoluto obligada a acudir a ella, pero ha hecho un buen trabajo con varios clientes nuestros que se han encontrado en situaciones similares.

—Gracias.

Cojo la tarjeta y la guardo en uno de los sobres que tengo delante. Reúno todo con cuidado y lo meto en el bolso. Jonathan se pone en pie y yo lo imito.

—Si no hay nada más en lo que pueda ayudarla, permítame decirle que ha sido un placer conocerla.

Me tiende la mano y la estrecho. Me sorprende lo suave que la tiene.

—Si necesita cualquier otra cosa, en cualquier momento, estaré encantado de ayudarla. Y, si se me permite un último consejo,

cuando decida qué hacer con todo esto quizá le interese pensar en redactar un testamento, si aún no lo tiene.

Me siento mareada al volver a salir al calor del sol. Sigue siendo la misma tarde veraniega de hace una hora, pero la reunión con Jonathan lo ha cambiado todo para Katie y para mí. Busco el móvil para llamar a mi hermana, pero enseguida me doy cuenta de que es algo que tengo que contarle cara a cara. También necesito un poco de tiempo a solas para asimilarlo, porque creo que estoy en estado de *shock*.

Capítulo 7

Las piernas me tiemblan mientras me dirijo hacia el aparcamiento y me doy cuenta de que no estoy en condiciones de conducir. Necesito calmarme y recuperar un poco de serenidad antes de ponerme al volante, o acabaré teniendo un accidente. Decido buscar algún sitio donde sentarme a tomar un café y un trozo de tarta.

Mientras deambulo por el pueblo, me topo con todas las cadenas habituales, pero siempre me resultan un poco impersonales y corporativas. Cuando estoy en el trabajo voy a una cafetería preciosa cerca de la oficina, regentada por una familia italiana, y decido ver si encuentro algo parecido aquí. Tras una breve búsqueda, descubro un local en una calle lateral, bajando desde la sucursal de Lloyds Bank. El rótulo sobre la puerta luce una margarita hecha con granos de café, lo que me saca una sonrisa. Tiene buena pinta y hay mesas libres en la acera. Pido un café con leche y una porción de tarta de zanahoria y me siento en una de ellas.

Alzo la cara hacia el sol, cierro los ojos e intento hacer una lista mental. Tengo que hablar con Katie, por supuesto, pero está claro que necesitamos hacer algo con la cafetería con bastante urgencia. Abro los ojos, meto la mano en el bolso y saco un bolígrafo. No llevo papel, así que saco el Rolex del sobre para poder escribir en él. Hacer listas me ayuda a ordenar las ideas, y ahora mismo necesito desesperadamente poner algo de orden en el caos que tengo en la cabeza. Doy un sorbo al café y escribo: «Cafetería: ¿qué hacer?».

A partir de ahí me quedo en blanco y, por más que lo intento, no consigo pensar en una secuencia lógica. La cafetería tiene que

venderse, está claro, pero no tengo ni idea de cuál es la mejor manera de hacerlo. Por lo que parece, esta y los pisos podrían darnos a Katie y a mí unos buenos ingresos, pero ¿y si no encuentro a nadie que quiera alquilarlos? Si lo vendo todo de golpe, nos llevaremos una suma enorme a corto plazo, pero ¿es esa la opción más sensata? Me pregunto si la asesora financiera que me recomendó Jonathan tendrá alguna opinión al respecto. Es una decisión demasiado grande para mí ahora mismo. Vuelvo a coger el boli y añado otra línea a la lista: «¿¿¿Asesoramiento???».

Le pego un bocado enorme a la tarta de zanahoria; me parece deliciosa y adictiva. La abuela y yo por fin conectamos en la cocina y me gusta pensar que soy una repostera bastante competente, pero esta tarta está mejor que cualquiera que haya hecho yo. Supongo que será porque mi cuerpo está pidiendo azúcar a gritos para gestionar el *shock*, y parece que funciona. A medida que como y bebo, noto que las fuerzas me van volviendo a las piernas. Miro hacia abajo y veo el destello del Rolex en el bolso. Al menos eso es algo de lo que sí puedo ocuparme, pienso. Termino el café y la tarta, añado otra hora de aparcamiento a un precio escandaloso en la aplicación y salgo en busca del relojero que mencionó Jonathan.

Cuando lo encuentro, la tienda es pequeña y discreta. En el escaparate hay un gran surtido de relojes y otras joyas sobre cojines, con minietiquetas de precio colgando de cada uno con un cordel, pero todas están boca abajo, así que no puedo leerlas. Sobre la puerta hay una campanilla de las de antes que tintinea al abrir. Mis ojos tardan un momento en adaptarse a la penumbra, pero cuando lo hacen veo un largo mostrador de cristal con aún más relojes expuestos dentro. En algunas de estas etiquetas sí alcanzo a

ver las cifras, y los precios son tan altos que no puedo evitar negar con la cabeza. ¿Quién se gasta miles de libras en algo que, en esencia, solo da la hora?

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla?

El hombre detrás del mostrador es delgado, con unas gafas de lentes gruesas que le dan un ligero aire de búho. Meto la mano en el bolso y coloco el Rolex sobre el cristal y, al hacerlo, me doy cuenta de que marca una hora completamente distinta y de que la aguja del segundero está parada.

—Acabo de heredar esto —le explico— y me han dicho que quizá podría ajustarme la correa para que me sirva. Y acabo de darme cuenta de que no funciona, así que seguramente necesite una pila nueva.

El hombre coge el Rolex y lo examina casi con reverencia.

—Es una pieza preciosa, señorita. Su benefactor tenía muy buen gusto. Sin duda puedo ayudarla con ambas cosas. Empecemos por la segunda. Este es un reloj mecánico, así que no lleva pila.

Desenrosca con cuidado la corona y empieza a darle cuerda. Tras unas vueltas, se detiene y me lo enseña. Veo que la aguja del segundero se desliza ahora suavemente por la esfera. Espera a que llegue a la posición de las doce; entonces tira de la corona hacia afuera y pone la hora, guiándose por un reloj de pared detrás de él.

—Listo. Son relojes de una precisión extraordinaria, así que me he tomado la molestia de ajustarlo exactamente. También es sumergible, así que recuerde enroscar de nuevo la corona a la caja después de ponerlo en hora o de darle cuerda.

Me muestra cómo hacerlo.

—No sabía que todavía hubiese relojes de cuerda —le digo—. ¿Tengo que darle cuerda todos los días?

Empiezo a pensar muy seriamente que este reloj va a ser más trabajo del que merece la pena, y estoy tentada de preguntarle si me lo compra.

—Se siguen fabricando muchos relojes mecánicos, aunque Rolex es, con diferencia, la marca más conocida. A la gente le encantan porque son obras de artesanía magníficas además de relojes bonitos. —Acaricia la caja con el pulgar mientras habla—. Es casi como un ser vivo con un pequeño corazón mecánico. Un cuarzo te dará la hora, sí, pero un reloj mecánico tiene alma propia, algo que jamás podrá tener un cuarzo.

Alzo las cejas y él se da cuenta de que nada de lo que me acaba de decir tiene sentido para mí, así que cambia de enfoque.

—Para responder a su pregunta: lleva un mecanismo de carga automática que funciona con el movimiento de la muñeca, así que mientras lo lleve puesto y se mueva con normalidad, debería mantenerse cargado. Se parará si deja de ponérselo unos días, pero entonces bastará con darle cuerda y ponerlo en hora, como acabo de hacer. Ahora, veamos esa correa.

Me coloca el reloj en la muñeca y abrocha el cierre. Tras unos instantes de cálculos y mediciones murmurados, desaparece en la trastienda. Mientras espero, pienso qué voy a hacer con él. Por un lado, suena como un engorro, con su corazoncito mecánico y todas esas pamplinas que ha soltado, pero por otro está claro que significaba mucho para el tío abuelo Fred, y desde luego es bastante menos problemático que la cafetería, así que quizá debería quedármelo como muestra de agradecimiento hacia él.

—Ya está. Pruebe ahora.

Vuelve a colocar el reloj con todo cuidado en mi muñeca y abrocha el cierre. Ahora sí que se ajusta mucho mejor y muevo la muñeca de un lado a otro, intentando acostumbrarme a su peso. Me pasa un sobre diminuto.

—¿Qué es esto? —pregunto.

—Son los eslabones que he quitado de la correa. Guárdelos en un sitio seguro. Las pulseras de Rolex son notoriamente caras, así que tener los eslabones de sobra será importante si algún día quiere venderlo.

—Gracias. ¿Cuánto le debo?

—Nada en absoluto. Ha sido un placer poder ayudarla. Espero que lo disfrute durante muchos años. De verdad es una pieza preciosa. Si me permite una sugerencia…

—Adelante.

—No sé qué edad puede tener, pero quizá le convenga plantearse llevarlo a revisar, sobre todo si piensa sumergirlo en el agua alguna vez.

—Perdone, ¿ha dicho revisar?

—Sí. Tiene muchas piezas diminutas en movimiento que hay que mantener lubricadas y demás. Las juntas de estanqueidad también deberían revisarse y cambiarse con regularidad.

Está claro hacia dónde va. Me ha hecho el favor gratis para crearme una sensación de deuda y así poder venderme algo más grande, como esta revisión.

—Ya veo. ¿Es algo que usted puede hacer?

—Ay, no, qué va. Además de que no estoy autorizado por Rolex, no tengo el equipo para hacer las pruebas de estanqueidad. Pero

cualquier distribuidor oficial de Rolex debería poder ayudarla. Mappin & Webb en Bluewater probablemente sea el más cercano. No será barato, quizá seiscientas o setecientas libras, pero merece la pena por la tranquilidad.

Vale, quizá lo había infravalorado. Pero vuelvo a pensar que este cacharro es una auténtica carga. La revisión de mi coche no me cuesta tanto, y estoy segura de que este es bastante más complejo que un maldito reloj de pulsera.

—Entiendo. Muchas gracias.

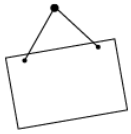
En realidad, no entiendo nada, pero si lo confieso igual se lanza a explicármelo y, de repente, tengo muchísimas ganas de salir de allí. Es como si hubiera entrado en una versión relojera de *Alicia en el país de las maravillas*, en la que todos los relojes han cobrado vida y exigen cosas cada vez más disparatadas.

Soy muy consciente del peso del Rolex en mi muñeca mientras vuelvo al coche, y estoy convencida de que todo el mundo lo está notando y mirando. No es cierto, claro; es solo que yo me siento increíblemente cohibida paseándome con varios miles de libras en la muñeca. La parte buena es que la tarta y la distracción del relojero excéntrico han conseguido que deje de sentirme floja, y por fin estoy lista para conducir a casa.

Al poner en marcha el coche, se me ocurre una idea. Rebusco entre los papeles que me dio Jonathan y encuentro la dirección de la cafetería, que introduzco en el navegador. Ya que estoy aquí, puedo ir a verla.

Cinco minutos después, estoy frente a una pequeña hilera de comercios y mis peores sospechas sobre la cafetería se confirman. Está muy descuidada, cosa que salta aún más a la vista por culpa de

la modernísima galería de arte que tiene al lado. También está cerrada; el cartel de la puerta indica que abre de 7.30 a 15.00 todos los días salvo el domingo, que cierra todo el día. Probablemente sea lo mejor, decido. Es un problema tanto de Katie como mío, así que será mejor que la veamos juntas.



Katie, la abuela y el abuelo están en el salón cuando vuelvo, haciendo un esfuerzo evidente por fingir que no llevan una eternidad allí, muertos de curiosidad por saber qué podía haberme dejado Fred. Decido, quizá con un punto de mala leche, hacerlos sufrir un poco.

—Ah, ya estás aquí. Has tardado —observa la abuela en cuanto entro, y oigo la falsa indiferencia en su voz. Sería una actriz pésima —. ¿Dónde está el elefante?

—No era un elefante —les digo—, al final era un reloj.

Me quito el Rolex y se lo doy.

—Madre mía, qué pesado. ¿De qué está hecho, de plomo? — exclama la abuela, pasándoselo a Katie—. ¡Vas a acabar con un brazo más largo que el otro si te lo pones!

Katie lo mira un momento antes de pasárselo al abuelo, que lo examina con atención.

—Es un Rolex —dice, tras leer la esfera—. Esto tiene que valer un buen dinero.

—Ocho mil quinientas libras, según el abogado —les digo, sonriendo.

La boca de la abuela se queda abierta de par en par y no puedo evitar reírme.

—¿Ocho mil quinientas? —repite—. Anda que no podrías hacer cosas con ese dinero. Yo lo vendería, en tu lugar. Seguro que te viene muy bien.

—Me lo estoy planteando —respondo—, pero antes tengo que ocuparme de otras cosas. El reloj es solo una parte de lo que el tío abuelo Fred nos ha dejado a Katie y a mí.

La cabeza de Katie se alza de golpe. Ya la tengo atenta. Momento de la gran revelación.

—Perdona, ¿acabas de decir que también me ha dejado algo a mí? —pregunta. Intenta sonar indiferente, pero lo hace casi tan mal como la abuela hace un rato.

—Sí. Entre las dos, Katie, hemos heredado algo menos de ochocientas mil libras en efectivo, dos pisos valorados en un cuarto de millón cada uno y una cafetería. Nos lo ha dejado todo.

El silencio atónito es tan intenso que, aunque el suelo está totalmente enmoquetado, se podría oír caer un alfiler.

—Ah, casi se me olvida —añado—. También hay un coche. Voy a poner la tetera. ¿Alguien quiere una taza de té?

Capítulo 8

Siguen sentados, inmóviles, cuando vuelvo con la bandeja de tazas. También he puesto unas galletas en un plato; no quiero ser la responsable de que a la abuela le dé un soponcio del susto. En cuanto reparto las tazas empieza el interrogatorio, y acabo contándoles prácticamente con pelos y señales mi reunión con Jonathan Moorhouse. A Katie le decepciona un poco no poder disponer de su parte de la herencia en efectivo de inmediato, pero se le pasa enseguida.

—¿Y qué vas a hacer con la cafetería, entonces? —pregunta el abuelo. Hemos acordado todos que tiene que ser mi máxima prioridad.

—He intentado pensar un poco en eso de camino a casa —les digo—. Está claro que hay que deshacerse de ella, pero no es el tipo de cosa que puedas poner en eBay y vender en una semana. Podría cerrarla y frenar la sangría, pero entonces se queda un local vacío ahí, sin hacer nada, y me parece un desperdicio. Además, me pregunto si no resultará más atractiva para un comprador si está abierta y funcionando, en lugar de con las ventanas tapiadas.

—Tiene sentido —concuerda Katie—. Así que la mantenemos abierta hasta que encontremos comprador. ¿Cómo evitamos que mientras tanto se convierta en un pozo sin fondo de pasta?

—En un sumidero de *mi* pasta —le recuerdo—. La tuya está bien guardadita.

—Sí, pero esta cafetería es de las dos —replica—. Aunque yo no pueda tocar el dinero todavía, te pagaré la mitad de todos los gastos

que tengamos hasta que la vendamos, en cuanto pueda.

Sonrío. Siempre ha tenido un carácter mucho más generoso que el mío, y este es el típico gesto grandilocuente que le encanta.

—Deja que revise bien los libros. Les eché un vistazo rápido cuando Jonathan me los dio, pero necesito entender los detalles antes de poder hacer un plan de verdad. Lo que está claro es que tenemos que echar a los contables. Nos están costando un dineral.

—¿Y puedes hacer eso? —pregunta la abuela.

—No veo por qué no. Por lo que puedo ver, estamos pagando potencialmente miles de libras al mes para que lleven la contabilidad, y yo soy más que capaz de hacerlo. No es un negocio complejo, desde el punto de vista contable, así que no creo que me lleve tantísimo tiempo.

—¿Sabes algo más del sitio? —pregunta el abuelo—. Por ejemplo, ¿cuánta gente trabaja allí? No se trata solo de números, Daisy. Tus decisiones pueden afectar a la vida de otras personas, acuérdate.

Suspiro.

—Lo sé, y lo último que quiero es dejar a nadie sin trabajo. Pero tenemos que ser un poco despiadadas, porque, si no, acabaremos sosteniéndolo hasta que nos quedemos sin dinero, y entonces estaremos otra vez donde empezamos. No parece precisamente el mejor uso del fondo de inversión de Fred, ¿no? Creo que deberíamos ir a conocerlos, sobre todo al cocinero. Como mínimo, habrá que darle las gracias por mantener aquello abierto y por cuidar del coche de Fred. También necesito entender un poco mejor el acuerdo del piso en el que vive. Está pagando cuatro perras.

—¡Deberíamos bajar mañana! —exclama Katie—. Podríamos ir de incógnito, para ver cómo es. Ellos no sabrán quiénes somos, así que

nos tomarán por clientas normales.

—No es mala idea, la verdad —asiento—. Pero también voy a concertar una reunión en condiciones con ellos. Le llamaré mañana por la mañana. También llamaré a los contables y les diré que llevaré yo los libros hasta que vendamos.

Con el esbozo de un plan, la abuela decreta que necesita algo bastante más interesante que una taza de té y una galleta para celebrar nuestro golpe de suerte y manda al abuelo a la tienda del barrio a por una botella de champán barato. Mientras está fuera, aprovecho para estudiar un poco más las cuentas. Por suerte, aparte de las facturas de Jonathan y los honorarios de la asesoría, los gastos de la cafetería parecen bastante bajos. Están los típicos costes de negocio y las facturas de suministros, además de los sueldos del personal y el coste de la comida en sí. Desgraciadamente, los ingresos también son irrisorios. Puede que con Fred en vida se mantuviera a flote, pero desde luego no prosperaba.

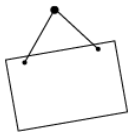
Me sorprende lo poco que cobra el cocinero. Una breve búsqueda en internet confirma que su sueldo es aproximadamente la mitad de lo que debería estar ganando, lo que corrobora mi sospecha de que el piso forma parte de su paquete. Eso explicaría el alquiler simbólico. Aparte de que la cafetería no gana dinero, no hay nada más en las cuentas que me preocupe. Creo que podría llevarlas al día sin demasiados problemas.

El abuelo se ha venido arriba y reaparece no solo con una botella de *prosecco* bien fría, sino también con pescado con patatas de la freiduría del barrio para todos. Nos sentamos a la mesa a disfrutar del festín y el abuelo propone un brindis por Fred, al que nos unimos

encantadas. Cuando terminamos, la abuela se ha ventilado dos copas de *prosecco* y está claramente achispada, así que nos regala uno de sus discursos fervientes.

—¡Siempre supe que al final las cosas os irían bien! —balbucea, agitando la copa con entusiasmo—. Tenéis tanto a vuestro favor, y ahora además tenéis los medios para hacer realidad vuestros sueños. Podéis dejar el pasado atrás y centraros en el futuro. Estoy tan feliz y tan orgullosa de vosotras.

Katie y yo nos miramos poniendo los ojos en blanco y sonreímos. Las dos sabemos que nunca podremos dejar el pasado atrás. No hay dinero en el mundo que recupere lo que hemos perdido. Pero es bonito ver a la abuela contenta, aunque el abuelo esté intentando convencerla con suavidad de que deje la copa antes de que la derrame toda.



Después de pasar la noche en vela, me levanto temprano y decido aprovechar mientras tengo impulso. Rebusco entre los documentos y llamo al número de la cafetería. Son las ocho de la mañana, así que deberían estar allí si las horas de apertura del cartel son ciertas.

—¿Diga? —Es una voz de mujer, y suena a irritación contenida.

—Hola. ¿Es el Nora's Diner? —pregunto, temiendo haber marcado mal. ¿No suele ser lo normal que los negocios digan su nombre al coger el teléfono?

—Sí. ¿En qué puedo ayudarla? —Desde luego está molesta, y no suena nada como alguien con ganas de ayudar.

—Me llamo Daisy Jones —continúo, intentando sonar lo más deferente posible para no cabrearla más. Igual está teniendo una mañana complicada—. Me preguntaba si sería posible hablar con el cocinero.

—Está trabajando, y no atiende llamadas personales en esta línea —me suelta, tajante, y me doy cuenta de que está a punto de colgarme.

—No es una llamada personal —aclaro, deprisa—. Mi hermana y yo somos las nuevas propietarias de la cafetería, y me gustaría concertar con él una hora para reunirnos y hablar de algunas cosas.

—Ya veo. Tendré que ver si puede hablar con usted. Estamos en una hora de mucho trabajo, ¿sabe? —me reprocha.

Noto que ha tapado el micrófono, porque de repente el sonido de fondo se amortigua. Por desgracia para ella, no lo suficiente como para que yo no oiga el desprecio en su voz cuando explica quién está al teléfono.

—Hola, Matt Stevens al habla. ¿En qué puedo ayudarla?

Esta voz, aunque cargada de cautela, suena por suerte mucho más amable, y me preparo para desplegar todos mis encantos.

—Hola, Matt, me llamo Daisy. Mi hermana y yo acabamos de enterarnos de que somos las nuevas dueñas de la cafetería. Me preguntaba si podríamos encontrar un momento para bajar a conocerle, enterarnos un poco mejor de cómo funciona y quizá comentar algunas opciones de cara al futuro.

—¿Cuándo tenía pensado? —pregunta.

—Esta semana, si puede ser.

—¿Qué tal hoy, a las tres y cuarto? Cerramos a las tres, así que no habrá clientes.

—Perfecto —le digo—. Tenemos muchas ganas de conocerle.

Mientras voy a la cocina a prepararme un café y una tostada, repaso mentalmente la llamada. Matt, el cocinero, suena como alguien que puede estar bien, pero la mujer… No sé quién será, pero le he cogido manía instantánea.

Las agujas del reloj parecen tardar una eternidad en llegar a las nueve, que es cuando puedo hacer mi siguiente llamada.

—Buenos días, Horncastle Accountants. —Otra voz de dicción impecable al teléfono. Normal que esta gente sea tan cara.

—Hola. Me llamo Daisy Jones y quería hablar con alguien sobre el Nora's Diner, en Sevenoaks.

—¿Puedo preguntar cuál es el motivo de su consulta? Como comprenderá, la mayor parte de la información que tenemos sobre nuestros clientes es estrictamente confidencial.

A diferencia de la recepcionista de Moorhouse & Edgerley, que resultó ser encantadora, esta mujer pretende evidentemente darme lecciones desde el primer instante. ¿Qué le pasa a todo el mundo esta mañana? No estoy de humor para seguir aguantando más batallas de egos por teléfono, así que decido ir directa a la yugular.

—Por supuesto —pongo mi vocecita más dulce—. El señor Jonathan Moorhouse, del despacho de abogados Moorhouse & Edgerley, me ha informado de que su empresa tiene contratado el servicio de contabilidad de la cafetería. Como nueva propietaria del negocio, llamo para rescindir ese contrato.

Hay una breve pausa, pero hay que reconocerle la sangre fría: cuando vuelve a hablar suena completamente imperturbable.

—Ya veo. Permítame pasarle con el señor Carter, uno de nuestros directores, que podrá asesorarla sobre los siguientes pasos.

La pausa se alarga y la musiquita de espera suena en bucle un par de veces antes de que una voz masculina se ponga al aparato.

—Señorita Jones, le habla Alan Carter. Tengo entendido que desea poner fin a nuestros servicios en relación con el Nora's Diner, en Sevenoaks.

—Así es —le confirmo.

—Ya veo. Por desgracia —y oigo cómo se le cuela un tono satisfecho, condescendiente—, no es algo que podamos hacer sin más por teléfono. Necesitaríamos que viniera a nuestras oficinas y aportara pruebas de que está legalmente autorizada para actuar en nombre del Nora's Diner antes de poder contemplar la posibilidad de entregar los libros. ¿Puedo preguntar por qué desea prescindir de nuestros servicios?

—Es muy sencillo —respondo—. La cafetería no puede permitírselos.

Al igual que a la recepcionista, mi franqueza parece dejarlo tan frío como antes. Sigue sonando igual de arrogante.

—Entiendo. Es una situación desafortunada. Sin embargo, le advertiría que puede pillarse los dedos en este caso. Si tiene en cuenta la gama de servicios que ofrecemos y el nivel de experiencia que hay en nuestro equipo, verá que nuestros honorarios son en realidad muy razonables. Es posible que encuentre empresas dispuestas a llevar la contabilidad por una cuota inicial más baja, pero probablemente le acabará saliendo más caro a la larga, porque no podrán optimizar su posición fiscal como nosotros. ¿Por qué no lo comentamos con calma cuando venga? Podría recibirla mañana por la tarde, a las dos y media, si le viene bien..

¿Pero quién se habrá creído que es? Dudo mucho que su empresa pueda «optimizar mi posición fiscal» con un negocio que apenas cubre gastos. Me muerdo la lengua mientras acepto la cita y colgamos. Me va a dar un gusto tremendo dejarlo con un palmo de narices.

—Buenos días.

Katie entra en la cocina en busca de café y desayuno. Se nota que acaba de levantarse: tiene el pelo hecho un desastre y los ojos llenos de legañas detrás de las gafas sucias de huellas.

—¿Quién era? —pregunta—. Tenías puesta tu voz de «sonrío mientras planifico tu asesinato».

A pesar de mi irritación, no puedo evitar reírme.

—He estado haciendo unas llamadas para organizar citas —le explico—. Primero, una tía en la cafetería echando pestes porque he osado interrumpirla haciéndole coger el teléfono, y acabo de terminar con uno de los contables más condescendientes con los que me he cruzado en mi vida.

—¿Les has dicho a qué te dedicas?

—No, he pensado que sería mejor guardármelo como sorpresa para cuando vaya.

—Me gusta. Entonces, ¿cuál es el plan?

—Tenemos que estar en la cafetería a las tres y cuarto para conocer a Matt, el cocinero. Él sí que sonaba majo, la verdad. Había pensado que podríamos llegar un poco antes y picar algo allí, ¿qué te parece?

—Yo encantada.

—También he pensado que deberíamos ir en tren. Le preguntaré al abuelo si nos puede acercar en coche hasta Paddock Wood.

—¿Por qué?

—Porque así podemos recoger el coche de Fred mientras estamos allí. Seguro que Matt se alegra de quitarse ese muerto de encima, y nos será más fácil decidir qué hacer con él en cuanto lo tengamos aquí. Estoy segura de que el abuelo tendrá mil ideas.

—Pensaba que no te gustaban los coches que no conoces.

—No me gustan, pero este tiene aparentemente menos de un año, y cuanto más pueda ir adelantando antes de volver al trabajo, mejor.

Se me ocurre algo y vuelvo a coger el teléfono.

—¿A quién llamas ahora?

—A Jonathan Moorhouse. Sigue siendo técnicamente el administrador hasta que se tramite el cambio, así que necesito asegurarme de que lo tengo todo en regla para la reunión con los contables de mañana. No quiero darles ninguna excusa para que me den largas.

Por suerte Jonathan está disponible y, tras explicarle la situación, me dice que espera presentar hoy mismo los papeles para traspasar la administración de la cafetería, así que debería poder darme la documentación necesaria para llevar a los contables a última hora de esta tarde o mañana por la mañana.

—¿Daisy? —se aventura Katie, cuando cuelgo.

—¿Qué?

—¿No se supone que mañana te ibas a la costa a pasar el resto de la semana con Paul?

Capítulo 9

Mierda. Tengo que reconocer que no he pensado en Paul ni un segundo desde que llegó la carta. Saco el móvil a toda prisa y le escribo un mensaje rápido.

Hola, lo siento mucho, pero ha surgido algo gordo que tengo que resolver. ¿Te parece bien si al final no bajo esta semana? Besos

No espero respuesta, porque cuando está de vacaciones le gusta remolonear en la cama, pero está claro que está despierto, porque los dos tics se vuelven azules casi de inmediato y veo que está escribiendo. Efectivamente, unos segundos después llega su contestación.

¿Todo bien?

Sí, tranquilo, ya te contaré todo cuando te vea. Perdona por esto. Espero que lo estés pasando bien.

Ok. Chao

Paul nunca ha sido precisamente hablador, ni en persona ni por mensaje, pero sus respuestas son aún más parcas de lo normal. En circunstancias normales empezaría a preguntarme por qué será y si lo habré enfadado de alguna manera, pero hoy no tengo espacio

mental para eso. Meto mi taza y mi plato en el lavavajillas y me voy al baño. Me lavo el pelo y me pongo suavizante en la ducha, y luego lo seco cuidadosamente con el secador y lo cepillo hasta que cae en suaves ondas por la espalda. Dedico el mismo cuidado al maquillaje, me echo un poco de perfume y me pongo mi traje de trabajo más elegante.

Cuando vuelvo, Katie sigue sentada en la mesa de la cocina, en pijama, charlando con la abuela.

—¿Vas a ir así vestida? —pregunta.

—Sí, ¿por qué?

—Por nada, es solo que es un poco…

—¿Un poco qué?

—Pues… que solo vamos a una cafetería. Parece que vas a un congreso.

—¿Demasiado?

—Tú verás, pero se supone que vamos a entrar al principio un poco de incógnito, ¿no? Creo que con eso vas a dar un poco la nota.

—Es verdad. Me he puesto el uniforme de chica poderosa para darme algo de seguridad, pero tienes razón. Es excesivo para un café de fritanga cutre. Ahora vuelvo.

Katie me sigue al dormitorio, donde paso casi media hora revolviendo el armario para encontrar un conjunto que diga «conmigo no se juega», pero que al mismo tiempo sea lo bastante informal como para no desentonar en nuestra visita encubierta. Ella se sienta en la cama y va comentando cada uno.

—¡Ese! —exclama cuando estoy delante del espejo con una camisa de cuadros rojos y blancos y unos vaqueros azules que me quedan como un guante.

—¿Seguro? —pregunto—. ¿No te parece un poco Calamity Jane?

—No, es perfecto. Vas informal pero segura. Si quieres, te ayudo a recogerte el pelo.

—¡Pero si acabo de lavármelo y secármelo!

—Bueno, tú verás, pero pensaba que recogido quedaría más profesional. Te puedo hacer un moño bajo muy mono.

Me miro otra vez en el espejo y tengo que darle la razón. A pesar de que me he arreglado el pelo lo mejor que sé, probablemente quedará mejor recogido. ¿En qué momento mi hermana de diecisiete años se ha vuelto tan sabia? Obediente, me siento y la dejo trabajar.

—Ya está —anuncia unos minutos después—. ¿Qué te parece?

Giro la cabeza de un lado a otro: está muy bien.

Sonríe.

—Ponte las BDF debajo y ya lo bordas.

—¿Las BDF? —pregunto.

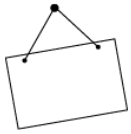
—Las Botas De Follar. Perdón, otra expresión del equipo de rugby —añade al ver cómo se me suben las cejas.

—¿Seguro que no hay nada que quieras contarme? Parece que tienes una relación muy estrecha con el equipo, con todas estas expresiones tan… ilustrativas que te sabes.

—Ojalá. Creo que ni me ven. Como soy invisible, no se molestan en cuidar sus palabras cuando estoy delante. No me importa. Solo sirve para demostrar lo patéticos que son. Sé prácticamente lo que opinan de todas las chicas de mi curso, además de toda su jerga. Igual me sirve de algo algún día, ya verás.

—Solo si por accidente viajas atrás en el tiempo y resulta que necesitas hablar neandertal —le digo, sonriendo—. ¿No tienes que ir preparándote? Deberíamos salir ya.

—Yo no tardo nada. Me doy una ducha rápida y me planto unos vaqueros y una camisa. Hoy solo soy la acompañante.



Cuando salimos de la estación de Sevenoaks, saco el móvil para ver cómo llegar a la cafetería, y me llevo una sorpresa agradable al ver que está a un par de calles. Efectivamente, unos minutos después Katie y yo estamos delante de la hilera de comercios que recuerdo de ayer. La cafetería resulta solo mínimamente más apetecible con las luces encendidas, y veo por la ventana que solo hay un par de mesas ocupadas.

—Quien haya pintado eso necesita unas clases de ortografía —comenta Katie.

Ayer no me fijé en lo que ponía en los cristales, pero ahora sí, y no le falta razón. En letras enormes se anuncian «Desayunos todo el días» y, aún más preocupante, «Asado tradizional».

Al empujar la puerta, lo primero que noto es un olor a grasa rancia. No es fortísimo, pero es desagradable. No hay nadie detrás de la barra, así que nos sentamos en una mesa y le echamos un vistazo a la carta, también plagada de faltas de ortografía.

—Creo que voy a pedir un bocadillo de beicon y una taza de té —dice Katie—. ¿Y tú?

—Un bocata de salchicha y un café, creo. ¿Cómo se supone que se pide aquí?

Levanto la vista y detrás del mostrador veo a una mujer entrada en años, bastante corpulenta, con los brazos cruzados y una

expresión de desprecio en la cara. Estoy segura de que es la misma con la que hablé por teléfono esta mañana. Sé que nos ha visto, pero no hace el menor amago de acercarse, así que me levanto de la silla y voy hacia la barra.

—¿Qué le pongo? —pregunta con voz aburrida.

Le digo lo que queremos y lo apunta en un bloc diminuto antes de teclearlo en una caja registradora viejísima. Saco la tarjeta de débito del monedero para pagar.

—Ocho con veinte. No aceptamos tarjeta —dice, como si hubiera intentado pagar con chapas. Vuelvo a guardar la tarjeta y le tiendo un billete de diez libras.

—¿Tiene veinte peniques? —pregunta.

—No, lo siento.

Suspira de forma exagerada mientras cuenta el cambio, lo deja sobre el mostrador y se da la vuelta para marcharse arrastrando los pies hacia la cocina con la comanda.

—No me gusta nada —le digo a Katie al volver a la mesa.

—Va a ser interesante ver cómo le cambia la cara cuando sepa quiénes somos —responde.

—Suponiendo que le cambie.

Unos minutos después, la mujer aparece en nuestra mesa con dos tazas y unos cubiertos, que deja caer con desgana. Sin decir palabra, se da la vuelta y se va a recoger otra mesa.

—No me lo puedo creer —murmuro, haciendo que a Katie se le escape una risita.

Nos lleva un rato decidir cuál es el té y cuál el café. Ninguno huele a nada, los dos tienen el mismo color y tampoco saben a gran

cosa. Al final concluimos que el que sabe a agua de fregar debe de ser el té y, por descarte, el otro tiene que ser el café.

—Es obvio que esto es soluble y, o es tan barato que no sabe a nada, o han sido increíblemente rácanos con la cantidad. Bastante caro me parece una libra setenta por esto —comento, tras unos cuantos sorbos del líquido abrasador—. ¿Qué tal lo tuyo?

—Fatal. Yo esperaba un té negro bien cargado, ya sabes. Esto es asqueroso, y la taza resbala, como si estuviera grasienta.

Nuestra reseña gastronómica se ve interrumpida por la reaparición de la mujer, ahora con dos platos en la mano.

—¿Bocadillo de beicon? —resopla.

—Yo —contesta Katie, y la mujer deja el plato delante de ella.

—Entonces este será el de salchicha —dictamina, plantándome el mío delante—. Las salsas están en la mesa. Sírvanse ustedes mismas.

Katie coge la salsa marrón y levanta la parte de arriba del pan para echarla sobre el beicon.

—¡La madre que…! —exclama—. ¡Si casi no hay beicon!

Miro el bocadillo, y tiene razón. Dos lonchas enanas parecen perdidas en el pan. Levanto la tapa del mío y, dentro de lo malo, he salido ganando, porque por lo menos parece bastante más lleno. Echo kétchup y le doy un mordisco.

—¿Qué tal? —pregunta Katie, mientras se acerca el bocata a la boca.

Espero a tragar antes de contestar.

—No creo que esto vaya a inquietar a ningún vegano, porque estoy casi segura de que no lleva carne. Y, si lleva, yo no la noto. El

kétchup es horrible también; al principio es extrañamente dulce y luego solo sabe a vinagre.

Al final ninguna de las dos se termina la bebida ni el bocadillo. Katie saca el beicon y se lo come solo, y yo doy un par de bocados más al bocata de salchicha antes de rendirme.

—A la porra —le digo—. Vámonos a tomar un café de verdad y un trozo de tarta. Vamos a necesitar toda la energía posible luego, y esto solo me deprime.

—Buena idea —responde, y nos apresuramos a salir, dejando la comida y la bebida a medio acabar sobre la mesa.

Acabamos de nuevo en la cafetería a la que fui ayer, y casi gemimos de gusto al sorber nuestras bebidas y morder la tarta. El contraste no puede ser mayor, y noto cómo me voy enfadando cada vez más con Nora's Diner. Ya no me sorprende que la recaudación sea tan ridícula; me asombra que recauden algo.

—Me estoy planteando seriamente si no nos saldrá más a cuenta cerrar esa maldita cafetería ahora mismo —le digo a Katie, después de terminar nuestras porciones—. Tiene tantas cosas mal que no sé ni por dónde empezar. Igual es más fácil vender el local vacío.

—Ha sido bastante lamentable, sí —admite.

—Y la tía esa… Creo que nunca he visto a nadie tan increíblemente borde. Cómo se va a quedar cuando se entere de quiénes somos.

—¿Qué vas a hacer?

—Pues, si cerramos la cafetería, supongo que deja de ser mi problema. Si decidimos mantenerla abierta mientras buscamos comprador, ya no lo tengo tan claro. No creo que pueda despedirla así sin más; imagino que habrá que pasar por una serie de trámites,

advertencias verbales, escritas y todo eso. Y, si es la única persona que trabaja allí además del cocinero, nos quedaremos sin manos. Pero desde luego no puede seguir como hasta ahora, eso también lo tengo clarísimo. Si no te echan para atrás la comida y la bebida, te echa para atrás ella.

Me sorprende la intensidad con la que me afecta todo esto. No tengo el menor interés en ser dueña de esta cafetería, pero, aunque ninguno de sus fallos sea remotamente culpa mía, de algún modo me siento responsable. Mientras reflexiono sobre este inconveniente, me doy cuenta de que voy a tener que intentar arreglar lo más urgente antes de venderla, porque en su estado actual va a ser casi imposible encontrarle comprador. La calidad del té y el café debería ser relativamente fácil de mejorar, igual que la de los ingredientes que usan. Me cuesta creer que comprar un beicon un poco mejor, que no desaparezca en cuanto lo fríes, y unas salchichas que sepan a algo vaya a destrozar el ya inexistente margen de beneficios. No tengo ni idea de qué voy a hacer con la mujer de la barra. No estoy segura de que nada que no sea un trasplante completo de personalidad pueda funcionar con ella.

Suspiro y vuelvo a centrarme en Katie.

—Bueno —le digo—. Vamos a ver qué tienen que decir en su defensa. ¿Lista?

—Lo que se dice lista… —responde—. Pero vamos allá.

Capítulo 10

Cuando llegamos a la cafetería, el cartel de «cerrado» vuelve a estar puesto, pero veo a tres personas sentadas en una de las mesas mientras llamo a la puerta. Está la mujer de antes, un tipo que debe de ser Matt, el cocinero, y una chica de la edad de Katie, más o menos. Matt descorre el cerrojo para dejarnos pasar y, en cuanto cruzamos el umbral, cae un silencio incómodo. Me siento un poco como en un espagueti wéstern, con dos bandos enfrentados midiéndose antes del tiroteo. La música de *El bueno, el feo y el malo* empieza a sonar en mi cabeza. Ni siquiera es una película que me guste, pero al abuelo le encantan los wésterns, así que hemos tenido que ver unos cuantos a lo largo de los años.

—Hola, tú debes de ser Matt —digo para romper el silencio, y mi voz rezuma alegría impostada—. Yo soy Daisy, y esta es mi hermana pequeña, Katie.

Me tiende la mano y se la estrecho. Me da un apretón firme, pero sin aplastarme. Es más joven de lo que esperaba; de hecho, diría que no es mucho mayor que yo. Tiene el pelo oscuro, muy corto al estilo rapado, y unos ojos color chocolate que se arrugan en las comisuras, como si sonriera mucho. No es guapo en el sentido convencional —se nota que se rompió la nariz en algún momento y tiene una cicatriz en la mejilla izquierda—, pero tampoco resulta poco atractivo. Es de pecho ancho, con unos brazos fuertes y musculosos que asoman por las mangas de la camiseta. Me alivia ver que su expresión es inquisitiva más que abiertamente hostil. Claro que eso puede cambiar en cuanto diga lo que vengo a decir.

—Bienvenidas a Nora's Diner —responde. Se vuelve hacia la mujer que conocimos antes—. Esta es Rita. Lleva aquí… ¿cuánto, diez años ya?

—Casi once —replica Rita, con un resoplido. Es evidente que espera que me impresione o me acobarde con su antigüedad—. Me trajeron cuando Nora se volvió demasiado débil para poder llevarlo todo ella sola.

Nos clava a Katie y a mí una mirada intensa, y su voz se vuelve hostil.

—Vosotras dos habéis estado aquí esta mañana. Ni siquiera os habéis comido lo que habéis pedido. He tenido que tirar comida perfectamente buena a la basura. ¿Qué estabais haciendo, espiándonos?

—Estoy segura de que tiene una explicación inocente, Rita —interviene Matt—. Probablemente solo estaban intentando hacerse una idea del sitio para poder trazar un plan.

—Oh, ya sé cuál es su plan —prosigue ella con desdén—. Van a vender la cafetería y librarse de nosotros. Si no, ¿para qué iban a pedir una tasación, eh? Ya se lo dije a mi Derek: «Lo único que les interesa es hacerse con el dinero. Nos largarán a todos, y la comprará alguna cadena horrible, como en todas partes».

Desde luego, la mujer tiene tela. Cada vez que pienso que no puede ser más maleducada, consigue sorprenderme. Estoy decidida a ser educada y cordial, pero me lo está poniendo difícil.

—Esta —dice Matt, con firmeza, señalando a la chica y cortando a Rita— es Bronwyn. Viene los sábados, y también cubre los turnos de Rita entre semana si ella no puede venir por la razón que sea.

—Mi Derek sufre horrores con la gota —retoma Rita—. A veces no puede ni levantarse de la cama, y yo no puedo dejarlo cuando está así.

Esta vez la ignoro a propósito y me acerco a darle la mano a Bronwyn. Es guapísima, con unos ojos azules enormes y un salpicado de pecas claras sobre la nariz, ligeramente respingona. Tiene la boca ancha, y cuando sonríe le asoman unos dientes igualados. Lleva el pelo, de varios colores, cortado muy corto, en un estilo pixie que favorece muchísimo sus facciones delicadas. Desprende un aire bohemio, *hippie-chic*, con múltiples pendientes en las orejas, camiseta blanca, peto corto vaquero y unas Dr. Martens floreadas. Unas gafas de sol grandes, tipo aviador, descansan sobre su cabeza.

—Encantada de conocerte, Bronwyn —le digo—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Un par de años. Empecé justo después de cumplir los dieciséis. También trabajo en una galería de arte en el centro del pueblo. Soy artista, y a veces venden algunos de mis cuadros.

Tiene sentido. Parece artista, pienso.

—¿Os gustaría echar un vistazo? —pregunta Matt. Es evidente que está en su mejor versión mientras intenta situarnos.

—Si os parece, ¿hablamos primero?

Tiro de la silla que está junto a Bronwyn y me siento; Katie se coloca a mi lado. Matt se sienta junto a Rita, que se queda mirando la mesa fijamente, negándose a cruzar miradas conmigo. Vuelve a imponerse un silencio tenso.

—Bien —empiezo—. Voy a ser completamente franca con vosotros y deciros que no tengo ni idea de cómo se lleva una cafetería, y que

probablemente estoy tan en *shock* como vosotros por la situación en la que estamos. Apenas conocía a mi tío abuelo, así que esta herencia ha sido una enorme sorpresa.

—Que te viene de perlas, ¿verdad? —masculla Rita, lo bastante alto como para que la oiga.

La ignoro y sigo adelante.

—Lo que sí entiendo son los libros. Soy contable, así que eso es pan comido para mí. La realidad, tal y como la veo, es que este sitio apenas cubre gastos. De hecho, desde que murió el tío abuelo Fred, ha estado generando unas pérdidas enormes, porque la asesoría que el bufete que gestiona la herencia nombró para llevar las cuentas cobra una barbaridad. Y eso, evidentemente, no es sostenible.

—Ya, ya —murmura Rita otra vez—. Aquí viene el rollo, para que podáis sentiros mejor cuando vendáis y os libréis de nosotros, y tú y tu hermana os vayáis más contentas que unas castañuelas con el dinero de Fred y sin ningún cargo de conciencia por dejarnos sin trabajo.

Estoy a punto de perder la paciencia con ella, pero sé que lo que busca es precisamente provocarme, así que me muerdo la lengua y continúo.

—Tienes razón, Rita. Vender es una opción y, en estos momentos, es la más atractiva. Ya he dicho que no sé nada de llevar una cafetería, pero sé lo bastante como para ver que aquí hay fallos muy serios.

Consigo por fin llamar su atención y sacarla de quicio, porque levanta la cabeza de golpe y sus ojos azules, apagados, se clavan en los míos. Bien.

—¿Qué fallos? —pregunta, y su voz resuena con hostilidad.

—No quiero faltar a la memoria del tío abuelo Fred —respondo—, pero este sitio está muy dejado. Habría que invertir mucho dinero para ponerlo en condiciones, y eso antes siquiera de llegar a la comida y la bebida. Siento decirlo así, pero el té y el café que hemos tomado eran asquerosos, el beicon se ha quedado en nada al cocinarse, y las salchichas sabían a cartón.

Sé que mis palabras son duras, pero no sirve de nada endulzar los problemas. Miro a Matt y me sorprende que no parezca ofendido, por lo menos de momento. Rita, en cambio, parece a punto de explotar.

—¡Nadie se ha quejado nunca! —revienta, furiosa—. No todos podemos permitirnos comida pija orgánica o lo que sea que suelas comer. Algunos tenemos que vivir en el mundo real, ¿sabes?

Pero ¿se puede saber quién se cree que es? No sabe absolutamente nada de mi vida ni de lo que he pasado. Noto cómo me empiezan a escocer en los ojos unas lágrimas calientes y de rabia, y trago saliva con fuerza para contenerlas. Si cree que va a romperme, lo lleva claro. Me tomo un momento para recuperar la compostura antes de seguir.

—Supongo que no se han quejado porque sencillamente se han ido a otra parte. Este sitio se está muriendo, sin exagerar. —Le clavo la mirada. Estoy tan harta de ella que ya no me importa cuánto pueda herir sus sentimientos—. Así que estas son las opciones tal y como yo las veo. Podríamos cerrar ya, cortar por lo sano y salir corriendo. Podría intentar arreglar los peores defectos con la esperanza de atraer a un comprador que se la quedara tal cual, o podríamos enterrar una montaña del dinero de Fred aquí, para

probablemente perderlo todo y tener que vender igual. ¿Qué harías tú, Rita, si estuvieras en nuestro lugar?

Pasamos un buen rato mirándonos a los ojos. La música de *El bueno, el feo y el malo* vuelve a sonar en mi cabeza. Al final, habla.

—Haría lo que Fred habría querido. Salvaría la cafetería, costase lo que costase.

Me doy cuenta con horror de que me ha adelantado por la derecha. No tengo forma de saber si lo que acaba de decir es verdad o no. Si lo es, y yo no intento salvar la cafetería, entonces probablemente no sea mejor que lo que ella piensa de mí. Estoy rompiéndome la cabeza para dar con una respuesta a la altura cuando me doy cuenta de que Matt está hablando.

—Eso no es verdad, Rita, y lo sabes —dice, con una firmeza sorprendente—. A Fred la cafetería le importaba un bledo. Siempre fue el sueño de Nora y, aparte de llevar las cuentas y decirme de vez en cuando que recortara gastos, no mostró el más mínimo interés desde que ella murió.

La boca de Rita se abre y se cierra como la de un pez dorado, pero no sale sonido alguno, y me doy cuenta de que Matt puede que haya venido a rescatarme.

—Cuéntame más —lo animo, en parte porque quiero escuchar algún dato que desmonte la teoría de Rita, y en parte para ganar tiempo antes de tener que volver a batirme con ella.

—Nora adoraba este sitio —explica Matt—. Volcó en él toda su energía. Cuando empecé, teníamos una carta completa, con un turno regular de platos del día a la hora de la comida, además de tartas y pasteles caseros. Era muy exigente con la calidad y teníamos fama de servir el mejor desayuno caliente de Sevenoaks.

No era raro que hubiera cola en la puerta esperando a que se quedara una mesa libre. Cuando murió, todo cambió. A Fred la calidad no le importaba como a ella, solo le interesaba el margen de beneficios. Sustituyó todos los ingredientes por otros más baratos y, claro, la gente empezó a dejar de venir. Según bajaba la recaudación, él seguía recortando costes, comprando cosas cada vez peores. Intenté explicarle que estábamos espantando a los clientes, pero no me escuchaba. Al final, solo lo veía como una carga. No me habría sorprendido que la hubiera puesto a la venta él mismo si hubiera vivido un poco más.

—Entonces, si fueras yo, ¿qué harías? —le pregunto.

Se queda pensando un momento.

—La verdad, no lo sé. Sé que aquí hay muchas cosas mal, y más de una vez he estado a punto de dejarlo, pero le debo mucho a Nora y no puedo hacerle eso a los clientes. La mayoría de nuestros parroquianos son mayores, y venir aquí a tomar un café y un poco de desayuno es el único contacto social que tienen. Si cerramos, algunos no tendrán ningún sitio a donde ir; se quedarán en sus pisos, apagándose poco a poco hasta que se mueran. Me encantaría ver el café como estaba en los tiempos de Nora. Creo que ella dio con la fórmula, y era una maravilla estar aquí cuando aquello estaba a rebosar. Sé que es un riesgo, pero yo intentaría salvarlo si tuviera el dinero. Eso sí, no te reprocharía que decidieras vender.

—Gracias —le digo, antes de volverme hacia Bronwyn—. ¿Y tú qué harías?

Se ríe.

—A mí no me metas en esto, que solo vengo los sábados. Mira, me encanta este sitio, pero entiendo perfectamente lo que dices.

Está hecho una mierda, pero los clientes son un amor. Si cerráis, yo estaré bien, porque Gary, el de la galería, seguramente me dé más horas.

—Se supone que te irás a la universidad en algún momento, ¿no? —le pregunto.

—No. Quiero trabajar en mi porfolio y darme a conocer, en vez de perder tres años de mi vida asistiendo a clases y escribiendo ensayos sobre cómo lo hicieron otros.

Veo por el rabillo del ojo cómo se le desencaja la mandíbula a Katie. Bronwyn también se da cuenta, porque corrige el rumbo enseguida.

—No me malinterpretes. Sé que la universidad está muy bien para mucha gente, y que hay montones de trabajos a los que solo puedes aspirar si has ido a la uni. Simplemente no es lo mío. Tengo buena nota en secundaria, así que siempre me quedará esa vía si mi plan actual no funciona, pero nunca lo voy a saber si no lo intento a mi manera, ¿sabes?

No puedo evitar sonreír ante la actitud valiente de Bronwyn. Ojalá le vaya bien, pase lo que pase con la cafetería. Vuelve a hacerse el silencio, y soy consciente de que están esperando a que yo mueva ficha.

—Vale, gracias a todos —digo, levantándome—. Tenemos muchísimo en lo que pensar, y necesito hablarlo en serio con Katie. Os prometo que, sea cual sea la decisión que tomemos, tendremos muy en cuenta todo lo que se ha dicho hoy. Soy consciente de que ya os he robado bastante tiempo, así que os dejo marchar.

Bronwyn sonríe de oreja a oreja y nos desea suerte antes de ponerse las gafas de sol y desaparecer bajo la luz de verano. Siento

un enorme alivio cuando Rita también se levanta y se marcha dando zancadas, sin añadir más pullas. Parece algo desinflada tras la descripción de la situación por parte de Matt, pero no siento ninguna pena por ella.

No estoy más cerca de saber qué hacer con esta cafetería, pero de algo sí estoy totalmente segura: Rita me cae muy pero que muy mal.

Capítulo 11

—Siento lo de Rita —me dice Matt en cuanto nos quedamos solos los tres y vuelve a echar el cerrojo a la puerta—. No sé muy bien qué le ha pasado hoy.

—¿Me vas a decir que normalmente es un cielo con un corazón enorme? —pregunto, con la incredulidad bien marcada en la voz.

—No. Siempre ha sido arisca, pero normalmente se las arregla para ser un poco más diplomática que hace un momento. Probablemente solo necesite conoceros un poco mejor.

—Ya, el problema es que ha sido igual de borde cuando hemos entrado antes, y entonces no tenía ni idea de quiénes éramos Katie y yo. Si se muestra así de desagradable con los clientes, tenemos un problema serio.

—Ahí no puedo ayudarte mucho —responde—. Yo siempre estoy en la cocina, no veo lo que pasa fuera. En fin, ¿queréis echar un vistazo ahora?

En ese momento, mi móvil vibra con un correo electrónico de Jonathan Moorhouse. Le pido disculpas a Matt y me doy la vuelta para leerlo. Paso rápidamente por las cortesías de rigor para llegar al meollo: Jonathan ha presentado toda la documentación para transferirme la administración de la cafetería, tal como prometió. Su secretaria ha redactado una carta que puedo llevar mañana a la asesoría, y puedo pasar a recogerla por recepción cuando me venga bien. También dice que ha enviado los formularios al banco y que solo tengo que pasar por allí para enseñar el DNI y firmar unos documentos delante de ellos para quedar registrada como titular de

la cuenta del negocio. Por último, me informa de que ha transferido una libra a mi cuenta de ahorros y que enviará el resto en cuanto confirme la recepción. Abro la aplicación en el móvil y veo que esa libra ya ha llegado. Le contesto deprisa para darle las gracias y decirle que la he recibido y que pasaré a recoger los papeles en breve. Miro el Rolex, que me indica que ya son las cuatro. El banco cierra en media hora.

—Me encantaría poder ver todo esto con calma, y también los pisos —le digo a Matt—, pero acabo de recibir un correo del despacho y tengo que recoger unas cosas y llegar al banco antes de que cierre. Mañana tengo cita con los contables a las dos y media. ¿Te parece bien que vuelva después?

Frunce el ceño.

—Los miércoles suelo ir al hipermercado en cuanto cerramos —me explica—. Hasta las seis no estaré de vuelta, me temo.

De pronto se me ocurre una idea y, como necesito salir de aquí ya mismo para no perder el banco, la suelto sin pensarla del todo.

—Mira, no creo que la reunión con los contables dure más de una hora. ¿Qué te parece si vengo directamente aquí cuando termine, y tú y yo vamos juntos al hipermercado? Podemos ver si encontramos productos de mejor calidad. Y luego, cuando volvamos, me enseñas todo.

Matt se queda callado; me doy cuenta de que he sido demasiado brusca.

—Perdona —reculo—. No quiero imponerte nada, es solo que el lunes vuelvo al trabajo y he pensado que podría ser una buena oportunidad…

—De hecho, me parece buena idea —me interrumpe—. Me has pillado un poco por sorpresa, pero sí. Te enseñaré lo que suelo comprar y lo que me gustaría comprar. Hagámoslo, si a ti te conviene.

—Genial. Y ahora, siento ser maleducada, pero tenemos que salir pitando. ¿Tienes las llaves del coche de Fred? Quería llevármelo hoy.

—Están arriba, en mi piso, pero hace semanas que no lo arranco; se ha quedado sin gasolina. Llevo tiempo pensando en llenar el bidón para echarle un poco, pero no he encontrado el momento. Lo siento.

Se me debe de notar la frustración en la cara, porque continúa:

—Mira, ¿por qué no os subo a las dos al centro en mi furgoneta? Recogéis los papeles y vais al banco mientras yo lleno el bidón. Luego volvemos, echo gasolina al coche y ya podéis iros.

—¿Seguro? No quiero darte trabajo de más.

Miento. Sí quiero. Es mi única esperanza de llegar hoy al banco. Sé que no sería el fin del mundo, porque podría ir mañana por la mañana, pero no quiero retrasarlo todo más de la cuenta. Si algunas gestiones se me pasan a la semana que viene, se van a volver mucho más difíciles de tramitar.

—Ningún problema. Venid conmigo.

Nos conduce por la cocina hasta la puerta de atrás, la mantiene abierta mientras pasamos y cierra con cuidado cuando estamos los tres fuera. Bajamos por un pasillo corto hasta la puerta exterior, que se abre a la luz del sol. Detrás de la cafetería hay dos plazas de aparcamiento. Una la ocupa un coche cubierto de polvo, que supongo que será el de Fred, y la otra, una furgoneta Transit que, sin duda, ha conocido días mejores. No sé cuántos años tendrá, pero

la pintura está mate y se ven varios puntos donde el óxido ha abierto boquetes. La puerta del conductor cruje anunciando la tragedia cuando Matt tira de ella hacia sí, y me enfrento a mi dilema. Preferiría morderme el puño antes que recorrer ni cien metros en una trampa mortal como la furgoneta de Matt, pero ya he cometido la estupidez de aceptar no solo que nos acerque hoy al centro, sino también que vayamos mañana juntos al mayorista. Noto cómo me sube la ansiedad cuando abro la puerta del lado del pasajero y descubro que no hay airbags delante del asiento de Katie y del mío. Matt debe de darse cuenta de mi reticencia, porque sonríe.

—No te preocupes. Sé que ya ha pasado su mejor época, pero hasta ahora nunca me ha dejado tirado.

Para demostrarlo, gira la llave y el motor arranca con un ruido atronador. Una pequeña nube de humo negro sale del tubo de escape y se disipa con la brisa. Dios, no sé si voy a poder hacerlo.

—Es solo un momento, ya verás que no pasa nada —me susurra Katie al oído—. Súbete.

Me hace falta todo el valor del que dispongo para encaramarme al asiento central, y estoy temblando de nervios mientras intento abrocharme el cinturón. Matt se apiada de mí y se inclina para engancharlo en la hebilla. Aprieto las manos con fuerza y me aferro a las palabras de Katie. La lógica me dice que tiene razón. Las probabilidades de que nos pase algo en un trayecto de cinco minutos, en una zona limitada a treinta, son ínfimas. Pero eso no impide que el corazón me vaya a mil ni que me suden las palmas.

Matt saca la furgoneta marcha atrás con mucha soltura y, por suerte, parece totalmente ajeno a mi creciente pánico mientras sube la cuesta hasta el centro. El trayecto dura literalmente un par de

minutos, pero siento que he envejecido diez años cuando aparca frente al Lloyds Bank.

—Voy a echar gasolina al bidón y os veo en la oficina del abogado —dice mientras nos bajamos—. ¿Cuál era?

—Moorhouse & Edgerley —le respondo.

—Ah, sí, ya sé cuál es. Nos vemos luego.

Se aleja rugiendo, dejando otra estela de humo negro, y nosotras echamos a correr hacia el banco. A esta hora no hay cola, así que voy directa a la ventanilla. Cuando le explico a la empleada a qué vengo, el trámite resulta sorprendentemente eficaz. Llevo en el bolso la misma documentación que enseñé a Jonathan, así que solo tardamos unos minutos en completar los formularios restantes. La cajera me asegura que ya está todo en orden.

—Una última cosa —le pregunto—. ¿Sería muy complicado conseguir un datáfono para la cafetería?

Me explica los términos y condiciones, incluidas las comisiones por operación, y luego me ayuda a rellenar el formulario de solicitud. En teoría, la máquina llegará en el plazo de una semana. Cuando terminamos, el banco ya ha cerrado y tienen que abrir la puerta para dejarnos salir. Katie y yo casi corremos hasta las oficinas de Moorhouse & Edgerley, y llegamos con cinco minutos de margen.

—El señor Moorhouse ha dejado aquí todo lo que necesita —me informa la recepcionista, con su acento impecable—. Si tiene cualquier problema mañana, pide que se ponga en contacto directamente con él y hará lo posible por ayudarla. También le desea mucha suerte. —Sonríe.

—Es muy amable por su parte. Muchas gracias, hágale llegar mi agradecimiento.

Matt nos está esperando cuando salimos del despacho y, una vez más, tengo que obligarme a plantar cara a mis miedos mientras nos baja en la furgoneta por la cuesta y aparca detrás de la cafetería. Saca del maletero un bidón verde mugriento y lo deja junto al coche de Fred.

—Voy a por las llaves al piso —dice—. Luego llenamos el depósito y listo. ¿Queréis subir o preferís esperar aquí?

Katie y yo decidimos esperar fuera y él desaparece por la puerta, para reaparecer un par de minutos después con las llaves. Abre el coche, quita el tapón del depósito y vierte el contenido del bidón.

—Ya está —dice, cuando termina y vuelve a colocar el tapón—. Solo es un galón, pero os bastará para llegar a una gasolinera. Si al salir a la carretera giráis a la izquierda, hay una a unos pocos cientos de metros. Antes de que os vayáis, otra cosa. He apuntado mi número por si necesitáis localizarme por cualquier motivo. Es más fácil que llamar al fijo de la cafetería y tener que lidiar con Rita. Y si alguna vez necesitáis algo fuera de horario, este es el mejor número.

Me tiende un papelito con su número y lo apunto en el teléfono. Luego le mando un mensaje para asegurarme de que lo he metido bien, lo que a su vez le da mi número a él. Acordamos que le llamaré en cuanto salga de la reunión con la asesoría mañana, y Katie y yo nos subimos al coche de Fred. Matt se retira discretamente de vuelta a su piso, dejándome trastear tranquila con los mandos del Micra.

—Es muy majo, ¿verdad? —comenta Katie mientras meto la marcha atrás y saco el coche de la plaza con cuidado. El parabrisas está hecho un asco y tardo unos segundos en encontrar el botón del

limpiaparabrisas, así que no respondo enseguida. Ella interpreta mi silencio como una invitación a seguir.

—Quiero decir, Rita es una bruja de mucho cuidado, pero tanto Matt como Bronwyn me han caído muy bien. Y Matt, en particular, parece preocuparse de verdad por el sitio; hoy se ha desvivido por ayudarnos, ¿no?

—Mmm —respondo.

No discrepo para nada, pero estoy concentrada en cogerle el punto al embrague, al freno y al acelerador del Micra; los noto muy distintos a los de mi coche. Lo último que quiero es calarlo o salir dando trompicones. Espero a tener un hueco mucho más grande de lo habitual antes de incorporarme y partir. Matt tenía razón: la aguja marca que por lo menos hay gasolina, pero el piloto de reserva sigue encendido, así que paramos en la estación de servicio y lleno el depósito. Veo que hay un túnel de lavado, así que aprovecho y compro una ficha mientras pago el combustible. Después de unas maniobras delicadas para llegar de los surtidores al túnel de lavado, Katie y yo nos recostamos en los asientos mientras los cepillos se encargan de quitar toda la suciedad, las cagadas de pájaro y el polvo, y dejan al descubierto una elegante pintura azul oscuro.

—Entonces, ¿qué te han parecido? —insiste Katie.

—Matt ha sido muy amable, estoy de acuerdo, aunque tengo que buscar una excusa para no volver a subirme a esa furgoneta. ¡Sentía que me daba un infarto! De ninguna manera puedo ir hasta el hipermercado y volver en esa tartana.

—¿Sabes dónde está el hipermercado?

—Ni idea, pero esté donde esté, está demasiado lejos como para ir en ese cacharro.

—¿No crees que —pregunta, bajando la voz y adoptando un tono suave— igual estás teniendo una reacción un pelín exagerada? Sé que el coche de mamá y papá era una chatarra, pero eso no significa que todos los coches o furgonetas destartalados vayan a acabar en un accidente gordo.

—Sé que tienes razón, Katie, pero no lo puedo evitar. No me sentía segura y punto.

—A lo mejor deberías ir con él mañana. Ya sabes, desensibilizarte un poco.

—Ay, calla y mira cómo se vuelve a casa —respondo, pasándole el móvil.

Mientras ella trastea con el navegador, repaso mentalmente la reunión de esta tarde. Tiene razón: tanto Matt como Bronwyn son encantadores, y Matt siente una pasión que no esperaba por la cafetería. Nuestra decisión acaba de volverse muchísimo más complicada.

Capítulo 12

Teniendo en cuenta todo lo que tengo en la cabeza, me sorprende lo bien que duermo, y todavía me sorprende más descubrir que ya son más de las diez cuando me despierto. Supongo que todo ha sido bastante intenso desde que volvimos de Mallorca. Tengo la sensación de que llevo semanas ocupándome de la cafetería, en vez de un par de días, que es lo que ha sido en realidad.

—Te digo que sería perfecto para ti, Katie —proclama el abuelo cuando entro descalza en la cocina en busca de café.

No tengo ni idea de qué está hablando, pero desde luego Katie no parece muy entusiasmada. Evita mirarle y se concentra en recoger con el dedo las migas de tostada del plato.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—El abuelo dice que debería quedarme yo con el coche de Fred. Por lo visto, ya lo ha investigado todo y tiene un motor pequeño, así que debería ser barato de asegurar.

—Además, es prácticamente nuevo —añade el abuelo—, así que tiene todos los últimos chismes de seguridad, lo cual ya sé que te tranquiliza a ti, Daisy. Es el cochecito perfecto para que Katie se mueva por ahí.

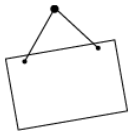
—En realidad tiene razón —le digo, después de pensar un par de segundos—. Ya sé que no te hace una ilusión loca aprender a conducir ni nada de eso, pero es una habilidad útil para la vida, algo que deberías saber hacer. Si lo aseguramos y lo ponemos todo a tu nombre, y buscamos un profesor, podrías usarlo para practicar entre clase y clase. El abuelo podría sacarte a practicar.

—¿Ah, sí? —replica él—. Yo pensaba que te haría ilusión a ti tener ese privilegio.

—¡Ni de broma! Bastante justita voy cuando conduzco yo; como para encima llevar a una aprendiza. Sería un desastre.

Ahora es el abuelo quien no parece tan entusiasmado. Su idea brillante se le ha vuelto un poco en contra, pero sabe tan bien como yo que sería pésima profesora para Katie.

—Vale —suspira ella, después de una larga pausa—. Daré unas clases y ya veremos cómo va la cosa. Pero no prometo nada.



El resto de la mañana, una vez que me he duchado y vestido, se nos va en tramitar la solicitud del carné provisional de Katie, rellenar el papeleo para transferir el coche de Fred a su nombre y reservarle plaza con un profesor de la zona. Es una concesión enorme por su parte, porque siempre ha dejado clarísimo que no tiene ni el más mínimo interés en aprender a conducir, así que el abuelo y yo queremos asegurarnos de dejarla bien atada antes de que tenga ocasión de echarse atrás. El presupuesto del seguro es desorbitado, por mucho que el abuelo asegurara que no sería para tanto, pero seguimos adelante de todas formas.

Miro la aplicación del banco en el móvil y el nuevo saldo de mi cuenta de ahorros me da hasta mareo. No pienso dejar ahí todo ese dinero, así que llamo a la asesora financiera que me recomendó Jonathan y quedo con ella para el viernes por la mañana. Me hace unas cuantas preguntas sobre lo que quiero conseguir, que me

cuesta responder porque nunca he tenido que pensar en cantidades como estas, y promete preparar algunas ideas para que las veamos juntas en la reunión.

Después de un sándwich rápido, vuelvo a poner rumbo a Sevenoaks, esta vez para reunirme con la asesoría contable. Llevo la documentación de Jonathan en el asiento del acompañante y me doy cuenta de que, en realidad, tengo muchas ganas de esta reunión. Resulta que las oficinas de los contables están bastante cerca de la cafetería, así que, en vez de pagar por aparcar, meto el coche en la callecita que lleva a las plazas de detrás. La furgoneta de Matt está en su sitio de siempre, pero me sorprende ver que la plaza de Fred ya la ocupa un utilitario rojo. Por suerte, tengo justo el espacio para encajar mi coche en horizontal detrás de las dos plazas, sin que asome más allá de nuestra zona de aparcamiento. Llamo un par de veces a la puerta trasera de la cafetería, pero nadie contesta, y caigo en la cuenta de que Matt probablemente no me oye llamar por el pasillo que hay entre la puerta y la cocina, así que saco el móvil y le llamo.

—¡Te has adelantado! No esperaba que llamaras hasta dentro de una hora y media —dice cuando descuelga.

—Todavía no he ido. Estoy en la puerta de atrás. ¿Me abres?

Cuelga y, un par de segundos después, se abre la puerta.

—¿De quién es ese coche? —pregunto, señalando el utilitario rojo.

Sonríe.

—Adivina.

—¿Es de Rita?

—A la primera.

—Es increíble. Podría, como mínimo, haber preguntado. Bueno, ahora no tengo tiempo de ocuparme de eso. Se quedará ahí hasta que yo acabe en la asesoría. A ver si así aprende la lección. ¿Te importa que te deje bloqueado?

—No, no voy a ir a ninguna parte hasta que vuelvas. Aunque Rita se va a mosquear. Le gusta irse a las tres en punto.

—Pues tenía que habérselo pensado antes de apropiarse de una plaza que no tiene ningún derecho a usar, ¿no crees?

Matt se ríe.

—¿Sabes? Creo que por fin ha encontrado la horma de su zapato contigo. Esto va a ser interesante.

Miro el reloj.

—Tendrá que ser interesante luego. Me quedan cinco minutos para llegar, así que tengo que salir pitando. Vuelvo directamente cuando acabe.

Todavía no he decidido qué hacer con el viaje al hipermercado. Se me ocurrió que podríamos ir en mi coche, pero no tengo ni idea de la cantidad de cosas que suele comprar Matt ni de si cabrían. Pero desde luego no me apetece nada otro viaje en la furgoneta. He barajado la idea de sugerirle que nos veamos allí directamente, pero sé que no funcionaría ahora que salimos del mismo punto. Pensaría que le estoy haciendo un feo, y no necesito más enemigos; con Rita tengo más que suficiente, gracias. Cruzo la cafetería a paso ligero y recorro la corta distancia hasta la asesoría. Me he vestido pensando en el viaje al hipermercado, así que llevo vaqueros desgastados, camiseta y zapatillas de deporte. Cuando llego, la recepcionista me mira de arriba abajo con evidente desdén.

—Siéntese, por favor. El señor Carter estará con usted en unos minutos —dice, cuando le explico quién soy.

El contraste con las oficinas de Moorhouse & Edgerley no puede ser mayor. Aquí, no solo no me ofrecen nada de beber, sino que las sillas son de esas apilables, con un acolchado de plástico en el asiento, y la moqueta es fina y barata. Sea en lo que sea en lo que se gasten sus honorarios desorbitados, no es en el entorno laboral.

—Señorita Jones, un gusto conocerla.

Alan Carter es la caricatura perfecta de cómo te imaginarías a un contable si nunca hubieras visto uno. Es delgado, y su piel cetrina tiene un aspecto extraño, como si le faltara vida. Tiene unos ojos de color azul desteñido tras unas gafas de montura dorada y va vestido casi enteramente de beis. Hasta los mocasines son beis, me fijo. Le estrecho la mano y no me sorprende lo más mínimo que su apretón sea flojo como una lechuga.

Al menos tiene el detalle de preguntarme si quiero té o café cuando llegamos a la sala de reuniones, pero no tengo ningún interés en alargar esto más de lo necesario, así que lo rechazo y nos sentamos.

—Antes de empezar, tengo que decirle que solo estoy autorizado a compartir cualquier registro financiero relativo a Nora's Diner con el director nombrado, el señor Moorhouse. Lo que esto significa es que, aunque hoy podemos mantener una discusión teórica sobre sus preocupaciones y el posible camino a seguir, me temo que no podemos tomar decisiones concretas sin su aprobación. —Sonríe, claramente satisfecho de haber conseguido desarmarme tan rápido.

—Permítame echarle una mano con eso —respondo, y le tiendo los documentos de Jonathan—. Como verá, la administración de la

cafetería ya ha pasado a mi nombre. Yo también figuro como titular de la cuenta bancaria. Creo que eso significa que sí podemos hablar de cosas bastante concretas, ¿no le parece?

Puede que haya logrado asestar un golpe, pero desde luego todavía no lo tengo contra las cuerdas. Cambia de estrategia sin pestañear, y su tono es igual de paternalista que al empezar.

—Muy bien. El señor Moorhouse ha demostrado ser, como siempre, de una eficiencia admirable. Bueno, veamos, por teléfono me comentó que no estaba satisfecha con nuestros honorarios.

—Así es. No solo me parece que son innecesariamente altos para el trabajo que están haciendo, sino que usted sabe tan bien como yo que la cafetería apenas cubría gastos antes de que muriera mi tío abuelo. Sus honorarios están a punto de hacer que se hunda del todo.

—¿Ha hecho alguna investigación para averiguar lo que suelen cobrar los contables por sus servicios?

—De hecho, sí —respondo.

Y me guardo algunos ases. Me estoy divirtiendo con el hecho de que evidentemente me toma por una jovencita tonta; hará que el gran final sea mucho más satisfactorio.

—Google es una amante caprichosa, señorita Jones. Como le expliqué por teléfono, puede que encuentre despachos que anuncien tarifas más bajas que las nuestras, pero enseguida le llenarán la factura de cargos ocultos y acabará pagando más en total, o bien carecerán de nuestra capacidad para optimizar su situación fiscal y terminará pagando más en impuestos. Si la cafetería da pérdidas, mi consejo sería que lo abordara desde el propio negocio, en lugar de

romper la relación con nosotros. Confío en haber sabido explicarle por qué, a la larga, eso le saldría caro.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Desde luego, estoy aquí para ayudarla en lo que pueda.

—¿Cómo piensa «optimizar la situación fiscal» de un pequeño negocio que, en este momento, está dando pérdidas? No es que sobre dinero que esconder precisamente, ¿no le parece? Además, las normas que regulan impuestos y demás son muy claras, así que, si se ponen creativos con los números, el riesgo para mí es considerable. Hay una línea muy fina entre la contabilidad creativa y el fraude.

Esta vez sí que le he asestado un buen golpe. Veo cómo se le endurece la mirada detrás de las gafas. Adelante.

—Fraude no es una palabra que nos guste usar en estas oficinas, señorita Jones —responde, y su voz ha perdido la arrogancia; ahora tiene un filo algo más cortante.

Empiezo a preguntarme si sus métodos contables no estarán, de hecho, al otro lado de la línea de lo «creativo», pero esa no es la batalla que he venido a librar. Decido rematar la faena.

—En realidad he encontrado a alguien capaz de hacer todo lo que ustedes hacen, sin cobrar ni un céntimo —le digo.

La sorpresa le cruza la cara tan deprisa que casi se me escapa, pero a su favor hay que decir que aún no se ha rendido.

—Entiendo que se trata de algún conocido suyo. Confiar en amigos no es precisamente una práctica empresarial recomendable, señorita Jones. ¿Qué pasaría si discutieran, o si esa persona se viera desbordada por otros compromisos y dejara de tener tiempo para llevarle las cuentas? Le desaconsejo encarecidamente cualquier tipo

de relación informal. Nunca acaban bien. Aquí, en Horncastle's, siempre nos esforzamos para que cada cliente sepa que es nuestra máxima prioridad.

Eso es una estupidez, y lo sé. Me lo guardo para contárselo a Grace cuando vuelva al trabajo. Le va a encantar.

—No estoy hablando de un amigo. A partir de ahora me encargaré yo de los libros.

—¿Usted? —La sorpresa ya es inconfundible.

—Sí, yo. Soy contable cualificada, así que supongo que estará de acuerdo en que tengo las capacidades necesarias.

No es del todo cierto: soy técnica contable, no contable colegiada, pero en el trabajo me cargan con muchas responsabilidades más allá de mi puesto, así que no me remuerde la conciencia por esta pequeña exageración.

Ya está. Lo tengo. Jaque mate. No le queda escapatoria, y por su cara veo que lo sabe. Es hora de acabar con su sufrimiento.

—Si no tiene más objeciones, señor Carter —prosigo, sonriéndole todo lo dulce que puedo—, me gustaría pedirle que me entregue los libros en cuanto le sea posible, junto con la factura final. A partir de ahí, ya me encargo yo. —Deslizo por la mesa un papel con mi dirección.

Al menos, sabe perder con elegancia y coge el papel.

—Si no le importa esperar a que cerremos la próxima remesa bancaria, le enviaré todo después de eso. Confío en que esté de acuerdo en que es un buen punto de corte.

—Me parece perfecto. Gracias.

Bajo la cuesta de vuelta a la cafetería casi dando saltos. La reunión ha sido mucho más divertida de lo que cabía esperar. Espero

que el señor Carter haya aprendido algo y no despache con tanta facilidad a otras mujeres jóvenes como ha intentado hacer conmigo. Nada más cruzar la puerta, veo que Rita está casi morada de rabia. ¿Puede irme mejor esta tarde?, me pregunto.

—¡Me has bloqueado el coche! —brama—. Derek estará esperando su merienda, y ahora va a llegar tarde por tu culpa.

Ah, no. Eso sí que no.

—Dime una cosa, Rita —pregunto, manteniendo la voz suave y nada beligerante—: ¿quién te dio permiso para aparcar ahí?

—No lo estaba usando nadie.

—Pero tú no tienes permiso para aparcar ahí —repito, sin subir el tono.

—¡Y tú sí, supongo! —me espeta, agresiva.

—Pues sí. Básicamente porque es mío. Si hubieras tenido la decencia de preguntarme si podías aparcar ahí, igual te habría dicho que sí, pero no. Has decidido simplemente cogerlo. Siento lo de la merienda de Derek, pero no me dejaste alternativa. Si vuelve a pasar, igual tengo que llamar para que te pongan un cepo, y eso será muchísimo más incómodo que esperar media hora. ¿Lo entiendes?

Está tan enfadada que, por un momento, me preocupa que le dé algo, así que decido dejarlo estar.

—Voy a mover mi coche ahora mismo para que puedas irte a casa. No aparques ahí otra vez, ¿de acuerdo?

Va mascullando improperios mientras me sigue hasta la puerta de atrás, pero, por suerte, no consigo entender lo que dice.

Capítulo 13

La euforia por mis victorias sobre Alan Carter y Rita dura poco. Ahora tengo que enfrentarme otra vez a la furgoneta, y noto cómo se me dispara la ansiedad en cuanto Matt cierra la cafetería y salimos de nuevo al sol.

—¿A cuánto está el hipermercado de aquí? —le pregunto, y me da vergüenza oír el temblor en mi voz.

—Unos veinte o treinta minutos, según el tráfico. Está justo al lado de la A21, en Tunbridge Wells, así que, en cuanto salgamos de Sevenoaks, es básicamente un tramo rápido por la autovía.

Joder. Esto va a ser mucho peor de lo que pensaba. Solo dar unas vueltas por el pueblo en su furgoneta ya me pareció bastante aterrador; ahora pretende llevarme por una autovía abierta al tráfico. Mis niveles de estrés se disparan, y de pronto soy consciente de que las piernas se me han quedado como de gelatina y me voy a desplomar si no me siento. Me dejo caer en lo alto de los peldaños de cemento que bajan hasta las plazas de aparcamiento y agacho la cabeza entre las rodillas. Me concentro al máximo en controlar la respiración; lo último que necesito ahora es un ataque de pánico en toda regla. En los años siguientes a la muerte de mis padres solía tener este tipo de ataques con bastante frecuencia, y nos asustaban tanto a mí como a cualquiera que tuviera la desgracia de pillarme cerca cuando me daban. Es algo que trabajé mucho con mi terapeuta, y hace años que no tengo uno. Aun así, sigo reconociendo muy bien las señales de alarma.

—¿Estás bien? Daisy, ¿qué te pasa?

La voz de Matt suena lejana, aunque sé que se ha sentado a mi lado. Noto su brazo pegado al mío, y hay algo tranquilizador en la dureza del músculo y el calor de su cuerpo. Siento cómo la ansiedad empieza a bajar un poco, pero en cuanto lo hace me doy cuenta de que voy a tener que encontrar una explicación para mi comportamiento errático. Levanto la cabeza despacio y me vuelvo hacia él.

—Perdona —empiezo—. Esto va a sonar muy tonto, pero tengo miedo. No creo que pueda ir contigo en la furgoneta.

—No estoy seguro de entenderte. ¿Puedes decirme de qué tienes miedo exactamente? Ya sé que tengo pinta de bruto, pero estás segura conmigo, te lo prometo.

Genial. Ahora se cree que temo que vaya a atacarme o algo así. Por lo menos, eso puedo aclarárselo. Aparto la mirada y fijo los ojos al frente.

—Es tu furgoneta —susurro.

—¿Mi furgoneta? —repite, incrédulo—. Lo siento, pero te voy a tener que pedir que me expliques un poco más. No veo nada que parezca amenazante en esa chatarra.

—Precisamente porque es chatarra. Mira, sé que lo que digo no tiene mucho sentido ahora mismo, así que deja que te lo intente explicar. Mi padre se empeñaba en no pagar jamás más de lo estrictamente imprescindible por un coche. Si tenía menos de diez años o menos de cien mil millas, era demasiado nuevo y brillante para él.

—Pues suena bastante sensato, si me permites decirlo. Los coches son una inversión terrible.

—Sí, pero resultó ser un ahorro nefasto. Mi madre y él murieron en un accidente de tráfico hace diez años. El coche que tenía entonces apenas estaba en condiciones de circular, y no les ofreció ninguna protección.

Veo cómo se le enciende la comprensión en la cara.

—Joder, Daisy, qué horror. Lo siento muchísimo. Ahora todo encaja. Por eso te preocupa que mi furgoneta no vaya a protegerte si tenemos un accidente, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Vale, pues, por supuesto, no voy a obligarte a venir. Te propondría ir en tu coche, pero esta semana tengo que cargar bastante, sobre todo si vamos a cambiar algunas cosas, así que necesito el espacio. Podríamos ir por otra ruta, por carreteras más tranquilas, si eso te ayuda.

—No mucho, la verdad, pero gracias por intentarlo. Al menos en una autovía todo el mundo va en la misma dirección, ¿no?

—También es verdad. Lo único que puedo decirte es que, aunque la furgoneta tenga mala pinta, estructuralmente está perfecta. Pero si de verdad no puedes con ello, puedes venir detrás en tu coche, si quieres. No voy a fingir que no preferiría que vinieras conmigo, porque pensaba aprovechar el viaje para conocerte un poco mejor, pero tampoco quiero ponerte en un aprieto. Si subes conmigo, te prometo extremar la precaución.

Su amabilidad solo hace que todo sea aún más difícil. Por supuesto que preferiría ir detrás en mi Focus moderno y precioso, con toda su batería de sistemas de seguridad y airbags, pero siento que sería como darle una bofetada en la cara. Aunque solo lo conozco de ayer, se ha desvivido por mí: nos subió al banco, llenó el

bidón para el coche de Fred… Qué menos que intentar confiar en que no me va a matar, ¿no? Quizá Katie tenga razón y necesite esforzarme por ser más racional con este tema. Sé, estadísticamente, que es muy poco probable que tengamos un accidente entre aquí y Tunbridge Wells, y menos todavía que sea mortal. Pero no puedo evitar sentir lo que siento, aunque deteste lo débil que me hace parecer. Una lágrima de frustración se me escapa del ojo y me corre por la mejilla. Tomo aire hondo y vuelvo a mirarle.

—De verdad quiero superar esto —le digo con voz temblorosa—. Si puedes tener paciencia con una pasajera totalmente neurótica, me gustaría intentar ir contigo.

Él sonríe de oreja a oreja mientras me ayuda a levantarme, y juntos nos dirigimos a la furgoneta. Sigo muy nerviosa, pero haber podido explicarlo y que no se haya reído de mí hace que me sienta un poco mejor. Aun así, me cuesta creerle cuando dice que no es la trampa mortal que parece; a mí me sigue dando pánico. Subo a la cabina y Matt cierra la puerta con cuidado, antes de rodear el morro y abrir la puerta del conductor. El crujido vuelve a sobresaltarme, pero me concentro en respirar mientras se abrocha el cinturón y arranca el motor.

Al salir de Sevenoaks, noto que conduce con mucha más suavidad que ayer. No es que entonces fuera haciendo el idiota ni nada por el estilo, simplemente soy consciente de que hoy está siendo especialmente cuidadoso: lleva una marcha tranquila, frena con mucha antelación y deja un buen hueco entre nosotros y el coche de delante. Funciona, y siento cómo se me va aflojando el nudo del pecho. Al incorporarnos a la autovía, el ruido aumenta una

barbaridad, pero él se queda en el carril izquierdo, a una velocidad constante de unos cien por hora.

—¿Así va bien? —grita, intentando hacerse oír por encima del estruendo—. Puede llegar a ciento veinte, más o menos, pero el ruido es mucho peor y no me gusta forzar el motor.

—¡Perfecto! —le grito de vuelta, y me doy cuenta de que lo digo en serio.

No es que me sienta segura precisamente, pero su forma de conducir inspira confianza y ya no estoy aterrorizada como cuando aún estábamos en la cafetería. Sigo hipervigilante con cada ruido y cada coche que nos rodea, pero mi corazón se va calmando y respiro mejor. Decido intentar entablar conversación como distracción extra.

—Bueno, Matt —vocifero—. Cuéntame, ¿llevas mucho tiempo trabajando en Nora's Diner?

—Doce años —me responde, también a gritos—. Estaba haciendo una entrega en el estudio de fotos de al lado cuando vi el anuncio en el escaparate de Nora en el que buscaban cocinero. No tenía ninguna titulación, pero sabía algo de cocina por cuidar de mi madre y por trabajar en un bar, así que me presenté y ella me contrató. Se dio cuenta enseguida de que en verdad no tenía ni idea, claro, pero yo estaba deseando aprender y ella era muy amable, ¿sabes? Se ofreció a formarme, y muchas veces nos quedábamos en la cocina hasta bien entrada la noche, después de cerrar, para que me enseñara recetas y técnicas nuevas.

—Suena a que era una mujer increíble —respondo.

—Lo era. Al final, fue más madre para mí que mi propia madre.

Espero a ver si va a explicarse, y, tras inspirar hondo, continúa.

—Mi infancia no fue precisamente privilegiada, y no tenía muchas perspectivas cuando dejé el instituto. Mi madre era alcohólica, así que tuve que apañármelas solo desde muy pequeño. La urbanización de Peterborough donde vivíamos estaba completamente controlada por dos bandas y, si eras chico, se daba por hecho que te unirías a una de ellas en cuanto tuvieras edad. Según a cuál estuvieras ligado, estabas metido en el negocio de la droga o en el de la prostitución. Había bastante intercambio entre las bandas: droga para mantener dóciles a las chicas, pagos en especie, ese tipo de cosas. Era de locos. Un par de chavales que iban conmigo al colegio estaban explotando a sus propias hermanas, y uno incluso tenía a su madre prostituyéndose. En fin, yo me negué a unirme a ninguna de las dos bandas, así que las dos se pusieron en mi contra. Estoy seguro de que te has fijado en la cicatriz de mi mejilla. Me la hizo un chico que fue mi mejor amigo en primaria.

»Me quedó claro muy pronto que no podría seguir en casa si quería seguir vivo, así que me escapé a Londres. No tenía un duro y dormía en la calle al principio, pero luego alguien me habló de un albergue para personas sin hogar que podía acogerme. Era bastante básico, pero al menos tenía un lugar donde ducharme y lavar la ropa. Logré un curro fregando platos en un bar y, en cuanto tuve algo de dinero, me compré una furgoneta. Cuando no estaba trabajando, me dedicaba a recorrer las calles buscando contenedores. Te sorprendería lo que tira la gente. Al poco tiempo tenía un dormitorio bastante apañado ahí dentro. También empecé a hacer algo de trabajo como mensajero, y así fue como acabé en Sevenoaks, leyendo el anuncio en el escaparate de Nora. No le conté que vivía en la furgoneta, pero, un mes después de empezar, un día

me olvidé de pagar el aparcamiento y se la llevó la grúa. La única forma de recuperarla era pagar la multa, pero todo mi dinero estaba dentro, así que estaba atrapado en un círculo vicioso. Nora no entendía por qué estaba tan desesperado y, al final, tuve que decirle la verdad.

—¿Y qué pasó entonces? —Estoy tan absorta en su trágica historia que ya no pienso en mi propio peligro.

—Se quedó horrorizada. Me llevó al depósito y me prestó el dinero para recuperar la furgoneta, y luego insistió en que le enseñara cómo la tenía por dentro. Al día siguiente me dio las llaves del piso. El trato era que yo pagaba un alquiler simbólico, pero mi sueldo también se ajustaría a la baja para compensar que tenía un alojamiento muy barato. Y así ha sido desde entonces. Llegué a pensar que Fred intentaría echarme del piso cuando ella murió. Podía haberlo alquilado a otra persona por muchísimo más dinero, pero ella debió dejarle las cosas muy claras, porque no dijo ni mu. Ah, esta es nuestra salida.

Cuando entra en el carril de desaceleración, el ruido va disminuyendo y ya no hace falta gritar. El arreglo con el piso y el sueldo es justo lo que pensaba, y guardo ese dato mentalmente.

—Creo que ahora sí entiendo tu lealtad a la cafetería. No puedes irte porque sientes que le debes algo a Nora.

—En parte es por eso, sí. También están los clientes y el hecho de que, a pesar de la tacañería de Fred, me gusta mi trabajo.

—Hay una cosa que aún no me encaja —continúo—. He sido completamente sincera contigo desde el principio respecto a que probablemente voy a vender Nora’s Diner. Me gustaría intentar darle la vuelta antes, si puedo, porque creo que será más fácil venderla si

al menos da un pequeño beneficio, pero mi instinto es claramente deshacerme de ella. Teniendo en cuenta que, si lo hago, tú seguramente pierdas a la vez tu casa y tu trabajo, ¿por qué demonios estás siendo tan amable conmigo?

Capítulo 14

—Mira, obviamente preferiría que no vendieras la cafetería —dice Matt mientras cruzamos el aparcamiento hacia el hipermercado—. Pero sé tan bien como cualquiera que los recortes de Fred le han pasado factura. Sigo pensando que puede salvarse, pero necesita a alguien con la pasión de Nora, alguien que esté dispuesto a jugársela. Y, como dijiste ayer con razón, también necesita que se invierta bastante dinero. Sinceramente, no sé qué haría yo en tu lugar. Es un negocio arriesgado, eso lo veo claro. Así que, aunque no sea lo que quiero, no puedo culparte por querer venderla.

—Me encantaría agitar una varita mágica y darle la vuelta, pero tienes razón —respondo—. Es un riesgo demasiado grande para mí. Lo siento.

—Lo entiendo —continúa, mientras agarra un carro bajito que parece escapado de un centro de jardinería—. Solo te diré una cosa. Te observé ayer cuando Rita cargó contra ti, y hoy otra vez cuando discutía por la plaza de aparcamiento. No te achantaste nada ante sus intentos de intimidarte. Demostraste verdadera determinación, y eso tiene que ser una habilidad clave para llevar un negocio, ¿no? —Sonríe de medio lado.

—Esa mujer parece empeñada en sacarme de quicio. Pase lo que pase con la cafetería, no creo que ella y yo lleguemos a ser amigas.

—Mm. Puede ser que no.

Nuestra vuelta por el hipermercado es toda una revelación, en parte porque nunca he estado en un sitio así y en parte porque Matt me enseña las cosas que compra normalmente. Todo es de la gama

más barata, irritantemente llamada «superprecio». Ni siquiera es mucho más barata que las marcas de verdad. Sustituimos enseguida el té y el café por productos de marca, y yo cargo un par de bandejas de botellas de kétchup Heinz y salsa HP en el carro. Nos tomamos nuestro tiempo eligiendo ingredientes de mejor calidad para mejorar la comida. No escogemos lo más caro (estamos de acuerdo en que la cafetería no se lo puede permitir), pero sí dos o tres peldaños por encima de la porquería «superprecio». También me doy un capricho con los productos de limpieza, porque estoy decidida a eliminar esa sensación pegajosa tan desagradable de las mesas, y sospecho que los productos baratos no valen para nada.

—Creo que deberíamos coger también ambientadores —le digo a Matt—, para que el sitio huela un poco mejor.

—No creo que funcionen —responde—. Sería mejor atacar el problema desde la raíz.

—Cuéntame.

—El olor está ahí porque Fred no me dejaba cambiar el aceite de la freidora tan a menudo como debería. El aceite, con el tiempo, se degrada, y ahí es cuando empieza a oler. Si pudiera cambiarlo más a menudo, creo que el olor desaparecería. Y además mejoraría el sabor de la comida.

—De acuerdo, hagámoslo entonces —le digo, y él se aleja a por aceite. Yo deslizo una bandeja de ambientadores en la pila igualmente, por si acaso.

El carro va a reventar cuando llegamos a la furgoneta. Ayudo a Matt a cargarlo todo y luego subo. Después de sobrevivir al viaje hasta aquí, estoy algo más tranquila respecto al viaje de vuelta. Diría incluso que voy bastante bien hasta que Matt frena en seco para

evitar chocar con un idiota que se cruza sin mirar. En un instante vuelvo a estar totalmente alerta, agarrándome a lo que puedo. Me pongo tan rígida que enseguida empiezan a temblarme las piernas por la tensión.

—¿Estás bien? —pregunta Matt.

Aprieto los dientes y asiento. El resto del camino lo hacemos en silencio. Matt va absorto en sus pensamientos, y yo me limito a intentar calmarme mientras le lanzo plegarias y promesas a cualquier fuerza superior sobre cómo seré mejor persona si consigo volver viva a la cafetería. Cuando llegamos, salgo disparada, pero todavía me tiemblan las piernas, así que me apoyo unos instantes en la furgoneta. Matt abre la puerta trasera y empieza a llevar las cosas dentro.

—Creo que te vendría bien algo dulce —anuncia cuando ya hemos metido todo y ha cerrado con llave—. ¿Por qué no subes al piso y te preparo un chocolate caliente antes de que te vayas?

—Suena genial —respondo—, pero no hace falta que suba. Acabamos de comprar chocolate caliente para la cafetería. Seguro que con una taza de ese me basta.

En realidad, me da cierto apuro entrar en su espacio privado.

Matt arruga la nariz, disgustado.

—Ese es instantáneo. El mío es del bueno, créeme. —Vuelve a sonreír de medio lado.

Lo pienso un momento. Sé que intenta ser amable otra vez, y supongo que debería ver su piso tarde o temprano, ya que ahora es mío. Le devuelvo la sonrisa.

—Vale. Adelante.

El piso de Matt no es en absoluto como me esperaba. Entiendo lo que Jonathan quería decir cuando comentó que los pisos necesitaban modernizarse: los muebles de cocina son antiquísimos, las alfombras están peladas, no hay doble acristalamiento y hay gotelé por todas partes. Hasta los interruptores tienen un marco de gotelé. Lo que me sorprende es lo limpio que está. Será cutre, pero no hay ni rastro de polvo. Todas las superficies están impecables.

—Ponte cómoda; no tardo —dice él, desapareciendo hacia la cocina. Yo intento acomodarme en el sofá. Creo que los muelles deben de estar reventados, porque me hundo tanto que mi trasero toca prácticamente el suelo y temo quedarme atrapada. Tras mucho contorsionarme, consigo salir y quedarme sentada en el borde. El problema es que, con la maniobra, he debido de presionarme la vejiga y ahora necesito hacer pis.

—¿Puedo usar tu baño? —le grito.

—Claro, adelante.

El cuarto de baño es espantoso. La bañera, el lavabo y el váter son de un rosa chillón, y los azulejos son gris claro con remolinos dorados y flores rosas. Hay una ducha eléctrica encima de la bañera que se parece a la del piso de Paul, y me pregunto si será igual de ineficaz y deprimente. Matt es bastante corpulento, así que tardaría una eternidad en ducharse si la ducha fuera tan mala como la de Paul. Se me cruza por la cabeza una imagen de Matt duchándose y la expulso a toda prisa. Esa es una complicación que no necesito.

—Aquí tienes. —Vuelvo a estar sentada en el sofá cuando Matt aparece con dos tazas humeantes y me tiende una—. Esto cura cualquier cosa.

Tengo que reconocer que huele de maravilla y, cuando le doy un sorbo, el sabor es intensísimo. Es chocolate caliente, pero muy potenciado. Sospecho que su aporte calórico haría desmayarse a cualquier nutricionista, pero sabe increíble.

—Está bueno, ¿eh? —dice Matt, mirándome y sonriendo. Le sostengo la mirada por encima del borde de mi taza y asiento.

—El truco —continúa— es que he derretido chocolate de verdad en la leche en vez de usar cacao en polvo, y le he añadido un chorrito de nata para que sea aún más cremoso.

—Está espectacular —le digo.

—No es mérito mío, me temo. Es la receta de Nora. Ella hacía cantidades industriales, y era uno de nuestros productos estrella.

—Supongo que Fred lo eliminaría.

—De las primeras cosas que quitó. El chocolate negro que usaba Nora era caro, así que, aunque sacáramos un buen margen con cada taza, él lo sustituyó por el cacao en polvo.

—Hm. Sería buena idea recuperarlo, ¿no crees? No recuerdo haber probado nunca un chocolate caliente tan delicioso.

—Yo también lo creo. Solíamos servirlo con nubes y nata montada, aunque creo que así, solo, es como mejor sabe.

Le miro justo cuando caigo en la cuenta de lo que está tramando.

—Matt, ¿estás intentando camelarme?

Abre los ojos de par en par y levanta las manos, fingiendo inocencia.

—¡No sé a qué te refieres!

—Sí que lo sabes. Me estás metiendo suavemente en la cabeza la imagen de cómo era la cafetería en tiempos de Nora, vendiéndome su visión, con la esperanza de que me enganche y decida no vender.

—¡No puedes culparme por intentarlo!

No sé si reírme o enfadarme. Le doy otro sorbo al chocolate. Dios, está buenísimo, eso no lo puedo negar.

—¿Puedo pedirte otro favor? —prosigue.

Le miro con cautela. Ahora que sé cuáles son sus intenciones, estoy sobre aviso.

—Dime.

—Si estás libre mañana por la mañana, ¿por qué no vienes y conoces a algunos de los clientes habituales? Rita tiene cita con el médico o algo así, así que no tendrás que lidiar con ella. Será la primera vez que sirvamos las cosas nuevas que compramos, así que será interesante ver si alguien lo nota.

—No estoy segura de que sea buena idea —respondo—. Creo que estás intentando que vea la cafetería como si fuera un perro feúcho y tuerto que nadie quiere porque es feo, y acabaré sintiendo pena y adoptándolo.

—Vale, sin presión. Solo pensé que te ayudaría a hacerte una idea más real del sitio, mejor que la impresión que te llevaste la primera vez.

Apuro las últimas gotas de chocolate y me pongo en pie.

—Gracias por esto. Será mejor que me vaya. Voy a echar un vistazo rápido al piso de Fred antes de marcharme.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Con una condición: nada de trucos.

Él se ríe, me quita la taza de las manos y me sigue escaleras abajo y hacia el exterior.

—La entrada del piso de Fred está en la parte delantera —me explica mientras atravesamos un pasadizo oscuro entre dos de los

locales. Salimos a la calle principal y me indica qué llave usar para abrir la puerta exterior. Una vez dentro, una escalera sube hasta un pequeño rellano con una puerta a cada lado. Señala la de la derecha y vuelve a enseñarme qué llave necesito. El piso está oscuro por dentro, sobre todo porque todas las cortinas están echadas. Huele a rancio y a cerrado.

Corro las cortinas para dejar pasar la luz, y lo que veo es deprimente, como mínimo. A diferencia del piso impoluto de Matt, este parece no haberse limpiado en siglos. Todas las superficies están cubiertas por una gruesa capa de polvo y hay trastos por todas partes, encima de los muebles y amontonados en el suelo. Avanzo como puedo hasta la cocina: es igual que la de Matt, solo que mugrienta. El baño está peor todavía, con un cerco negro en la bañera y un váter cuyo estado prefiero no describir. No me extraña que Fred no cuidara la cafetería, si vivía así.

—Fred era un poco acumulador —explica Matt—. Creo que tenía algo que ver con el duelo. Ya era poco sociable cuando Nora vivía, pero en cuanto murió se convirtió prácticamente en un ermitaño. Iba al supermercado una vez a la semana y a la farmacia a por sus recetas, y aparte de eso se quedaba encerrado aquí. Creo que se pasaba horas en eBay, sobre todo comprando cosas que pensaba que serían objetos de colección algún día. Yo solía venir una vez por semana para que revisara la caja conmigo, y creo que era su único contacto social la mayoría de semanas. Siempre había algo nuevo cada vez que venía, aunque siempre era basura. Lo único decente que recuerdo que tuviera era un Rolex, que Nora le compró poco antes de morir. Debería estar por aquí en algún sitio, aunque vete a saber dónde.

—Lo tengo yo —le digo, enseñándole la muñeca.

—Aquello le puso nerviosísimo. Ella lo compró por internet y él estaba convencido de que la habían timado y que era falso. En cierto modo fue bueno, porque hizo que saliera de casa. Tuvo que irse hasta Bluewater para que se lo autenticasen, y estaba más contento que unas castañuelas cuando descubrió que era auténtico.

Miro alrededor. Hay tantas cosas que no sabría ni por dónde empezar. Puede que haya algo más de valor, pero dudo que yo sea capaz de reconocerlo.

—¿Puedo hacerte una sugerencia? —pregunta Matt.

—Dime.

—Yo, en tu lugar, llamaría a una empresa de vaciado de pisos para que se lleve todo, y luego traería a unos limpiadores. Podrías pasarte años revisando este lugar y no encontrar nada útil.

Suspiro y voy a marcharme. Al hacerlo, un libro grande con una cubierta floreada en una de las estanterías me llama la atención. Lo saco y descubro que no es un libro, sino una carpeta de anillas. La abro y encuentro páginas y páginas de recetas. Algunas escritas a mano; otras, recortadas de revistas. Varias anotadas, con una caligrafía cursiva muy cuidada. Se la doy a Matt, que silba mientras pasa las páginas.

—No tenía ni idea de que esto existía —murmura—. Reconocería la letra en cualquier parte. ¡Esto es oro puro, Daisy! ¡El recetario de Nora! Es como si quisiera que lo encontraras.

Genial. Además de la sutil campaña comercial de Matt de hace un rato, ahora también me presiona un fantasma. Menos mal que no creo en esas chorradas esotéricas. Si algo de eso fuera real, mis

padres habrían encontrado la forma de ponerse en contacto conmigo hace tiempo, ¿no?

El mayor problema, me doy cuenta, es que voy a tener que revisar este piso entero para asegurarme de que no me dejo nada importante.

Capítulo 15

Me levanto absurdamente temprano para mi turno en la cafetería. No iba a hacerlo, pero la abuela, el abuelo y Katie pensaron que Matt tenía razón al decir que debía hacerme una idea del lugar para decidir qué hacer con él, así que al final le mandé un mensaje a Matt para decirle que iría después de todo. Él respondió que abrían a las siete y media, pero que estaría allí desde antes de las siete.

—Supongo que vienes tú también. Al fin y al cabo, la mitad es tuya —le dije a Katie antes de enviarle el mensaje a Matt.

—Qué va —sonrió ella—. Ya me lo contarás. Confío en tu criterio.

A veces me pregunto cómo es posible que sigamos estando tan unidas. Podría estrangularla con una almohada, pienso, mientras avanzo descalza por el pasillo oscuro hacia la ducha. Se supone que estoy de vacaciones, descansando antes de volver al trabajo el lunes, no dando tumbos antes de las seis de la mañana para un turno no remunerado en una cafetería cutre. Estoy tentada de despertarla solo para que sepa lo que es, pero decido guardarme esta injusticia para aprovecharla en el futuro. Su momento llegará.

Por lo menos la plaza de aparcamiento está libre esta vez, y aparco junto a la furgoneta de Matt a las siete y cuarto. La puerta trasera está abierta, y entro en la cocina para encontrarme a Matt ya trabajando a toda máquina, con un pañuelo de cocinero atado a la cabeza.

—Buenos días —digo, sonando más gruñona de lo que debería.

—¡Hola! Estoy preparando cosas. He puesto aceite nuevo en la freidora y tengo unas salchichas de las nuevas en la parrilla. ¿Puedes

hacerme un favor y echarle un ojo a ese termómetro de ahí? Cuando llegue a ciento ochenta grados, hay que apagarla a menos que estemos friendo algo.

Señala un termómetro grande que sobresale del aceite.

—¿No tiene termostato incorporado? —pregunto.

—Lo tiene, pero está roto. Intenté conseguir un recambio, pero la freidora es tan antigua que ya no fabrican las piezas, y Fred dijo que no podíamos permitirnos una nueva. Así que la pongo a temperatura usando el termómetro y la apago hasta que la necesito. Mantiene bastante bien el calor; normalmente no necesita más de un minuto para estar lista otra vez.

—Eso supone un riesgo enorme de incendio, ¿no? —Recuerdo haber ido una vez a una feria donde los bomberos hacían demostraciones de incendios de aceite. La velocidad con la que el aceite pasaba de humear a arder, y lo intensas que eran las llamas, me persiguieron durante años.

—Solo si te olvidas de vigilarla. Ah, por cierto: si vas a estar aquí, tienes que recogerte el pelo. Creo que en el armario quedan gorros de malla. Espera.

Desaparece en el almacén y vuelve con una de esas horrorosas redecillas que llevaban las señoras del comedor de mi colegio. Mi día no hace más que mejorar, pienso, mientras me la planto y me escondo el pelo.

—¿Cuánto cuesta una freidora nueva? —pregunto.

—No estoy seguro, un par de miles, algo así.

—Vale. Vamos a encargar una hoy. No pienso ser la responsable de que este sitio arda entero. ¿Hay algún otro aparato peligroso que deba conocer?

—No lo creo. Está todo viejo, pero Nora compró cosas de buena calidad, así que duran.

Compruebo el termómetro, que marca 120 grados, así que aprovecho para echar un vistazo alrededor. Es igual que el piso de Matt: los aparatos son viejos, pero todo está impecable. Paso el dedo por la encimera y no hay ni rastro de pegajosidad. Algo no cuadra.

—¿Cómo es que aquí está tan limpio y fuera no? —pregunto.

—Ah, sí. Pequeña confesión. He estado comprando mis propios productos de limpieza para la cocina. Lo que Fred nos hacía usar era inútil. Además, creo que a Rita no le entusiasma mucho la limpieza, tú me entiendes. Bronwyn hace lo que puede, pero ahí fuera es una batalla perdida. Con suerte, lo que compramos ayer ayudará a cambiar las cosas.

Así que a Rita tampoco le gusta limpiar. ¿Hace algo que no sea fastidiar a los clientes?, me pregunto.

Vuelvo a centrarme en la freidora justo cuando Bronwyn entra dando zapatazos. Lleva un pañuelo en la cabeza y un vestido rojo con lunares blancos. Si no fuera por su pelo multicolor asomando por debajo, los pendientes de aro gigantes y las Dr. Martens negras, parecería un ama de casa de los años cincuenta. Es un conjunto rarísimo, pero le queda de maravilla.

—¡Buenos días, Matty! —dice en tono alegre, plantándole un sonoro beso en la mejilla que deja una marca roja de pintalabios, antes de percatarse de mi presencia—. ¡Anda! No sabía que venías.

—Daisy ha venido para hacerse una idea del sitio y conocer a algunos clientes habituales —le explica Matt—. Podrás enseñarle cómo va todo y presentarle a la gente, ¿verdad?

Bronwyn sonríe, radiante.

—¡Claro! Será divertido tener compañía. ¿Os apetece té o café?

—Un té —dice Matt—. Hay una caja nueva de PG Tips ahí fuera y un bote de Kenco. He tirado lo antiguo.

—¡Ya era hora! Perdona, Daisy —responde Bronwyn—. Esa mierda de superprecio era repugnante. Ni a Harold le gustaba, y no estoy segura de que le queden papilas gustativas.

No puedo evitar sonreír. Bronwyn es tan directa como Rita, pero mientras Rita es agria y desagradable, Bronwyn rebosa energía y simpatía.

—¿Y tú, Daisy? ¿Té o café?

—Voy a probar el café nuevo, por favor —respondo.

El termómetro marca 170 grados, así que vuelvo a concentrarme en la freidora mientras Bronwyn va a la zona de la cafetería y enciende las luces de camino.

A medida que el aceite se acerca a los 180, pienso en la relación entre Bronwyn y Matt. No parecen hacer buena pareja, pero él no se ha sorprendido por su beso, aunque ahora se está limpiando el rastro con un papel de cocina.

—No saques conclusiones —me dice, tirando el papel—. No es mi tipo y yo tampoco soy el suyo. Lo hace porque sabe que me pone de los nervios.

Intento imaginar cuál será el tipo de Bronwyn. Tiene razón; seguramente le gusten chicos delgados, de perfil artístico, quizá con gafas redondas y perilla.

—Vale. Tu freidora está lista, Matty —me burlo, apagándola.

—¡Ni se te ocurra empezar tú también! Eso también lo hace para chincharme. Prefiero Matt, gracias.

Bronwyn reaparece con tres tazas humeantes. Lleva un delantal sobre el vestido. Está viejo y con las costuras gastadas, pero al menos limpio. Lleva «Nora's Diner» bordado, y tiene un bolsillo grande delante que imagino será útil para la libreta de pedidos. No recuerdo haber visto a Rita con uno cuando vinimos.

El café es mil veces mejor, pero todavía no es perfecto.

—Bronwyn, ¿puedo preguntarte cuánto café echas?

—Media cucharadita. Es lo que nos han dicho siempre.

—Suéltate, ¿quieres?, y ponle otra media, por favor.

Cuando regresa y le doy un sorbo, la diferencia es bestial. Por primera vez, estoy bebiendo algo que sabe a café de verdad en este sitio.

—Vale, nueva norma —anuncio—. A partir de ahora, una cucharadita entera de café por taza, ¿vale?

Nos interrumpe la campanilla de la puerta, señal de que entra el primer cliente del día. Bronwyn desaparece y vuelve enseguida con un pedido de dos desayunos completos. Matt se pone a cocinar, dejándome como un mueble más.

—No puedo dejarte cocinar nada, a menos que tengas un certificado de manipulación de alimentos escondido que no me hayas mencionado —explica—. Si quieres, puedes quitarte la redecilla e ir a ayudar a Bronwyn.

Aunque solo hay dos personas en la cafetería —dos obreros con chalecos reflectantes, cargándose de carbohidratos y proteínas antes de empezar su jornada—, el ambiente ya es distinto. Bronwyn está atacando las mesas con los nuevos productos de limpieza y su energía parece contagiarlo todo. Decido seguirla y ayudarle a limpiar,

quitando las viejas botellas de kétchup y sustituyéndolas por las nuevas.

—¿Nos pones un par de esas en nuestra mesa, guapa? —grita uno de los obreros.

—Claro que sí. Aquí las tenéis.

Normalmente le cantaría las cuarenta a alguien por llamarme «guapa» así, pero aquí no suena ofensivo, no sé por qué.

—¿Has comprobado que no tengan un precinto debajo del tapón? —pregunta Bronwyn—. Las que compramos en casa siempre lo llevan y cuesta horrores quitarlo.

Lo compruebo, y tiene razón. Después de arreglar las botellas de los obreros, vuelvo atrás y voy quitando el precinto de todas las demás. Es un lío, enseguida tengo las manos pringadas.

—Hay un fregadero en la esquina del fondo si quieres lavarte las manos —me indica Bronwyn.

Voy hacia él justo cuando suena una campana en la cocina. Bronwyn entra y sale con dos platos repletos. Para lo que me dieron la última vez, me sorprende ver lo generoso que es el desayuno completo.

—Aquí tenéis, chicos. ¿Algo más? ¿No? Pues que aproveche.

Rita podría aprender mucho de Bronwyn sobre atención al cliente, pienso.

No se puede decir que haya una hora punta matinal. Un goteo constante de gente entra y sale, y Bronwyn mantiene su energía con todos.

—¿Por qué no vais a las mesas a tomar nota? ¿Por qué tienen que venir al mostrador? —le pregunto.

—Es así desde antes de que yo llegara. Según me han dicho, cuando Fred empezó a recortar gastos, algunos se iban sin pagar como protesta. Así que cambió el sistema: pedido en el mostrador y pago por adelantado. A la gente no le molesta, mientras entienda el sistema. También así pueden irse en cuanto acaban. Algunos lo prefieren. Lo peor viene con los que quieren pagar con tarjeta, porque solo aceptamos efectivo.

—He pedido una máquina de tarjetas. Debería llegar en una semana —le digo.

—¡Genial! Será un cambio enorme para los clientes nuevos. Los habituales ya saben cómo va, pero los nuevos se ponen pesadísimos y algunos se van directamente. Eso sí, no sé cómo reaccionará Rita. No le gusta el cambio.

—Tendrá que adaptarse, ¿no?

Nuestra charla se ve interrumpida cuando entra un señor mayor. Bueno, mayor… quizá de unos setenta y pico. Tiene el pelo blanco y lleva un ejemplar del periódico *Metro* bajo el brazo.

—Este es Ron, uno de nuestros clientes habituales —explica Bronwyn—. Ron, esta es Daisy, la nueva dueña.

—Hola, Daisy —dice, con voz firme y una sonrisa—. Tienes trabajo por delante, me imagino.

—Hay bastante que hacer, sí —respondo—. Pero quiero intentar darle la vuelta, si puedo.

—Buena chica. Pero hazme un favor, ¿sí?

—¿Cuál?

—No lo vuelvas moderno como los sitios del centro. No los soporto, con esos cafés imposibles de pronunciar y esas hordas de jovencitas piando como periquitos mientras sus bebés berrean.

Vale, no es lo que esperaba. Como acabamos de conocernos, decido darle el beneficio de la duda. Al final, paga como cualquiera, aunque sus opiniones sean rancias y machistas.

—¿Lo de siempre, Ron? —pregunta Bronwyn, probablemente para desviar la conversación.

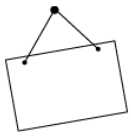
—Eres un ángel, Bronwyn —responde él, sacando un billete de cinco libras y dándoselo antes de irse a su mesa de siempre, en una esquina.

—Viene todas las mañanas a la misma hora. Se toma un bocadillo de beicon y un café mientras lee el periódico —me dice Bronwyn mientras cuenta el cambio.

A lo largo de la mañana llegan más ancianos. Conozco a Agnes, que siempre se sienta en la mesa junto a Ron, aunque Bronwyn dice que nunca se hablan. Toma cada día una tostada con un huevo escalfado. Harold pide un bocadillo de huevo con beicon y un té. Lo observo, fascinada, mientras añade un buen chorro de salsa marrón.

—Eso tiene que ser una combinación rarísima, ¿no? —digo—. ¿Huevo con salsa marrón? No es lo mío.

—Ya te lo dije —responde Bronwyn—. Seguro que no le queda ni una papila gustativa.



Cuando cerramos a las tres, estoy agotada. No es que haya sido una locura de trabajo, pero no estoy acostumbrada a pasar tantas horas de pie, y me duele la espalda. Hemos recibido algunos comentarios sobre los cambios y todos han sido positivos. Me sorprende lo

mucho que he disfrutado. He hablado con Matt en uno de los ratos muertos sobre si los ingredientes nuevos implicarán subir precios, pero me ha dicho que Fred nunca los bajó cuando empezó a comprar cosas más baratas, así que cree que el margen seguirá siendo bueno. Tendré que analizarlo bien algún día. También hemos pedido una freidora nueva, que llegará mañana. No fue barata, pero no sirve de nada escatimar en estas cosas.

Mientras conduzco de vuelta a casa, soñando con un baño muy caliente, repaso mentalmente el día. Ha sido divertido trabajar con Bronwyn, y ella y Matt hacen un buen equipo. Es una pena lo de Rita; no sé qué demonios voy a hacer con ella. También me he llevado una copia del menú para corregir las faltas de ortografía y pensar en cómo mejorar algunos platos.

Y entonces, cuando aparco en la entrada de casa, me doy cuenta de algo que no me esperaba. Esta maldita cafetería está empezando a importarme.

Capítulo 16

Decido mantenerme alejada de la cafetería el resto de la semana, en parte porque realmente necesito intentar relajarme un poco antes de volver al trabajo, y en parte porque no quiero encariñarme más de lo que ya lo he hecho. Dejo el coche a propósito en el aparcamiento público cuando vuelvo a Sevenoaks para mi reunión con la asesora financiera, aunque sé que podría ahorrarme una fortuna si aparcase detrás de la cafetería. Probablemente sea lo mejor. Si bajara allí y descubriese que Rita ha vuelto a aparcar, es bastante probable que le soltara una bofetada.

La reunión con la asesora va bien; entiendo por qué Jonathan me la recomendó. Ha hecho los deberes y, al final, acordamos que me quedaré con cincuenta mil libras como «fondo de maniobra», para poder hacer mejoras en la cafetería y en los pisos, y que el resto se invertirá en varios fondos, asegurando así que el riesgo quede bien diversificado.

Los abuelos se han ofrecido a ayudarme a vaciar el piso de Fred, y he encargado un contenedor que llegará la semana que viene. Va a ser un trabajo duro, y una parte de mí sigue pensando que contratar una empresa de vaciados sería mucho menos engorroso, pero no puedo arriesgarme a que algo importante acabe en la basura. He hojeado la carpeta de recetas de Nora, y muchas suenan absolutamente deliciosas. Entiendo por qué la cafetería era tan popular si ella servía comida así. Qué pena le daría ver el estado en el que está ahora.

Es una tarde bastante normal en casa. La abuela está instalada en su butaca, repasando la carpeta de recetas. De vez en cuando chasquea la lengua y murmura cosas como «madre mía, cuánta mantequilla», pero también veo que marca algunas para probarlas. El abuelo mira el críquet en la tele, y Katie lee un *thriller* con las piernas recogidas bajo el cuerpo. Normalmente estaría hojeando alguna revista, pero ahora estoy intentando con todas mis fuerzas no pensar en la cafetería, y fracasando estrepitosamente.

Katie levanta la vista de su libro y noto que me observa.

—¿Qué te ronda la cabeza? —pregunta.

—Estaba pensando en lo triste que estaría Nora si viera cómo está su cafetería —respondo.

—¿Crees que Fred estaba resentido con ella por la cafetería? ¿Que la dejó hundirse a propósito para castigarla? —interviene la abuela, levantando un momento la vista de las recetas.

—Es una teoría interesante. Yo me preguntaba si quizá sentía que tenía que mantenerla abierta en su memoria, pero perdió el interés, sobre todo cuando los beneficios empezaron a caer. Supongo que nunca lo sabremos.

—Te noto más optimista respecto al lugar desde que hiciste el turno ayer —continúa Katie—. ¿Qué piensas ahora?

—No lo sé. Se notaba distinta con Bronwyn en lugar de Rita. Seguía estando hecha polvo, pero al menos servíamos café medio decente y bocadillos de beicon con beicon visible. Le dimos un buen repaso a las mesas también, ya no están pegajosas. Y entiendo lo que quiere decir Matt, ¿sabes? Para muchos de los clientes habituales, ir a la cafetería es su único contacto social del día, aunque solo sea para hacer el crucigrama como Ron. Pero, por otro

lado, es imposible obtener beneficios decentes con clientes así. Ron gastó menos de cinco libras, pero ocupó una mesa casi una hora entera.

—Yo sigo pensando que deberíamos venderla cuanto antes, por si te sirve de algo —responde ella.

—Quizá deberías hacer un turno antes de votar, cariño —sugiere la abuela—. Parece que a Daisy le ha dado bastante que pensar.

—Oh, no, no creo que haga falta…

—¡Me parece una idea excelente! —la corto—. ¿Qué haces mañana?

—Pues no tenía planes, pero…

—Entonces le mando un mensaje a Matt para decirle que vas a echar una mano.

—No, déjalo. Es muy precipitado. Quizá vaya la semana que viene.

Pobre. Se revuelve como un pez enganchado en un anzuelo. Es hora de ajustar cuentas, y estoy disfrutándolo.

—¿Para qué dejarlo para la semana que viene si puedes hacerlo mañana? —interviene el abuelo, sorprendiéndonos, porque pensábamos que no estaba prestando atención.

—Vale, de acuerdo —resopla Katie—. Iré mañana. Solo que alguien tendrá que llevarme a la estación o acercarme hasta allí.

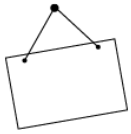
Bien hecho, Daisy. Aunque está claro que no había pensado en eso. Otro madrugón para mí, y adiós a mantenerme alejada del sitio. Pero tras unos segundos, se empieza a formar un plan. Si tengo que levantarme para llevar a Katie a la cafetería a las siete y media, después podría ir a Whitstable a sorprender a Paul. Me siento un poco culpable por haberle dejado plantado, y un poco de sexo me

podría venir bien, aunque sea de la variedad mediocre de Paul. Sevenoaks está cerca de la M25, así que no debería tardar más de una hora un sábado. Si llego antes de las nueve, seguramente siga en la cama, así que podría deslizarme a su lado. Con suerte, el olor a humedad no habrá empeorado, porque eso mata cualquier libido. Me llevaré un poco de ambientador para rociarlo todo.

—Vale —anuncio, satisfecha—. Avisaré a Matt de que te espere, y te llevaré yo. Pero luego me iré a Whitstable a pasar el día, así que tendrás que volver en tren.

—Si me llamas cuando llegues a Paddock Wood, voy a recogerte —se ofrece el abuelo.

Katie pone mala cara, pero asiente.



El viaje a Sevenoaks transcurre en silencio. No sé si Katie está enfadada o simplemente conmocionada por el madrugón. La dejo en la cafetería, y Bronwyn la atrapa inmediatamente para ayudar con los tés y cafés. Tenía intención de irme enseguida, pero acabo aceptando un café, poniéndome la horrorosa redecilla mientras charlo con Matt. Veo que la freidora nueva ya ha llegado y él ya la tiene instalada. La antigua ha sido desterrada a un rincón.

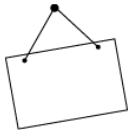
—He pedido un contenedor, sobre todo para vaciar el piso de Fred —le cuento—. Puedes tirar la freidora ahí si quieres.

—Gracias. Me evitas un viaje al vertedero. Por cierto, la máquina de tarjetas llegó ayer —informa—. Bronwyn va a intentar configurarla esta mañana.

—Parece bastante sencilla —añade Bronwyn, reapareciendo con Katie y cuatro tazas—. Hay unas pegatinas para poner en la ventana y en la caja, para que la gente sepa que aceptamos tarjeta. Las pondré cuando lo tenga listo.

—Genial, gracias, Bronwyn —le digo. Doy un sorbo al café—. ¡Anda, esto no sabe nada mal!

—Cucharadita entera, como mandaste, jefa —responde, y veo a Katie sonreír. Al menos ya no está enfurruñada.



Al final, llego a la caravana sobre las nueve y media. Respiro aliviada al ver el coche de Paul aparcado junto a ella. Mi plan de meterme en su cama fracasa porque la puerta está cerrada. Llamo, y al cabo de un momento aparece su cara por la ventana.

—Daisy, ¿qué haces aquí? —pregunta mientras abre la puerta.

—¿No te alegras de verme?

—Claro que sí. Es solo que… no te esperaba. Hay un poco de desorden, me temo.

—Vaya novedad —respondo, entrando.

El olor me golpea. Al aroma habitual de humedad se suma un tufo ácido y sudoroso de cuerpos sin lavar, y algo más. Creo que es el cubo de basura. Las cortinas siguen cerradas y, cuando mis ojos se acostumbran, veo que «un poco de desorden» es quedarse muy, muy corto. Es un estercolero. Cajas de *pizza* abiertas con restos dentro, botellas de cerveza por todas partes y, en el centro, la PlayStation 5 de Paul, con cables reptando hacia la tele como

tentáculos. Cualquier deseo sexual desaparece al instante; incluso empiezo a marearme con el olor.

—Pero ¿qué coño, Paul? —consigo decir, mientras abro cortinas y ventanas para ventilar esta cueva inmunda.

—¡Eh, Paul! ¿Pones la tetera si estás despierto? —suena una voz desde el dormitorio. Reconozco la voz de Dan.

Paul se encoge de hombros.

—Como me dijiste que no venías, invité a Dan. Hemos estado dándole al *Call of Duty*. Ha estado bastante guay, la verdad.

Dan entra en calzoncillos y se queda plantado al verme.

—Oh, hola, Daisy. Paul no dijo que venías. Me habría largado.

—Era una sorpresa —le digo—. Aunque la verdadera sorpresa es ver que habéis estado viviendo como animales. —Miro hacia la cocina y veo el cubo de basura rebosando—. Ni siquiera sacasteis la maldita basura. ¿Sabéis cómo huele esto?

—Tranquila, Daisy, lo arreglaré. ¿Quieres un café? —Paul coge dos tazas mugrientas y empieza a aclararlas como puede entre la montaña de platos sucios.

—No, gracias. De hecho, creo que me voy. Esto ha sido un error. —Agarro mi bolso y me dirijo a la puerta.

—No te vayas por mí —dice Dan—. Dame diez minutos, me visto, me llevas a la estación y ya está. Os dejo solos.

—Muy amable, Dan —respondo—, pero lo único que veo aquí es una montaña de cosas que limpiar y basura que tirar, y no es precisamente a lo que venía. Os lo dejo a vosotros. —Salgo y respiro hondo.

—Lo siento muchísimo, Daisy —dice Paul, siguiéndome afuera en calzoncillos y camiseta—. Si hubiera sabido que venías, habría

limpiado y echado a Dan.

—Tienes razón, debería haberte avisado. Mira, nos vemos el viernes, ¿vale?

—Sí.

Un auténtico desperdicio de tiempo, pienso mientras salgo del camping de caravanas. Aunque he estado dentro no más de unos minutos, el olor se ha pegado a mi ropa y tengo que abrir la ventanilla para no vomitar. También necesito ir al baño, pero no iba a acercarme al de Paul ni loca, así que paro en un área de servicio.

Estoy furiosa con Paul, pero al principio no sé bien por qué. No puedo culparlo por invitar a Dan cuando le di plantón. Ni sorprenderme de que hayan tenido una maratón de videojuegos toda la noche. A Paul siempre le han gustado los videojuegos, y fue uno de los primeros en hacerse con una PS5 cuando salió al mercado. Tampoco ha sido nunca el más ordenado, aunque cuando consiguió tener su propio piso mejoró un poco. Simplemente… hay algo tan inmaduro en lo que acabo de ver. Si aún fuera un adolescente, tendría gracia. Pero no lo es. Se supone que es un adulto, por el amor de Dios. Querría agarrarlo de la oreja, llevarlo al piso de Matt y gritar: «¡Así es como vive un adulto, pedazo de idiota!»

Sé que soy injusta. Esto no es nada nuevo en Paul. Pero algo ha cambiado en mí. Matt, Bronwyn y hasta la horrible Rita van a ser mi responsabilidad a corto plazo. Sé que Bronwyn estará bien pase lo que pase, y no estoy segura de que me importe cómo le vaya a Rita, pero la vida entera de Matt está ligada a la cafetería. Si me equivoco, podría acabar durmiendo otra vez en su furgoneta. Es un

peso enorme, y necesito a una pareja que me apoye, no a un niño grande incapaz de recoger lo que ensucia.

Capítulo 17

—Has vuelto pronto. Pensé que decías que estarías fuera todo el día —comenta la abuela cuando entro en la cocina.

Tiene la carpeta de Nora abierta en la encimera y un olor delicioso sale de una olla al fuego.

—Sí, cambio de planes. ¿Qué es eso? —pregunto, señalando la olla para evitar cualquier pregunta sobre Paul.

—Sopa de tomate. Es una de las recetas de Nora y he pensado en probarla para tu abuelo y para mí. He hecho mucha, así que, si quieres, hay para ti también. Dice que hay que servirla con pan crujiente recién hecho, pero no tengo tiempo, así que he mandado a tu abuelo a comprar una barra.

El estómago me ruge. No he comido nada y me muero de hambre.

—Suena genial. Sí, por favor. ¿Me da tiempo a cambiarme y poner una lavadora?

—Sí, todavía tardará unos veinte minutos. Te aviso.

En cuanto llego a mi cuarto, me quito la ropa apestosa, me pongo el albornoz y la llevo directamente a la lavadora. Echo todo el suavizante que me atrevo a echar y pongo un programa largo. Luego me ducho a conciencia, incluido el pelo, para quitarme el olor de la caravana de Paul. Acabo de vestirme cuando la abuela llama para comer.

—Oh, madre mía, esto está buenísimo —digo al probar la sopa.

—Es un poco mejor que la Heinz, ¿eh? —asiente la abuela—. No tanta mantequilla, Norman, ¡piensa en tus arterias! —le regaña al

abuelo, que me guiña un ojo mientras se unta una capa generosa. Este es un tema recurrente a la hora de comer, sobre todo si se trata de mantequilla o nata.

Después de comer, le mando un mensaje a Katie para decirle que estoy en casa y puedo recogerla al final del turno si quiere. Tarda unos minutos en contestar.

> No te preocupes, me vuelvo en tren. Bronwyn y yo iremos a Sevenoaks luego. Me va a enseñar sitios y quizá compremos algo. Kx

—Parece que Katie tiene nueva amiga —le comento a la abuela, enseñándole el mensaje.

—¿Quién es Bronwyn?

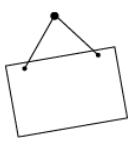
—Trabaja en la cafetería. Tiene más o menos la edad de Katie, quizá un poco más. Es artista, muy extrovertida. Me cae bien, pero no la habría imaginado como amiga natural de Katie. Son polos opuestos.

—¿En qué sentido?

—Katie es reservada; Bronwyn es puro torbellino. Katie es académica; Bronwyn no quiere saber nada de estudios. Esa clase de diferencia.

—Pues quizá sea justo lo que Katie necesita, alguien que la saque un poco de su caparazón —reflexiona la abuela.

—Sí, puede ser.



Pese a mi determinación de darme un descanso, me paso la tarde trabajando en el menú de la cafetería, calculando el coste de los ingredientes con el tique del hipermercado y sacando los márgenes. Tengo que escribir un par de veces a Matt para preguntarle tamaños de paquetes y cuántas raciones saca de una lata grande de alubias. Al final concluyo que seguimos teniendo un margen bastante saludable en la comida, incluso con los ingredientes mejores. El problema es el volumen: necesitamos vender mucho más.

Miro el menú de nuevo, fijándome ahora en su aspecto. Además de plagado de faltas de ortografía, el diseño está bastante descuidado. A quien lo hizo le importaba poco hacerlo atractivo. Hasta las fuentes parecen sacadas de otra época. Mientras lo analizo, veo que falta algo. Llamo a Matt.

—¿Sí, jefa?

—Ja, ja. Pregunta rápida. En la ventana pone que hacemos asados tradicionales. No veo nada en el menú.

—Hace años que no los hacemos. Antes los preparábamos los domingos, pero empezó a venir poca gente. Creo que la gente prefiere ir a bares, donde puede tomar una cerveza o un vino. Por mucho que me guste el té, no va con un asado.

—Pues tendremos que quitarlo de la ventana, ¿no?

—Supongo que sí.

Apunto «Buscar rotulistas» en mi cada vez más larga lista de tareas.

Katie escribe poco después de las seis para decir que Bronwyn la traerá a casa. No sabía que podía conducir. Dada su edad, no hace mucho que aprobó el examen, y solo pensar en que Katie vaya con una conductora tan inexperta me sube los niveles de ansiedad.

Además, es evidente que Bronwyn tendrá algún cacharro destartalado y bautizado con un nombre ridículo, y que ofrecerá aún menos protección que la furgoneta de Matt. Para cuando Katie sale de un utilitario moderno y perfectamente normal, con Bronwyn al volante, ya me he imaginado mil escenarios, cada uno peor que el anterior.

—No es el tipo de coche que asociaría con Bronwyn —comento cuando Katie entra, con una bolsa de compras.

—Es de su madre. Bronwyn no tiene coche. Paramos en su casa a tomar un té antes de ir a la estación y su madre dijo que no debía ir sola en tren e insistió en que me trajera. ¿No es genial?

—Mucho. ¿Qué tal el día?

—Interesante. A primera vista, parece que solo hay cafés y restaurantes, pero Bronwyn me enseñó tiendas de ropa geniales y fuimos a la galería donde trabaja. Sus obras son muy buenas. No las entendí todas, pero Gary, el dueño, dice que es un talento emergente.

—¿Y qué tal la cafetería?

—Dura. El sábado es el día más ajetreado, según parece. Ah, y ¿sabes la galería de al lado?

—Sí.

—No es una galería, es un estudio fotográfico. He conocido al dueño, Toby no sé qué. Parecía majo. Bronwyn le explicó que habíamos heredado la cafetería y nos deseó suerte. Muy agradable.

—¿Sigues pensando que deberíamos venderla?

—Entiendo por qué dudas. No querría decirle a Matt o a Bronwyn que se quedan sin trabajo. Aunque Bronwyn dice que estaría bien,

se nota que adora el sitio. Y algunos de los mayores son simpáticos. ¿Conociste a Ron?

—Sí. Encantador pero machista.

—A mí me pareció muy majo. ¡Hasta me dio propina! Y, respondiendo a tu pregunta, no lo sé. Si no la vendes, ¿qué vas a hacer con ella?

Buena pregunta. Sigo dándole vueltas el lunes por la mañana mientras me preparo para volver a la oficina. Me apetece recuperar algo de normalidad; parece que han pasado meses desde que estuve allí por última vez, aunque incluso Mallorca parece que fue en otra vida. Ha sido, sin duda, la semana más larga de mi vida. Como siempre, el correo se ha acumulado y sigo poniéndome al día cuando Grace aparece para sugerir que vayamos a por café.

—¿Qué tal las vacaciones? —pregunta mientras servimos café del termo.

En Holdsworth & Speke son lo bastante generosos para darnos café de filtro en vez de instantáneo, pero hay que pillar el momento: recién hecho es delicioso; después, se convierte en alquitrán.

—Pues… interesante —respondo—. Más fácil de explicar con una copa. ¿Tienes un rato después del trabajo?

—¿Una copa un lunes? —Finge horror—. Va, venga.

—Buenos días, chicas. ¿Cómo fueron las vacaciones, Daisy? —pregunta Rob, asomándose a la cocina para recargar su taza.

—Bien, gracias.

—¿Y esto? —pregunta mientras me coge la muñeca para mirar el Rolex—. ¿Lo pillaste en un mercadillo? Espero que no pagaras más de diez libras, aunque es de las imitaciones buenas.

Había olvidado que Rob se considera un gurú de los relojes. Tiene una colección enorme de relojes de lujo y siempre suelta palabros como *haute horlogerie*, lo que sea que signifique. Lleva un reloj distinto cada día.

—Es real —le digo—. Lo heredé de mi tío abuelo.

—¿En serio? A ver.

Me quito el Rolex y él lo examina largo rato.

—Bonito. Nunca será tan popular como los de buceo, pero es un clásico.

Me lo devuelve y me lo pongo.

—Menudo idiota —comenta Grace cuando Rob se va.

—Es buen tipo. Creo que no lo hace con mala intención. Solo es un poco torpe. Bueno, me pongo a ello. Nos vemos luego.

—¡Sí, qué ganas!

Intento centrarme, pero mis pensamientos vuelven a la cafetería. Peor aún cuando recibo un mensaje de Matt antes de comer.

No sé cuál es el problema, pero he oído a Rita diciéndole a un cliente que el datáfono no funciona. ¿Quieres que le pida a Bronwyn que venga a mirar?

Creo saber perfectamente cuál es el problema. Salgo al pasillo y llamo a la cafetería.

—¿Diga?

—Rita, soy Daisy.

—Oh. ¿Qué quieres?

Es, sin duda, la persona más maleducada que he conocido. Aprieto los dientes y pongo voz dulce.

—Dos cosas. La primera: me dicen que hay un problema con la máquina de tarjetas.

—Es muy complicada. No sé usarla.

—No es complicada, Rita, y sé que Bronwyn dejó instrucciones claras. Estamos en el siglo xxi, no en el xix, y, si vuelvo a oír que te niegas a aceptar pagos con tarjeta, habrá medidas disciplinarias. ¿Entendido?

No puedo creer que le haya dicho eso. Ella tampoco, por el silencio absoluto.

—La segunda —prosigo, aprovechando antes de que explote— es cómo contestas al teléfono. Es una línea de trabajo, debes contestar de manera profesional. Intenta decir «Nora's Diner, ¿en qué puedo ayudarle?» en lugar de «¿Diga?». ¿Lo entiendes?

—¡No puedes hablarme así! ¿Quién te crees? Podría ser tu madre. Deberías mostrar respeto —replica. Vaya, parece que ha encontrado su voz.

—Ahora mismo soy tu jefa, Rita, y si alguien debería mostrar respeto eres tú. ¿Estamos?

Mi tono sigue siendo dulce, aunque tiemblo de rabia, sobre todo cuando me doy cuenta de que me ha colgado.

Cuando llegan las cinco y media, estoy más que lista para una copa. Grace y yo vamos directas al bar. Le cuento lo de la cafetería, evitando con especial cuidado cualquier referencia al dinero heredado o a lo que ganaríamos vendiéndola. Grace suspira, soñadora.

—Me encantaría llevar una cafetería en un pueblecito tranquilo —dice—. Ya sabes, de esas donde todos se conocen y nadie cierra la puerta con llave. Tendría manteles de cuadros, cuencos para perros, pasteles caseros. La gente me contaría sus problemas y yo se los solucionaría. Tendría una cafetera italiana de verdad y un barista

buenorro al que todas adorarían, aunque sería *gay* y tendría un novio igual de guapo. Serviría té con crema y sándwiches sin corteza. Huevo con mayonesa, pepino, salmón ahumado. Ay, se me ha acabado la copa, ¿tomamos otra?

No puedo evitar sonreír mientras se dirige a la barra. Su descripción no podría estar más lejos de Nora's Diner.

Capítulo 18

¡Por fin es viernes! He conseguido mantener al día mi trabajo esta semana, aunque me ha costado más de lo habitual porque la cafetería me tiene distraída. He pasado mis descansos del mediodía mirando máquinas de café, delantales y todo tipo de cosas. Si no voy con cuidado, podría gastarme una fortuna sin que se note una verdadera mejora. Aun así, he decidido que necesito un portátil con un programa de contabilidad para llevar las cuentas y los gastos. También quiero rehacer el menú, eliminar las faltas de ortografía y darle un aspecto más cuidado. Le he pedido a Bronwyn que me dibuje un logo sencillo para poner en la parte superior y que tenga un aire más profesional. Normalmente pediría a Paul que me ayudase a elegir ordenador, pero después de darle vueltas a mi desastroso viaje a Whitstable, he decidido que tenemos que hablar en serio de nuestra relación antes de involucrarlo en nada de esto. Katie, en cambio, controla bastante de ordenadores, así que probablemente se lo pida a ella.

No sé qué tiene el Nora's Diner, pero me ha dado una motivación que jamás había sentido. Sé que, técnicamente, la mitad es de Katie, pero me siento responsable, como si fuese un animal enfermo que me necesita para que lo cuide y lo devuelva a la vida. Sigo sin tener ni idea de qué haré con él a largo plazo, pero ya he decidido que haré todo lo posible por reflotarlo antes de tomar ninguna decisión definitiva. Ya pensaré en los siguientes pasos cuando vuelva a estar en condiciones. Nunca había entendido a la gente que dice

eso de «es lo primero en lo que pienso al despertarme y lo último en lo que pienso antes de dormirme», pero ahora sí.

Recojo nuestro habitual pedido de comida y me dirijo al piso de Paul. No llevo un discurso preparado, pero sé que algo fundamental ha cambiado y que, por primera vez desde que murieron mamá y papá, estoy pensando y planificando el futuro. Incluso he encontrado un curso en línea de higiene y seguridad alimentaria que me permitirá ayudar en la cocina una vez lo complete. He decidido que quiero resucitar algunos platos de Nora como especiales de los sábados. Matt estará liado con el menú normal, así que necesito el certificado de higiene para poder prepararlos yo. También he pensado que quizá deberíamos empezar a ofrecer tartas y dulces además de todo lo salado que servimos ahora. El chocolate caliente, desde luego, hay que recuperarlo.

No estaba segura de si debía decir algo en el trabajo. Todos tenemos que hacer formación sobre conflictos de intereses y demás, pero no veía cómo podía haber conflicto entre una cafetería y mi labor en Holdsworth & Speke. Al final, se lo conté al señor Holdsworth a principios de semana y me sorprendió lo mucho que me apoyó. Incluso se ofreció a echar un vistazo rápido a los libros, aunque ambos coincidimos en que soy perfectamente capaz de llevar la contabilidad de un negocio pequeño. Le preocupaba que compaginar mi jornada con la cafetería fuese demasiado para mí, pero le aseguré que estaría bien, aunque empiezo a preguntarme si quizá tenía razón.

No he vuelto a hablar con Rita, aunque Matt me mandó un mensaje para preguntarme qué le había dicho, porque al parecer estuvo de un humor de perros el resto del día, refunfuñando y

dando portazos. Sin embargo, he comprobado la cuenta bancaria y veo que empiezan a entrar pagos con tarjeta, así que está claro que ha aprendido a usar el datáfono.

—¡Otra vez sin vino! Empiezo a pensar que te has vuelto abstemia. No será eso, ¿no? —pregunta Paul, cuando le entrego la bolsa de la comida y entro en su piso. He perdido la cuenta de las veces que me he quedado aquí, pero esta noche lo veo con otros ojos. Es un auténtico cuchitril; al mirar de reojo el dormitorio, reconozco las mismas sábanas de la última vez que estuve, lo que significa que no las ha cambiado en al menos tres semanas. Se me eriza la piel. Pase lo que pase, esta noche no me meto en esa cama. Me siento a la mesa y espero a que sirva la comida.

—Siento lo del fin de semana pasado —dice al darme el plato y empezar a comer.

—Me quedé un poco impactada, pero reconozco que debería haber avisado antes de plantarme allí. No te preocupes.

—¿Resolviste todo?

—¿El qué?

—Lo que fuese que te impidió venir como habías dicho.

Caigo en que no le he contado nada sobre Fred ni su testamento. No solemos hablar entre semana, y en la caravana, el sábado, no hubo ocasión. Le explico lo básico, omitiendo otra vez lo del dinero.

—Por eso no he traído vino —concluyo—. No puedo quedarme: mañana entro a las siete y media.

Su cara se ensombrece un poco.

—Pero no irás a trabajar allí todos los sábados, ¿no?

—Creo que sí —respondo—. Ahora es mi negocio. Como propietaria, creo que debo estar allí al menos un día a la semana.

Suena extraño decirlo tan crudamente, pero es verdad.

—Qué pena. Echaré de menos nuestras mañanas de no hacer nada —dice, con un punto hosco.

Para Paul, ese tipo de mañana consiste en ver si me convence para tener sexo sin tener que levantarnos. Lo llama romántico y dice que romper el momento para lavarse los dientes estropea el ambiente. A mí me cuesta mucho entrar en situación cuando me envuelve el tufo de su aliento mañanero, y normalmente necesito ir al baño al despertar, así que no suele salir como él quiere.

Cuando terminamos de cenar, me armo de valor.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —empiezo—. ¿Tú y yo… hacia dónde vamos?

Él frunce el ceño.

—No entiendo.

—¿A dónde va nuestra relación? ¿Esto de aparecer yo cada viernes con comida para llevar, luego un poco de sexo y quedarme a dormir es lo que imaginas que seguiremos haciendo dentro de, no sé, dos años?

—Pensé que no querías hablar del futuro —dice—. Siempre dices que vives el día a día, así que nunca me lo planteé. ¿Por qué ahora?

—Pues porque, con la cafetería y todo, me he dado cuenta de que tengo que empezar a pensar en el futuro y me ha hecho darle vueltas. Tenemos veinticuatro años, Paul, pero es como si nada hubiese cambiado desde que teníamos diecisiete. ¿Vamos a seguir así con veintiséis? ¿Treinta? ¿Esto te basta? Porque yo ya no estoy segura de que a mí me baste.

Pasa un buen rato antes de que hable.

—Creo que sé de qué va esto —dice al fin.

—Dime.

—Cuando empezamos, mi madre me llevó aparte. Es muy sabia, ya lo sabes. Me dijo: «Paul, me parece precioso lo que tenéis Daisy y tú, pero tienes que entender que ella está sufriendo mucho. Un día, cuando el dolor remita, estará lista para seguir adelante, pero entonces tú serás un recordatorio constante de esa época, y quizá no tenga sitio para ti en su nueva vida. Tienes que estar preparado para dejarla marchar cuando llegue ese día». ¿Es eso? Todo este planear el futuro, preguntarte a dónde vamos…, ¿crees que estás pasando página?

Lo observo. Aún veo al chico tímido y friki que fue mi amigo en el peor momento de mi vida, y jamás podré agradecérselo lo suficiente. Pero tiene razón. Siento que de pronto he crecido y no puedo ignorar que, aunque tenemos la misma edad, él sigue siendo un adolescente en muchos sentidos, con su desorden y sus videojuegos. Aun con todo, me da miedo; mi relación con él ha sido parte del caparazón que he construido durante diez años, y, si digo en voz alta lo que pienso, una buena parte de ese caparazón va a arder. Una lágrima gruesa se desliza por mi mejilla.

—Creo que sí —susurro.

Paul aparta la silla, viene a mi lado, se arrodilla y me abraza.

—No llores. Eres la persona más valiente que conozco, y, si sientes que es hora de avanzar, yo no debería frenarte.

—Pero te voy a echar de menos —digo.

Esa única lágrima se ha convertido en un torrente, pero él no me suelta.

—Yo no me voy a ninguna parte. Si alguna vez necesitas hablar, o incluso solo un móvil nuevo, puedes llamarme, ¿vale?

Me separo con suavidad, consciente de que le estoy empapando la camisa y queriendo mirarle a los ojos.

—¿Estarás bien?

—Estaré un poco mustio cuando te vayas —responde—. Pero sobreviviré. Hay pocas cosas que un par de horas de Fortnite no arreglen. —Sonríe con tristeza.

—Podrías conocer a alguien. Nunca se sabe.

—Quizá. Hay una mujer que viene mucho a la tienda. Dice que su móvil da problemas, pero creo que lo rompe adrede porque le gusto.

—¡Idiota! —A pesar de las lágrimas, me río.

Después, ya no queda mucho más que decir. Recojo mis cosas y nos damos un abrazo torpe en la puerta; ninguno quiere ser el primero en decir adiós. Al final, él rompe el abrazo.

—Suerte con la cafetería y todo —dice—. Y lo digo en serio: si necesitas cualquier cosa, estoy aquí.

Le doy un último beso y echo a andar hacia el coche. Creo que los dos sabemos que no lo llamaré. Necesito un corte limpio y, por doloroso que sea, sé que he hecho lo correcto.

Es curioso, pero estoy orgullosa de ambos por la madurez emocional con la que lo hemos llevado. Quizá hemos podido romper así porque ya no quedaba mucho que nos uniese. Cuando llego al coche, caigo en que hay algo más que debo hacer antes de irme. Me doy la vuelta y regreso al chino.

—¿Está bien, señorita Daisy? ¿Estaba todo correcto con la comida?

La mujer del mostrador parece preocupada. Supone que mi segunda visita es mala señal. Y lo es, en cierto modo, aunque dudo que nuestro pedido semanal influyese mucho en su negocio.

—Todo perfecto, como siempre. Solo quería decirle que me voy a mudar, así que ya no vendré más.

—Ah, es una gran pena para nosotros. La echaremos de menos, señorita Daisy. Pero espero que sea muy feliz en su nueva vida.

—Gracias. Voy a intentarlo.

El golpe sordo de la puerta al cerrarla se siente definitivo, como el cierre de un capítulo. Me siento vulnerable, como un cangrejo ermitaño que ha dejado atrás una concha que le ha servido de hogar durante años, pero que aún no ha encontrado otra. Al menos tengo un fin de semana ocupado por delante, con mi turno en la cafetería mañana y la limpieza del piso de Fred el domingo, así que no tendré tiempo de lamentarme.

Solo hay una cosa de la que estoy absolutamente segura ahora mismo.

—Muy bien, Nora, veamos qué podemos hacer para salvar tu cafetería —digo en voz alta mientras arranco y pongo rumbo a casa.

Capítulo 19

El señor Holdsworth tenía razón. No puedo seguir así; estoy agotada. Durante el último mes he mantenido mi rutina laboral normal, pero luego he seguido trabajando en mi portátil por las tardes, llevando las cuentas de la cafetería, investigando y pidiendo cosas para adecentarla sin gastar un dineral, y haciendo el curso de higiene alimentaria. Me ha abierto los ojos, y ahora estoy tan obsesionada con la contaminación cruzada que la abuela amenaza con prohibirme el acceso a la nevera de casa porque no paro de reorganizarla y dice que no encuentra nada. Aún no he cocinado nada nuevo en la cafetería, pero he empezado a ayudar un poco a Matt en la cocina los sábados, y tiene una paciencia increíble conmigo, teniendo en cuenta lo mucho que estorbo. He tenido momentos en los que he echado de menos a Paul, pero he estado tan ocupada que han sido pocos.

Katie ha hecho un par de turnos conmigo, pero le cuesta muchísimo madrugar, así que las últimas semanas ha preferido coger el tren hasta Sevenoaks y aparecer para ayudar en la segunda mitad del día. En realidad, no hace gran cosa, pero así tiene excusa para irse al centro con Bronwyn después de cerrar. Creo que Bronwyn le sienta bien, aunque sean tan distintas. Desde luego, el armario de Katie tiene más color, y Bronwyn parece ayudarla a soltarse un poco. Incluso le oí gastar bromas a un cliente habitual el otro día, algo impensable antes.

Los domingos he estado vaciando el piso de Fred. Los abuelos se apiadaron de mí al ver el panorama, así que han estado viniendo

conmigo: salimos después de desayunar y nos quedamos hasta media tarde. De momento hemos llenado dos contenedores y encontrado muy pocas cosas de interés. El abuelo se emocionó cuando de una pila de folletos salió un lote de manuales de coches de los años setenta, y Katie le está ayudando a venderlos en eBay. Aún no han aparecido la caja ni la documentación del Rolex, aunque Fred acumulaba tanto que estoy segura de que aparecerán. Ya casi hemos terminado, por suerte, y la abuela y yo hemos ido limpiando sobre la marcha, así que el sitio empieza a tener mejor aspecto. Aun así, necesita cocina nueva, baño nuevo, doble acristalamiento y una redecoración completa antes de que pueda plantearme hacer nada con él.

La recaudación en la cafetería ha mejorado, pero aún queda mucho camino. Me alegra decir que el olor a grasa rancia ha desaparecido; Matt tenía razón en que bastaba con cambiar el aceite con más frecuencia. También está más luminosa: copié una de las ideas de Grace y encargué un montón de manteles de PVC de cuadros vichy rojos para cubrir las mesas de fórmica agrietadas. Me encantaría cambiar las mesas, pero es demasiado caro. Ya empiezo a pensar que las cincuenta mil libras que reservé para la cafetería y los pisos van a quedarse cortas, pero no quiero tocar las inversiones si puedo evitarlo. Por suerte, las sillas están decentes, aunque necesitarán un lijado y pintura en algún momento. También tengo delantales nuevos; no llevan «Nora's Diner» bordado porque esos costaban el triple, pero quedan muy bien. Incluso me aseguré de encargar un par extragrande para Rita, aunque Matt me ha chivado que se niega a ponérselos. He mandado quitar la horrible rotulación de las ventanas y los menús nuevos quedan muchísimo mejor. Me

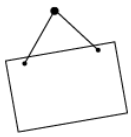
gustaría ampliar la carta, pero tengo que hablarlo con Matt, y no termino de dar con el momento.

Me queda un obstáculo enorme aún: Rita. Desespero al pensar en toda la energía mental que me ha consumido este mes. Es como una presencia maléfica constante en lo más profundo de mi mente. Quiero que se vaya. Es perezosa, malhumorada y maleducada, y estoy segura de que espanta clientes. Y ya ni siquiera tengo un problema de personal si se marcha: Bronwyn me ha dicho que podría cubrir su puesto durante un tiempo si hace falta. Mi problema es que no tengo ninguna excusa para despedirla y ella no da señales de querer irse. Desde nuestra bronca por la máquina de tarjetas ha mantenido un perfil bajo, y no la veo porque nunca trabaja los sábados. He hablado con ella alguna vez: he inventado excusas para llamar y comprobar que contesta bien al teléfono. Sé que la saca de quicio, pero si no lo hago volverá a las andadas. Y no puedo convertir responder al teléfono con un «diga» en una falta grave. Así que tengo que apostar más fuerte, y creo que he encontrado la manera perfecta.

Hace un par de semanas pedí una máquina de café y todo lo necesario para preparar cafés de barista. También le pedí a Matt que trajera distintas variedades de té del hipermercado. Seguiremos sirviendo el café soluble y el té normal, pero tendremos una gama «premium». Con un poco de suerte, la máquina de café será suficiente para que Rita explote. La instalaron el miércoles y Bronwyn y Rita han recibido formación. Es lo más caro que he comprado para la cafetería, incluso más que la freidora, pero valdrá la pena si convence a Rita de marcharse. También espero que mejore el negocio, claro, pero, aunque no vendiese ni una sola taza,

si sirviese para que Rita se fuese, sería una de mis mejores inversiones.

Es sábado por la mañana y arrastro los pies al levantarme. Anoche me quedé hasta tarde cuadrando el dinero que he invertido en la cafetería. Hay implicaciones fiscales sobre cómo devuelve el negocio ese dinero y tuve que revisar los cálculos un par de veces. Mientras intento despejarme bajo la ducha, pienso en el día que me espera. He hecho algunas pruebas con el horno desde que pasé el curso, y tras un par de bizcochos quemados creo que lo tengo controlado. Hoy quiero hacer un bizcocho de café y nueces para celebrar la llegada de la máquina. Planeo ofrecer porciones esta tarde para ver si tiene salida. Al menos mañana no toca vaciar el piso; es el último fin de semana de vacaciones de Katie antes del trimestre de otoño, así que los cuatro comeremos un buen asado en casa.



Matt y Bronwyn ya están en la cocina cuando llego. Bronwyn no debe de llevar mucho, porque Matt aún no se ha quitado la marca de pintalabios de la mejilla.

—Iba a preparar los tés y cafés —me dice Bronwyn, mientras dejo mi bolsa de ingredientes—. ¿Quieres un café? ¡Puedo hacerte un expreso, un *latte*, un capuchino, lo que quieras!

—Un *latte* con un extra de café, por favor. Me está costando arrancar, a ver si la cafeína ayuda.

Matt levanta la vista y noto que me mira atentamente.

—Estás cansada —observa—. ¿Seguro que no te estás pasando? Podemos apañarnos sin ti hoy si prefieres descansar.

—No. Estoy aquí y tengo un pastel que hacer. Quiero ver si hay interés para añadirlo a la carta.

Me instalo en un rincón de la cocina, intentando estorbar lo menos posible. Bronwyn trae el café, que está increíble.

—Mm, está muy bueno —murmuro.

—¿A que sí? —asiente Bronwyn—. He estado viendo vídeos de YouTube para aprender a hacer dibujos con la leche. Aún no me salen, pero lo lograré.

—Está enamorada de la máquina —me informa Matt cuando ella sale—. Si alguien puede vender ese café, es ella.

—¿Y Rita?

—Ya te puedes imaginar. Creo que intenta ignorarla para ver si desaparece…

—Pues lo lleva claro. Me ha costado un dineral, así que tendrá que acostumbrarse.

—Mm. Suerte con eso.

Ron es el primero de los habituales en llegar. Le he dicho a Bronwyn que me avise cuando aparezcan para interceptarlos. El pastel está en el horno y quedan veinte minutos para revisarlo, así que me quito la redecilla y salgo al comedor.

—Buenos días, Ron. Qué gusto verle.

—Buenos días, Daisy —contesta, mientras busca su billete de cinco libras y se lo entrega a Bronwyn—. Lo de siempre.

—Ron, ¿me permitiría invitarle hoy a un café?

Entrecierra los ojos.

—¿Dónde está la trampa?

—Ninguna. Solo me gustaría que probara un café de nuestra máquina nueva. No le pondré nada raro, solo un café normal con leche. Me interesa su opinión.

—No sé. Estoy contento con mi café de siempre. Ya lo cambiaste una vez cuando llegaste. ¿Por qué otra vez?

Bronwyn me lanza una mirada de «te lo dije», pero estoy decidida. Necesito que Ron, Agnes e incluso Harold se suban al carro si mi plan va a funcionar.

—Solo le pido que deje que Bronwyn le prepare un café en la máquina. Si no le gusta, se lo cambiamos por el de siempre y no se le cobra. ¿Trato hecho?

—Esto huele a querer sacarme más dinero, Daisy. Soy pensionista, ¿sabes? No estoy forrado.

—Es solo un poco más caro, se lo prometo. Le sugiero un americano, que se parece mucho al que toma. Son treinta peniques más por taza; seguirá desayunando por cinco libras, solo que sin cambio.

—Bueno, lo probaré. Pero no prometo nada, ¿eh?

—Gracias, Ron. Bronwyn, cobra el bocadillo y ponle un americano de cortesía.

Bronwyn sonríe, le cobra y se pone manos a la obra. Aunque es su primer día con la máquina, se la ve segura: carga el café, lo prensa, encaja el cacillo, coloca la taza y pulsa un botón. Añade agua caliente, un poco de leche, y se lo lleva a Ron. Nos quedamos observándolo, esperando el primer sorbo.

Parece absorto en el periódico. Justo cuando empiezo a preocuparme porque tengo que volver al pastel, levanta la taza y bebe. Se enjuaga la boca como si fuese vino caro, traga y nos mira.

—¿Vale los treinta peniques, Ron? —pregunta Bronwyn.

—Podría valerlos —responde él, sonriendo.

Repetimos con Agnes y Harold. Agnes queda convencida; Harold dice que no nota diferencia y prefiere el de siempre.

—No se puede ganar siempre —me dice Bronwyn.

—Era el que menos claro tenía —asiento—. Alguien que pone salsa marrón al huevo… En fin.

—Ya te lo dije: le das serrín y ni se entera.

—El cliente ideal de Rita —respondo, y nos reímos.

—Podría escribir los cafés nuevos en la pizarra de especiales. ¿Qué te parece? —pregunta.

—Perfecto. Está tristísima, vacía, y así los anunciamos hasta que pueda actualizar el menú.

Cuando el pastel se enfría, hago la cobertura con un chorrito de expreso de la máquina nueva y lo decoro con nueces. Estoy a punto de cortarlo cuando Matt interviene.

—¿Así lo vas a cortar?

—¿Qué? No es un cuchillo de carne, es seguro.

—No es el cuchillo. Si no marcas antes las porciones, te saldrán de todos los tamaños. Espera.

Abre un armario y saca un objeto que parece uno de esos cacharros que se ven en las tiendas de menaje de cocina para cortar las manzanas en forma de gajos y quitarles el corazón.

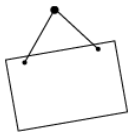
—¿Doce o dieciséis porciones?

—No es tan grande, doce.

Retira las nueces con cuidado, apoya el cortador sobre el pastel marcando las líneas radiales y me lo enseña.

—Ya está: doce porciones iguales. Solo tienes que clavarlo en el centro. Ahora corta y decora.

El resto del día transcurre sin sobresaltos. Katie llega a mediodía, y Bronwyn aprovecha un rato tranquilo para enseñarnos a usar la máquina. Me confundo un poco con los distintos pasos que hay que dar con la leche para los distintos cafés, así que Bronwyn nos hace una chuleta para que podamos consultar. El pastel se agota y me alegro de ver caras nuevas. Incluso vienen un par de madres jóvenes y les regalamos unos globos para los niños. Ron no las aprueba, pero si ellas salen contentas, quizá corra la voz y aumente la clientela.



Cuando cerramos, apenas puedo mantener los ojos abiertos, pero ha sido nuestro mejor día desde que me hice cargo.

—Estás muerta —observa Matt.

—Gracias, qué detalle. Así animas a cualquiera —respondo.

—Lo digo en serio. Mira, ¿por qué no subes a mi piso a dormir una hora antes de conducir? La habitación de invitados está limpia y me preocupa que te duermas al volante.

Abro la boca para protestar, pero tiene razón.

—¿Seguro que no te importa? No quiero ser una molestia.

—Claro que no. No podría perdonármelo si te pasara algo por dejarte marchar así. Manda un mensaje a tus abuelos y te despierto en una hora.

No me convence del todo la idea, pero la siesta me tienta demasiado. Envío el mensaje y lo sigo a su piso, donde me enseña la habitación. Es como el resto: algo envejecida, pero impecable. Corro las cortinas y me tumbo. La cama no es gran cosa, pero da igual. Apenas apoyo la cabeza, me quedo dormida.

Capítulo 20

Cuando me despierto estoy completamente desorientada, y tardo un rato en recordar dónde estoy. Miro el reloj: son casi las siete de la tarde. Y eso que Matt pensaba despertarme. Me levanto deprisa, me paso los dedos por el pelo para deshacer los peores enredos y salgo a su salón.

—¡Pensé que ibas a despertarme a la hora! —exclamo.

—Lo intenté. Llamé a la puerta y dije tu nombre, pero nada. No me sentía cómodo entrando, así que al final desistí. ¿Te encuentras mejor?

—Mucho, pero tengo que irme. Los abuelos estarán preguntándose dónde estoy.

Reviso el móvil para comprobar que han recibido mi mensaje y me sorprende leer su respuesta:

> No pasa nada, cariño. Como estamos solo los dos, el abuelo va a llevarme a cenar fuera, así que arréglate algo cuando llegues. Un beso. Tu abuela.

—¿Todo bien? —pregunta Matt.

—Sí. Parece que están aprovechando que Katie y yo no estamos para tener una cena romántica. Me toca apañármelas sola.

—Puedes quedarte a cenar conmigo, si quieres. No es gran cosa: pollo a la plancha y algo de ensalada.

Dudo por un momento. Sería facilísimo dejar que Matt cocine por mí, pero siento que quizá ya he abusado bastante de su

hospitalidad. Por otro lado, podría ser la oportunidad de hablar de ampliar el menú.

—No quiero darte más trabajo.

—No lo haces. De hecho, me haces un favor: el pollo venía en un paquete de dos y, si no, tendría que congelar uno.

—Bueno, déjame ir a por vino. ¿Qué prefieres, tinto o blanco?

—Me gusta el tinto, pero quizá el blanco vaya mejor. Tú eliges.

Tardo un rato en encontrar una licorería y luego me cuesta decidirme por la botella adecuada, así que, cuando vuelvo, ha pasado media hora. Por los aromas que me reciben al abrir él la puerta, diría que su idea de «pollo a la plancha y ensalada» es bastante más elaborada que la mía. Coge el vino y nos sirve una copa a cada uno, respetando mi petición de que sea poco, porque luego tengo que conducir. Me siento a la mesa y trae el pollo, la ensalada y un pan de ajo que, desde luego, no estaba en el plan, pero huele a gloria. Brindamos, nos servimos y doy un gran bocado. Sabe tan bien como huele, y se lo digo.

Aunque Matt es solo un compañero de trabajo, es difícil no compararlo con Paul. Paul es, siendo generosa, un cocinero mediocre. A veces me pregunto cómo no se ha intoxicado. Me pregunto cómo estará, quizá en una relación idílica con la mujer que rompe su móvil adrede.

—¿Perdona? —Me doy cuenta de que Matt ha estado hablando y no he escuchado ni una palabra.

—Te decía que nunca he visto a nadie trabajar tanto como tú, pero me preocupa que estés sobrecargada.

Mi primer instinto es saltar. ¿Quién es él para decirme cuáles son mis límites? Pero luego recuerdo que me he pasado tres horas

dormida en su habitación de invitados porque estaba demasiado agotada para conducir, así que decido ser razonable. Además, la comida está demasiado buena como para ofenderme y tener que irme. Respiro hondo y decido ser sincera.

—No esperaba que fuese tan difícil —empiezo—. Lo de vaciar el piso de Fred no durará siempre, pero incluso cuando termine, creo que me va a costar compaginar la cafetería con mi trabajo. Hay tanto que quiero hacer en la cafetería, pero necesito mi trabajo principal para vivir.

—¿Seguro que lo necesitas?

—¿Cómo?

—Ahora tienes el piso de Fred en propiedad. Sé que necesita arreglos, pero podrías sacar un alquiler bastante decente. Eso te cubriría buena parte de los gastos.

—Sí, quizá. Implicaría una bajada de sueldo importante, pero he hecho números y podría sobrevivir.

Matt sonríe.

—¿Qué? —le pregunto.

—Que está claro que le has dado vueltas. Eso es buena señal. Significa que quizá no tengas tanta prisa por vender.

—Buen intento. Estoy centrada en reflotar la cafetería. Decidiré si la vendo cuando vea si tengo éxito o no. ¿Puedo preguntarte algo? —Intento cambiar de tema.

—Claro.

—He estado pensando en lo que me contaste aquella vez que fuimos al hipermercado. Cuando eras pequeño, ¿por qué no te metiste en una banda? ¿No habría sido más fácil?

Le veo tensarse y temo haber metido la pata. Silencio incómodo.

—Perdona —añado—. No quiero entrometerme si prefieres no hablar de ello. Solo tenía curiosidad.

Suspira.

—No, está bien. Será mejor que lo sepas todo. Yo tenía una hermana.

La idea me golpea.

—Cuando dices «tenía», entiendo que…

—Murió.

—Dios, lo siento muchísimo.

—Sí. Era siete años mayor que yo. Creía que éramos muy cercanos, pero en realidad no sabía nada de su vida. Trabajaba en el estanco del barrio, pero tenía horarios rarísimos. Volvía muy tarde o no volvía. Si le preguntaba, decía que estaba con amigos, y no tenía por qué dudar de su palabra. Solo después de morir supe que era trabajadora sexual. Era mi mundo, la adoraba. Mi madre era un desastre, así que Laura era quien se ocupaba de que yo tuviera uniforme y todo eso. No tenía ni idea de que vendía su cuerpo para pagarlo todo, y todavía me siento culpable.

»La encontraron dentro de uno de esos contenedores enormes detrás de las tiendas. La autopsia dijo que había sido una sobredosis, pero ella no se metió allí sola. Alguien la metió. No sé si estaba con un cliente que se asustó y la lanzó allí dentro, o si fue alguien de la banda, pero para mí daba igual. En mi cabeza, la banda era la responsable, y la forma en que se deshicieron de ella demostraba que no les importaba nada. Yo estaba lleno de rabia. ¿Te acuerdas de dónde te dije que me hice la cicatriz?

—Tu mejor amigo del cole, si no recuerdo mal.

—Sí, bueno, no del todo. Él era parte de la banda. Yo estaba convencido de que había tenido algo que ver con su muerte, así que lo busqué. Cuando lo encontré, lo dejé bastante mal. Fui tonto al creer que no habría consecuencias. Una semana después, él y unos colegas me dieron una paliza. Sus colegas me sujetaron mientras él me rajó la cara y me dijo que estaba marcado. Ahí entendí que tenía que irme.

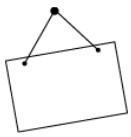
Le veo la herida en la mirada, y me conmueve. Su historia es tan trágica como la mía en muchos aspectos, y me siento menos sola. Me dan ganas de abrazarlo, pero nuestra relación sigue siendo profesional y no quiero crear una situación incómoda.

—Gracias por confiar en mí —le digo.

—No se lo cuento a mucha gente, pero saber lo que pasaste tú lo hace un poco más fácil. —Mira mi plato vacío—. ¿Quieres un café?

—No, mejor me voy. Estaba todo buenísimo. Gracias.

—Un placer.



La abuela, el abuelo y Katie están ya en casa cuando llego, sentados en la cocina con tazas de té.

—¡Ahí estás, Daisy! ¡Estábamos empezando a preocuparnos! —exclama la abuela.

—Perdón, cuando me mandasteis el mensaje diciendo que salíais a cenar, Matt se ofreció a cocinar para mí. —Veo a Katie levantar las cejas—. Nada de eso —le digo—. Estaba agotada y tuvo compasión.

Dormí tres horas en su cuarto de invitados, me dio de cenar y enseguida me he vuelto.

—Has estado trabajando de sol a sol —interviene el abuelo—. No sé cuánto tiempo vas a poder seguir así.

—Lo sé. Algo tiene que cambiar, pero no sé qué hacer.

—¿Qué te dice la cabeza? —pregunta él.

—Fácil: quedarme en Holdsworth & Speke. Es un ingreso seguro, un trabajo que sé hacer. Es estabilidad. Arreglo el piso de Fred, lo alquilo y eso me complementa el sueldo, y además Katie se lleva la mitad para la uni. Me aparto de la cafetería, dejo que la lleve Matt y me ocupo solo de las cuentas hasta que se estabilice lo suficiente como para venderla.

—¿Y el corazón?

—Lo contrario. Me encantaría involucrarme de verdad en la cafetería, recuperar los especiales que Matt no tiene tiempo de preparar, ampliar el menú, ver si puedo lograr algo. Tiene tanto potencial, lo sé, pero también es un riesgo enorme. Todavía no sé muy bien lo que hago; dependo totalmente de Matt. ¿Y si lo estropeo todo? ¿Y si Matt se va? No sé si estoy lista para un salto así.

—No quiero decir nada, pero —dice el abuelo— estás sentada sobre casi medio millón en efectivo, más el valor del edificio, que seguirá ahí incluso si la cafetería fracasa. Diría que te puedes permitir cometer errores caros. Supón que sigues en tu trabajo y te apartas de la cafetería. ¿Cómo te sentirías?

Me imagino la situación unos segundos.

—Frustrada. Siempre me preguntaré si dejé escapar una oportunidad. No creo en el destino, ya lo sabéis, pero ¿y si este es

mi sitio?

—Bien. Ahora al revés: te quedas con la cafetería y, por la razón que sea, no sale bien. ¿Cómo te sentirías?

—Triste, claro, por haber fallado. Pero sabría que lo intenté todo. Como dices, tengo un buen colchón económico. Mientras fuese cuidadosa, tendría suficiente para vivir mientras busco un trabajo nuevo.

—Pues creo que está claro —concluye el abuelo.

—Si te quedaras la cafetería, ¿te mudarías al piso de Fred? —pregunta Katie.

—Madre mía, no he llegado tan lejos. ¿Por qué?

—Porque si te mudases, podría coger el tren desde Paddock Wood los viernes después del cole e ir a pasar los fines de semana contigo. Seguiría ayudando en la cafetería los sábados y volvería el domingo.

—Podrías traerla tú, Daisy, y comeríamos todos juntos los domingos —añade la abuela.

—Un momento. Aún no he decidido nada y ya me habéis mudado, organizado los fines de semana y medio planificado mi vida. ¿Es que queréis libraros de mí?

—¡Tonterías! —dice la abuela—. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, lo sabes. Os adoramos. Solo pensamos que, con veinticuatro años, quizá quieras independencia. Queremos que sepas que te apoyaremos hagas lo que hagas.

Los miro con suspicacia.

—Sigo creyendo que hay un plan secreto aquí.

Sus caras son pura inocencia, pero no me engañan. Lo peor es que es una buena solución. Tendría que acabar de vaciar el piso de Fred y reformarlo, pero estar en el edificio facilitaría muchísimo las

cosas con la cafetería. Aunque, claro, esto solo importa si decido dejar mi trabajo en Holdsworth & Speke y volcarme de lleno en ella, y aún no he llegado a una conclusión sobre ese tema.

¿A quién quiero engañar? Claro que sé lo que voy a hacer.

Capítulo 21

Ahora que he tomado la decisión, me siento rara cuando entro en la oficina. Estoy nerviosa y llevo mi carta de renuncia en un sobre en el bolso. He revisado mi contrato y doy un mes de preaviso, como corresponde. Me siento observada, como si todos supieran lo que estoy a punto de hacer. Es irracional, lo sé, pero me siento como una traidora con un secreto a punto de salir a la luz. Me pregunto cómo reaccionará el señor Holdsworth. ¿Se enfadará porque estoy tirando por tierra la oportunidad que me dio? Nunca he dimitido: siempre me han despedido, y normalmente con bronca, así que me espero algo parecido.

—Buenos días, Daisy. ¿Qué tal el fin de semana? —Grace se sienta en mi mesa sin que la oiga venir, y doy un respingo—. ¡Vaya si estás nerviosa! —observa—. ¿Te has pasado con el café? Mejor no te digo nada de prepararnos uno; parece que te vendrá mejor un vaso de agua.

—Perdona, me has sorprendido. Estuvo bien, gracias. Hicimos un buen asado con muchas guarniciones. Era el último fin de semana de Katie antes de volver al cole para su último año, y trajo a Bronwyn, así que fue divertido. ¿Y tú?

—Lo de siempre: colada, limpieza, deberes. Vuelvo al trabajo para descansar.

Se marcha hacia la cocina y yo respiro aliviada. Necesito que aparezca cuanto antes el señor Holdsworth para poder hacer esto. No puedo fingir normalidad mucho tiempo.

Típico: no hay rastro de él. A las diez y media estoy sudando. ¿Y si no viene hoy? ¿Y si está enfermo? No puedo esperar más días, necesito hacerlo hoy. El señor Speke está en su despacho y me planteo preguntarle a Rosemary si puedo pasar a hablar con él, pero prefiero decírselo al señor Holdsworth. No puedo concentrarme en mi trabajo, los números me bailan en la pantalla. Veo a Rob dirigiéndose a la cocina. Él debe saber dónde está el señor Holdsworth, así que lo sigo.

—Buenos días, Rob, ¿buen fin de semana?

—Sí, gracias. Jugué al golf con los chicos y luego unas cervezas. ¿Y tú?

—Bien, gracias. Oye, ¿sabes dónde está el señor Holdsworth hoy?

—Está reuniéndose con un cliente nuevo esta mañana. Debería llegar hacia el mediodía. ¿Puedo ayudar en algo?

—¿Perdón? —He dejado de escuchar después de «mediodía».

—Lo que sea que necesites de él, ¿puedo ayudarte?

—¡Ah! No, necesito hablar con él directamente, gracias.

—¿Estás bien?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—No sé…, te noto nerviosa. ¿Estás en problemas? ¿Por eso necesitas verlo?

—¡No! Nada de eso. Gracias, Rob.

Me vuelvo a mi mesa. Qué mal rato, me he librado por poco. Pero al menos sé que vendrá hoy. Solo tengo que intentar hacer como que no pasa nada durante una hora y media más.

—Te has olvidado esto —dice Rob, dejando mi taza en un posavasos sobre mi mesa.

Vaya forma de disimular.

Cuando por fin aparece el señor Holdsworth, se me sube el corazón a la garganta. Espero media hora para no parecer ansiosa y, con las manos temblando, cojo el sobre, cruzo la oficina y llamo a su puerta. Ha sido casi como una figura paterna para mí, y odio decepcionarlo.

—Pasa, Daisy. ¿Cómo estás? —Me mira con preocupación—. ¿Todo bien? No tienes muy buena cara.

Empiezo con suavidad, para amortiguar el golpe.

—¿Recuerda que, cuando heredé la cafetería, dijo que temía que fuese demasiado para mí?

—Lo recuerdo. De hecho, sigo preocupado. Rob dice que trabajas muy bien, pero se te ve agotada. Pensaba hablar contigo esta semana para ayudarte. Intuyo que, por venir tú antes con ese sobre, hemos llegado al punto crítico.

—Sí, me temo que sí. Creo que tengo que elegir.

—Y, por el sobre, diría que ya lo has hecho.

—Lo siento muchísimo. No sabe cuánto le agradezco todo y…

—Prefiero que no sigas —me corta.

Aquí viene. Aquí llega el momento en que me llama desagradecida. Me preparo, luchando por no llorar.

—Voy a pedirte que confíes en mí, Daisy —prosigue. Lo miro sorprendida. ¿No va a echarme la bronca?—. Dime: ¿vas al día con tu trabajo?

—Creo que sí. Me quedan un par de cosas de las cuentas de Watson antes de empezar con KitchenMaster.

—¿Cuánto necesitas?

—Un par de horas, como mucho.

—Ven a verme cuando termines, antes de empezar el siguiente cliente.

—Sí, claro.

—Nos vemos luego. Y, Daisy…

—¿Sí?

—Rompe ese sobre, ¿quieres?

Me cuesta concentrarme en las cuentas de Watson porque no aparto la vista de él. Hace llamadas, luego él y Rebecca, de RR. HH., tienen una larga reunión con el señor Speke. Termino Watson antes de que acaben, así que paso más de una hora fingiendo trabajar. Él me dijo que no empezara KitchenMaster, así que no puedo avanzar. Por fin terminan. Envío las cuentas a Rob y vuelvo a cruzar la oficina.

—Ah, Daisy. ¿Has terminado?

—Sí, señor Holdsworth.

—Bien. Pasa y siéntate. Voy a pedirle a Rebecca que se una, si no te importa.

Hace una llamada y al minuto Rebecca entra en su despacho con un montón de papeles bajo el brazo. Cierra la puerta tras ella.

—Gracias por tu paciencia, Daisy. Iré al grano si te parece. El hecho es que tenemos un problema. Verás, tú y Grace sois técnicas contables sénior, como bien sabes.

—Sí.

—El señor Speke y yo hemos estado viendo la estructura de la empresa y en la parte técnica salta a la vista que tenemos sobrecarga de puestos altos. Realmente solo necesitamos una técnica contable sénior. ¿Entiendes?

Oh, mierda. Me va a despedir. Pensaba dejarlo igualmente, pero esto es una forma cruel de castigarme por mi falta de lealtad. Noto que me empiezan a escocer las lágrimas y, antes de que pueda frenarme, un par se me escapan y me bajan por las mejillas. El señor Holdsworth se da cuenta. Jamás se le ha pasado nada por alto.

—Lo siento mucho, Daisy, pero vamos a tener que suprimir tu puesto. No es algo que hayamos decidido a la ligera, porque en esta pequeña empresa somos como una familia y nunca hemos tenido que hacer algo así. Desde este momento quedas en suspensión remunerada durante un mes, con sueldo íntegro. Es un periodo de consulta para ver si hay otro rol que puedas desempeñar. También puedes sugerir tú uno. Si al final del mes no hay nada, procederemos al despido, pero con un paquete que espero te parezca generoso. ¿Tienes preguntas mientras está Rebecca?

No entiendo nada. ¿Por qué darme dinero para irme cuando pensaba irme gratis? No tiene ningún sentido. No obstante, tengo que aclarar una cosa.

—¿Qué pasa si encuentro otro trabajo durante la suspensión?

Veo que al señor Holdsworth le cuesta reprimir una sonrisa. Sabe lo que quiero hacer.

—En ese caso —dice Rebecca—, completamos el proceso al final del periodo. No tienes obligación de aceptar ningún otro puesto que pudiéramos ofrecerte.

—Gracias. Creo que no tengo más preguntas ahora mismo.

—Si se te ocurre algo, puedes llamarme a cualquier hora —dice Rebecca.

—Gracias, Rebecca —dice el señor Holdsworth.

Ella se levanta, y yo también. Sin duda, la reunión ha terminado.

—Daisy, ¿puedes esperar un minuto, por favor? —dice él.

Rebecca sale del despacho y cierra la puerta.

—¿Qué te parece? —me pregunta el señor Holdsworth.

—Sinceramente, no lo entiendo —le digo—. ¿Por qué ofrecerme dinero cuando podríais haber esperado un mes y libraros de mí gratis?

—¿Oh? ¿A eso te referías antes? ¿Ibas a dimitir? —pregunta, fingiendo sorpresa.

Me quedo mirándole.

—Déjame explicarlo —continúa—. Eres un dilema desde hace tiempo. Eres increíble en tu trabajo y hemos intentado darte todo el margen posible. De hecho, algunas tareas que haces son propias de contables colegiados. El problema es que no puedes ascender sin un título, Daisy. Has tocado techo. Grace también, pero ella es mayor y está contenta en su puesto. Tú eres joven. Incluso sin la cafetería, llegaría un momento en que este trabajo se te quedaría pequeño. Tu herencia solo ha acelerado ese momento. Cuando has entrado esta mañana, sabía exactamente lo que ibas a decir, pero no podía dejar que lo dijeras ni que me entregaras el sobre, porque eso me ataría las manos. Así, podemos dejarte marchar con nuestra bendición y algo de dinero que te ayude, y tú puedes irte ya en lugar de esperar un mes. ¿Lo entiendes?

Lo entiendo. Es brillante. Y muchísimo más de lo que merezco.

—Gracias, de verdad, señor Holdsworth. —Me emociona su generosidad y las lágrimas empiezan a fluir otra vez.

—Confesaré que no es del todo altruista. —Sonríe—. Esto nos permite contratar a otro aprendiz. La próxima Daisy, quizá. Ahora,

ve. Esas lágrimas darán la impresión adecuada a tus compañeros.

—¿Puedo despedirme?

—Hoy no. Cuando vuelvas dentro de un mes para tu despedida oficial, sí. Igual organizamos una visita a tu famosa cafetería.

—Gracias. Por todo.

—Una última cosa.

—¿Sí?

—Si necesitas ayuda con las cuentas, dínoslo. Te haremos un precio especial.

—Gracias.

Cierro la puerta, corro a mi mesa y cojo mis cosas antes de que nadie tenga ocasión de preguntarme nada. Veo a Grace levantarse y acercarse, pero el señor Holdsworth sale en ese momento, reúne a todos y la detiene. Yo escapo hacia el ascensor, que por suerte llega enseguida a esta hora del día. Salgo a la calle y me asalta una duda horrible. ¿Y si acabo de cometer el mayor error de mi vida?

«Demasiado tarde, Daisy», me digo tajante.

Echo a andar hacia la parada del autobús y hacia el siguiente capítulo de mi vida.

Capítulo 22

No me da tiempo ni a llegar a la estación antes de que el móvil empiece a sonar con mensajes de Grace, sorprendida y preguntando si estoy bien. Le respondo que estoy perfectamente y que ya nos veremos dentro de un mes, cuando vuelva para mi reunión final. Me sorprende lo tranquilo que está todo, tanto Charing Cross como el tren, fuera de la hora punta a la que estoy acostumbrada. Paso el viaje buscando cómo pedir el reembolso del abono y del aparcamiento, y me pregunto si seguiré en contacto con Grace a largo plazo. Me cae bien, pero dudo que tengamos algo en común más allá del trabajo. No puedo contarle que pensaba dimitir y que el señor Holdsworth, en realidad, me ha hecho un favor enorme, así que ella debe de estar sintiendo la culpa del superviviente. Sospecho que dejará de escribirme pronto y que nuestra amistad se irá apagando.

—Vuelves pronto. ¿Qué tal ha ido? —pregunta la abuela cuando llego a casa.

Les cuento todo sobre mi día y explico el proceso de despido.

—Bueno, eso sí que es una sorpresa —dictamina el abuelo cuando termino—. ¿Así que puedes empezar ya en la cafetería?

—Sí.

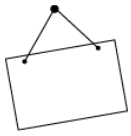
—Haznos un favor —pide la abuela.

—Claro, ¿cuál?

—Tómate unos días antes de ponerte con ello. Necesitas descansar, y vas a tener poco descanso cuando empieces. No te necesitan todavía: están acostumbrados a apañárselas sin ti entre

semana. Podrías tomarte lo que queda de semana, ir el sábado como siempre y empezar en serio el lunes.

Lo pienso. Tenía pensado ir mañana, pero la abuela tiene razón: unos días me vendrían bien. No estoy segura de si me tomaré toda la semana; ahora que es mi única fuente de ingresos, siento que no puedo perder ni un día. Lo debatimos y acordamos que empezaré el viernes.



Intento seguir su consejo, pero a media mañana del martes estoy aburrida como una ostra. Para cuando termina el miércoles ya he contratado a una empresa de vaciado para que se lleve todo lo que queda en el piso de Fred a principios de la semana que viene, y el jueves por la tarde he quedado con un amigo del abuelo que es constructor, para hablar de las reformas. Paso el miércoles y el jueves revisando los últimos armarios del piso. Ya no está el contenedor, así que meto la basura en el coche y hago varios viajes al vertedero. Por fin encuentro la caja y los papeles del Rolex y me los llevo a casa.

Matt vio mi coche el miércoles y me escribió para preguntar qué pasaba, así que me pasé a explicarle mi nueva situación, pero he estado evitando el café excepto para ir al piso. Estoy cargando las últimas bolsas cuando me llega un mensaje suyo:

> Sé que hoy no trabajas, pero quizá quieras pasarte por el café un momento. Rita dice que la

cafetera está rota.

Cierro el coche y entro por la puerta de atrás. Por suerte, Matt está solo en la cocina.

—¿Qué pasa?

—Sospecho que hay gato encerrado. —Ríe—. Rita lleva unos días bufando aún más de lo normal. Ron y Agnes han decidido probar todo el menú de cafés y la tienen de los nervios. Cuando he salido antes, había colgado un cartel de «fuera de servicio». Le he preguntado y está empeñada en que está rota, pero no me sorprendería que fuese una excusa.

—Ya veo. ¿Quieres que la mire?

—Si quieres, puedo llamar a Bronwyn para que venga cuando pueda, pero ya que estás aquí…

Salgo a la barra. Rita está en su puesto habitual, brazos cruzados y cara de asco. En efecto, el cartel tamaño folio de «fuera de servicio» está pegado con cinta adhesiva a la cafetera.

—Ah, eres tú —gruñe—. ¿Por qué no estás en tu trabajo?

—He dimitido. A partir de ahora trabajo aquí a tiempo completo. Estaba terminando el piso de Fred cuando Matt me ha avisado del asunto de la cafetera. ¿Qué le pasa?

—No sé. El aparato de moler el café ha dejado de funcionar.

—Vale, deja que lo mire.

Pongo el cacillo bajo el molinillo y deslizo la palanca para llenarlo con café molido. Es verdad, no sale nada. Compruebo el interruptor, que está encendido, y sigo el cable hasta el enchufe.

—Creo que ya he encontrado el problema. El interruptor del enchufe está apagado.

Lo enciendo y la máquina empieza a moler. El cacillo se llena perfectamente.

—No sé cómo habrá pasado —dice Rita, con ese tono de adolescente pillada.

—Creo que sí lo sabes. No se apaga solo.

—Igual lo he tocado sin querer.

—Está metido muy al fondo. Difícil tocarlo sin querer. Admítelo: no te apetecía y la has apagado.

—¡Es muy difícil! —estalla—. La gente quiere cafés raros con espumas distintas. ¿Cómo voy a saber qué es un capuchino, un *latte* o un *flat white?* ¡No soy bailarina!

—Querrás decir barista, y aquí tienes las instrucciones. —Le enseño las notas de Bronwyn—. Solo tienes que seguirlas. Esta máquina es una inversión enorme para el futuro del negocio, y me voy a tomar muy en serio que la hayas saboteado. Este es tu segundo aviso, Rita. Uno más y estás fuera. ¿Entendido?

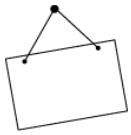
—¡Cómo te atreves! —me espeta—. Llevo once años aquí. No puedes llegar y soltar amenazas así.

—Si sigues saboteando o negándote a usar el equipo que he pagado, claro que puedo. Esta cafetería ahora es mi sustento, y te voy a vigilar como un halcón. Un incidente más, Rita. Te lo advierto.

—No te atreverías a despedirme —susurra, pero no suena tan segura.

—Ponme a prueba —respondo, y me voy por la cocina a seguir con la limpieza del piso.

Justo me da tiempo a tirar la basura y volver antes de que llegue Mick, el albañil. Sé que suena mal, pero me ha gustado tener a Rita contra las cuerdas más de lo que debería.



Estoy descolgando las cortinas viejas de Fred y apilándolas sobre una silla para los de la empresa de vaciado cuando suena el timbre. Aprieto el botón para dejarle entrar al edificio y luego abro la puerta del piso y salgo al rellano.

—Hola, Daisy. Estás estupenda. Hace siglos que no te veo —dice Mick.

—Hola, Mick. Gracias por venir. —Me aparto para dejarle entrar al piso—. Te ofrecería una taza de té, pero no tengo tetera ni nada aquí arriba. ¿Quieres algo del café?

—No, gracias. Bueno, ¿qué tenemos aquí?

—La semana que viene la empresa de limpieza vaciará todo el piso. Después, creo que necesita una cocina nueva, baño nuevo, doble acristalamiento y una redecoración completa. Echa un vistazo y dime qué te parece a ti.

Me siento en uno de los sillones viejos de Fred mientras él da una vuelta por el piso. Sé que debería pedir otros presupuestos para la reforma, pero me fío de Mick; lo conozco desde que nos mudamos con los abuelos. Confío en que me haga un buen precio, y el abuelo se pondrá hecho una furia si no recurro a él. Lo observo mientras deambula de un lado a otro, silbando sin ton ni son y anotando cosas en su cuaderno al pasar. No tengo la menor idea de cómo se conocieron el abuelo y él, ni siquiera sé qué edad tiene. Lo único que sé es que han sido amigos desde siempre. Mete la cabeza en el armario donde está la caldera y también sube al desván. No alcanzo

a imaginar qué espera encontrar allí arriba. Tras revisar todo, me pide que le acompañe. Empezamos por la cocina.

—Sé que se ve desgastada, pero los interiores están bien —explica—. Si quisieras mantener la distribución, ahorraríamos dinero, y solo habría que cambiar las puertas, pero creo que puede quedar mucho mejor. Mira estos planos.

Me enseña su propuesta, y parece una mejora bestial. Ha sustituido la cocina eléctrica separada por una placa integrada en la encimera y ha reconfigurado los armarios para dar espacio a un doble horno, un lavavajillas y un microondas. Además, ha añadido una isla central con espacio de almacenaje. Me encanta. Saca un catálogo de su bolso y elijo puertas y cajones blancos estilo *shaker* y encimeras efecto madera. Me gusta cómo quedan las de madera auténtica, pero Mick me aconseja que no las ponga porque son mucho más difíciles de mantener y salen bastante más caras. Tampoco quiere que ponga suelo de baldosas, porque todo lo que se me caiga se romperá o romperá una baldosa. En lo que sí coincidimos es en las luces LED para que pueda ver lo que estoy haciendo.

En el baño, elijo módulos blancos normales, mampara de cristal en lugar de cortina de ducha, más luces LED y un espejo grande iluminado.

—Aquí hay un problema, Daisy —dice señalando la ducha—. Estas duchas eléctricas son penosas. Calientan el agua que hay dentro de esta unidad, así que solo sale un hilo. Yo pondría una de presión, idealmente. Pero si quieres hacer eso, necesitarás caldera nueva, porque la que tienes no serviría.

—No puedo vivir con una ducha penosa. Adelante con la ducha de presión. Seguro que había que cambiar la caldera de todas formas.

—Buena elección. Yo no puedo encargarme de la caldera, pero tengo un colega que lo hará. También buscaré a un electricista para la instalación.

Seguimos la ronda por el piso. Mick accede a hacerlo todo, incluido enyesar las paredes de nuevo para deshacerse del horrible gotelé, mejorar el aislamiento del desván y organizar los revestimientos del suelo.

—Para cuando haya terminado aquí, podrás mudarte directamente.

—¿Tienes idea de cuánto puede costar?

—No va a ser barato. Lo calcularé, pero dudo que baje de quince mil.

Mierda, eso va a dejar un gran agujero en mis ahorros. Aun así, no tiene sentido escatimar en gastos.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás en hacerlo?

—¿Cuándo vienen a vaciarlo?

—El lunes.

—Dame unas llaves y empiezo cuanto antes. En un mes podrías estar dentro.

Como no tengo copias, quedo en hacer unas nuevas y dejárselas en el buzón. Vive a apenas unas cuantas calles de la abuela y el abuelo, así que me pilla de camino.

Mientras conduzco de regreso a casa, otro pensamiento me asalta de pronto. El trabajo de Mick cubrirá lo imprescindible, sí, pero yo no tengo muebles, ni cortinas, ni nada que vaya más allá de mi dormitorio de siempre. Tendré que empezar desde cero, comprarlo

todo: desde los muebles hasta el más pequeño utensilio de cocina. Y, de pronto, la decisión entera me parece temeraria. Tal vez debería alquilar la casa, como había pensado en un principio, y seguir viviendo con la abuela y el abuelo.

Capítulo 23

Estoy cansada, pero adoro mi nueva vida. Llevo un mes levantándome a las seis, dándome una ducha rápida y poniéndome ropa cómoda antes de salir de casa a las seis y media para estar en el café a las siete. Matt siempre llega antes. Yo preparo el café y tenemos nuestra «reunión matutina», que consiste en una conversación rápida sobre qué tartas haré para los clientes de la tarde y cuál será el especial del día. He conseguido que la abuela me ceda la carpeta de recetas de Nora, con algo de dificultad, y ahora la guardo en la cocina de la cafetería. Se ha convertido en mi biblia, con la que intento insuflar vida a este sitio. Las primeras señales indican que mi esfuerzo está dando resultado, pues el negocio empieza a remontar y ya ganamos un pequeño beneficio.

Rita llega casi siempre a las siete y media los días que trabaja. Apenas me habla, pero me da igual. No me planta cara. Ha captado que quiero que se vaya y se cuida mucho de darme motivos para echarla. Lo que no entiende es que yo no querría despedirla si no fuese tan desagradable y vaga. Cuando trabaja Rita, cuento los días que faltan para que vuelva Bronwyn: la cafetería cobra vida con ella.

Mick me dice que los avances son notables: la cocina y el baño ya están terminados, al igual que la caldera y las ventanas; la pintura está hecha y hoy colocan la moqueta. Apenas he ido, para no entorpecer. Bajó temprano un día para que eligiera los azulejos de la cocina y el baño, pero yo estaba en plena faena preparando una sopa de brócoli con Stilton, así que solo le di una idea de los colores que me parecían adecuados y dejé en sus manos escoger los

azulejos definitivos. Le mencioné que quizá alquile el piso y no me mude, y se echó a reír: dice que no podré resistirme cuando lo vea terminado. En cuanto a la decoración general, le pedí que se inclinara por tonos bastante neutros; leí en internet que los colores neutros son los más adecuados si se quiere atraer a posibles inquilinos. Tengo muchas ganas de verlo más tarde, cuando todo esté acabado. Hoy es viernes y me he tomado el día libre: voy a Londres a mi reunión final con el señor Holdsworth y Rebecca. Hemos quedado a las once y media para poder ir después al bar a tomar una copa de despedida. Me propuso quedar a las cuatro, pero no tenía ganas de salir con todos un viernes, porque querrían seguir de juerga por la noche y yo tengo que trabajar por la mañana. Aunque solo ha pasado un mes desde que hacía esto a diario, se me hace rarísimo ponerme el traje y coger el tren a Londres. Al menos ya no tengo que pagar por aparcar, ya que puedo dejar el coche detrás del café y caminar hasta la estación.

Mi pase ya no funciona, así que la recepcionista llama al señor Holdsworth para que venga a buscarme. Me doy cuenta de que la he visto cada día durante seis años y nunca he hablado con ella. Miro alrededor del vestíbulo, recordando el día en que vine para mi entrevista. Intento acordarme de si ella estaba en la recepción ese día o el día que empecé a trabajar, pero no consigo recordar nada.

—Daisy, qué alegría. Te veo bien, ¿cómo te va? —dice el señor Holdsworth, que parece contento de verme de verdad.

—Muy bien, gracias. Creo que la cafetería empieza a remontar. ¿Y usted?

—Bien. Ha habido cambios. El señor Speke ha dejado la empresa para buscar otras oportunidades, y Rosemary se ha ido con él. ¿La

recuerdas?

—Sí, era su secretaria.

—Eso es. Rob lleva un mes haciendo de socio y quizá se quede el puesto. También hemos puesto un anuncio para un nuevo aprendiz. A ver si encontramos a otra tan prometedora como tú. ¿Subimos?

Me deja pasar la barrera y subimos juntos en el ascensor. La oficina no ha cambiado nada, salvo por las miradas que siento sobre mí al pasar. Noto cómo me observan mientras sigo al señor Holdsworth hasta su despacho, donde Rebecca me espera. Diviso a Rob, acomodado en la oficina del señor Speke, y me pregunto por un instante qué habrá llevado al señor Speke a marcharse tan de repente; yo había pensado que permanecería allí hasta el día de su muerte.

Los trámites no llevan mucho tiempo. Rebecca me explica mi indemnización por despido, que es suficiente para cubrir mi salario durante varios meses. Firmo los documentos, entrego mi pase y ella me informa de que el dinero llegará a mi cuenta bancaria a principios de la próxima semana.

—He reservado un restaurante italiano cerca de aquí para tu comida de despedida —dice el señor Holdsworth—. Espero que te parezca bien. Sé que tú y Grace sois aficionadas al Lord Nelson, pero no cabríamos todos allí, y Rob me ha asegurado que este restaurante es muy bueno. Quería daros una despedida digna.

Salimos todos hacia el restaurante. Grace se pone a mi lado. No había sabido nada de ella desde el día que me fui, pero ahora está deseando recuperar el tiempo perdido.

—¿Estás bien? ¿Qué haces ahora?

—Estoy bien, gracias. Trabajo a tiempo completo en la cafetería y hago lo posible para sacarla a flote. Va despacio, pero vamos avanzando. ¿Y tú? Me ha sorprendido que el señor Speke se haya marchado. Pensaba que estaría aquí toda la vida.

—¿Eso te han contado? —Grace se ríe, y yo la miro con cierta extrañeza.

—Una de las limpiadoras tenía cita en el hospital, así que llegó a limpiar las oficinas aproximadamente una hora más tarde de lo habitual —me explica Grace, bajando la voz para no llamar la atención—. Pensaba que todos se habrían ido, ¡pero allí estaban, dándolo todo en su despacho!

—¿Quién?

—¡El señor Speke y Rosemary, por supuesto!

—¡No!

—¡Sí! —responde Grace—. Yo ya sospechaba que tramaban algo, pero nadie me creía, ni siquiera tú. En fin, la pobre quedó completamente traumatizada y presentó una queja.

—¿Quién, Rosemary?

—No, la limpiadora. ¡Estate al día! —Grace se ríe de nuevo—. En cualquier caso, él no podía quedarse después de aquello, así que al parecer se han trasladado a Escocia y él va a montar un nuevo despacho allí.

—¿Y por qué no me escribiste inmediatamente?

Grace baja la mirada.

—Siento mucho no haberte llamado en este tiempo. Sabía que, si sobraba un puesto de técnica contable sénior, podía haber sido el tuyo o el mío. Aunque obviamente me alegraba de conservar el

trabajo, me sentía fatal por ti. No sabía qué decirte. Y cuanto más lo dejaba pasar, más me costaba…

Está tan arrepentida que decido tranquilizarla en la medida de lo posible.

—Mira, la verdad es que yo no podía con todo. Si el señor Holdsworth no me hubiera despedido, quizá habría dimitido de todos modos. Así que está bien. Puedes dejar de sentirte culpable, ¿vale? Ahora cuéntame más sobre el señor Speke y Rosemary. ¿Hubo mucho escándalo más allá de que se marcharan? Ni siquiera sé si alguno de los dos estaba casado.

—Él está casado, pero al parecer su esposa lo sabía todo y estaba dispuesta a mirar para otro lado, mientras fueran discretos. De ese modo, él dejaba de insistirle con temas sexuales, y ella lo toleraba en silencio. Al parecer, aquello llevaba años ocurriendo. Rosemary empezaba a querer más, a querer "salir del armario", por así decirlo, pero él temía que, si se conociera su relación con su asistente, se dañara su reputación profesional. La ironía es que, al intentar mantenerlo en secreto, acabaron por arruinar completamente la reputación de ambos, y ahora su esposa amenaza con quedarse con todo lo que pueda. Aunque fue cómplice, no quiere renunciar a su vida cómoda para mantener a su marido y a la amante.

—¿Cómo sabes todo esto?

—He estado desplegando todo mi encanto con Rosemary: preparándole tazas de té, acompañándola a comprar sándwiches a mediodía, cosas así. ¿Nunca te diste cuenta? Esperaba que, si pensaba que yo era su amiga, bajara la guardia y me contara algo. Después de que todo estallara, la llamé para ver si estaba bien, porque fue muy repentino y no me creí ni una palabra de lo que

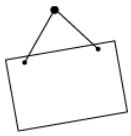
decía el señor Holdsworth. Cantó como un canario. Ah, aquí estamos.

El restaurante es buenísimo, como prometía Rob, y nos estamos divirtiendo. Yo bebo agua con gas; si bebo a mediodía me duermo. Ellos no se cortan y el número de botellas vacías crece. El señor Holdsworth parece a punto de dar un discurso, pero por suerte recapacita. ¿Qué iba a decir? «Te apreciamos mucho, por eso te echamos» no queda nada bien, y está claro que no puede destapar lo que ha pasado en realidad.

En un gesto generoso, el señor Holdsworth paga la cuenta y todos me desean lo mejor al salir del restaurante. Grace me da un abrazo fuerte.

—Sigamos en contacto, ¿vale? Te escribiré.

Le devuelvo el abrazo y sonrío. Seguro que no volveré a saber de ella, pero agradezco el gesto.



Cuando el tren sale de Charing Cross, siento un alivio enorme. Ha sido agradable verlos, pero ya no pertenezco a ese mundo. Tengo ganas de volver a Sevenoaks y a mi nueva vida. También tengo ganas de recibir en mi cuenta el pago de la indemnización la semana que viene. No es que tenga muchos gastos, pero será un buen colchón hasta que pueda cobrar algo del café.

Mick está cargando su furgoneta cuando llego y sonríe al verme.

—Todo listo. ¿Quieres ver?

He evitado subir al piso mientras se llevaban a cabo las reformas, en parte porque no quería molestar a Mick y a su equipo entorpeciéndoles el trabajo, pero también porque me cuesta imaginar cómo va a quedar algo mientras aún está en obras. Mick me entrega las llaves de repuesto y caminamos juntos hasta la fachada del edificio, entramos por la puerta de abajo y subimos las escaleras.

—¡Vaya! —exclamo, mientras empujo la puerta de entrada y piso el salón. El piso de Fred es irreconocible. Lo que antes era un espacio oscuro, apagado y lleno de trastos se ha transformado en un lugar luminoso, espacioso y completamente moderno. La pintura color magnolia de las paredes se combina con la moqueta color galleta, creando una sensación de amplitud, y apenas alcanzo a oír el tráfico de la calle a través de las ventanas de doble acristalamiento. La cocina es una maravilla. Mick ha cedido a mi gusto por los suelos de baldosa y ha colocado un vinilo con estampado de azulejo, y las baldosas azul oscuro de las paredes resaltan a la perfección los muebles blancos y la encimera con apariencia de madera. El horno doble aún conserva su plástico protector, y sobre la encimera se ha instalado una elegante placa de inducción con luz y extractor. Mick abre uno de los armarios para mostrarme el lavavajillas integrado.

—Todo es de buena calidad, pero no me pasé con el presupuesto —me dice—. Los muebles son de Magnet Express, así que se pueden reemplazar fácilmente si se estropean. Los electrodomésticos me los consiguió un amigo que tiene una tienda, así que me hicieron un buen descuento. ¿Quieres ver el baño?

Me cuesta dejar la cocina, pero lo sigo. Los antiguos muebles manchados y horribles han desaparecido, y ahora el baño resulta atractivo y acogedor. Una ducha potente se alza sobre la impecable bañera blanca, con una mampara de cristal que impide que el agua se salga. Todo parece nuevo, reluciente. Me estoy enamorando del piso, aunque debo recordar el gasto para no perder la cabeza.

—Es precioso, Mick. Impresionante. Mejor de lo que podría haber soñado. Ahora vamos con el susto. ¿Cuánto ha sido?

—Te dije que poco te sobraría de quince mil, ¿no?

—Sí. —Me preparo para enfrentar la cifra real. He visto suficientes episodios de *Grandes diseños* y *Masters de la reforma* como para saber que el presupuesto inicial siempre se queda corto. Tiene que ser, como mínimo, de veinte mil libras, y probablemente mucho más.

—Pues con descuentos y favores, todo ha salido por once mil quinientos. Así que al final aún te va a sobrar algo.

Lo abrazo.

—Eres un *crack,* Mick. Gracias.

—La cuestión es: ¿lo alquilas o te mudas?

—No sé. Me encantaría mudarme, pero no tengo muebles.

—Tienes tres mil quinientos que no esperabas. Si tienes cuidado te da para empezar. En las tiendas de muebles de segunda mano hay chollos, y algunas entregan a domicilio.

¿Podría vivir aquí? Vuelvo a la cocina y me imagino haciendo la cena, con Katie sentada en el salón con las piernas dobladas, concentrada haciendo los deberes. Los colores neutros son exactamente lo que yo misma hubiera elegido. Y sé que no quiero que nadie más viva aquí.

—Tienes razón, Mick. Sería de locos no mudarme.

Capítulo 24

Empiezo a temer que nunca me libraré de Rita. Apenas sigue siendo correcta, pero va con sumo cuidado para mantenerse dentro de los límites de lo aceptable sin trabajar más ni mostrar mejor cara. Es como si estuviésemos realizando una especie de baile: ambas ocultamos mal nuestra mutua antipatía, pero ninguna quiere provocar una guerra abierta. No entiendo por qué no ha dimitido; dudo que disfrute trabajando aquí. A veces la oigo resoplar mientras lidia con la cafetera, pero al menos no ha vuelto a sabotearla. Ron y Agnes también se han calmado: ya han probado todo el menú y ahora se limitan a uno o dos cafés favoritos. Han empezado a compartir mesa, incluso. Bronwyn dice que también llegan y se marchan juntos. Decido investigar un poco. En lugar de dejar que Rita les lleve los desayunos, lo hago yo.

—Buenos días, Ron; buenos días, Agnes. ¿Cómo estáis?

—Bien, gracias, querida —sonríe Agnes.

—Me alegra veros juntos y charlando. Hace tiempo que pensé en sugeriros que compartierais mesa, pero no sabía si os apetecería.

—Hubiese dicho que no —dice Agnes, tajante.

—¿Y eso?

—Pues porque es un hombre —responde, señalando a Ron—. Podría haber sido uno de esos acosadores, o violadores, o como se llamen.

Miro a Ron. No hay forma humana de imaginarlo así. Él alza las cejas y guarda silencio.

—¿Y qué ha cambiado?

—Pues que me invitó a un café. Tenía que sentarme con él o quedaba mal. Nos pusimos a hablar y resulta que vivimos en la misma calle. Ahora llama a mi puerta cada mañana y bajamos juntos. Le he dicho que solo somos amigos y que no se piense cosas raras.

Me cae bien Agnes, pero sus días de *femme fatale* quedaron atrás hace mucho. Me parece que está siendo demasiado optimista; aun así, me alegra que hayan hecho buenas migas. Y me viene genial que liberen una mesa.

—Quizá podríais invitar a Harold a unirse —les sugiero—. Igual también le vendría bien la compañía.

—Ni hablar —replica Agnes—. Una vez entró detrás de mí cuando estaba pidiendo en el mostrador y estoy segura de que me pellizcó el culo. Un pervertido, eso es lo que es.

—¿Estás segura?

—¿Quién iba a ser si no?

—No sé, no veo a Harold haciendo eso.

—Ah, bueno, los callados son los peores. Eso decía mi madre.

Nuestra fascinante y algo inquietante conversación se ve interrumpida por un alboroto a mi derecha. Me vuelvo para ver qué está pasando. Una joven está sentada en una mesa con un niño que debe de ser su hijo. El niño ha tirado el vaso y un charco de Coca-Cola cubre el mantel y empieza a gotear al suelo. Veo a Rita avanzar con un paño y decido dejar que se encargue.

—¡Por el amor de Dios! —le suelta al niño mientras frota el derrame con brusquedad—. Mira la que has liado. —Luego se gira hacia la mujer—: No deberías traerlo si no sabe comportarse. Esto es un café, no una guardería.

Me quedo boquiabierta. No puedo creer lo que oigo.

—Rita, ya me ocupo yo —digo, arrebatándole el paño. El niño está a punto de llorar y la mujer parece petrificada—. Ocúpate de las otras mesas y espérame en la cocina.

—Lo siento muchísimo —le digo a la mujer mientras limpio—. Te traeré otra bebida y te devolveremos el importe de hoy. —Me inclino hacia el niño—: No te preocupes por ella, está un poco gruñona. Los accidentes pasan. No es culpa tuya, ¿vale?

El niño todavía tiembla, pero creo que evito lo peor. Llevo otra Coca-Cola y hago todo el papel de dueña amable, pero por dentro me hierve la sangre. ¿Cómo demonios se le ocurre a Rita hacer eso? Aunque he pedido disculpas y reembolsado el dinero, dudo que vuelva a ver a la mujer y a su hijo por aquí. Y es justo el tipo de clientela que necesito si quiero que esto funcione. Una vez que creo que he minimizado los daños todo lo posible ofreciéndoles una tarjeta con un diez por ciento de descuento en su próxima visita, vuelvo a la cocina con paso firme. Rita me espera desafiante y ya no puedo contenerme.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? ¿Intentas arruinarme? —susurro, con la voz temblando de rabia, pero decidida a no gritar. No quiero que me oiga nadie.

Matt se gira, sorprendido. No sabe nada y debe de pensar que me he vuelto loca. Rita me mira como si le hubiera dado una bofetada. Aunque ya hayamos chocado antes, nunca me ha visto realmente enfadada y creo que la he sorprendido. Pero se recompone enseguida, y su voz suena calmada cuando me responde.

—Háblame bien, jovencita. El niño llevaba trasteando con el vaso un buen rato. Era cuestión de tiempo. Y ella sin decirle nada. Alguien

tenía que regañarlo o nunca aprenderá.

No puedo creer lo que estoy oyendo.

—¿Estás mal de la cabeza? —exclamo—. Estoy dejándome la piel para levantar este sitio, joder, y tú te dedicas a sabotearme: primero lo del puñetero datáfono, luego la mierda que te inventaste con la cafetera, y ahora ¡insultando a los clientes! He tenido que devolverles el dinero y darles un vale, y aun así dudo que vuelvan, por no hablar de los demás, que lo han oído todo. ¿Tienes idea del daño que acabas de hacer?

—Estás exagerando. Solo he…

—¡Fuera de aquí! —susurro con furia.

—¿Hablas en serio? ¿Me echas por eso?

—Ya lo creo que sí. Tendría que haberte echado hace tiempo, coño.

—Muy bien. Estoy harta de este trabajo, de todas maneras, con esas tontadas de cafés y demás. No hace falta que me eches, dimito. Y suerte para encontrar a alguien que quiera trabajar para ti, o que ni siquiera quiera venir por aquí, cuando le cuente a todo el mundo lo mal que me has tratado. Conozco a mucha gente en esta ciudad —grita.

Agarra su abrigo y sale dando un portazo a una velocidad que nunca le había visto. Yo respiro a bocanadas y me tiemblan las piernas, claros síntomas de que se acerca un ataque de pánico, pero me agarro a la encimera y me concentro en respirar más despacio.

—¿Estás bien? —pregunta Matt—. ¿Qué ha sido todo eso? Nunca te había oído soltar tacos. ¡He contado tres en menos de un minuto!

—Luego te lo cuento. Necesito ponerme bien y salir a servir. ¿Puedes apañarte tú solo el resto del día? Luego llamo a Bronwyn, a

ver si puede venir mañana.

—Sin problema. La sopa está hecha y los bizcochos, enfriándose. ¿Se ha ido de verdad?

—Eso espero, maldita sea. Y si vuelve, la saco a empujones. Será mejor que salga a dar la cara.

Me quito la redecilla del pelo, me cambio el delantal de cuerpo entero por otro de cintura de los que compré para Rita y Bronwyn, y salgo despacio a la parte delantera de la cafetería. Y entonces sucede lo impensable.

Ron empieza a aplaudir.

Agnes le sigue.

Poco a poco, el aplauso se extiende por las mesas. Incluso se une gente que no había visto nunca por aquí. La madre del niño que se llevó la bronca se pone de pie, sumándose a la ovación. Yo no sé qué hacer, así que me quedo quieta, roja como un tomate, hasta que terminan.

—¿Alguien quiere un trabajo? —bromeo cuando cesa el aplauso.

Responden con risas.

Me pongo a recoger mesas y a sacar platos para recomponerme. Desde luego no estoy tan cómoda aquí afuera como estoy en la cocina, así que saco el móvil y llamo a Bronwyn, que confirma que viene mañana encantada. Cuando estoy limpiando los cercos de café de un mantel, la madre del niño se me acerca.

—Perdona —dice—. ¿Ibas en serio con lo del trabajo?

—Tengo a una chica los sábados que puede cubrir el puesto unos días, pero no sé si querrá seguir más tiempo. ¿Por qué?

—Soy nueva en la zona, pero he trabajado en hostelería. Me interesa mucho el puesto vacante. No llevo un currículum ahora,

pero te lo puedo traer después. Por cierto, me llamo Penny.

No estoy segura de qué hacer. Bronwyn ha dicho que está feliz de darme todos los días que necesite, y sé que haría cualquier hora que le pidiera, pero no estoy segura de que eso sea realmente lo que quiera. Sospecho que le gusta la variedad de trabajar tanto aquí como en la galería de arte, pero me parece descortés pensar en contratar a alguien más sin al menos hablar con ella. Pienso en Bronwyn: creo que no quiere más horas. Tengo una idea y le sonrío a Penny.

Pienso en Bronwyn: creo que no quiere más horas. Tengo una idea y le sonrío a Penny.

—Mucho gusto, Penny. Soy Daisy. ¿Qué te parecería venir un día de prueba? Trae tu currículum; pero creo que aprenderemos mucho más de ti viéndote en acción un día entero que en una simple entrevista. Te pagaré por las horas que trabajes, aunque decidas que no es para ti o aunque nosotros decidamos que no encajas del todo con nosotros. ¿Qué opinas?

Penny lo medita un momento.

—Podría venir mañana, si no es demasiado pronto. Traeré mi currículum y referencias.

—Perfecto —digo—. Tus horas normales serían de siete y media de la mañana a las tres, pero como mañana es un día de prueba, puedes empezar a las nueve. Trabajarás con Bronwyn. Es joven, pero conoce este lugar y a los clientes como la palma de su mano. Si ella te aprueba, entonces veremos la posibilidad de algo más permanente. Y si no, bueno, probablemente no hace falta que me extienda en ese punto.

—Genial —responde Penny—. Aquí estaré mañana a las nueve en punto.

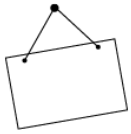
—Una pregunta, si no te importa… —le digo mientras se prepara para irse.

—¿Sí?

—¿Tienes con quién dejar al niño? Sé que no es asunto mío, pero es mejor saberlo si va a haber problemas con esto, ¿sabes?

Penny ríe.

—No te preocupes por eso. Oliver es mi sobrino. Lo cuido hoy solo porque mi hermana está de mudanza.



Sigo temblorosa al cerrar. Nunca había despedido a nadie. Estoy contenta de librarme por fin de Rita, pero hacerlo me ha dejado agotada. No puedo caerme: el primer envío de muebles llega en nada. Seguí el consejo de Mick, y Katie y yo encontramos maravillas en una tienda de segunda mano. Son increíbles las cosas que tira la gente. Encontramos una cama doble de madera robusta para el cuarto de Katie, un conjunto de dos sofás casi nuevos y más cosas. Matt traerá mi cama doble el domingo en su furgoneta y ese será mi día oficial de mudanza. La abuela y yo medimos las cortinas de mi dormitorio y cabrán en el cuarto del piso, pero he tenido que encargar nuevas cortinas para la habitación de Katie y para el salón. El amigo de Mick que tiene la tienda de electrodomésticos me ha conseguido un televisor y un dispositivo que puedo conectar para ver programas a la carta desde el móvil. Probablemente en lo que

más he gastado es en ollas, sartenes, cuchillos y tablas de cortar para la cocina. Además de procurar comer de forma saludable, quiero poder experimentar con cosas que podríamos ofrecer abajo, en el café. Será un piso sencillo pero acogedor, y poco a poco iré ampliándolo. Los abuelos están contentos por mí, aunque a veces la abuela parece a punto de llorar, lo que me hace pensar que la idea de que finalmente me mude no le resulta tan alegre como intenta aparentar.

El abuelo hace comentarios prácticos sobre que por fin van a volver a tener sitio disponible, aunque no sé para quién guardan la habitación libre. Después de diez años viviendo con ellos, siento que debería darles las gracias con algo especial, pero me falta inspiración.

Llega la furgoneta de la tienda de segunda mano y los dos chicos suben los muebles y todo lo que Katie y yo habíamos comprado en un abrir y cerrar de ojos. Ya hay algunas cajas esparcidas aquí y allá, así que decido quedarme un rato ordenando y desempacando para calmarme un poco antes de conducir a casa.

Estoy colocando cosas en la cocina cuando suena el timbre.

—¡Vaya cambio! —exclama Matt cuando lo dejo pasar—. ¿Puedo echar un vistazo?

—Claro. Te haría un café, pero todavía no tengo.

Sigo desempacando la caja en la que estoy trabajando mientras él recorre las habitaciones de arriba a abajo.

—¿Esto es una ducha de presión? —grita desde el baño.

—Sí.

—Qué envidia —dice riendo.

—No te preocupes, tu piso también lo arreglaré —le grito—. Debes pasar frío en invierno.

—Un poco, pero con un jersey me apaño. No hace falta que te preocupes por mí. Estoy feliz como estoy.

—Vale, te lo voy a decir de otra manera. Si pagaras un alquiler normal, ¿dirías que el piso está bien?

—Pues… no. Pero no pago un alquiler completo.

—No, pero no es solo el alquiler. También tienes que contar la reducción de sueldo. Suma las dos cosas y verás que sí lo pagas. Si yo fuera tú, le daría un toque al casero y le exigiría, al menos, una ducha decente y doble acristalamiento, como mínimo.

Se ríe.

—Puede que tengas razón, pero creo que olvidas algo.

—¿Qué cosa?

—Las obras son invasivas. Una cosa es reformar un piso vacío como este, pero los obreros no querrán trabajar con un inquilino viviendo allí.

—¿Y dónde viviría yo mientras tanto?

Tiene razón. No quiero que vuelva a la furgoneta. Pero sí debo modernizar su piso. Lo pienso un momento y se me ocurre una idea.

—Puedes instalarte aquí, en la habitación libre, mientras duren las obras.

—¿Y Katie?

—Solo serían unas pocas semanas, y ella solo viene los fines de semana. Podría dormir conmigo esos días. Podrías usar el cuarto hasta que acaben las obras y cuando te vayas se lo devuelves a Katie.

—¿No acabarías harta de verme? Estamos juntos todo el día, lo que menos te apetecerá será tenerme por aquí todas las tardes.

—¡Qué tontería! —digo, con una certeza que no sé si siento. Puede que haya sido un tanto precipitada, pero ya no puedo recular —. Nunca se sabe, puede ser divertido.

Capítulo 25

La cafetería ha mejorado muchísimo desde que se fue Rita. Penny es un éxito rotundo. Bronwyn declaró que era «maravillosa» tras el día de prueba, sobre todo porque por fin alguien le enseñó a hacer dibujitos con la leche. Como imaginaba, Bronwyn prefiere seguir combinando sus dos trabajos, así que no le importó que entrase alguien nuevo. Las referencias de Penny hablaron genial de ella y empezó a trabajar enseguida.

—Estoy pensando en cambiar mi coche por una furgoneta —le digo a Matt mientras añado aceitunas y alcaparras a la salsa *puttanesca* que vamos a cenar con la pasta.

Llevo tres semanas viviendo encima del café y hemos cogido la costumbre de cenar juntos casi todas las noches. Es absurdo cocinar por separado cuando somos vecinos y no tenemos nada mejor que hacer por las tardes. Aunque es sábado, Katie no está: se ha quedado a dormir en casa de Bronwyn viendo películas hasta las tantas, y me ha prometido con toda seriedad que volverá a tiempo para que pueda llevarla de nuevo a casa de los abuelos para la comida.

—¿Y eso? —pregunta.

—Tu furgoneta me da pánico. Yo sé que la adoras, pero para ir al hipermercado preferiría algo más moderno, con airbags y tal. No necesito una tan grande como la tuya, pero he estado mirando en internet y he visto una Transit Connect que puede servir. Lo que no sé es si sabré dar marcha atrás.

—Yo te ayudo, si quieres. Si la compras, vamos un domingo al aparcamiento de la estación y practicas marcha atrás hasta que cojas confianza.

—¿Seguro?

—Claro. Yo llevo la mía y puedes practicar aparcar al lado. Ya está llena de arañazos; si le haces más, da igual. Mejor que fastidiar el juguetito de otro.

—¡Qué capullo eres!

Le lanzo el paño y nos reímos.

—Se te dará bien, seguro, solo tienes que acostumbrarte a mirar por los retrovisores para saber por dónde vas.

—Igual llamo al concesionario la semana que viene para que me dejen probar. ¿Has terminado de hacer tus maletas?

—Casi. Me he dejado libre mañana por la mañana para ir contigo a la compra antes de que vayas a comer con tus abuelos, y luego terminaré lo que me queda por la tarde.

—¿Juntos a la compra? Esto es un hogar como Dios manda —bromeo—. ¿También querrás tu pipa y tus pantuflas a la vuelta?

—Qué graciosa. Solo quiero pagar mi parte. No puedo aceptar caridad de la jefa.

El lunes empiezan las obras en su piso, así que se muda al cuarto de Katie, y esta noche es la primera que pasa aquí. Todavía no estoy completamente segura de que sea buena idea, aunque fui yo quien lo sugirió. Nos llevamos muy bien y casi nunca estamos separados, pero va a vivir conmigo durante todo un mes, y eso me parece un compromiso importante. —¿Cómo te sientes con el tema de quedarte aquí un mes conmigo?

—No sé. Tengo ganas de probar la ducha de presión por la mañana. —Sonríe.

—Es una maravilla. Pero no gastes toda el agua caliente.

Enrollo un trozo de pasta en el tenedor y le doy un bocado. Está perfecta, así que la escurro y empiezo a servir.

—Buen intento. He visto que tienes caldera mixta: el agua caliente no se acaba. Podría pasarme un par de horas ahí dentro.

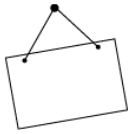
—Ya me estoy arrepintiendo.

—Eh, tú insististe en renovar mi piso. Yo estaba bien.

—¿Quién dice que lo hago por ti? Igual solo estoy cuidando mi herencia —bromeo, sirviendo los platos.

Coloco los platos sobre la mesa y saco el pan de ajo y la ensalada. Como es sábado por la noche y mañana no trabajamos, he abierto una botella de vino y sirvo un par de copas generosas. Brindamos.

—Por no matarnos este mes —dice.



Me despierto con unas ganas terribles de hacer pis. Es lo que pasa cuando tomo vino; probablemente tampoco ayude el agua que bebí antes de acostarme para asegurarme de no levantarme con resaca.

Me levanto medio dormida y cruzo la sala en camiseta y bragas. Abro la puerta del baño, y allí está Matt, prácticamente desnudo, salvo por una toalla diminuta enrollada a la altura de la cintura.

—¡Perdón! —Cierro de golpe la puerta.

Y entonces surgen tres problemas:

Primero, sigo necesitando ir al baño con urgencia, y parece que Matt estaba en medio de afeitarse. No estoy segura de poder aguantar hasta que termine.

Segundo, es el primer día y ya le he mostrado mis bragas. Vaya manera de empezar. Su cuerpo queda grabado en mi mente, junto con un montón de ideas muy poco decentes. Eso sí que es un cuerpo que me gustaría conocer mejor. Una complicación que realmente no necesito, sobre todo teniendo que convivir con él durante un mes.

—Lo siento —dice él desde fuera—. No encontraba el cerrojo y al final lo dejé así.

—No hay cerrojo —respondo—. Hasta ahora no ha sido un problema, pero le pediré a Mick que le eche un ojo mientras arregla tu piso. Eh… ¿Matt?

—¿Sí?

—Me va a explotar la vejiga. ¿Cuánto te queda?

—Cinco minutos. ¿Quieres que salga?

—Por favor.

Abre la puerta y me encuentro de nuevo con ese cuerpo. Veo un tatuaje que pone «Laura» sobre su corazón, y todavía tiene gotas de agua en el pecho y los brazos. De repente quiero arrancarle la toalla y secarle de arriba abajo antes de…

Mi fugaz pensamiento subido de tono se ve bruscamente interrumpido por mi vejiga, y corro al baño para sentarme de golpe en el váter, suspirando de alivio mientras lo dejo salir. Me limpio, me subo las bragas y me lavo las manos.

Al mirarme en el espejo, surgen nuevos problemas que añadir a mi lista: si iba a mostrarle las bragas a Matt, ¿por qué no podía al

menos llevar unas decentes? Estas eran originalmente blancas, pero están tan gastadas que ahora son de un gris claro; la tela es tan fina que se transparenta mi vello púbico, y empieza a deshilacharse en la cintura. No es precisamente el aspecto que elegiría si supiera que iba a lucirlas.

Él espera fuera del baño a que vuelva a abrir, lo que significa que no tengo más opción que mostrárselas de nuevo, además de tener que sortear ese cuerpo, y ya no tengo nada que me distraiga de las fantasías que se acumulan en mi cabeza. Algunas son tan descaradas que ni siquiera estoy segura de que sean físicamente posibles. ¿Se puede saber qué me pasa?

Esto es un desastre. Matt me cae muy bien como persona, pero esto me ha tomado completamente por sorpresa. ¿Cómo voy a aguantar todo un mes sin ponerle las manos encima ? Siempre he creído tener un deseo sexual saludable, pero es como si alguien hubiera pulsado un interruptor y, de repente, parece que no puedo pensar en otra cosa.

—¡Contrólate, Daisy! —le digo a mi reflejo en el espejo.

—¿Estás bien? —pregunta él, desde el otro lado de la puerta.

—Sí, ya salgo.

Me obligo a que mis manos permanezcan en su sitio mientras abro la puerta del baño y me encuentro con él de nuevo. Estúpidamente, bajo la mirada. La toalla es realmente muy corta y puedo distinguir claramente la forma de su pene presionando contra ella. Es más de lo que puedo soportar, así que huyo a mi habitación y cierro la puerta con firmeza.

—Ya puedes usar el baño —dice él al cabo de un momento.

Espero hasta escuchar cómo se cierra la puerta de su habitación antes de envolverme en mi albornoz y volver al baño. Me despojo de la ropa y entro en la ducha, dejando que el agua caiga sobre mí mientras reflexiono sobre este acontecimiento tan poco deseado. Aparte de todo lo demás, somos compañeros de trabajo, y he leído suficientes columnas de consejos como para saber que involucrarse con alguien del trabajo es una pésima idea: si la relación fracasa, el ambiente se vuelve tóxico. Y eso sería aún peor para Matt y para mí, porque la mayor parte del tiempo estamos solos en la cocina.

—Joder, joder, joder —murmuro mientras me lavo el pelo. ¿Qué demonios voy a hacer?

Cuando salgo, vestida y peinada, las cosas parecen estar más calmadas. Matt también está vestido, aunque todavía puedo imaginar con demasiada facilidad su cuerpo bajo la camiseta de rugby y los vaqueros. Katie ha vuelto también, con aspecto cansado pero contenta, lo que agradezco enormemente. Matt también parece un poco avergonzado y no me mira del todo a los ojos.

—¿Lo has pasado bien? —le pregunto a Katie.

—Genial. Vamos a repetir la semana que viene, ¿te parece bien?

—Por mi parte, ningún problema, siempre que a la madre de Bronwyn no le moleste que la estés estorbando. ¿Qué visteis?

—Elegíamos por turnos. No estoy segura de que Bronwyn elija las películas por la historia; parece más interesada en la iluminación. Vimos un film francés con subtítulos porque estaba obsesionada con la manera en que el director iluminó los ojos de uno de los personajes. Al parecer, ganó un montón de premios.

—¿Y tú qué elegiste?

—¡*French Kiss*, por supuesto!

Katie y yo vimos *French Kiss* por primera vez hace un par de años, y desde entonces la habremos visto al menos diez veces. Podemos recitar largos fragmentos del guion de memoria, y es nuestra película de referencia cuando necesitamos animarnos un poco, así que no me sorprende en absoluto.

—¿Y a Bronwyn qué le pareció?

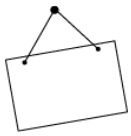
—Le gustó, en realidad. O al menos eso dijo. ¿Qué te parece mi habitación, Matt?

—Muy cómoda, gracias, Katie —responde él.

—Genial, ¿nos vamos? —pregunto—. Matt y yo vamos a hacer una compra rápida en el supermercado antes de que tú y yo vayamos a casa de los abuelos. ¿Quieres venir con nosotros?

—Claro, no tengo nada mejor que hacer.

Me alegra que Katie esté con nosotros, porque la conversación entre Matt y yo es un poco forzada mientras recorremos Sainsbury's. Somos perfectamente cordiales, pero nos movemos con cautela, como si acabáramos de conocernos y estuviéramos intentando causar una buena impresión. Odio esta repentina incomodidad, y me sorprendo tratando de averiguar si hay algún otro lugar donde Matt pueda quedarse durante el mes. Me pregunto si él está pensando lo mismo.



—Vaya ambiente más raro esta mañana —dice Katie mientras vamos hacia casa de mis abuelos—. ¿Qué ha pasado?

—Hubo un incidente con la puerta del baño —le explico.

—¿Ah, sí? Creo que tienes que contarme todo, ¿no? Desahógate.

Le cuento la historia, suavizada, pero le admito que lo que vi me gustó.

—¡Ha sido una locura invitarle un mes! —exclamo al terminar—. ¡Llevamos menos de un día y ya estoy desquiciada!

—Puede ser bueno para los dos —dice ella.

—¿Bueno? ¿Cómo? Tengo que mantener la profesionalidad. No necesito que ande por ahí con una toalla microscópica.

—¿Por qué complicas tanto las cosas? Está claro que te gusta, y él está colado por ti. ¿Por qué no te lanzas?

—¿Cómo que por qué? Porque tener una relación con un compañero de trabajo es una idea realmente mala, la verdad. Espera, ¿qué quieres decir? ¿Cómo que está colado por mí?

—¿No has visto cómo te mira?

—No. ¿Cómo me mira?

—Con ojitos. Mucho. ¿De verdad nunca te has fijado? ¿Por qué crees que fue tan amable desde el principio?

—Pensé que era porque es buena persona.

—Lo es, no lo dudo. Pero también está loquito por ti. Está clarísimo.

Ay, Dios. Como tenga razón, estoy perdida.

Capítulo 26

Matt está viendo algo en la tele cuando vuelvo al piso. Levanta la vista y me sonríe antes de volver a mirar a la pantalla.

—¿Qué tal la comida? —pregunta.

—Bien, gracias. ¿Tú qué has comido?

—Me he dado un capricho y he ido al bar. Tenían bufé de carne asada y estaba muy buena, aunque no soy fan de la salsa de carne genérica.

—¿Cómo que «genérica»?

—Pues que, si yo hago salsa, me gusta aromatizarla para que encaje con la carne con la que va. Si es ternera, le echo vino tinto; si es cerdo, sidra, y así. No entiendo cómo hacen una única salsa que sirva a la vez para ternera, pavo y cerdo.

—Probablemente sea Bisto.

—Mmm. Puede que tengas razón. De todas formas, tenían todos los acompañamientos. La gente llenaba los platos como si no hubiese comido en toda la semana.

—Lo que yo no entiendo de los bufés —le digo— es cuando la gente lo mezcla todo. La gracia del asado es que sea coherente, con las guarniciones y las salsas correctas para cada carne.

—¿Así que nada de salsa de menta con el pavo?

—Dios, no. Y el pudin de Yorkshire solo debería ir con la ternera.

—Eso es un poco estricto. A todo el mundo le encanta el pudin de Yorkshire. ¿Y las salchichitas envueltas en beicon?

—Solo con pollo o pavo. Igual que las coles de Bruselas y la salsa de pan.

—Vaya, vale. Y yo que pensaba que lo mío con la salsa genérica era exagerado.

—Me encantaría hacer un asado de domingo en el café. Lo haríamos bien. Nada de salsa genérica y solo las guarniciones que tocan.

—Ya lo sé —suspira—. Me encanta preparar un asado de domingo. Esa comida levanta el ánimo, sobre todo si de postre pones algo tipo crujiente de manzana con natillas. Luego no necesitas volver a comer en todo el día.

—Solo si es invierno.

—¿Cómo?

—No puedes tomar crujiente de manzana con natillas en verano. Es un crimen. En verano hace falta algo con nata o helado. *Eton mess*, algo así.

Se lo piensa un momento.

—Supongo que tiene sentido. Un postre caliente y pesado en un día caluroso no apetece. Echo de menos los asados de domingo, pero no veo cómo podríamos hacerlos rentables. Aparte de que ninguno de los dos puede trabajar siete días a la semana, es imposible sacar a la gente de los bares. Tienen el mercado cogido, y me parece bien.

—Supongo que tienes razón. Voy a hacer té. ¿Quieres?

—Sí, por favor.

Mientras lleno el hervidor, repaso nuestra conversación. En apariencia todo ha vuelto a la normalidad, pero está claro que seguimos rodeando el tema del encuentro de esta mañana. Matt vuelve a tener la mirada clavada en la tele, pero no está tirado como siempre, sino sentado hacia delante, tenso. O lo que está viendo es

tan apasionante que lo tiene en vilo, o él también lo nota. No quiero que haya tensión entre nosotros, pero tampoco estoy segura de ser lo bastante valiente para hablar del elefante en la habitación.

Valoro las opciones mientras echo el agua hirviendo sobre las bolsitas de té y las dejo reposar. Si no digo nada, este subtexto va a seguir ahí, y no quiero eso. Pero ¿y si digo algo equivocado y alguno de los dos se molesta? Eso sería muchísimo peor. Matt y yo siempre hemos tenido una relación muy armoniosa, lo cual es agradable, pero significa que no tengo ni idea de cómo gestiona los conflictos. ¿Y si es de los que se enfadan y se quedan callados? No lo soportaría.

Al final tomo una decisión. Dejo las tazas de té en la mesa baja del salón y me siento en el sofá a su lado, con una pierna recogida para poder mirarlo de frente, como hace Katie. Intento con todas mis fuerzas no fijarme en sus muslos, pero me cuesta. Me encantaría pasar las manos por ellos y…

—Matt —empiezo—. Creo que tenemos que hablar de esta mañana. ¿Puedes apagar la tele un minuto?

Lo hace, pero no dice nada. Su expresión es completamente inescrutable cuando se vuelve hacia mí, y de repente me asalta la duda. ¿Y si Katie se equivoca, o yo he interpretado mal las señales? ¿Y si lo noto raro porque le han dado malas noticias y no tiene nada que ver con lo nuestro? Solo hay una forma de saberlo.

—Cuando te invité a quedarte aquí, no pensé mucho en la parte práctica de compartir baño, sobre todo uno sin pestillo —empiezo.

—Fue una sorpresa cuando entraste de golpe —admite, sin mirarme a los ojos.

De momento, todo muy incómodo.

—El caso es que, sin andarme con rodeos, los dos hemos visto cosas que no se pueden «des-ver», digamos, y me preocupa que eso haya complicado las cosas entre nosotros. Hay un ambiente raro desde entonces.

Él suspira.

—Lo sé. Lo siento. A lo mejor ha sido una mala idea. ¿Quieres que busque otro sitio? O puedo hablar con Mick, ver si hay manera de poder estar en mi piso mientras lo reforma.

—Es un detalle, pero no. Aunque hicieras eso, seguiríamos trabajando juntos. No quiero esta tensión en la cocina del café. Desde que se fue Rita, el ambiente es buenísimo, y no quiero que nada lo estropee. Me encanta trabajar contigo y me gusta pensar que nos hemos hecho buenos amigos. Pero ahora, cada vez que te miro, lo único que me viene a la cabeza es tu imagen con nada más que la toalla.

Él sonríe.

—¿Te gustó?

—¡Claro que me gustó! —exclamo, exasperada—. ¿Te has visto en el espejo? Eres todo un ejemplar de hombre, Matt.

—Tú tampoco estás nada mal, si se me permite decirlo.

Me pongo colorada como un tomate.

—Gracias, pero ese no es el tema.

—¿Cuál es, entonces?

—El tema es que sería un error hacer algo al respecto. Si tuviéramos una relación y no saliera bien, la cocina se convertiría en un ambiente tóxico.

—Bueno, si eso pasara, supongo que tendría que irme.

—¡Pero yo no quiero que te vayas! Estamos construyendo algo bueno aquí, y quiero que sigas siendo parte de ello. En parte fue tu entusiasmo lo que me animó a meterme en esto. Sin ti no podría hacerlo.

—Solo soy un cocinero. Hay muchos más ahí fuera que podrían hacerlo igual de bien que yo.

—Sabes que no es verdad. Tienes una auténtica conexión con la cafetería. Te importa tanto como a mí, lo sé. Admítelo, formamos un buen equipo en la cocina, y eso es lo que no quiero poner en riesgo.

—Lo entiendo. Así que nos aseguramos de estar siempre bien cubiertos y de mirar solo de los hombros para arriba. Si quieres, podemos hacer un horario de baño para que no haya más sorpresas hasta que pongan el pestillo.

—Eso ya suena más sensato. Buena idea. Busco un papel y lo hacemos.

—Daisy —dice Matt mientras yo rebusco en un cajón de la cocina el bloc donde apunto la compra.

—¿Sí?

—Hay otra forma de afrontar esto.

—¿Cuál?

—Aunque hagamos el horario, vayamos tapados y todo eso, creo que seguirá habiendo un problema. A los dos nos ha gustado lo que hemos visto, y ahora tenemos encima un gran interrogante, un «¿y si…?». No creo que el plan actual lo vaya a borrar.

—¿Y qué propones?

—¿Y si respondemos a la pregunta? ¿Y si hacemos el amor una vez, solo una, y así nos lo quitamos de la cabeza? Misterio resuelto y podemos volver a la normalidad. Además, si vuelves a pillarme

afeitándome, no habrá nada que no hayas visto ya y no pasará nada.

—Algo como arrancar la tirita de golpe, ¿no? Lo hacemos y seguimos adelante.

—Exacto. Creo que es mejor que seguir evitando rozarnos como hoy.

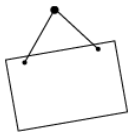
Pienso en su propuesta. Me cuesta ser objetiva, porque cada fibra de mi cuerpo grita: «Sí, sí, sí, ¡¿a qué esperas, idiota?!».

—¿Una sola vez? —pregunto.

—Una sola vez. Y luego volvemos a lo de antes.

—Vale.

Voy hacia él, le cojo la mano y lo llevo a mi dormitorio. El té se queda en la mesa del salón hasta que se enfría.



—Matt, esto no está funcionando, ¿verdad?

—¿Eh?

Como era de esperar, lo de «una sola vez» no se ha cumplido. Esta semana ya hemos tenido que «quitárnoslo de encima» todos los días, a veces más de una vez al día. No sabía que el sexo podía ser así, tan visceral. Es como si no tuviéramos bastante nunca; hemos tenido que implantar una norma de «no tocarnos en el trabajo», porque juguetear en una cocina profesional es la forma más rápida de acabar en urgencias con una historia bochornosa que contar. Por lo menos hemos dejado atrás la incomodidad del domingo pasado. Matt vino conmigo a probar la furgoneta el

miércoles y, como solo tiene dos asientos, el vendedor tuvo que dejarnos salir solos con ella. Íbamos tan cargados de tensión que casi no pudimos evitar parar en una cuneta y meternos en la parte de atrás. Al llegar a casa subimos las escaleras a toda prisa y ni siquiera llegamos al dormitorio. Eso sí, procuré quedarme el tiempo justo en el concesionario para encargar una furgoneta; por suerte tenían una con las especificaciones que quería, así que la recogeré el sábado que viene después del trabajo.

—Lo de «una vez y volvemos a la normalidad» no está saliendo muy bien —continúo.

—Ah —responde—. Tendremos que asumir esta nueva normalidad.

Me envuelve con sus enormes brazos. Me encanta la sensación de su piel contra la mía. Aspiro hondo: ese olor a desodorante, jabón y sudor reciente de nuestro último revolcón me embriaga.

—Sí, pero ¿y si sale mal?

—¿Y si no? ¿Y si tú y yo estamos hechos el uno para el otro? ¿Te lo has planteado?

—No se me da bien el optimismo. Prefiero imaginar el peor escenario posible de cada situación y, si creo que podré con él, entonces lo hago. Y no creo que pueda superar el peor escenario de esto.

—Entonces me tocará ser optimista por los dos. ¿Sabes cuándo me enamoré de ti?

—No, dímelo.

—La primera vez que te vi. Recuerdo exactamente lo que llevabas. Abrí la puerta y me quedé de piedra. Eres preciosa, y

estabas para comerte con esos vaqueros ajustados y esas botas. Me costó lo suyo contenerme, te lo digo.

Me río.

—Las BDF.

Él frunce el ceño.

—Katie llama a esas botas mis «botas de follar». Parece que no iba desencaminada.

Matt se ríe.

—El caso es que desde el principio supe que quería estar contigo. ¿Cuándo te enamoraste tú de mí?

—Bueno, me caíste bien desde el primer momento. Eres un buen hombre y fuiste amable conmigo cuando no tenías ninguna obligación. Cuanto más te he conocido, más me has gustado. La parte sexual no apareció hasta que te vi con la toalla. Verte así me provocó cosas que ningún hombre me había provocado antes, te lo aseguro.

—¿Voy a por la toalla ahora?

Miro nuestros cuerpos desnudos.

—Creo que ese tren ya ha pasado, ¿no?

Él se aparta un poco para poder mirarme mejor. Incluso después de todo lo que hemos hecho juntos esta semana, sigo sintiéndome un poco cohibida bajo su mirada.

—No creo que me canse nunca de mirarte —dice con voz ronca.

—Tú tampoco estás nada mal, ya lo sabes. Ahora, deja de hablar y bésame.

Capítulo 27

Cualquier intento de mantener nuestra relación en secreto dura más bien poco. Katie, Bronwyn y Penny nos calan prácticamente al instante. Katie está encantada, y tengo que soportar que me repita «te lo dije» unas cuantas veces. Al menos así se simplifica la logística en el piso: Matt se ha mudado a mi habitación y Katie ha recuperado la suya, aunque no la usa tanto. Llega después del instituto cada viernes y se queda a dormir. Los sábados hace deberes hasta la hora de comer, y luego baja al café a ayudar a Bronwyn. Las dos desaparecen en cuanto cerramos y no la vuelvo a ver hasta media mañana del domingo, cuando nos vamos juntas a casa de los abuelos a comer.

Debe de haber algo en el aire, porque Penny me informó hace unos días, orgullosa, de que Ron y Agnes «están saliendo», según palabras de Agnes. Por lo visto han ido un par de veces al cine a las sesiones para mayores, donde ponen películas antiguas. «Y encima te dan una taza de té y una galleta antes de la peli», le contó Agnes a Penny, alucinada. Él le ha comprado flores y hasta se han dado algunos besos, aunque Agnes ha dejado claro que no es una mujer que consienta «manoseos» antes de casarse.

No sé qué tiene Penny, pero los clientes se le abren como si nada. Incluso ha hecho avances con el famoso misterio del pellizco en el culo. Nunca me he creído la versión de Agnes de que Harold la habría pellizcado, y Penny ha logrado confirmarlo: resulta que Harold es gay. Él y su pareja, George, estuvieron juntos cincuenta años y fueron de las primeras parejas homosexuales de la zona en casarse

cuando se legalizó. Por desgracia, a George le diagnosticaron cáncer y murió hace poco más de dos años. Con todo esto, nos parece extremadamente improbable que Harold fuera por ahí metiéndole mano a Agnes. Penny se lo explicó con mucho tacto y, según parece, Agnes ha rebajado la categoría de Harold de «pervertido asqueroso» a «algo sospechoso».

No quiero gafarlo, pero la cafetería empieza a funcionar de verdad y estamos teniendo unos beneficios muy saneados. Encontré una receta rápida de salsa holandesa en la carpeta de Nora, así que ahora el desayuno incluye huevos benedictinos y huevos florentinos, además de varios tipos de tortilla para quienes quieren algo más ligero que nuestro desayuno tradicional. Penny consiguió que Ron y Agnes probasen los huevos benedictinos una mañana en lugar de sus platos habituales, y creo que Ron los tomaría a diario si pudiera. Por desgracia para él, Agnes buscó la receta de la salsa y, al ver la cantidad de mantequilla que lleva, ha decidido que solo puede pedirlos una vez a la semana. También está viniendo gente más joven y, aunque algunos llegan con carritos, bebés llorando y niños pequeños, Ron parece demasiado enfrascado en Agnes como para darse cuenta.

—He tenido dos ideas —anuncia Katie mientras los tres nos sentamos a cenar un viernes—. ¿Queréis oírlas?

—Si no queda más remedio —le digo, guiñándole un ojo.

—La primera es sobre los abuelos. Dijiste que estabas buscando alguna forma de darles las gracias por cuidarnos todos estos años, ¿no?

—Sí.

—¿Y un crucero? La abuela siempre ha querido hacer uno.

—Oh. Buena idea. ¿A dónde?

—No lo sé, esperaba que me ayudaras si te gustaba la idea. El Mediterráneo está bien, pero el tiempo a veces falla. El Caribe es más exótico, pero no sé si llevarían bien un vuelo tan largo.

—El Caribe es más especial, desde luego —asiento.

—Pero será bastante más caro —replica Matt—. El Mediterráneo puede salir más a cuenta.

Aunque llevamos algunas semanas juntos, aún no me siento preparada para contarle lo que heredé de Fred, no con todo detalle, al menos, así que decido reconducir la conversación.

—Mañana, cuando cerremos, podemos pasar por la agencia de viajes —le digo a Katie—. A no ser que tú y Bronwyn tengáis ya algo planeado.

—Nada que no pueda esperar una hora o dos —responde, sonriendo—. ¿Quieres oír la segunda idea?

—Venga, dispara. ¿Es tan buena como la primera?

—Eso ya lo decidiréis vosotros. Verás, el otro día estuve mirando bien el café. No hay duda de que ahora se ve mil veces mejor que la primera vez que lo vimos, pero sigue faltando algo.

—¿El qué?

—Cuadros. No hay ni un solo cuadro en las paredes. Así que pensé: ¿por qué no le pides a Bronwyn que cuelgue algunos suyos? Incluso podrías dejar que los ponga a la venta y te quedas una comisión.

Esta idea me hace menos gracia. No porque no sea buena, sino porque sospecho que Katie y Bronwyn están intentando prepararme una encerrona.

—¿Ya has hablado con Bronwyn de esto? —pregunto.

—¡Claro que no! Quiero decir, igual ni siquiera le apetece. Lo que tiene en la galería no pega nada con el café, pero es tan buena y tan versátil que seguro que podría hacer cuadros que quedaran genial y serían mucho más interesantes que los típicos pósteres genéricos. ¿Qué te parece?

—Supongo que podemos preguntarle y ver qué dice —respondo, cauta.

—Genial, le escribo ahora mismo —dice Katie, sacando el móvil del bolsillo del vaquero.

No sé si creerla o no cuando asegura que Bronwyn no sabe nada, pero me siento un poco manipulada. No puedo negar que es una buena idea, y que unos cuadros alegrarían las paredes, así que aparco mi irritación. Al fin y al cabo, Katie y Bronwyn son mejores amigas; es normal que Katie quiera darle visibilidad.

La respuesta de Bronwyn llega segundos después de que Katie envíe el mensaje.

—Te da las gracias. Dice que lo va a pensar y quizá haga un par de bocetos esta noche. Si se le ocurre algo, mañana lo trae para que lo veas y decidas si encaja.

—Ha sido muy rápido —comento—. ¿Segura de que es la primera vez que se lo mencionas?

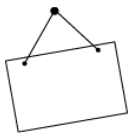
—Sí. ¡Palabra de *scout!*

—No creo que valga si no has sido *scout.*

—Oh, cállate. Te prometo que no hemos tramado nada a tus espaldas, ¿vale? La idea es mía, pero jamás se lo habría propuesto sin consultarte. Imagínate que a ella la ilusiona y a ti te parece horroroso; mejor que ni se entere.

Como siempre, lo ha pensado bien. Ya debería conocerla.

—Dibuja rapidísimo —prosigue Katie—. Da gusto verla. Cuando está contenta con el boceto, se pone con la técnica que haya elegido, y eso sí que lleva tiempo. Así que no me extrañaría que antes de acostarse tuviera dos o tres bocetos hechos.



Efectivamente, Bronwyn entra dando saltos a la mañana siguiente con un cuaderno de dibujo enorme bajo el brazo. Katie sigue roncando en el piso, así que estamos solo Bronwyn, Matt y yo en la cocina antes de abrir. Ella prepara los cafés de siempre y los trae.

—Sé que ahora estáis liados, pero he esbozado un par de ideas para que las veamos luego, cuando tengamos un momento tranquilo o cuando cerremos —me dice.

—Es sábado, Bronwyn. Sabemos perfectamente que no vamos a tener un momento tranquilo. Echemos un vistazo ahora, antes de que lleguen las hordas.

—Vale. El estilo que tengo en mente es algo a medio camino entre Jack Vettriano y Beryl Cook. ¿Te dice algo?

—A Jack Vettriano lo conozco de oídas, pero de Beryl Cook no tengo ni idea —confieso.

—Pues imagina las gamas de color de Vettriano, pero sin el trasfondo oscuro que a veces tienen sus cuadros. Beryl Cook se hizo famosa por pintar gente pasándoselo bien, y creo que por ahí van los tiros, ¿me sigues?

Abre el cuaderno casi al final. El primer boceto muestra a una pareja sentada en la terraza de un café. Ella lleva un vestido hasta la

rodilla y sostiene una tacita de expreso. Él está recostado en la silla, fumando un cigarrillo. Sus pantorrillas se tocan bajo la mesa. Aunque solo es un boceto, ya me imagino los colores. El segundo es una escena de playa, y esta vez la pareja está comiendo helados. Bronwyn los ha colocado de manera que cada uno sostiene el cucurucho del otro y se alimentan mutuamente. Ambos tienen una gota de helado en la punta de la nariz y te quedas sin saber si se ha caído por accidente o no.

—Son una pasada, Bronwyn —exclamo.

—Solo son bocetos rápidos —responde—. Quería saber si iba en la dirección adecuada.

—Yo diría que vas clavadísima. ¿Por cuánto los querrías vender?

—Pues pensaba pintarlos en lienzo, unos sesenta por cincuenta centímetros, con un marco y un paspartú sencillos. Gary vendería algo así por quinientas libras, dándome a mí trescientas de comisión. Pero estos van a ser más sencillos que mis trabajos habituales, así que podríamos ponerlos a trescientas, con un veinte por ciento de comisión para el café. ¿Qué te parece?

—No sé nada de arte, pero me suena caro para nuestra clientela. ¿Y si no se venden?

—Si no se venden, podemos dejarlos colgados más tiempo o me los llevo y los saco por otro lado. No son el tipo de cuadro que interesaría a Gary, pero podría venderlos sin problema por internet.

—Vale. Probemos. Aunque no se vendan, al menos alegrarán las paredes. ¿Cuánto necesitas para tener algo colgado?

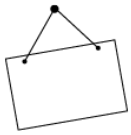
—No deberían llevarme demasiado. La clave es mantenerlos sencillos. Unas semanas, quizá. Me propongo tener algo listo en un par de meses, ¿te parece bien?

—Perfecto. Gracias, Bronwyn.

Ahora que he visto sus ideas, hasta estoy ilusionada por tenerlas en el café. Me siguen pareciendo demasiado caras para la mayoría de nuestros clientes, pero si al final se las lleva para venderlas en otra parte, siempre puedo poner unos pósteres enmarcados. Acordamos que puede dejar el cuaderno encima de la nevera, donde no molesta, y yo vuelvo a centrarme en el plato del día y los bizcochos.

Mientras trabajo, no paro de mirar el cuaderno de Bronwyn. Me encantaría ver más cosas suyas, pero no sé muy bien cómo va el protocolo: ¿es algo íntimo, como un diario, o se puede hojear sin más? Al final asomo la cabeza por la puerta de la cocina y le pregunto si le importa que mire otros dibujos.

—Sin problema —responde—. Solo asegúrate de tener las manos limpias, ¿vale? Con este papel, con que lo mires con las manos sucias ya se mancha.



Es un sábado típico, muy ajetreado, así que tengo que esperar a terminar los pedidos de la comida para lavarme bien las manos y bajar el cuaderno de lo alto de la nevera. Hace un día frío pero luminoso de finales de otoño, así que abro la puerta de atrás y me siento en el umbral con él. No sé nada de arte, pero hasta yo veo que el trabajo de Bronwyn es exquisito. Francamente, yo colgaría algunos de estos bocetos tal cual; los cuadros terminados tienen que ser extraordinarios. Además, hay mucha variedad: paisajes, escenas

urbanas duras, animales, bodegones. Hay incluso un dibujo de un hombre desnudo, y por un momento pienso si será su novio, pero al mirarlo mejor parece bastante mayor que ella, así que supongo que es un modelo. El último boceto antes de los dos que ha hecho para mí me deja sin aliento.

Es un retrato de Katie, de hombros hacia arriba. No lleva gafas y el pelo lo tiene revuelto, como si acabara de despertarse. Por la forma de los trazos se intuye que sus hombros están desnudos, lo que refuerza la ilusión de salida de la cama. Sin gafas tiene un aire de fragilidad que nunca le había visto, pero eso permite que el dibujo se centre en sus ojos. Hay en su mirada una intensidad feroz que no termino de comprender, pero que me eriza el vello de la nuca. Siento que no debería estar ahí, como si hubiese irrumpido en algo íntimo. Cierro el cuaderno y vuelvo deprisa a la cocina, dejándolo con cuidado encima de la nevera.

Capítulo 28

—¿En qué puedo ayudaros hoy? —pregunta la agente de viajes, con cierto cansancio. Para ella también ha debido de ser un día duro; hemos tenido que esperar media hora mientras atendía a la pareja que teníamos delante. Me ha dado pena verla: ellos claramente no tenían ni idea de adónde querían ir, y ella no paraba de levantarse para traerles distintos folletos que pudieran hojear. Ha parecido que iban a contratar algo en un par de ocasiones, pero al final se han marchado cargados de catálogos, prometiendo volver en cuanto los hubieran mirado bien.

Le sonrío.

—Intentaremos ser un poco más decididas que los clientes anteriores. Queríamos mirar cruceros, por favor.

Resopla con desprecio.

—No los volveremos a ver, os lo garantizo. Nos encontramos con ese tipo a menudo. Vienen aquí a preguntar porque saben que tenemos los folletos y podemos darles buenos consejos, y luego se van a casa y lo contratan por internet. En fin, perdón. ¿Decíais cruceros?

Su indiscreción me deja un poco desconcertada, pero también me descubro admirando su sinceridad.

—No es para nosotras —aclaro—. Estamos pensando en un regalo para nuestros abuelos.

—Ah, ahora encaja. Vosotras no encajáis mucho con el perfil típico de cruceristas, si no os molesta que lo diga. ¡Qué abuelos tan afortunados! ¿Qué teníais en mente?

—Estamos abiertas a sugerencias. Nuestra abuela siempre ha querido irse de crucero, así que queremos que sea algo especial. Hemos pensado en el Mediterráneo o el Caribe, pero si tienes otras propuestas, estamos encantadas de escucharlas.

—Vale. Depende mucho de la época del año —nos explica—. El Mediterráneo es una maravilla en los meses de verano, pero en invierno no hay gran cosa. El Caribe, en cambio, es precioso sobre todo en diciembre y enero, pero conviene evitar los meses de verano porque es temporada de huracanes. Los cruceros por el Caribe suelen ser bastante caros, especialmente entre diciembre y abril, así que tendréis que tenerlo en cuenta si el presupuesto es limitado. Hay otros cruceros que van, por ejemplo, a los fiordos noruegos o a San Petersburgo, si creéis que a vuestros abuelos les podría gustar. ¿Busco algunos folletos y les echáis un vistazo?

Nunca me imaginé que hubiese tantos tipos distintos de cruceros. Hay barcos enormes que parecen hoteles de lujo flotantes, con todas las comodidades que puedas imaginar; barcos enfocados más al público familiar, con toboganes de agua y clubes infantiles; y barcos pequeños especializados en llevarte a puertos minúsculos, fuera de las rutas turísticas habituales. Nuestra asesora, Sheila, es amable y eficaz, pero me doy cuenta de que nos va orientando claramente hacia la gama más económica.

—Me gustan los cruceros por el Caribe, ¿qué te parece? —le pregunto a Katie—. Los abuelos nunca han estado en el Caribe y tiene una pinta estupenda.

—Estoy de acuerdo —dice Katie—. ¿Hay alguno con plazas a principios de diciembre? —le pregunta a Sheila.

Sheila se pasa un buen rato tecleando en el ordenador, investigando las opciones.

—Hay unos cuantos —dice al fin—, pero los camarotes estándar están completos. Tendríais que ir a por un camarote superior, que obviamente es más caro.

—No pasa nada —le digo, sonriendo.

Disimula bien la sorpresa, pero yo capto el destello en su cara.

—¿Qué opciones tenemos? —le insisto.

Cuando salimos de la agencia, no estoy muy segura de que Sheila se crea todavía su buena suerte. Les hemos reservado a los abuelos una *suite* en un crucero de dos semanas por el Caribe a principios de diciembre, y también les hemos mejorado los vuelos a clase *business*. La factura final ha sido de las que cortan la respiración, pero mi tarjeta de débito la ha soportado sin problemas, y Katie me ha prometido que me pagará la mitad en cuanto cumpla dieciocho y tenga acceso a su parte de la herencia. Hago los cálculos mentalmente y, con lo que he gastado ya en el café y los pisos, más la señal para la furgoneta y estas vacaciones para los abuelos, me quedan unas cinco mil libras de las cincuenta mil que el asesor financiero y yo fijamos como presupuesto para invertir en la cafetería y los pisos. Sin embargo, aún no he tocado el finiquito del despido, así que mi situación económica sigue siendo razonablemente holgada. Sé que puedo sacar más del bote principal si hace falta, pero ahora que el café empieza a dar buenos beneficios, espero que no sea necesario.

Matt no es tan hábil como Sheila a la hora de ocultar su sorpresa cuando le cuento lo que hemos hecho.

—¡La leche, eso habrá costado un dineral! —exclama, y decido que probablemente ha llegado el momento de ser sincera con él.

—Fred nos dejó bastante dinero además del café —le explico—, así que podemos permitírnoslo. Parece que era un buen inversor.

—¿Ah, sí? Siempre daba la impresión de no tener ni dos perras. ¿Me estás diciendo que en realidad era rico?

—Desde luego, pobre no era. Nos dejó a Katie y a mí algo menos de ochocientas mil libras.

—¡Menudo cabrón!

De todas las reacciones posibles, no esperaba precisamente enfado. Matt no consigue contener su furia.

—O sea, que dejó que el negocio de su mujer se fuese a pique, cuando podría haber sacado la chequera y haberlo arreglado en un momento. Me tragué todas las milongas que me contó sobre que había que recortar gastos para mantener el café abierto. ¿Sabes que llevo cinco años sin subida de sueldo porque decía que no podía permitírselo? Cuando me compró aquel termómetro para la freidora, me soltó un discurso dramático sobre que era lo máximo que podía hacer, y encima le estuve agradecido. Me dan ganas de ir a desenterrarlo y cantarle las cuarenta.

—Lo siento mucho, Matt. Igual no debería haber dicho nada.

—No, mejor saberlo. Solo que me jode muchísimo que me haya tomado por tonto. Si hay algo que me saca de quicio es que me engañen.

—¿Quieres que hablemos de tu sueldo?

—Ahora no. Intento mantener separadas la parte laboral y la personal. Es la única forma de sobrellevar que seas mi novia y mi

jefa a la vez. ¿Tiene sentido? ¿Podemos hablarlo en el trabajo el lunes?

—¿Soy tu novia, eh? No recuerdo haber tratado ese tema. —Me río.

La cara de Matt pasa en un segundo de la rabia a la consternación absoluta.

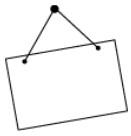
—Mierda, perdona —dice—. Supongo que lo he dado por hecho, ya sabes, por cómo estamos tú y yo…

—Anda, no seas tonto —exclamo—. Estoy encantada de ser tu novia. Solo te tomaba el pelo porque nunca te había oído usar esa palabra. ¿Eso significa que tú serás mi novio?

—Si tú me quieres.

—Oh, te quiero, vaya si te quiero. ¿Quieres que te lo demuestre?

Asiente, y nos vamos al dormitorio.



Matt y yo hemos cogido cierta rutina los domingos por la mañana. Nos despertamos tarde y él hace café, que bebemos en la cama. Muchas veces acabamos teniendo sexo, pero solo después de lavarnos los dientes, menos mal. Por eso me sorprende un poco despertarme y encontrar su lado de la cama vacío. Salgo descalza al salón y lo encuentro sentado en el sofá, con la cabeza entre las manos, como si se le hubiera venido el mundo encima.

—¿Estás bien? ¿Qué pasa? —le pregunto.

Me tiende un móvil viejísimo que no le había visto nunca.

—El código es uno, dos, tres, cuatro. Muy original, lo sé. Hay un mensaje de voz.

Tardo un rato en descubrir cómo se escucha el buzón. Yo siempre he tenido un *smartphone*, así que manejar los botones de este Nokia prehistórico es todo un reto. Por fin lo consigo y escucho el mensaje, que dejaron el viernes:

—Eh… hola. Me llamo Terry y soy amigo de Tracey. He encontrado este número en la nevera. No sé quién eres ni si esto te llegará, pero está en el hospital. La encontré inconsciente en el sofá y no conseguí despertarla, así que llamé a la ambulancia. Los de urgencias han dicho que tenía mala pinta. No sé si la conoces o si tiene familia, pero este era el único número que he visto.

Le devuelvo el móvil y espero a que hable.

—Tracey es mi madre —explica—. Aunque la mayor parte del tiempo hacía como si no supiera quién era yo, me sentí culpable de dejarla sola cuando me fui. Escribí mi número en un papel y lo pegué en la nevera, con una nota para que llamaran si había una urgencia. Cuando empecé a trabajar aquí, me compré un móvil nuevo con un número nuevo, pero nunca tiré este y lo he estado revisando una vez a la semana, por si acaso.

—¿Quién es Terry? —pregunto.

—Ni idea. Podría ser un vecino, un novio, cualquiera. Desde luego yo no lo conozco.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Sé que suena horrible, porque es mi madre, pero no siento más vínculo con ella del que puedo sentir con ese tal Terry. Supongo que podría llamarlo para preguntarle cómo está ella, al menos.

Pulsa el botón para acceder al registro de llamadas y marca el número. Oigo el tono y la voz de un hombre.

—Salta el buzón —me dice, y cuelga sin dejar mensaje.

—No quiero sonar insensible, Matt, pero Terry te llamó el viernes. Si el viernes ya estaba muy grave, puede que no lo haya superado. Igual puedes llamar al hospital para saber si sigue viva.

—Buena idea, no se me había ocurrido.

—¿En qué hospital estará?

—Ni idea. Ni siquiera sé dónde vive ahora. Supongo que donde vivía antes, pero podría haberse mudado.

—Vale, entonces quizá Terry lo sepa. ¿Por qué no lo intentas otra vez?

Marca de nuevo y, tras varios tonos, esta vez responden. Mantienen una conversación breve y, por lo que alcanzo a escuchar, Terry no tiene más información sobre el estado de la madre de Matt, pero sí puede confirmarle que sigue viviendo en la misma casa de Peterborough. Buscamos un poco por internet y parece que lo más probable es que la hayan llevado al Peterborough City Hospital, así que Matt llama allí. Otra vez, no distingo gran cosa de su lado de la conversación, pero noto cómo va aumentando su frustración. Repite una y otra vez el nombre de su madre y explica que es su hijo, pero veo que no consigue nada. Al final cuelga.

—Un puñetero desperdicio de tiempo. No quieren decirme nada por el tema de la confidencialidad del paciente. Solo me darán información si voy en persona con documentación para demostrar quién soy.

—¿Qué quieres hacer?

—No lo tengo claro. Parece que el tal Terry es su novio actual. Si ella se recupera, él le dirá que he llamado, así que ya estoy metido. Es absurdo, pero no quiero ser el malo de esta historia. Aunque fuera una fracasada, supongo que lo mínimo es ir a ver si sigue viva. Y, si no, entonces lo lógico será organizarle un funeral.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No. No sé cuánto tardaré. Si ha muerto, me puede llevar unos cuantos días dejar todo arreglado. Joder, la cafetería, ni me acordaba. Voy a subir ahora a ver cómo están las cosas y esta noche vuelvo. Si ha fallecido, igual puedo arreglarlo a distancia o algo así.

—No te preocupes por el café, para eso estoy yo —le digo—. Estoy segura de que puedo apañarme unos días sin ti si hace falta. Dime, ¿cuándo fue la última vez que tuviste vacaciones?

—Estuve malo como medio año después de empezar. Tuve fiebre alta y estuve una semana en cama. Creo que fue la última vez —dice, tras pensárselo un momento.

—Bien, pues ya vas tarde para un descanso. Ve a buscar a tu madre. No te preocupes por nosotras, nos las apañaremos, ¿vale?

—¿Seguro?

—Seguro —le digo, aunque la idea de quedarme sola en la cocina, con su trabajo además del mío, me da auténtico pánico.

Me rodea con los brazos y me besa con fuerza.

—Eres una persona muy especial, Daisy Jones, ¿lo sabías?

—Tú también lo eres. Ahora, vete. Cuanto antes te vayas, antes volverás.

Capítulo 29

Sé que hice lo correcto al animar a Matt a ir a buscar a su madre, pero no lo parece. Lleva una semana fuera y no solo lo echo tanto de menos que siento un dolor leve pero constante en el pecho —un auténtico dolor de corazón—, sino que, además, estoy hecha polvo. La única manera que he encontrado de que todo salga adelante es levantarme a las cinco cada mañana, pasar dos horas preparando los bizcochos de la tarde antes de que el café abra a las siete y media, y quedarme después de cerrar para dejar listo el plato especial del día siguiente. Me limito a cosas que se puedan hacer por adelantado y recalentar, así que la carta de platos del día está siendo menos variada de lo que me gustaría, pero ahora mismo no queda otra. Los clientes, por lo visto, no se han dado cuenta, lo cual supongo que es buena señal; seguimos tan ocupados como siempre.

Los abuelos se quedaron encantados con nuestro regalo, después de terminar de echarnos la bronca por «malgastar» el dinero, según ellos. Hemos quedado en que Katie se vendrá a vivir conmigo mientras estén fuera; puede ir y venir a Paddock Wood en tren desde Sevenoaks durante la primera semana, y luego ya estará de vacaciones de Navidad.

Matt encontró a su madre el primer día; estaba en el hospital al que había llamado. En cuanto se presentó allí y demostró quién era, fueron mucho más serviciales. Por suerte, habían logrado sacarla de la UCI y subirla a planta, aunque seguía muy débil. Parece que una borrachera especialmente fuerte, sumada al daño acumulado por el alcoholismo crónico, fue lo que la llevó al colapso. El lunes por la

mañana, el médico sacó a Matt al pasillo y le explicó que esta era de verdad su última oportunidad. Si no dejaba de beber ya, estaría muerta en cuestión de meses.

Hemos hablado por teléfono todos los días, pero no es lo mismo que tenerlo aquí. Me había acostumbrado tanto a su presencia, primero en la cocina del café y desde hace poco también en mi piso, que noto su ausencia en cada sitio al que voy. Incluso lo eché de menos mientras recorría los pasillos del hipermercado, que ya es decir. Si esto es estar enamorada, no lo quiero.

Creo que sería más llevadero si tuviera una mínima idea de cuánto va a tardar en volver. Aunque en el hospital ya ha superado la fase aguda del síndrome de abstinencia, sigue siendo considerada de alto riesgo de recaída, y el médico le ha dicho a Matt que sus mejores opciones pasan por que él se quede con ella para apoyarla y cuidarla cuando le den el alta. Tuvimos una conversación larguísima sobre ello, porque él sigue dividido, pero en el fondo los dos sabemos que no le queda otra que quedarse con ella de momento. La dan de alta la semana que viene, así que veremos qué pasa entonces. El médico le recomendó a Matt que la metiera en un centro de desintoxicación, pero, como era de esperar, las listas de espera para los centros financiados por la sanidad pública son eternas. Le ofrecí pagarle un ingreso privado, pero Matt se horrorizó al ver lo que costaba y se negó en redondo a considerar esa opción. Ha encontrado algo más barato: terapia de grupo intensiva todos los días, que puede pagarse con sus ahorros. Otra vez le ofrecí ayuda, pero creo que aquí entra en juego su orgullo; siente que ella es su responsabilidad y quiere arreglarlo él solo.

Hoy es domingo, así que Katie y yo tenemos comida en casa de los abuelos. Estoy tan agotada que seguía durmiendo cuando ella llegó a casa sobre las once, así que nos hemos tenido que dar bastante prisa para arreglarnos. La abuela se ha esmerado hoy con el asado: hemos comido ternera con todos sus acompañamientos y, de postre, pudin de melaza. Le he agradecido tanto estar comiendo algo que no he tenido que cocinar yo que seguramente he repetido demasiado, y ahora me cuesta horrores mantenerme despierta en el sofá.

—Estás hecha polvo, Daisy —observa la abuela—. ¿Por qué no vas a echarte un rato a la cama de Katie? A ella no le importa, ¿verdad, Katie?

—Por mí no hay problema. La abuela tiene razón, estás hecha trizas —coincide Katie.

Mientras avanzo descalza por el pasillo hacia la habitación de Katie, echo un vistazo a mi antiguo dormitorio. Los abuelos siguen sin ponerse de acuerdo sobre qué hacer con él desde que me fui, así que sigue vacío. La abuela quería convertirlo en habitación de invitados, pero el abuelo, con buen criterio, le preguntó a quién pensaban invitar. Él, por su parte, quería reconvertirlo en despacho, pero la abuela plantó cara y le dijo que no pensaba permitirle montar una especie de «cueva masculina» donde esconderse todo el día.

Me quito los zapatos y me tumbo en la cama de Katie. Mientras cierro los ojos, no puedo evitar preguntarme si mi vida habría sido más sencilla si Fred no nos hubiera dejado nada. Nunca habría conocido a Matt, así que ahora no estaría sufriendo este vacío por su ausencia, y seguiría tirando en mi antiguo trabajo en Holdsworth &

Speke, o Holdsworth & lo que sea que sean ahora. Si Rob ha entrado como socio, supongo que llevará su apellido, pero se me ha borrado por completo de la memoria. Intento recordarlo, pero no me viene. Cierro los ojos y me duermo en cuestión de segundos.

Me despierta el sonido de mi móvil. Fuera está completamente oscuro, pero como es invierno, eso no dice gran cosa. Miro la pantalla y veo que es Matt. El corazón me da un vuelco, como siempre que aparece su nombre.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —pregunto, animada. A lo mejor esta vez trae buenas noticias y puede decirme cuándo vuelve a casa.

—Bueno, voy tirando. Mamá está bastante mejor hoy; he hablado con una de las enfermeras y cree que el médico podría darle el alta mañana.

—¡Eso es genial! ¿Y eso qué implica para ti?

«Por favor, que signifique que puedes volver», pienso, pero no lo digo.

—Que ahora empieza lo difícil de verdad. Puede empezar con el grupo de apoyo en cuanto la den de alta, pero tendré que quedarme con ella al principio para asegurarme de que no recaiga por las noches.

Intento que la decepción no se note en mi voz.

—¿Tenéis idea de cuánto tiempo será?

—De momento, ni idea. Lo siento. Sé que todo esto te lo está poniendo muy difícil y volveré en cuanto pueda. Pero este ingreso parece haberla hecho reaccionar. Dice que esta vez va en serio y que va a dejar la bebida con mi ayuda. Voy a mudarme con ella un par de semanas, si te parece bien, hasta que la vea algo más fuerte y asentada en la terapia intensiva.

¿Otras dos semanas? Se me cae el alma a los pies, pero se me ocurre una idea.

—¿Por qué no la traes aquí? —propongo—. Nuevo comienzo y todo eso. Podría ser justo lo que necesita.

—No es mala idea. Le daré una vuelta. Ah, se me olvidaba: ayer me crucé con Liam.

—¿Quién?

—El tío que me hizo la cicatriz. Ahora trabaja para una de las iglesias de por aquí, ¿te lo puedes creer? Va a institutos y grupos de jóvenes para hablarles de los peligros de las bandas y contar su experiencia. No tiene nada que ver con el chaval que conocí. Por desgracia, no pudimos ponernos al día porque iba con prisa hacia no sé dónde. En fin, ya basta de mí. ¿Tú qué tal?

Le cuento cómo me ha ido el día, pero no le digo cómo me siento de verdad. Bastante tiene ya con lo suyo como para encima cargarlo con sentimientos de culpa. Cuando terminamos la llamada, me siento desolada. Otras dos semanas como mínimo. Es como si me hubieran pegado un puñetazo en el estómago. Solo me queda confiar en que su madre vea con buenos ojos la idea de mudarse aquí. Aunque Matt tuviera que pasarse todo el tiempo pendiente de ella, al menos estaría cerca.

Capítulo 30

Matt se fue hace cuatro semanas. La buena noticia es que su madre parece estar mejorando mucho en el grupo de terapia. Según Matt, vuelve a casa cada día con los ojos brillantes y llena de energía, y no deja de decirle lo agradecida que está de que él esté allí. Terry, quienquiera que fuese, parece haber desaparecido hace tiempo, y ahora en la casa solo están Matt y su madre.

La mala noticia es que, cada vez que él menciona la posibilidad de volver a casa, ella se echa a llorar y dice que no cree que pueda apañárselas sola. Él intentó hablar con ella de mudarse aquí con él, pero ella descartó la idea de inmediato, señalando que estaría sola en una ciudad desconocida mientras él trabajaba todo el día, y que qué otra cosa podría hacer aparte de beber. Así que el estancamiento continúa y Matt sigue sin tener ni idea de cuándo podrá volver.

La otra mala noticia es que, después de la primera oleada de llamadas, nuestra conversación ha empezado a agotarse, así que ahora solo hablamos un par de veces a la semana. Yo no tengo gran cosa que contarle, aparte del café, y él está tan centrado en su madre que tengo la impresión de que muchas veces ni siquiera escucha de verdad. Dice que le ha hablado de mí, que ella está deseando conocerme «en algún momento», pero él no parece tener idea de cuándo podría ser ese momento, y a mí me da miedo insistir. Cada vez que hablamos de cuándo podrá regresar, surge una nueva razón para retrasarlo, así que he dejado de preguntarle. No soporto la decepción. Me siento totalmente impotente, como si se me

estuviera escapando poco a poco de entre los dedos y no hubiera nada que yo pudiera hacer. Lo único a lo que me aferro es a que todas sus cosas siguen en su piso, que Mick terminó hace ya tiempo, así que en algún momento tendrá que volver, aunque solo sea para recogerlas.

Mi cuerpo ha empezado a adaptarse a mi agotadora rutina, pero sigo pasando buena parte de cada domingo durmiendo. En su momento hablamos de la posibilidad de que yo condujera hasta Peterborough un fin de semana para que pudiéramos pasar algo de tiempo juntos, pero son dos horas de viaje en cada dirección y yo ahora mismo no estoy en condiciones de hacerme cuatro horas de carretera. Intento con todas mis fuerzas no sentir resentimiento hacia su madre, pero cada vez me cuesta más.

—A mí me suena a narcisista de manual —comenta Bronwyn durante la comida del domingo en el piso.

Los abuelos se marcharon ayer para su crucero y Katie se queda conmigo las próximas dos semanas, lo cual es agradable. Creo que está un poco preocupada por mí, así que anoche se quedaron aquí las dos, ella y Bronwyn, para su maratón de pelis en vez de ir a casa de Bronwyn como suelen hacer. Yo no fui una gran compañía; nos sentamos a ver *Algo para recordar* a las ocho y Katie tuvo que despertarme y mandarme a la cama diez minutos después porque estaba roncando.

Esta mañana he dormido hasta tarde, y Katie y Bronwyn han preparado el asado. Está riquísimo, pero la cocina parece la zona cero de una explosión. Katie debió de ver el horror en mi cara, porque ha prometido que lo dejarán todo recogido antes de irse esta tarde. Me han invitado a ir a pasear con ellas, pero he tenido que

rechazarlo. Sospecho que probablemente volveré a la cama en algún momento después de comer.

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

—Me recuerda a mi abuela cuando vivía —continúa Bronwyn—. Todo giraba siempre en torno a ella y, si no era así, montaba algún numerito para que toda la atención volviera a centrarse en ella. Es lo que hacen los narcisistas. Creen que son la persona más importante del mundo y que, por tanto, la vida de los demás no importa. La madre de Matt suena igualita. Es todo dulzura y buen rollo mientras ella es el centro de su mundo, pero en cuanto él habla de irse o de ti, tiene alguna crisis para asegurarse de que él sigue pendiente solo de ella.

—Bueno, teniendo en cuenta que estuvo prácticamente ausente mientras él crecía, desde luego que ahora está recuperando el tiempo perdido —respondo.

—¿Y qué pasa con su terapia? —pregunta Katie.

—Más de lo mismo. Se suponía que iban a ser cuatro semanas intensivas, que terminaban la semana que viene, pero ella lo ha convencido para que pague otro curso de cuatro semanas. Dice que el grupo le resulta increíblemente útil, pero que aún no se siente lo bastante fuerte para ir por libre. Y, cómo no, que no puede arreglárselas sin él de momento, qué sorpresa, ¿no?

—Narcisismo clásico —sigue Bronwyn—. Hace que su recuperación dependa de él, así que, si él se marcha, puede decir que lo intentó pero que él la abandonó.

—Probablemente tengas razón —le digo—. Tengo la sensación de que no quiere que vuelva nunca. ¿Y eso qué significa para mí?

—¿Has pensado en contratar a otro cocinero, aunque sea temporal? —pregunta Katie—. No puedes mantener este ritmo eternamente, no te hace ningún bien.

Suspiro.

—Sé que no puedo, pero no me veo capaz de anunciar el puesto. Es como reconocer la derrota, ¿sabes? Otro clavo en el ataúd de mi relación con Matt. Además, tendría que hablar con él de dejar de pagarle, y sé que necesita el sueldo para mantener a su madre.

Por suerte, la conversación deriva hacia otros temas mientras terminamos de comer. Katie y Bronwyn cumplen con su palabra y dejan la cocina reluciente mientras yo descanso en el sofá e intento no quedarme dormida.

—Bueno, nos vamos a Knole Park —me informa Katie—. ¿Estás segura de que no quieres venir?

—No, creo que me iré un rato a la cama otra vez. Nos vemos luego, ¿vale?

No puedo evitar sonreír mientras las veo ponerse abrigos, bufandas y gorros de lana. Aunque las dos llevan gorros de punto con pompón, cada uno refleja a la perfección la personalidad de su dueña. El de Katie es azul oscuro y bastante sencillo, mientras que el de Bronwyn es un estallido de color, con un pompón enorme que se balancea cada vez que mueve la cabeza.

En cuanto se han ido, me voy al dormitorio, corro las cortinas y me tumbo. Cierro los ojos y espero quedarme dormida de inmediato como últimamente, pero por alguna razón el sueño se resiste. Mi mente no deja de dar vueltas, procesando lo que ha dicho Bronwyn sobre que la madre de Matt podría ser narcisista. Si tiene razón, y suena muy plausible, entonces no va a dejarlo marchar jamás, y no

hay nada que yo pueda hacer. Me doy cuenta de que he perdido al único hombre al que he querido de verdad a manos de una mujer con la que no tengo ninguna posibilidad de competir, y las lágrimas empiezan a caer, amargas.

No sé cuánto rato me quedo allí, llorando en silencio en la oscuridad. Siento que son horas, pero no puede ser, porque, cuando decido que el sueño no va a llegar y me levanto, fuera aún es de día. Deambulo un rato por el piso, pero se me hace pequeño y opresivo de repente. Necesito aire fresco, así que, después de todo, decido que iré a unirme a Katie y Bronwyn en su paseo. Sé que Knole Park es muy grande, y puede que no las vea, pero estar al aire libre me hará bien. Cojo abrigo, bufanda, gorro y guantes y bajo a la furgoneta. La carretera trasera del parque está bastante llena, pero veo el coche de la madre de Bronwyn y encuentro un hueco un poco más arriba, justo lo bastante grande para mí.

Cuando me compré la furgoneta, al principio lo de aparcar marcha atrás me resultaba complicado. Tiene pitidos que te avisan de lo cerca que estás de las cosas, pero de entrada no sabía trasladar bien lo que veía en los retrovisores a lo que tenía que hacer con el volante. Matt cumplió su promesa y, después de unas horas de ir marcha atrás y practicar aparcamientos alrededor de su furgoneta, le cogí el truco. El recuerdo de aquella tarde, y de cómo lo celebramos después, hace que se me salten las lágrimas de nuevo mientras encajo la furgoneta en el hueco con toda precisión.

—Por el amor de Dios, Daisy —me digo, furiosa, mientras me seco la cara.

Aunque luce el sol, es ese sol invernal débil que no calienta nada, y el viento es gélido cuando cruzo la puerta y entro en el parque.

Como no ha llovido últimamente, el suelo sigue bastante firme, y hay mucha gente. Al principio la vista se me va hacia una familia joven delante de mí por el camino principal. Llevan a un niño pequeño sujeto con correas y no puedo evitar sonreír al ver la forma, un tanto cómica, en que camina decidido delante de ellos. Una corredora me saluda al pasar, con los auriculares bien calados. Nunca he entendido lo de correr, en parte porque necesitaría un sujetador deportivo hecho de andamiaje industrial para mantener mis tetas bajo control, pero también porque me parece una actividad de lo más triste. A veces ves a dos personas corriendo juntas, o a un grupo, y eso lo puedo entender, pero salir sola a dar zancadas con cualquier tiempo, con nada más que lo que suene en tu lista de reproducción y el jadeo de tu propia respiración como compañía, no me suena muy divertido. Además, he leído que a la larga destroza las rodillas. Yo creo que ya soy lo bastante activa, estando de pie todo el día seis días a la semana. Desde que tengo el café he perdido peso; aunque esté rodeada de comida todo el tiempo, casi nunca tengo tiempo de sentarme a comer.

Levanto la vista justo a tiempo para ver cómo otro corredor se lleva un susto tremendo con un labrador. El perro va con una de esas correas extensibles y se ha cruzado de un salto por delante del corredor para olisquear algo en el suelo. Se produce un breve intercambio en el que parece que el dueño pide disculpas y el corredor le saluda con la mano antes de echar a trotar otra vez. Me viene a la cabeza uno de los dichos favoritos del abuelo: «Yo creo que naces con un número determinado de latidos del corazón. No tiene sentido ir por ahí corriendo y gastándolos sin motivo».

Deberían estar embarcando en cualquier momento. Espero que lo pasen de maravilla.

El aire fresco me está sentando de maravilla. Camino a buen ritmo, así que dentro del abrigo estoy bastante calentita, aunque tengo la sensación de que la cara empieza a helárseme por el viento cortante. No hay rastro de Katie y Bronwyn, pero no me importa. Disfruto simplemente de estar fuera del piso, al aire libre. Por primera vez en mucho tiempo, no me siento cansada, y saboreo la sensación. Giro a la izquierda, siguiendo un sendero que espero que conduzca a un circuito amplio, y sonrío al ver al mismo labrador tirando otra vez de la correa. Ha visto a un par de ciervos y está desesperado por ir a investigar, pero su dueño tira de él con firmeza mientras los ciervos lo observan con recelo.

Esta parte del parque está más tranquila. Me he salido del paseo principal y hay menos gente. Veo la carretera general hacia Sevenoaks al otro lado de la valla, a mi derecha, así que me quedo tranquila de saber dónde estoy y que voy en la dirección correcta. Decido seguir la valla; en algún momento tendrá que llevarme de vuelta a la puerta por la que he entrado. Cuando me acerco a la zona donde se une otra vez con el camino principal, distingo la conocida silueta de alguien con un inconfundible gorro de pompón, sentada en un banco más adelante. Bronwyn está de espaldas y no se ha dado cuenta de que me acerco. Cuando estoy algo más cerca, veo que Katie está con ella y acelero un poco, con la esperanza de unirme a ellas antes de que se levanten. No debo de estar a más de dos metros cuando me quedo clavada en el sitio.

Katie y Bronwyn se están comiendo a besos.

Durante un segundo me quedo tan atónita que no puedo moverme. Mi mente es incapaz de procesar la escena que tengo delante y se esfuerza frenéticamente por encontrar alguna explicación para lo que estoy viendo que no sea la más obvia. Por suerte, ellas están tan enfrascadas la una en la otra que no se han dado cuenta de que me acerco y, cuando consigo superar el primer impacto, me doy la vuelta y deshago el camino a toda prisa.

Para cuando vuelvo a la furgoneta, varias cosas empiezan a encajar y a tener sentido, sobre todo el desasosiego que me produjo el dibujo de Katie en el cuaderno de Bronwyn y la intensa mirada que tenía en él. Me pregunto si me equivoqué al pensar que Katie acababa de despertarse cuando Bronwyn hizo el boceto. Igual acababan de acostarse, o estaban a punto de hacerlo. No tengo nada en contra de las lesbianas, en absoluto, y desde luego no soy ninguna puritana; simplemente no quiero imágenes de mi hermana acostándose con nadie, ni chico ni chica, en mi cabeza. Es algo raro.

Capítulo 31

—Tienes mejor cara, ¿has dormido bien? —pregunta Katie, entrando a saltitos por la puerta media hora después de volver yo a casa.

Tiene la nariz roja del frío y las mejillas encendidas. La observo mientras cuelga el abrigo. Está radiante. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? No espera respuesta y se va directa a la cocina.

—Voy a hacer té. ¿Quieres? —me grita.

—Sí, gracias.

Desde que he vuelto al piso he estado intentando pensar en cómo sacar el tema de lo que vi en el parque, pero aún no he encontrado la forma. Mientras ella se afana en la cocina, pienso en cuánto ha cambiado en los últimos meses. Yo había supuesto que simplemente estaba creciendo y ganando confianza en sí misma y, siendo sincera, he estado tan centrada en mi propia vida, primero con el café y luego con Matt, que quizá no he estado tan pendiente como antes.

—Aquí tienes.

Katie deja las tazas en la mesa y se sienta a mi lado, con una pierna recogida bajo el cuerpo, como hace siempre.

—No pude dormir —le digo—. Así que subí a Knole Park a ver si os encontraba.

—¡Ay, tenías que haber llamado! Habríamos quedado en algún sitio. Qué pena. Estaba precioso, ¿verdad? ¿Por dónde has ido?

—He hecho un poco de circuito. En realidad, sí que os he visto a ti y a Bronwyn —trago saliva y decido lanzarme—. Estabais sentadas en un banco. Por lo que he visto, desde luego has superado tu aversión a los morreos. ¿Cuándo pensabas contarme lo vuestro?

A Katie le cambia la cara.

—Lo siento muchísimo. Llevaba tiempo queriendo decírtelo, pero nunca parecía el momento adecuado. Estabas desbordada con el café cuando Bronwyn y yo empezamos, luego estabas metida de lleno en lo de Matt y, desde que él se fue, has estado tan triste que no me parecía justo restregarte mi felicidad por la cara. No estarás enfadada, ¿no?

—Claro que no. Me he sorprendido, desde luego. Ya sé que nunca has mostrado mucho interés por los chicos, pero nunca se me ocurrió que fuese porque lo tuyo eran las chicas. Pero me alegro por ti, de verdad.

—Si te soy sincera, yo tampoco sabía que lo mío eran las chicas —responde Katie—. No soy el típico cliché de lesbiana que lo ha sabido desde pequeña y ha estado esperando el gran momento para salir del armario. Estoy bastante segura de que nunca me había atraído una mujer antes. Simplemente me enamoré de Bronwyn, y el hecho de que sea mujer solo afecta a una parte del cuerpo, ¿sabes?

—¿Sinceramente? No. Pero yo es que soy muy hetero, y tú quizá estés más entre dos aguas.

Se queda pensando un momento.

—Puede que tengas razón, pero ahora mismo no me imagino sintiéndome atraída por un chico. Hay algo especial en estar con alguien que entiende de verdad cómo funciona el cuerpo de una mujer y cómo hacerlo despertar.

—Vale, ya. Demasiada información —protesto—. No quiero saber nada de tu vida sexual. Déjame ser feliz con que hayas encontrado a alguien a quien que te gusta besar. No fuiste precisamente efusiva

con el pobre chico del instituto ni con el de Mallorca, ¿eh? Ya pensaba que acabarías de monja.

—¡Ni de broma! —Katie se ríe—. Ahora lo entiendo. Es que estaba mirando en el sitio equivocado.

—Me alegro mucho por ti —le digo—. Y siento haber estado tan ausente.

—No es culpa tuya, y tampoco diría que has estado ausente. Estoy muy orgullosa de todo lo que has conseguido aquí, pero me preocupa que te esté matando ahora mismo. Los abuelos también están orgullosos, aunque no te lo digan tan claro. Pero sé la cantidad de trabajo que has tenido que dedicarle y que has tenido que centrarte por completo en el café. No me ha molestado, de verdad. He disfrutado viniendo aquí, estando contigo, viendo cómo el café volvía a la vida y todo eso.

—Y también has disfrutado pasando tiempo con Bronwyn —le sonrío.

Se le suben un poco los colores.

—Bueno, también.

—¿Y cómo empezó? Como me dijeron a mí hace tiempo: suéltalo.

—Fue la primera vez que fui a casa de Bronwyn a ver pelis. ¿Te acuerdas de que te dije que habíamos visto una película francesa con subtítulos?

—Sí.

—¿Has oído hablar de una peli que se llama *La vida de Adèle*?

—De oídas. ¿No ganó un montón de premios? Una especie de historia de amor lésbico. Hubo mucho escándalo después porque las actrices dijeron que el director las había coaccionado o algo así.

—Esa es. Ganó la Palma de Oro en Cannes. Es una película preciosa visualmente, eso lo reconozco, pero me sorprendió lo explícitas que eran las escenas de sexo. Eso no me dijo gran cosa, pero me quedé totalmente pillada con lo erótico que me pareció verlas besarse. Luego estuvimos comentándolo y dije que nunca había querido besar a otra mujer, pero que me había gustado tanto ver a Adèle y Emma besándose que me preguntaba si me habría perdido algo. Bronwyn me dijo que ella sabía que era lesbiana desde muy pequeña y que había tenido una relación breve con otra chica en el instituto. Acabó fatal cuando la madre de la chica se enteró y amenazó a Bronwyn con todo tipo de cosas si no se alejaba de su hija. Total, que nos dimos un beso y a partir de ahí todo fue rodado. Pero no es solo lo físico, ¿sabes? Me gusta todo de ella, y estar con ella me hace sentir viva.

—Lo tuyo es serio —me río—, ¿se lo vas a decir a los abuelos?

—Supongo que debería. ¿Cómo crees que se lo tomarán?

—Bien. Creo que estarán encantados de verte feliz.

—Eso espero. Sé que Bronwyn les cae bien, pero piensan que solo es una amiga. Quiero que les siga cayendo bien como mi novia.

—Lo harán, estoy segura. Es prácticamente imposible que Bronwyn le caiga mal a alguien. Has pescado una joya.

—Ojalá Matt vuelva pronto y tú puedas ser feliz otra vez. ¿Crees que volverá?

Suspiro.

—No lo sé. Le echo tanto de menos que duele, pero noto cómo se me va escapando. Esta tarde no podía dormir porque estaba pensando en lo que dijo Bronwyn, que su madre no lo soltará nunca

ahora que lo tiene bajo control. Intento ser generosa, pero confieso que la odio un poquito. ¿Eso me hace mala persona?

—¡Claro que no! Será su madre, pero fue una madre bastante mierda cuando él era pequeño, y es doblemente injusto que encima venga ahora a robarte la felicidad. Si apruebo el examen el mes que viene, subiré encantada a Peterborough a darle una bofetada de tu parte.

—¡La leche, tu examen es el mes que viene! ¿En qué momento ha pasado tanto tiempo?

—No te preocupes. Como te digo, has tenido otras cosas que atender. Mi profesor dice que ya estoy lista, y el abuelo dice que ya no pasa miedo en el coche conmigo, así que soy optimista.

La abrazo, tirando de ella hacia mí.

—Lo siento de verdad por haber sido tan mala hermana últimamente. Prometo intentar hacerlo mejor.

Ella me devuelve el abrazo con fuerza.

—Nadie podría llamarte nunca mala hermana. Eres una pedazo de *crack*, y te quiero.

—Y yo a ti. Una última pregunta, eso sí.

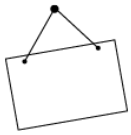
—Dispara.

—Estoy casi segura de que me dijiste que viste *French Kiss* después de *La vida de Adèle*.

Katie se sonroja.

—¡No es del todo mentira! Vale, no la vimos esa noche, pero la hemos visto después, te lo juro.

—Ya. Demasiado ocupadas con los besos para ver *French Kiss*. Es bastante poético.



Ahora que ha terminado el trimestre de Katie y que ellas ya no se esconden, al menos conmigo, vemos mucho más a Bronwyn. Katie y ella han decidido cuidarme: me preparan la cena y recogen después. Supongo que la mayoría de las noches se queda a dormir en la habitación de Katie, pero como yo me acuesto mucho antes que ellas y me levanto mucho antes de que Katie dé señales de vida, confieso que no tengo ni idea. Ahora que sé lo suyo, me asombra no haber notado nada antes. Están claramente loquitas la una por la otra y, aunque su felicidad hace que yo sea más consciente de lo precario de mi propia situación sentimental, algo de esa alegría se me contagia. Lo justo para seguir aguantando, al menos.

Matt no se sorprende lo más mínimo cuando se lo cuento en una de nuestras llamadas, que ahora son semanales.

—Estaba bastante claro desde el principio que Bronwyn le había echado el ojo a Katie —me dice—. Lo que no sabía era si a Katie le iba a pasar lo mismo.

—¿Así que tú sabías que Bronwyn era lesbiana?

—Claro, nunca lo ha ocultado. Tuvo una bronca monumental con una ex no mucho después de empezar a trabajar aquí y, siendo Bronwyn, lo contó con todo detalle.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¡Pero si te lo dije! Me acuerdo perfectamente de haberte dicho que yo no era su tipo la primera vez que viniste a echar un cable.

—Vaya comentario críptico, Matt. Pensé que querías decir que le iba otro tipo de tío, no que no le interesaban los tíos en absoluto.

—Perdón. Intentaba ser discreto y parece que lo fui demasiado. Un momento, ¿estás enfadada conmigo porque no te lo solté tal cual?

—No, hombre, claro que no.

La verdad es que estoy encantada: por lo menos esta semana tenemos algo de lo que hablar.

Hemos decidido invitar a los abuelos a comer el domingo al piso el día después de que vuelvan, para que Katie se lo cuente. Probablemente estarán con el *jet lag* y no habrán tenido tiempo de llenar la nevera, así que nos parece un detalle cocinar nosotras por una vez. Los llamo el día antes para invitarlos y ofrecerme a ir a buscarlos. No puedo llevarlos a los dos en la furgoneta, pero puedo dejarla en su casa y traerlos en el coche de Katie, y luego recoger la furgoneta cuando los devuelva. Katie y Bronwyn se encargarán de cocinar y recoger.

Está claro que lo han pasado de maravilla en el crucero y, cuando terminan de contarnos todo lo que han hecho, pasando fotos y acabando el uno las frases del otro, hace rato que hemos terminado de comer. Katie y Bronwyn han hecho un trabajo fantástico: un cordero asado delicioso que han rellenado con ajo y romero, patatas asadas crujientes, toda una selección de verduras, y todo ello coronado con una salsa que me recuerda a los comentarios de Matt sobre lo importante que es que la salsa acompañe a la carne.

—El truco —me explica Bronwyn cuando le pregunto— es echar vino blanco y salsa Worcestershire. La salsa Worcester es la pareja perfecta del cordero, porque corta la grasa.

—Si Matt no vuelve, a lo mejor tengo que contratarte como cocinera —le digo, intentando que no se note la pena en mi voz. No

lo consigo del todo, porque la abuela me dedica una mirada comprensiva y me aprieta la mano un instante.

—¿Qué ha pasado por aquí mientras estábamos fuera? Por la cara de Daisy veo que seguimos sin saber cuándo va a volver Matt —dice la abuela.

—Ni siquiera sé si va a volver, abuela —le respondo, triste—. Me da la impresión de que su madre lo tiene totalmente controlado y de que, cada vez que menciona volver, ella se saca de la manga alguna nueva crisis para que se quede. Es duro, pero creo que voy a tener que empezar a intentar pasar página. Ya casi ni hablamos.

La abuela me acerca la cabeza hasta apoyarla en su hombro y me rodea con el brazo.

—Lo siento mucho, Daisy, cariño. Yo pensaba que él era el hombre de tu vida, de verdad.

—Yo también —digo, empezando a llorar otra vez.

La abuela, bendita sea, hace lo que ha hecho siempre. Se queda sentada sosteniéndome, acariciándome el pelo y murmurando palabras de consuelo mientras yo le empapo el hombro del vestido con lágrimas. Es una rutina que hemos podido practicar muchas veces a lo largo de los años.

—Tenemos más noticias —le digo cuando consigo recomponerme un poco—. ¿Katie?

—Emm… —Katie se pone roja como un tomate—. Bronwyn y yo estamos juntas. Es mi novia.

La abuela se ilumina.

—¡Pues claro que es tu novia! —exclama—. Puede que tu abuelo y yo ya no estemos para muchos trotes, pero aún sabemos identificar a una pareja enamorada a kilómetros de distancia. Lo

vuestro lo vimos clarísimo la primera vez que Bronwyn vino a comer un domingo, ¿verdad?

—Tal cual —confirma el abuelo.

—No dijimos nada porque pensamos que nos lo contaríais cuando estuvierais listas —prosigue la abuela.

—¿Era yo la única que no veía nada? —pregunto.

—Supongo que tú has tenido otras cosas en la cabeza. Tu abuelo y yo sospechamos que Katie era lesbiana desde hace mucho tiempo… ¿Te parece bien ese término, Katie?

—Me voy acostumbrando —responde ella—. ¿Cómo lo supisteis vosotros cuando yo no tenía ni idea?

—Nunca has mostrado el más mínimo interés por los chicos. Nunca nombraste a ninguno del instituto, ni tenías pósteres en la pared. Daisy estaba loca por los chicos, sobre todo antes del accidente. ¿Cómo se llamaba aquel joven que te tenía tan trastornada, Daisy?

—Stefan —respondo.

No había pensado en él en años; por lo que sé, podría estar casado y con niños.

—Me acuerdo de que tu madre estaba preocupadísima. Tenías solo catorce años, pero eras muy precoz, y estaba convencida de que ya te acostabas con él. Le daba pánico que te quedaras embarazada y no sabía cómo sacar el tema. Eras bastante respondona incluso entonces, y no quería decir algo que te hiciera montar una de tus rabietas.

—Nunca llegué a acostarme con él —le digo.

—Eso es lo de menos. El caso es que te gustaban mucho los chicos desde que entraste en la pubertad. Incluso cuando estabas

en tu peor momento después del accidente, aún encontraste la forma de tener un novio. Katie, en cambio, jamás ha mostrado el menor interés, aunque seguro que habría tenido a muchos detrás. En parte se puede achacar a que tiene una forma de ser muy distinta, pero sí que sospechábamos algo, sobre todo después de ver un programa en la tele que decía que la homosexualidad era mucho más frecuente en los hermanos pequeños. En fin, que nos alegramos muchísimo por las dos. Bienvenida a la familia, Bronwyn, querida.

—Gracias —Bronwyn sonríe y se le encienden un poco las mejillas.

A medida que avanza la tarde, la abuela y el abuelo empiezan a flojear, así que me ofrezco a llevarlos a casa. Mientras los llevo y vuelvo, Bronwyn y Katie desaparecen en la cocina para recogerlo todo.

De camino de vuelta, voy repasando la conversación. Sabía que los abuelos se lo tomarían bien, pero me sigue pesando darme cuenta de que he dejado de fijarme en lo que le pasa a mi hermana. Sin duda, tengo que hacerlo mejor.

Capítulo 32

—Daisy, ¿puedes venir un minuto? —Penny asoma la cabeza por la puerta de la cocina—. Ron y Agnes quieren hablar contigo un momento.

—Dame cinco minutos para sacar estas tortillas y voy —le digo.

Sigo sin dar abasto, pero Katie ha decidido quedarse conmigo hasta que vuelva al colegio después de Navidad, y ella y Bronwyn siguen cocinándome por las noches y recogiendo después, así que estoy logrando dormir un poco más.

Termino las tortillas, las mando a la sala y compruebo que no haya nada que no pueda dejarse cinco minutos antes de salir al café. Estoy especialmente alerta, porque sé que estoy cansada y tengo más probabilidades de meter la pata; lo último que necesito ahora es quemar este sitio por haberme olvidado de apagar algo. La crema de puerro y patata del plato del día para la hora de comer está lista para recalentar, pero aún me quedan quince minutos antes de tener que encenderle el fuego, y todas las comandas de desayunos han salido ya. Me lavo las manos, me quito con cuidado la redecilla del pelo y salgo a ver qué quieren Ron y Agnes.

—Nos vamos a casar —me anuncia Agnes, agitando la mano izquierda para enseñarme el anillo de compromiso. Es pequeño pero elegante, con lo que parece un zafiro en el centro y unos diamantes pequeños a los lados.

—¡Enhorabuena! —les digo—. Has sido rápido, Ron. Me parece que fue ayer cuando empezasteis a salir.

—A nuestra edad no podemos permitirnos andar perdiendo el tiempo, Daisy —explica Ron—. Quién sabe cuánto tiempo nos quedará. El sol no brillará para siempre, así que queremos aprovechar la oportunidad mientras podamos.

—O, como dice mi nieta, que si lo quiere, tiene que ponerle un anillo —añade Agnes—. Creo que la frase sale en una canción pop.

Empiezo a preguntarme si están borrachos, porque tienen un discurso bastante poco coherente. Creo que he pillado la idea general de lo que dicen, aunque todas esas referencias a canciones pop se me escapan un poco ahora mismo.

—Me alegro muchísimo por los dos. ¿Vuestras familias están contentas? —pregunto.

—Ha sido un poco complicado —admite Agnes—. Nos ha sorprendido, y decepcionado un poco, lo avariciosos que han resultado ser nuestros hijos, ¿verdad, Ron?

—Sí, lo único que les interesa es proteger lo que consideran su herencia. Al final, para mantener la paz, hemos acordado que Agnes no venderá su casa cuando se venga a vivir conmigo. La vamos a alquilar, de modo que, si yo me muero antes que ella, pueda volver a su casa y mis hijos puedan proceder a vender la mía sin tener que preocuparse por ella. Y, de la misma forma, si ella se muere primero, sus hijos podrán echar a los inquilinos y quedarse con su casa.

—Dan ganas de dejarlo todo a una maldita ONG —dice Agnes, sombría.

Me encantaría quedarme charlando, pero soy consciente de que tengo que volver a la cocina antes de que empiece a acumularse trabajo.

—Siento oír eso, pero de verdad que me alegro muchísimo por los dos. Espero que seáis muy felices durante mucho tiempo. Gracias por contármelo.

Me levanto para volver a la cocina, pero Ron me detiene.

—Espera, Daisy. Todavía no hemos llegado a lo importante.

—Perdón —vuelvo a sentarme.

—Queríamos preguntarte si podríamos hacer una pequeña reunión aquí, después de la ceremonia. No vamos a invitar a mucha gente, solo a la familia más cercana. No hace falta que sea nada especial, solo unas tazas de té, unos bocadillos y quizá algo de tarta. Pagaremos, por supuesto.

—¡Me encantaría hacer eso por vosotros! —exclamo—. ¿Cuándo sería?

—Nos casamos el viernes de la semana que viene a las dos —continúa Ron—. Tuvieron una cancelación en el registro civil y la aprovechamos. Sé que cierras a las tres, pero ¿te plantearías abrir un poco más solo para nosotros?

—Claro que sí. Voy a apuntarlo ahora mismo en la agenda. Cerramos los detalles más adelante, ¿os parece?

—Perfecto. Gracias, Daisy.

—Un placer.

Me aseguro de escribirlo en la agenda en cuanto vuelvo a la cocina, porque sé que, si no lo hago, se me olvidará, y sería un desastre. Mientras me pongo con un pedido de dos desayunos completos, intento imaginar cómo voy a apañarme para llevar un día normal en el café y además preparar bandejas de sándwiches y tartas extra para el convite de Ron y Agnes por la tarde. Parece una tarea imposible, pero tendré que arreglármelas como sea. Katie y

Bronwyn han demostrado ser bastante apañadas en la cocina; quizá pueda asegurarme de que hagan el curso de manipulación de alimentos y convencerlas para que me echen una mano.

Oigo que suena mi móvil, pero no puedo permitirme más interrupciones ahora mismo. Quien sea, tendrá que esperar.

Penny y yo no paramos en todo el día. Bronwyn está trabajando en la galería de arte, así que en cuanto Katie asoma a la hora de comer le calzamos un delantal sin contemplaciones. Normalmente no ayuda gran cosa y parece que se pasa la mayor parte del tiempo distrayendo a Bronwyn, pero Penny es otro cantar y Katie incluso parece estar sudando un poco. Cuando llegan las tres de la tarde empiezo a flojear. Penny se marcha, Katie se sube al piso a esperar a Bronwyn y yo me pongo a preparar los ingredientes para el plato del día del lunes.

Un pitido del móvil me recuerda que tengo un mensaje de voz. He estado tan liada que se me había olvidado por completo la llamada perdida de antes. Lo cojo y veo que la llamada perdida es de Matt. Nunca me llama cuando el café está abierto, así que debe de haber sido una emergencia. Maldiciéndome por haber ignorado la llamada, marco el buzón de voz para escuchar el mensaje. Es muy corto, pero lo suficientemente impactante como para que me tiemblen las piernas y tenga que sentarme un momento:

—Hola. Soy yo. Voy de camino hacia allí, si todo va bien llegaré sobre las cuatro de la tarde.

Miro la hora. Las tres y media. Estará aquí en treinta minutos, si no hay mucho tráfico. Podría devolverle la llamada para saber por dónde va, pero no lleva manos libres en la furgoneta y, con el ruido del motor, no oiría el teléfono de todas formas. ¿Por qué vuelve justo

ahora, de repente? No me ha mencionado nada antes, estoy segura. Se me cae el alma a los pies al darme cuenta de que seguramente solo viene a recoger sus cosas. No sé si voy a ser capaz de verle la cara. A lo mejor debería salir y hacer como si no hubiese recibido el mensaje. Si ahora mismo me voy al centro y me quedo allí hasta que cierren las tiendas, para cuando vuelva él habrá recogido todo y se habrá ido. De pronto estoy desesperada por salir de aquí. El lunes tendré que apañármelas sin plato del día, decido mientras empiezo a guardar los ingredientes en la nevera.

Me interrumpe el ruido de una llave en la cerradura de la puerta trasera. Solo hay una persona aparte de mí que tiene llave de esa puerta. Me quedo clavada donde estoy cuando Matt entra en la cocina. Tiene un aspecto horrible.

—Hola —dice.

—Hola.

—He subido al piso a llamar, pero Katie me ha dicho que seguías aquí abajo —continúa.

—Ya, estoy preparando el plato del día del lunes.

Pone cara de desconcierto.

—Pero parecía que estabas guardando cosas cuando he entrado.

Ahora estoy molesta. No quería estar aquí cuando llegase y ahora me siento como si me hubieran pillado con las manos en la masa intentando esquivarlo. Decido tirar para adelante.

—Mira, estaba guardando las cosas porque acabo de escuchar tu mensaje y no quería estar aquí cuando llegaras, ¿vale?

Ahora se le ve dolido. Mejor.

—No lo entiendo. ¿Por qué no querías estar aquí?

—¡Por el amor de Dios, Matt! —exclamo, exasperada—. Es evidente que solo has venido a recoger tus cosas, antes de desaparecer de vuelta a Peterborough y con tu madre para siempre. ¿Por qué iba a querer estar aquí para ver eso? Ya he sufrido bastante, no necesito que me hagan más daño, ¿vale?

—No voy a volver a Peterborough —dice simplemente—. De hecho, venía con la esperanza de que siguieras necesitando un cocinero..

Se hace un largo silencio mientras digiero lo que acaba de decir. Estaba tan convencida de que solo venía a recoger sus cosas que no me entra en la cabeza.

—¿Estás diciendo que vuelves para quedarte?

—Si todavía hay un sitio para mí.

Una burbuja de alegría empieza a formarse en mi estómago, pero aún no puedo dejarla salir. Si ha vuelto, es la mejor noticia del mundo, pero falta una pieza en el puzle.

—¿Y tu madre? —pregunto.

—Que se joda.

Vale, fuera lo que fuera lo que esperaba escuchar, desde luego no era eso.

—Creo que tienes que contarme qué ha pasado —le digo.

—Te lo contaré, lo prometo. Pero hay cosas más importantes que necesito decirte primero.

Ay. Eso no suena nada bien.

—Adelante —respondo.

Al menos así saldré de dudas. Si está intentando reunir valor para decirme que lo nuestro se ha acabado, mejor que lo suelte ya. Por un lado, necesito desesperadamente ayuda en la cocina, pero no sé

si podría trabajar con él sin tocarlo. Aunque ahora todo se sienta rarísimo con él ahí plantado, cambiando el peso de un pie a otro, sigo deseando tocarlo.

Le está costando horrores encontrar las palabras. Abre la boca varias veces, pero no sale nada. El silencio no hace más que intensificar la tensión, y no lo soporto. Al final decido tomar la iniciativa e ir al grano de una vez.

—¡Escúpelo ya! —le digo—. Si estás intentando armarte de valor para decirme que se ha acabado, hazlo de una vez, ¿quieres?

—¿Eso es lo que quieres? —pregunta horrorizado.

—No lo sé —respondo—. Cuando te fuiste te eché tanto de menos que era casi un dolor físico. Pero luego, según fue pasando el tiempo y las llamadas empezaron a espaciarse, asumí que estabas perdiendo interés en mí, y eso dolió de una manera distinta. Te has ido mucho tiempo y yo he estado fatal, Matt. Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti, pero ya no sé qué quieres tú, y me da miedo averiguarlo por si la respuesta no soy yo. Así que, si has venido a dejarme, hazlo bien y termina rápido.

Se le llenan los ojos de lágrimas. Nunca le había visto llorar, y eso me contagia a mí también, pero aun así no dice nada.

—Solo dime por qué estás aquí, Matt, por favor —le suplico.

Inspira hondo y por fin consigue articular palabras.

—Estoy aquí porque soy un idiota —empieza—. Estoy aquí porque me dejé engañar por una mujer que debería haberme querido y no lo hizo. Estoy aquí porque te quiero, Daisy Jones, y haré lo que haga falta para ganarme tu perdón. Estoy aquí para hacer lo que sea, durante el tiempo que tú quieras, porque no quiero volver a estar separado de ti nunca más.

Estoy pasmada, pero la burbuja de alegría crece. Aun así, queda una espinita.

—Quiero creerte —digo—. No tienes ni idea de cuánto quiero creerte. Me encantaría cruzar esta cocina y echarte los brazos al cuello y no soltarte nunca. Pero no puedo volver a pasar por algo así, Matt. Ha sido demasiado doloroso. Tu madre y tú habéis tenido claramente algún tipo de bronca, y confío en que me lo cuentes cuando estés preparado. Pero ¿qué va a pasar la próxima vez que haya una crisis?

—No habrá próxima vez.

—No puedes saber eso. Por mucho que haya hecho, sigue siendo tu madre.

—Claro que puedo saberlo, porque no va a poder localizarme.

Saca del bolsillo el viejo Nokia y extrae la tarjeta SIM.

—Pásame las tijeras que tienes detrás, por favor.

—Ay, Matt. ¿Estás seguro de que es buena idea? —le digo mientras se las doy.

—Debería haber hecho esto hace años —gruñe, cortando la tarjeta en dos con precisión y tirándola a la basura—. ¿Me puedes dar ese abrazo ya, por favor?

Ya no queda duda. La burbuja explota en mi estómago y no puedo evitar sonreír entre lágrimas. Me lanzo a sus brazos abiertos, y nos quedamos allí, abrazados y llorando juntos, durante lo que parece una eternidad.

—No tienes ni idea de cuánto te he echado de menos —murmuro contra su pecho.

—No tanto como yo a ti —responde—. Las llamadas no se espaciaron porque estuviera perdiendo interés. Es que no soportaba

oír tu voz sabiendo que no podía verte. Dolía horrores, y cada vez que hablaba contigo, mamá montaba algún numerito por algo. Te tenía pánico, ahora lo veo claro, porque te quería fuera de la ecuación. Así que tenía que buscar momentos en los que supiera que tú no estabas trabajando y ella no me oyera, y entonces yo deseaba con toda mi alma escuchar tu voz, pero sabía que luego me iba a doler una barbaridad. Si te sirve de consuelo, yo también he estado fatal.

—No digas nada más —susurro—. Solo abrázame.

Capítulo 33

—Cuéntame qué ha pasado.

Seguimos en el café, pero hemos salido de la cocina. Nos he preparado dos tazas de té y estamos sentados en la mesa de siempre de Ron y Agnes. Nos hemos abrazado, hemos llorado, nos hemos besado. Nos hemos hecho toda clase de promesas precipitadas que no tengo ni idea de si cumpliremos, pero no puedo asumir del todo que él ha vuelto para quedarse hasta que lo sepa todo.

—¿Te acuerdas de que la apunté al curso intensivo de terapia?

—Sí.

—Era carísimo, bastante más de mil libras, pero el médico del hospital dijo que era su mejor oportunidad de mantenerse sobria, salvo que fuese a un centro de desintoxicación. No recuerdo la última vez que vi a mi madre sobria, y en esos días parecía otra persona. No paraba de decirme cuánto me quería y que esta vez sí que iba a dejar la bebida. Yo quería creerla, así que solté el dinero encantado.

—Vale, eso lo entiendo.

—Los primeros días después de que le dieran el alta en el hospital la llevaba yo al centro y la recogía al final del día. Al final de la primera semana, dijo que tenía la sensación de que algunos del grupo la miraban por encima del hombro por culpa de mi furgoneta y sugirió que podría ir y volver en taxi. Me pilló un poco de sorpresa, la verdad, pero al final cedí y acepté.

—A ver, tu furgoneta está hecha un cuadro.

—Lo está, pero también hay que tener morro para que te miren por encima del hombro un puñado de adictos, ¿no te parece? En fin, encontramos una compañía de taxis que accedió a llevarla por una tarifa fija de veinticinco libras al día, que también pagaba yo. Ella estaba tan contenta y parecía irle tan bien que cuando dijo que quería reservar otro curso no vi cómo podía negarme, aunque ya se había zampado una buena parte de mis ahorros. Estaba entusiasmadísima, decía que se había encariñado mucho con los otros del grupo y que todos iban a seguir. Mientras yo estuviera allí para vigilarla cuando estuviera en casa, creía que seguiría bien. A veces estaba un poco rara, pero pensé que era parte del proceso de adaptarse a su nueva vida sobria. Dime una cosa: ¿tengo la palabra «primo» tatuada en la frente?

—Yo no la veo.

—Pues debería. Así que ahí me tienes, soltando billetes para su rehabilitación y pasándolo de pena en el proceso y, entretanto, ¿qué crees que estaba haciendo ella?

Estoy casi segura de por dónde va esto.

—¿Cómo la pillaste?

—La primera vez que sospeché fue cuando entramos en el estanco del barrio hace un par de días. Estábamos dando un paseo, pero a mí me entró hambre y decidí entrar a comprar chocolate. Ella entró conmigo y, en cuanto el hombre de detrás del mostrador la vio, empezó a buscar una botella de vodka. La vi hacer el gesto de cortarse el cuello, ya sabes, ese gesto cuando quieres que alguien pare sin decirlo en voz alta. No le dije nada entonces, pero todas las alarmas se encendieron. Decidí seguirla a la siguiente sesión para asegurarme de que iba realmente donde decía ir. Eso fue ayer.

—¿Y adónde fue?

—Si no estuviera tan cabreado, tendría gracia. Se subió al taxi, le dijo que la dejara a la vuelta de la esquina y se metió directa en el estanco. Salió menos de un minuto después con una botella de vodka de un litro bajo el brazo. Lista era, eso se lo reconozco. El vodka no deja olor, así que nunca habría sabido lo que estaba haciendo si no la hubiera seguido.

—Ay, Matt. Lo siento muchísimo.

—No tanto como yo. —Suelta una carcajada amarga—. La seguí hasta el parque y la vi dar el primer trago. Fue como una patada en los cojones. Volví a casa, hice la maleta y esperé a que regresara. Cuando llegó, le pregunté por su día y le dejé soltarme su chorrada habitual sobre el centro antes de confrontarla con la verdad.

—¿Y qué pasó?

—Que se volvió loca perdida, eso pasó. ¿Has visto *Gremlins*?

—No.

—Vale, pues básicamente va de unos bichos peludos monísimos que se convierten en monstruos verdes horrorosos si les das de comer después de medianoche. Ella fue igual. Todo lo que me había dicho sobre cuánto me quería, cuánto quería cambiar… era todo mentira. Se puso a gritarme que yo no era nada para ella, que solo me había usado por la pasta y que, si no iba a darle más, mejor que me largara, porque ya no le servía para nada.

—Así que todo el dinero de los taxis y de la segunda tanda en el centro…

—Exacto. Se lo bebió. Bueno, no todo. Mientras despotricaba, se le escapó que había apostado una buena parte del dinero que le había dado para el centro. Tenía la idea descabellada de que le

tocaría un premio gordo, ganaría una pasta y tiraría con eso cuando ya hubiera exprimido todo lo que yo pudiera darle y me hubiera echado de casa. Por supuesto, lo único que hizo fue perderlo todo, la muy estúpida.

—Lo siento tanto —le digo—. Si hubiese tenido la más mínima idea de que iba a acabar así, jamás te habría animado a ir a buscarla.

—No lo sientas. En cierto modo, ha sido bueno para mí.

—¿En qué sentido?

—Supongo que en el fondo siempre tuve la esperanza de que cambiaría, que se daría cuenta del desastre que había hecho con nuestra infancia y querría compensarlo. Que algún día estaría orgullosa de mí. Pero ahora sé que eso no va a pasar jamás. Solo le importa ella misma. Yo era simplemente el idiota dispuesto a dejarse timar para financiar su vicio. No es mi madre. No tengo ni idea de quién es y no quiero volver a verla. Ese capítulo de mi vida está totalmente cerrado.

Recojo las tazas vacías y las llevo a la cocina. Ahora que está todo apagado, las friego en el fregadero y las dejo escurriendo. Matt sigue sentado cuando vuelvo al café, así que alargo la mano y le agarro la suya.

—Vamos —le digo—. Estás muerto de cansancio y yo también estoy molida. Vamos a descansar un poco. ¿Dónde dormiste anoche?

—En un Premier Inn. Pensé en dormir en la furgoneta, pero hacía un frío del carajo y creo que me he vuelto demasiado cómodo.

—¿Por qué no condujiste hasta aquí? Solo son un par de horas.

—Lo sé, pero estaba tan enfadado y avergonzado. Necesitaba tiempo para pensar y calmarme. Además, había cosas que tenía que

hacer antes de irme.

—¿Qué cosas?

—Fui a buscar a Liam, el tío que me hizo la cicatriz. Me presenté en su iglesia a primera hora de esta mañana y dio la casualidad de que estaba allí. Al final nos pegamos una buena charla. Él no tuvo nada que ver con lo que pasó con Laura; por entonces todavía estaba medio al margen de la banda, pero me dijo que su historia no tenía nada de especial. A muchas chicas jóvenes las enganchan a la prostitución con promesas de riqueza, pero no están preparadas para lo que implica la explotación sexual. Así que empiezan a tomarse algo de vez en cuando para anestesiarse y luego se lo toman más a menudo, y luego hacen más servicios para pagar las drogas y todo se convierte en un círculo vicioso espantoso. Me ayudó a ver que nada de aquello fue culpa mía, que no hubo nada que yo pudiera haber hecho para salvarla. Cerramos muchas cosas, la verdad. Yo le pedí perdón por atacarlo y él me pidió perdón por cortarme. Incluso se ofreció a rezar conmigo. ¿No te parece surrealista?

—¿Y qué hiciste?

—Le dejé hacerlo. Me vino bien, curiosamente.

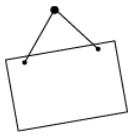
—¿Vais a seguir en contacto?

—No. Él me lo sugirió, pero le expliqué que necesitaba cerrar del todo esa parte de mi vida. Creo que se quedó un poco chafado, pero dijo que lo entendía. Después de eso fui a comprar flores para ponerlas en la tumba de Laura. Me quedé allí mucho rato, hablando con ella. Le conté lo del café, y lo tuyo, y lo de mi madre. Ella no contestó, claro, pero fue un momento tranquilo. Y luego me pasé la

mayor parte del viaje de vuelta ensayando lo que iba a decirte al llegar.

—Pues no se te ha notado mucho —me burlo.

—Ya. Ninguno de los escenarios que me había montado en la cabeza me preparó para la cara de dolor y rabia que tenías cuando he entrado en esa cocina.



El piso está vacío cuando subimos. Katie y Bronwyn evidentemente han decidido desaparecer por la tarde para dejarnos solos. Me quito los zapatos y me tumbo en la cama, sin desvestirme siquiera. No tengo ni idea de qué hace Matt, porque me quedo dormida en cuanto la cabeza toca la almohada.

Cuando me despierto estoy sola en la habitación, y me pregunto si todo lo de esta tarde no habrá sido una especie de ilusión. La hendidura en el otro lado de la cama dice lo contrario, pero de Matt no hay ni rastro. No puedo evitar acordarme de la última vez que pasó algo parecido, y me recorre una oleada de miedo mientras abro la puerta del dormitorio y asomo la cabeza.

Matt tampoco está en el salón, pero oigo ruido en la cocina y huele de maravilla. Katie y Bronwyn deben de haber vuelto, así que quizá esté con ellas. Camino hacia la cocina, pero me quedo parada en el umbral. Matt está tan concentrado en lo que hace que no se ha dado cuenta de que estoy ahí. Se ha duchado y se ha cambiado, porque tiene mucho mejor aspecto que cuando llegó. Me quedo un rato mirándolo, disfrutando de cómo se mueven los músculos de su

torso bajo la camiseta ajustada que lleva ahora. Cuando estábamos sentados en el café antes me prometí a mí misma no lanzarme directa a la cama con él, pero mi determinación flaquea a toda velocidad mientras lo observo. Carraspeo y levanta la vista. Tendrá la nariz rota y una cicatriz en la mejilla, pero es el hombre más guapo que he visto en mi vida.

—¿Qué estás cocinando? —pregunto.

—Espero que no te importe, he encontrado unas pechugas de pollo en la nevera y he pensado en rellenarlas y meterlas al horno. Estarán listas en unos veinte minutos, y estoy preparando una ensalada para acompañarlas.

—¿Veinte minutos?

—Sí, ¿por?

Cruzo la cocina hasta donde está, le levanto la camiseta y empiezo a besarle el pecho.

—Se me ocurre una forma mucho mejor de aprovechar veinte minutos que hacer ensalada —murmuro.

—Espera, voy a bajar el horno. Veinte minutos no son ni de lejos suficientes para lo que tengo en mente —responde.

Capítulo 34

Matt lleva dos semanas de vuelta y está claro que le pasa algo.

Al principio estaba tan contenta de tenerlo de nuevo aquí que ni me di cuenta. Bastante tenía también con decidir qué hacer para el convite de boda de Ron y Agnes. El propio convite salió muy bien, y los dos parecían realmente felices. Al final preparamos una selección de sándwiches y tartas, que gustaron mucho por lo que se vio en las bandejas vacías. El hijo de Ron dejó el día anterior una caja de *prosecco* y unas copas, así que Katie y Bronwyn se arreglaron y se dedicaron a ir sirviéndolo durante los discursos. Ron estaba muy elegante con su traje azul marino y Agnes estaba guapísima con un vestido sencillo color crema. La luna de miel fue bastante corta, solo unas cuantas noches en un hotel cerca de Margate, pero se lo debieron de pasar muy bien, porque Agnes le contó después a Penny que se había sorprendido y estaba encantada con el «aguante» de Ron. Mejor no entrar en más detalles.

Unos días después del convite empecé a notar por primera vez que me estaban dejando al margen de algo. En apariencia todo iba bien; Katie, Bronwyn, Matt y yo seguimos viviendo todos en el piso y nos llevamos de maravilla. Sin embargo, Matt está algo distraído y pasa mucho tiempo por las noches charlando con Katie y Bronwyn y mirando cosas en el portátil de Katie. Le pregunté si pasaba algo, pero se limitó a decir que todo iba bien y cambió de tema.

Aun así, estoy segura de que traman algo. Últimamente he salido varias veces al café y me he encontrado cajas apiladas detrás de la barra. Cuando pregunté por ellas, Penny se disculpó mil veces y dijo

que eran suyas. Por eso me sorprendió tanto ver el otro día a Matt subiendo algunas de esas cajas a su piso. Volví a preguntarle, y dijo que solo se las estaba guardando a Penny unos días. No creo que esté haciendo nada malo, pero hay secretos y los secretos no me gustan nada. He intentado acorralar a Katie, pero se ha limitado a decir que me lo estoy imaginando y que debería confiar en él.

Sigo recelosa, pero no quiero insistir demasiado por si gafamos las cosas. Es una maravilla tener de nuevo a Matt conmigo en la cocina. No solo porque mi carga de trabajo ha vuelto a convertirse en algo manejable, sino porque la cocina ha recuperado su buen ambiente. En cierto modo es como si nunca se hubiera ido. Nos movemos el uno alrededor del otro, nuestro baile perfectamente coreografiado como siempre.

—¿Has pensado algo más sobre lo que quieres hacer con tu piso? —le pregunto.

Aparte de usarlo para guardar cajas de Penny, Matt no ha pasado ni un minuto en su piso desde que volvió. Hemos retomado la misma rutina que teníamos cuando se quedaba conmigo antes, solo que esta vez parece más definitivo. Lo hablé con Katie para asegurarme de que no estaba incómoda, pero se limitó a decir que dejáramos de marear la perdiz y admitiéramos que ya nos habíamos ido a vivir juntos. También sugirió que deberíamos hacer algo para poner un pestillo en la puerta del baño, porque que cuatro personas compartieran cuarto de baño tarde o temprano iba a acabar en un percance, y Matt ha aceptado ir a Homebase el domingo para arreglarlo.

—Lo he pensado —dice—. Pero ¿estás segura de que es esto lo que quieres?

—Matt, no es por ser desagradable, pero ¿para qué demonios vas a usarlo? Desde que has vuelto apenas has puesto un pie allí. Ahora mismo solo es un trastero caro para las cosas de Penny. Si vamos a vivir juntos, me gustaría alquilarlo. Es un desperdicio tenerlo vacío.

—Se me ha ocurrido una cosa —dice Katie, que acaba de entrar en la cocina con unos platos sucios.

—¿Ah, sí? A ver.

—A ver, hay dos pisos, ¿no? Uno para ti, que es en el que vives, y otro para mí, que sería el de Matt. Así que, si vamos a alquilar el piso de Matt, ¿no debería irme a mí el alquiler? Me vendría de maravilla para los gastos de la uni cuando me vaya.

—Eres la leche, ¿lo sabías? —Me río—. Vale. Si alquilamos el piso de Matt, los ingresos pueden ser para ti. Pero tienes que devolver el dinero que me he gastado en reformarlo.

Se lo piensa un momento.

—Te propongo otra cosa —dice—. Paso bastante tiempo en tu piso, ¿verdad?

—Sí. Los abuelos han empezado a soltar indirectas sobre alquilar tu habitación en casa, porque casi nunca estás.

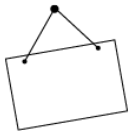
—Qué graciosa. Volveré allí cuando empiece el trimestre. El caso es que, ya que paso tanto tiempo en tu piso, ¿por qué no nos repartimos el alquiler del piso de Matt? Puedes considerar tu mitad como alquiler y como contribución a las reformas, y yo usaré la mía para la uni.

Lo valoro un momento.

—Vale, trato hecho.

Mis sospechas vuelven a dispararse cuando me echan sin contemplaciones de mi propio café a la hora de comer del viernes,

en teoría porque Katie ha decidido que necesitamos una tarde de compras de chicas en Bluewater. Pero estoy convencida de que hay una segunda intención. Esta semana he pillado un par de veces a Matt, Katie y Bronwyn inclinados sobre un papel donde parecía haber una lista, pero cuando he preguntado han dicho que no era nada, solo algo que estaban preparando para Penny. Voy algo tensa mientras conduzco la furgoneta hacia la carretera principal, pero Katie está eufórica y al final nos lo pasamos en grande. Es bastante entrada la noche cuando volvemos, y al abrir la puerta del piso encontramos a Matt y a Bronwyn en plena preparación de la cena. Es una velada tan animada como siempre y, aunque mañana es sábado y madrugamos, Matt abre una botella de vino y todos nos tomamos una copa. Lo que fuera que llevaba días rondándole la cabeza parece resuelto, porque ha vuelto a ser el de siempre, y es un alivio.



Por la mañana, Matt y yo bajamos y entramos por la puerta trasera como siempre. Bronwyn aparece poco antes de las siete y media, como de costumbre, pero esta vez trae a Katie a rastras.

—¿Qué pasa? ¿No podías dormir? —le pregunto.

—Ja, ja. Es que Bronwyn me ha pedido ayuda con una cosa —me responde.

Si ya me ha sorprendido ver a Katie, me quedo completamente descolocada cuando aparece Penny.

—¡Hoy no te toca trabajar! —le digo—. Ya tengo a Katie y Bronwyn ahí fuera.

—No te preocupes. No espero que me pagues. Solo quería ponerme al día con algo —dice, y desaparece hacia el café. Yo empiezo a seguirla.

—No —dice Matt, con una firmeza sorprendente.

—¿Qué está pasando? —le pregunto.

—Dales un poco más de tiempo, ¿vale? ¿Confías en mí?

—Más de lo que debería, me da la impresión.

—Pues confía ahora. Déjalas hacer lo que tienen que hacer.

Gruño de frustración, pero vuelvo a mis tartas. El café está claramente a rebosar esta mañana; oigo el murmullo de las conversaciones y los pedidos llegan uno detrás de otro. Matt se ve desbordado enseguida, así que dejo las tartas y me pongo con él a sacar desayunos. Nunca he visto una avalancha así. Siempre estamos liados los sábados, pero los pedidos suelen llegar en un goteo constante. Esto parece como si hubiera llegado de golpe un autocar lleno de gente.

Trabajamos sin parar y al final sale el último pedido: una tortilla de jamón y queso.

—¡Madre mía, ha sido una locura! —comento.

Penny asoma la cabeza por la puerta de la cocina.

—Daisy, ¿te puedo robar un momento? Hay un par de personas que quieren hablar contigo.

—Vale, dame un segundo.

Me lavo las manos y me quito con cuidado la redecilla. He trabajado tanto que tengo algo de sudor debajo y el pelo se me

pega un poco a la cabeza. En fin, no me metí en este oficio por el glamur, pienso. Salgo de la cocina y me quedo sin aliento.

Lo primero que me llama la atención son las paredes, ahora decoradas con una selección de cuadros de Bronwyn. Confieso que se me había ido por completo de la cabeza que los estaba haciendo. No tengo tiempo de fijarme mucho, porque también me doy cuenta de que todas las mesas del café están ocupadas. Además de los habituales, como Ron y Agnes, distingo al señor Holdsworth con una mujer que supongo que será su esposa. También está Jonathan Moorhouse, junto con los abuelos y un montón de gente que no he visto en mi vida. Katie, Bronwyn y Penny están de pie junto a la barra, sonriendo como el Gato de Cheshire. Me percato de que Matt ha salido de la cocina detrás de mí y también sonríe como un loco.

—¿Qué habéis hecho? —le digo a Katie.

—Ha sido idea de Matt —responde—. Estábamos charlando una noche, poco después de que volviera, y hablábamos de lo increíble que ha sido lo que has hecho con el café. Y también admitimos que nunca lo vas a vender, porque te has enamorado de él, ¿a que sí?

Me sonrojo un poco.

—Puede que sea verdad.

—Así que decidimos que hacía falta una reapertura en condiciones. Invitamos a todo el mundo que se nos ocurrió y repartimos folletos por el pueblo. Incluso invitamos al periódico local. —Señala a un par de tipos sentados en una mesa junto a la puerta.

—Espero que no te importe, pero también nos hemos tomado la libertad de hacer una pequeña reorientación de la marca —añade Matt—. Tengo que llevarte fuera. Cierra los ojos.

Me coge de la mano y me guía hacia la puerta principal. Noto a Katie, Bronwyn y Penny detrás de nosotros.

—Gírate, pero sigue con los ojos cerrados —me indica la voz de Matt, y obedezco.

—Vale, ábrelos.

A primera vista no noto ninguna diferencia, pero luego levanto la vista y lo veo. Un rótulo moderno y llamativo por encima del café con las palabras «Daisy's Diner» y un logotipo formado por dos letras D entrelazadas. Es precioso.

—¿Así que en esto es en lo que habéis estado metidos todo este tiempo? —pregunto—. ¡Ya empezaba a pensar que me estaba volviendo loca!

Al menos tienen la decencia de parecer un poco avergonzados.

—Aún hay más —dice Katie—. Mira nuestros delantales.

Efectivamente, todos llevan bordado el nombre del café y el logotipo.

—Lo hemos hecho todo. Las cartas, todo. ¿Te gusta?

—¡Me encanta! —les digo—. ¡Muchísimas gracias!

—Es lo mínimo que te mereces —dice Matt—. Has salvado este café, Daisy. Nora querría que tu nombre estuviera en la puerta.

Las lágrimas de alegría me resbalan por la cara mientras los abrazo a todos con fuerza. Cuando por fin me tranquilizo, los del periódico me hacen unas preguntas y me sacan una foto con el nuevo rótulo detrás antes de irse a su siguiente acto.

Al volver dentro, Matt y los demás regresan al trabajo mientras yo me veo desbordada por las felicitaciones. Los abuelos me abrazan con fuerza, el señor Holdsworth me dice lo orgulloso que está de lo que he conseguido y Jonathan Moorhouse brama que no se cree que

sea el mismo sitio. Bronwyn me presenta a Toby Roberts, el dueño del estudio de al lado, y a su mujer, Madison, embarazadísima con una tripa enorme. Es encantadora y promete venir a menudo cuando tenga al bebé y le resulte más fácil moverse. Al final paso casi una hora hablando con todo el mundo y admirando los cuadros de Bronwyn. No puedo evitar fijarme en que algunos ya tienen una pegatina roja, señal de que están vendidos.

Con el tiempo, la cosa vuelve a los niveles normales de un sábado en el café. Los invitados han comido y se han marchado a seguir con sus fines de semana, y yo vuelvo a mi sitio con Matt en la cocina. En una pequeña tregua por la tarde, asomo la cabeza al café. Katie y Bronwyn están detrás de la barra con las manos entrelazadas, fuera de la vista de los clientes, y el local está lleno de un zumbido alegre de conversaciones.

Mientras estoy allí de pie, empiezo a notar una sensación extraña que me recorre por dentro. Hace tanto que no la sentía que casi había olvidado que existía. Pero estaba ahí todo el tiempo, agazapada, esperando el momento oportuno para volver a salir.

Es esperanza.

Agradecimientos

En primer lugar, tengo que dar las gracias a mi editora, Tara, y a todo el equipo de Boldwood. Vuestro apoyo y vuestro ánimo significan muchísimo, y me siento orgullosa de formar parte de la familia Boldwood. Mucha más gente me ha ayudado también con este libro, ya sea contestando preguntas por WhatsApp y Facebook Messenger, o dejándose asaltar durante un paseo con el perro para hacerle consultas. Quiero daros las gracias de corazón a todos.

Becka, gracias por toda la información sobre contabilidad. Stephen, Rachel y Neil han sido una mina en lo referente a los vericuetos de la tasación de inmuebles comerciales. También tengo que dar las gracias al equipo del café Rendezvous de Margate, y a Julia y al equipo del Malabar por su aportación en la parte cafetera.

Como siempre, tengo que dar las gracias a mis primeras lectoras, Frances y Mandy, y también a Bertie, cuyos paseos se han visto interrumpidos por exclamaciones repentinas del tipo «¡Ya lo tengo! Lo que voy a hacer es esto…».

Sobre la autora

Phoebe MacLeod escribe comedias románticas. Sus novelas son muy populares y hacen reír a carcajadas; están ambientadas, principalmente, en su condado natal, Kent.

Primera edición: mayo de 2026
Título original: *Fred and Breakfast*
Publicado originalmente en inglés por Bolwood Books Ltd.

© Phoebe MacLeod, 2022
© de la traducción, Isabel Fuentes, 2026
© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2026
Esta traducción se ha publicado mediante acuerdo con The Agency srl di Vicki Satlow.
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Head Design
Imagen de cubierta: Shutterstock
Corrección: Nora Sukia Zabala

Publicado por Odisea Ediciones
C/ Roger de Flor, n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
chic@chiceditorial.com

ISBN: 978-84-16811-39-7
THEMA: FRD
Conversión a ebook: Taller de los Libros

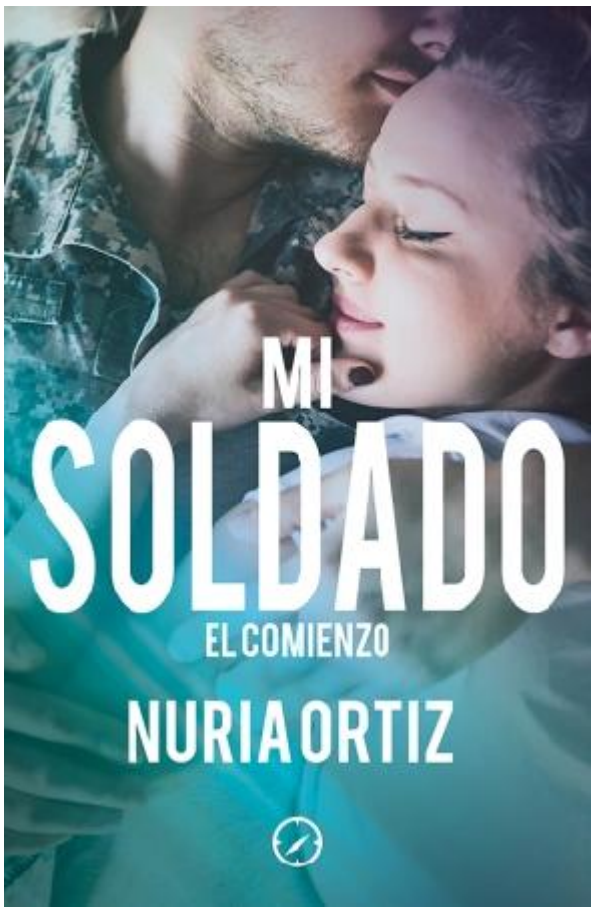
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de

Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Agradecimientos
Sobre la autora



Mi soldado. El comienzo

Ortiz, Nuria
9788416811021
242

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Más de medio millón de lecturas en Wattpad ¿Puede un viaje a Miami cambiar tu vida para siempre? Itziar tiene dieciocho años y acaba de terminar sus estudios. Para celebrarlo, ha organizado un

viaje a Miami con sus amigos, pero a su padre no le gusta la idea de que vayan solos, así que decide enviar a un adulto para que los supervise y se asegure de que se comportan como es debido. Cuando los jóvenes llegan al aeropuerto, Itziar se lleva una sorpresa: el adulto que los acompañará es Alexander, un joven soldado con el que ha estado manteniendo correspondencia durante años y del que está enamorada. ¿Cómo reaccionará Itziar ante su presencia?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



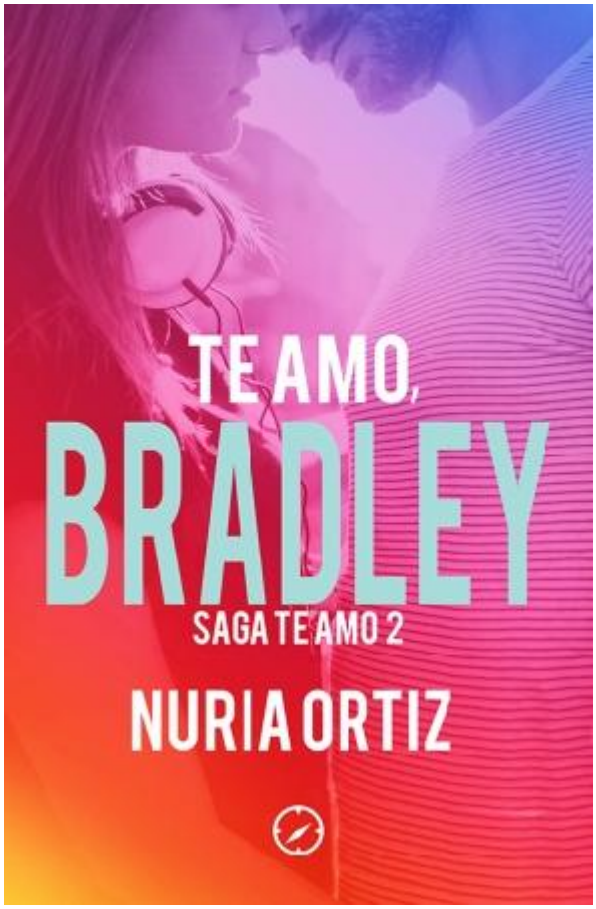
Amando a Jared (Serie Te amo 1)

Ortiz, Nuria
9788416811007
256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Más de 2 millones de lecturas en Wattpad Violeta, una de las fisioterapeutas más solicitadas de Chicago, recibe una mala noticia: Jared, el chico al que amó y que la avergonzó en el instituto, ha sufrido un grave accidente de moto que lo ha dejado en silla de ruedas. Y Violeta es la única que puede ayudarlo a ponerse en pie de nuevo. ¿Habrán cicatrizado las heridas de un amor no correspondido después de tanto tiempo? Incluye un adelanto exclusivo de Te amo, Bradley

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Te amo, Bradley (Serie Te amo 2)

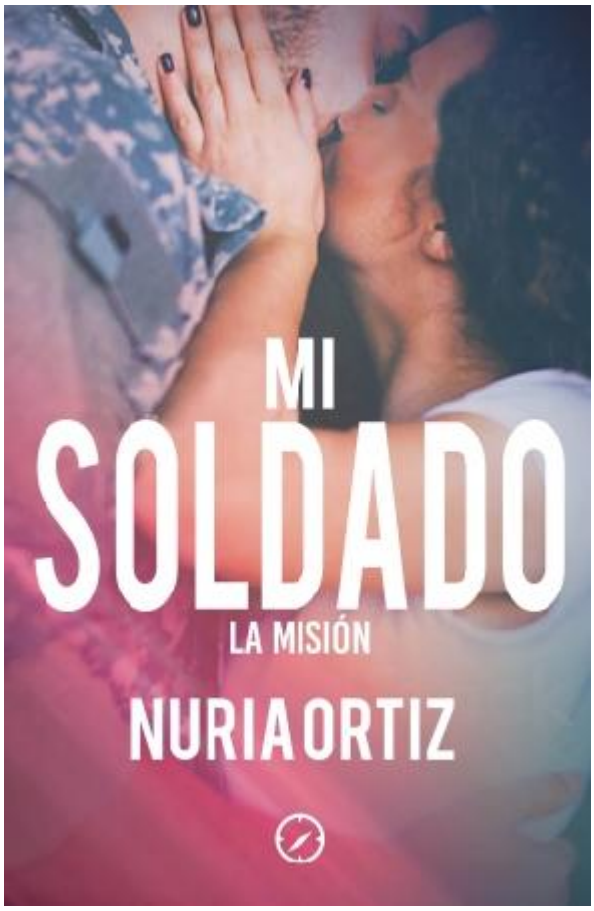
Ortiz, Nuria
9788416811014
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Más de 2 millones de lecturas en Wattpad Bradley sentía cada vez más envidia de sus dos hermanos. Los dos disfrutaban del amor y convivían, mientras que él estaba solo. Pero un día, cuando ya había perdido toda esperanza, encuentra a Ashley, una estudiante de

pediatría que teme a salir de la rutina y decepcionar a la gente de su alrededor. Bradley tendrá que ganarse su confianza poco a poco, enseñarle a disfrutar de la vida y del amor.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Mi soldado

Ortiz, Nuria
9788416811038
458

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Más de medio millón de lecturas en Wattpad ¿Puede un viaje a Miami cambiar tu vida para siempre? Itziar tiene dieciocho años y acaba de terminar sus estudios. Para celebrarlo, ha organizado un viaje a Miami con sus amigos, pero a su padre no le gusta la idea de que vayan solos, así que decide enviar a un adulto para que los supervise y se asegure de que se comportan como es debido. Cuando los jóvenes llegan al aeropuerto, Itziar se lleva una sorpresa: el adulto que los acompañará es Alexander, un joven soldado con el que ha estado manteniendo correspondencia durante años y del que está enamorada. ¿Cómo reaccionará Itziar ante su presencia?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

